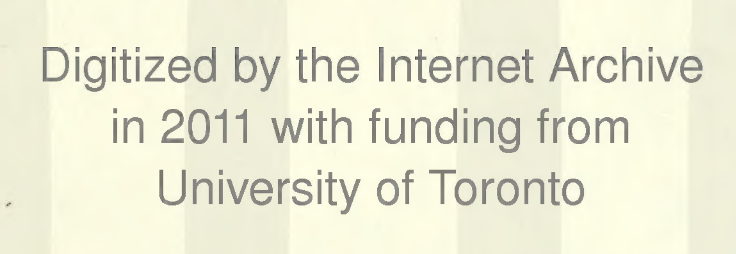

3 1761 03576 7318



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

FERNANDO DE CÓRDOBA

(¿1425-1486?)

Y LOS

ORÍGENES DEL RENACIMIENTO FILOSÓFICO EN ESPAÑA

(EPISODIO DE LA HISTORIA DE LA LÓGICA)

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR

D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

Y

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Real Academia de la Historia

EL DÍA 26 DE MARZO DE 1911



MADRID — M.CM.XI

FERNANDO DE CÓRDOBA

(¿1425-1486?)

Y LOS

ORÍGENES DEL RENACIMIENTO FILOSÓFICO EN ESPAÑA

(EPISODIO DE LA HISTORIA DE LA LÓGICA)

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

FERNANDO DE CÓRDOBA
(¿1425-1486?)

Y LOS

ORÍGENES DEL RENACIMIENTO FILOSÓFICO EN ESPAÑA

(EPISODIO DE LA HISTORIA DE LA LÓGICA)

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR

D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

Y

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Real Academia de la Historia

EL DÍA 26 DE MARZO DE 1911

MADRID — M.CM.XI

Madrid. — Establecimiento tipográfico de Fortanet, Libertad, 29. — Teléf. [illegible].

DISCURSO

DE

D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

Señores Académicos:

Si habéis leído (que sí habréis, por lo menos en aquellos no muy lejanos tiempos en que la novela no era todavía anfiteatro de torturas morales, sino poético asunto de instructiva recreación) el más bello de los *Cuentos de mi huésped,* que el gran Walter Scott hizo pasar por narraciones «recogidas y dadas á luz por Jedediah Cleishbotham, maestro de escuela y sacristán de la parroquia de Gandercleugh», recordaréis el maravilloso retrato que el poeta y erudito escocés hace de aquel *Viejo de la muerte* (Old Mortality), á quien solía verse inclinado sobre las tumbas, descifrando y reconstituyendo las antiguas inscripciones grabadas en las lápidas que cubrían los restos mortales de los entusiastas defensores del *Covenant*. El martillo y el cincel servíanle de instrumentos evocadores de ignorados hechos, que, engarzados por el hilo de oro de la Historia, eran, en labios del errante presbiteriano, manantial perenne de amenísimos relatos, en que los personajes y las sociedades que fueron, mostrábanse con luz más viva y con detalles más pintorescos de los que suele prestar á lo pasado la caediza memoria de los hombres.

Muchas veces he recordado ese novelesco retrato, y ahora viéneme de nuevo á las mientes, con ocasión de ser yo el designado por esta Academia ilustre para suceder, no para sustituir, al Excmo. Sr. D. Mariano Carlos Solano Gálvez de San Pelayo y Villalpando, Marqués de Monsalud, doctísimo investigador

de la arqueología hispana (especialmente de la extremeña), y generoso prócer, á quien se deben el hallazgo y la conservación en preciado museo de no escaso número de nuestras venerandas antigüedades.

Tengo para mí que todo hombre de ciencia ha de ser necesariamente un artista, sea cualquiera la esfera intelectual que cultive, porque sólo el Arte es capaz de determinar en el investigador la emoción de absoluto desinterés que hace llevadero el rudo trabajo de buscar la verdad. La Ciencia procede enlazando ideas; pero este enlace es un movimiento, y la energía misteriosa que le produce y le sostiene es, en cuanto energía, creadora, y, en cuanto creadora, *poética* ó artística. Se ha podido definir la Verdad, por lo menos en la relación subjetiva. Nadie, en cambio, ha sabido definir satisfactoriamente la Belleza, quizá porque, como profundamente dijo la sentencia platónica: «las cosas bellas son difíciles».

Bella, y *difícil* por consiguiente, es la Arqueología, disciplina en la que el benemérito Marqués de Monsalud realizó tan notables estudios. Sabía él de sobra la diferencia que existe entre un arqueólogo y un coleccionista de antigüedades; y cuando hacía excavaciones en las *villas* romanas de Villafranca de los Barros; cuando descubría en el cortijo de Maricara el ara votiva dedicada á Júpiter óptimo máximo; cuando hallaba en Mérida la inscripción del diácono Eulalio; cuando descifraba la carta autógrafa del siglo III escrita sobre una teja romana; cuando daba acogida en su museo á la bellísima y mutilada Diana emeritense, y cuando en Extremadura, en Andalucía y en Aragón reunía y publicaba centenares de inscripciones latinas, no tanto lo hacía por el mero afán de amontonar curiosidades, como por el noble propósito de estudiar sus datos y depurar con ellos la verdad histórica.

Así pudo él persuadirse, entre otros importantes hechos, del continuo comercio de la Lusitania, por el estrecho hercúleo, con Cartago, Madaura y otras ciudades de ambas Mauritanias, durante los primeros siglos del cristianismo; así comprobó una vez más el culto, en las regiones occidentales y meridionales de la Península, de dioses del Imperio, como Júpiter, Hércules,

Marte, Mercurio, Diana, etc., junto á divinidades persas, como Mithra; egipcias, como Sérapis é Isis; é indígenas, como Bandiarbaraico y Roncoenatuaco; así también, estudiando los miliarios, pudo seguir la marcha de los conquistadores romanos; y así, por último, logró profundizar en la historia de la organización de los municipios, del desarrollo de las *sodalitates*, de capitales sucesos eclesiásticos y civiles, y hasta de interesantes formas (no tan atendidas como merecen) del *sermo rusticus* latino-hispano.

En varias publicaciones, y especialmente en la *Revista de Extremadura* y en el *Boletín* de esta Real Academia, dió numerosas muestras el Marqués de Monsalud de sus dotes de explorador y de sus vastos conocimientos epigráficos y arqueológicos. Su nombre, como los de A. Machado, Vicente Barrantes, José de Viú, M. Roso de Luna, M. Ramón Martínez y algunos más, irá indisolublemente unido á la historia de las investigaciones modernas en materia de antigüedades extremeñas.

Dió, además, el Marqués de Monsalud un ejemplo altísimo, que por desgracia suele tener muy pocos imitadores en nuestra patria. Dedicó á esos trabajos científicos buena parte de su fortuna, y esto, que en Norte América (para no citar otros pueblos) parecería muy natural y corriente, es todavía verdaderamente raro en España, donde, por un lado, el tradicional recelo (por no darle peor nombre) respecto del mérito positivo de los españoles, y por otro el menosprecio imbécil respecto de cuanto trasciende á labor histórica y erudita (como si los pueblos más grandes del mundo civilizado no diesen de ella el más formidable ejemplo), han determinado un ambiente de ruin escepticismo, sólo propicio á que se entronice la osadía ignara de unos pocos sobre la base de la estólida timidez de muchos más. Pobreza y sabiduría tuvieron siempre en todas partes estrecho parentesco, pero en España, salvo contadísimos casos, parecen ir unidas en virtud de una de aquellas presunciones que los glosadores llamaban *iuris et de iure*, por no admitir prueba en contrario.

Si á las referidas condiciones científicas que concurrían en el Marqués de Monsalud, agregáis la sencillez de espíritu y la

rectitud de intención que avaloraban todos sus actos, comprenderéis lo que fué en vida aquel discretísimo varón, cuya memoria deberá enaltecer más bien cortada pluma que la mía. Al ingresar en vuestra Corporación, Señores Académicos, un 3 de Junio de 1900, creyóse él obligado á manifestaros la expresión de su reconocimiento. Al asociarme yo también, en el día de hoy, á vuestras tareas, compartiéndolas con algunos que fueron y siguen siendo mis venerados maestros, paréceme harto poco hablar de gratitud, y espero demostraros con hechos que, si no igualar, sabré por lo menos seguir sus huellas.

* * *

De Historia pienso hablaros, señores; pero no de la historia de intrigas políticas, ni de evoluciones lingüísticas, ni de monumentos arqueológicos, ni de textos literarios, ni de tradiciones artísticas, sino de la historia de las ideas, de que los actos humanos son siempre expresión, las más de las veces imperfecta.

Es, por cierto, la Filosofía, aquel orden de conocimientos en que la Historia tiene una representación tan indispensable, que adquiere un verdadero predominio en el método. Comprendo bien que á un poeta, sobre todo si es *futurista* y aboga por la quema de las Bibliotecas, le parezca muy posible escribir un buen soneto sin haber leído á Homero, y un regular poema geórgico sin conocer á Teócrito ni á Virgilio. Me explico que se pueda construir ún sólido edificio sin haber hojeado á Vitrubio, y que se cultive bien un campo sin haber estudiado á Columela ni á Varrón. También admito que se pueda resultar un prodigioso matemático sin haber leído á Euclides; y doy por supuesto que Edison ó Marconi no hayan pasado jamás los ojos por la *Física* de Aristóteles. Admito todo esto (aunque todavía habría bastante que hablar en ello); pero lo que no puedo aceptar es que un pensador discurra provechosamente acerca de cualquier problema filosófico, sin conocer por lo menos los principales esfuerzos de los que le han precedido. Allá á solas

con su cabeza, ese pensador correría gravísimo peligro de *descubrir* lo que de coro sabe cualquiera que haya saludado un manual de historia filosófica, y emplearía un esfuerzo inútil en reconstruir lo ya edificado (1). Además (y esta es la principal razón del fenómeno), lo que está deductivamente averiguado en Matemáticas, por ejemplo, tiene un carácter apodíctico que se impone por la virtualidad misma de la demostración; mientras que en Filosofía las soluciones no tienen ese aspecto, y así caben en ella, acerca de todo problema, las conclusiones más contradictorias, por lo cual toda labor de este género ha de comenzar siempre, *in mente* ó *in scriptis,* por un balance de argumentos.

La base del razonamiento filosófico es, por consiguiente, una indagación histórica, y aun cuando ni la Filosofía ni la Historia sean *objetos,* sino *modos de estudiar* los objetos, es lo cierto que todo pensar filosófico se muestra como función de un pensar histórico.

Tal acontece con el problema que ha dado lugar á los trabajos acerca de los cuales pienso hablaros hoy (refiriéndome preferentemente á pensadores españoles). Es un problema que pertenece á la jurisdicción de la Lógica, y que necesito plantear antes de exponer sus soluciones históricas.

Notorio es que toda ciencia constituye un determinado orden de conocimientos, ó, mejor dicho, que todo *saber* es un orden de *conocer,* caracterizado por ciertas notas, que, material ó formalmente, son la *demostración* y el *sistema.* «Nosotros—dice Aristóteles—pensamos saber absolutamente algo, y no de un modo sofístico y accidental, cuando creemos conocer que la causa por la cual es la cosa, es la causa de esta cosa, y que no puede suceder que acontezca de otra manera» (2). En tal su-

---

(1) Cf. M. F. Picavet: *L'histoire de la philosophie; ce qu'elle a été; ce qu'elle peut être.;* Paris, F. Alcan, 1888; p. 47.

(2) «'Επίστασθαι δὲ οἰόμεθ' ἕκαστον ἁπλῶς, ἀλλὰ μὴ τὸν σοφιστικὸν τρόπον τὸν κατὰ συμβεβηκός, ὅταν τήν τ' αἰτίαν οἰώμεθα γινώσκειν δι' ἣν τὸ πρᾶγμά ἐστιν, ὅτι ἐκείνου αἰτία ἐστί, καὶ μὴ ἐνδέχεσθαι τοῦτ' ἄλλως ἔχειν.» *(Analyt. post.*, I, 2; cito siempre por la edición A. F. Didot.)

Aristóteles exceptúa de la demostración la ciencia de los principios

puesto, una clasificación de las ciencias no es otra cosa que una ordenación de los grupos de conocimientos demostrativos y sistemáticos. Ahora bien; el conocimiento es un resultado del conocer, y el conocer es un *acto,* acerca del cual no caben sino las preguntas siguientes: el *qué*, el *para qué,* el *cómo,* el *por qué* y el *quién. Qué* sea lo que conocemos, es el objeto de las varias ciencias particulares que se distribuyen la materia del conocimiento. *Para qué* conocemos, es asunto propio de una ciencia de los fines, que podría llamarse Ética. *Cómo* conocemos, ó sea, cuál es el mecanismo y la función del conocer (abstracción hecha de la materia del conocimiento), es lo estudiado por la Psicología. Y, en cuanto al *quién*, ó sea al sujeto del conocer, aparte de que, en último análisis, es la energía indefinible é indeterminable, se resuelve en el *cómo*, porque la naturaleza de semejante sujeto es *la misma función de conocer,* pues el sujeto *en potencia* para conocer no es el sujeto *que conoce*. Queda la pregunta acerca del *por qué*, que á mi entender constituye la materia propia de la Lógica, porque ésta no es, como pensaba Kant (1) «la ciencia de la simple forma del

inmediatos (τῶν ἀμέσων) (Idem; I, 3); y hace muy bien, porque el punto de partida de la demostración (ἀπόδειξις) es *un indemostrable* (ἀναπόδεικτος), del mismo modo que el punto de partida de lo dividido (τόμιος) es *un indivisible* (ἄτομος), el de lo mediato (μέσος) *un inmediato* (ἄμεσος), el de lo movido (κινητός) *un inmóvil* (ἀκίνητος), el de lo limitado (πέρας) *un infinito* (ἄπειρον), como ya notó Anaximandro de Mileto. Lógica y cronológicamente, lo infinito es antes que lo finito. (Cf. G. Tiberghien: *Dissertation sur la Théorie de l'Infini;* Bruxelles, 1846; p. 24). Para el vulgo, que ve en lo finito la realidad (considerada como *percepción),* lo infinito es la serie indefinida de elementos finitos, y así el punto de partida es para él lo finito, el πέρας. Para el filósofo, el verdadero *principio* es lo Infinito, y la misma realidad es un infinito (ἀπείρων), *limitado* por las formas subjetivas de la percepción. La unidad real ó simbólica—decía J. Alvarez Guerra *(Unidad Simbólica, y Destino del Hombre en la Tierra,* Madrid, 1837; tomo I, p. 36)—es un compuesto *mental* de dos infinitos (ascendente y descendente).

(1) *Logique,* publicada por Jaesche; trad. J. Tissot; Paris, Ladrange, 1840; p. 4. En parte responde al pensamiento kantiano esta otra definición de Sanz del Río: «la ciencia que estudia y aplica las leyes del entendimiento al conocimiento de la verdad» *(Doctrinal de Psicología, Lógica y Etica;* 2.ª Parte: *Lógica;* Madrid, F. M. García, 1863; p. 8). Kant, en efecto,

pensamiento en general», sino, substancialmente, una *teoría de la demostración*. Así lo entendieron sus más antiguos cultivadores: los indios; el *Nyāya-Sāstra* de Indrabhūti ó Gotama (607-515 a. de C.) es en esencia una doctrina de la prueba (1).

Pero, si la Lógica estudia la teoría de la demostración, y el conocimiento verdaderamente científico es el *causal* ó *demostrativo*, la Lógica es en realidad una Doctrina de la Ciencia, una *Scientia scientiarum*. Y aquí se nos presenta el problema á que en un principio aludía: si toda ciencia es un orden de conocimientos demostrativos, aplicados á un objeto particular (por ejemplo, las demostraciones de la Física con relación á los fenómenos mecánicos, calóricos, lumínicos, eléctricos ó magnéticos que estudia), habiendo una teoría general de la prueba, esas demostraciones particulares serán un desenvolvimiento de aquélla, es decir, al demostrar una ley física, aplicaremos al fenómeno especial de que se trate los principios generales de la prueba, so pena de que estos principios no nos sirvan de nada, ó, en otros términos, so pena de que no exista semejante teoría general. Si se admite esto, cabe preguntar: siendo evidente que toda demostración es demostración *de algo* en las ciencias particulares, ¿será también demostración *de algo* la Teoría lógica, ó carecerá de objeto? Una prueba sin objeto, real ó hipotético, es un absurdo. Si, pues, ha de haber un objeto de la demostración lógica, ¿cuál será? ¿Resultará quizá que, del mismo modo que la prueba física es una aplicación de la prueba lógica, el *objeto físico* es igualmente una expansión, una diferenciación

---

había dicho también que la Lógica era: «la ciencia de las leyes necesarias del entendimiento y de la razón en general» *(loc. cit.)*. Y, aunque parezca extraña la coincidencia, no difiere gran cosa del concepto de Sanz del Río el que formula Orti y Lara cuando dice que el objeto formal de la Lógica son las leyes á que deben conformarse la percepción, el juicio y el raciocinio, á que se reducen todas las demás operaciones intelectuales. *(Lógica;* Madrid, Jubera, 1885; p. 6).

(1) Véanse: M. Satis Chandra Vidyabhusana: *History of the mediaeval School of Indian Logic;* Calcutta, 1909; p. 2 y sigs.— Sadajiro Sugiura (ed. by E. A. Singer): *Hindu Logic as preserved in China and Japan;* Philadelphia, 1900; p. 21.—Panchanana: *Division of the Categories of the Nyáya philosophy, with a commentary;* ed. Röer; Calcutta, 1850.

particular del *objeto lógico*, de tal suerte que, así como la prueba, en el primer caso, en tanto es prueba, en cuanto conviene con la prueba lógica, el objeto, en tanto sea objeto, en cuanto *partícipe* del objeto lógico?

Según se conteste afirmativa ó negativamente á la pregunta, el valor de la disciplina lógica variará de un modo extraordinario; porque, afirmada la existencia del objeto lógico, el sujeto se hallará en potencia propincua para utilizar un ARTIFICIO casi divino, verdadera piedra filosofal, con la cual podrá investigar y demostrar, de un modo universal y absoluto, *todo lo que se puede saber* en todas las ciencias; y si se contesta negativamente, habrá que invertir el orden genético que habíamos supuesto, y lejos de ser la prueba especial una derivación de la general, será ésta una consecuencia de aquélla.

Tal es, señores, el problema filosófico, en algunas de cuyas soluciones históricas voy á ocuparme. Hubo en el siglo XV un insigne español, llamado Fernando de Córdoba, cuyos trabajos coincidieron con los albores del Renacimiento en nuestra patria. Él creyó haber descubierto un maravilloso artificio «omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis»; él hizo ostentación de su maestría dialéctica en los paises extranjeros y, como Protágoras huyó de Atenas ante una acusación de impiedad, él hubo de salir de París en vista de que los doctores de esta Universidad le tomaban por el Anti-Cristo; él vivió junto á los grandes hombres del Renacimiento italiano; y él, por último, en su vida misteriosa y accidentada y en sus escritos peregrinos y abigarrados, enlaza por modo extraño la decadencia del Escolasticismo con el generoso fervor del Renacimiento. A FERNANDO DE CÓRDOBA, pues, y con este motivo á LOS ORÍGENES DEL RENACIMIENTO FILOSÓFICO EN ESPAÑA, dedicaré los párrafos que siguen.

I

EL RENACIMIENTO

La famosa teoría de los *corsi e ricorsi*, de Vico, aun cuando no responda por completo á la realidad histórica, no puede afirmarse que la falsee en absoluto. Así como en el hombre hay un sedimento natural y originario que (en parte) depende de la herencia y que explica el fenómeno de la continuidad del Yo, así en la Humanidad existe otro sedimento primitivo, á cuyo progreso contribuyen más ó menos todas las generaciones y que, principalmente, se mantiene por la conservación de lo tradicional. De aquí el valor para mí más preeminente de la Historia: su poder *unitivo*, en virtud del cual nos sentimos ligados con las generaciones que nos han precedido en el mundo, y suponemos que nuestros esfuerzos serán también elemento de vida para las venideras. El intelectualista puro corre grave riesgo de ser un profundo pesimista; el amor á la Vida sólo puede descansar en la apreciación del valor de la Vida misma, y este valor no se comprende cuando únicamente observamos nuestra propia individual existencia, porque es función de toda una serie, cuyo principio se nos oculta y cuyo término no podemos precisar. Al modo que el atacado de parálisis general, después de un período caracterizado por el *taedium vitae* y por fenómenos neurasténicos y psicasténicos, comienza por perder rápidamente la memoria y por abandonar el sentido de la orientación, así el olvido de las tradiciones y de la Historia distinguen á los pueblos cuya existencia corre peligro de muerte.

Pero, así también como el individuo renace en la generación que le sucede, así los pueblos vuelven á la vida en las sociedades que les sustituyen. Y del mismo modo que en la vida individual hay períodos en que resurgen, apoderándose de toda la

dirección de la actividad, estados de conciencia que parecían definitivamente olvidados; así en la Humanidad se dan esos resurgimientos, que no sin propiedad se han llamado *renacimientos*.

Digo esto, porque sería error no liviano entender que el único *Renacimiento* es el así denominado en los libros de Historia general, y cuyo curso se extiende desde el año 1453 (fecha de la toma de Constantinopla por las tropas turcas de Mohámmed II) hasta el 1517 (momento histórico de aparición de la Reforma luterana). Ha habido otros, no menos notables, en la evolución de la Humanidad. ¿Quién pondrá en duda, por ejemplo, de que lo es igualmente el siglo XII, época en que el comercio de las ciudades hanseáticas, de las repúblicas italianas, de Marsella y de Barcelona, adquiere inusitado esplendor; en que el régimen municipal se transforma, emancipándose las ciudades; en que se fortifica el estado llano y se abate el poder feudal; en que despiertan las lenguas romances; en que florece la arquitectura románica y viene á luz la ojival; en que las cruzadas (comenzadas en 1096) ponen al mundo europeo en comunicación con el Oriente? Hasta los filósofos que brillan en aquel tiempo, parecen distinguirse por el mismo insaciable deseo de saber y de correr tierras, que constituye una de las notas características de los hombres del segundo Renacimiento. Buena prueba de ello es el inglés Adelardo de Bath, que estuvo en España y que fué autor del curioso opúsculo *De eodem et diverso* (escrito por los años de 1105 á 1106), donde bajo el velo de una imitación de Boecio, se contiene uno de los más antiguos intentos de conciliación platónico-aristotélica (1). Y no es para olvidar el mara-

(1) «Quoniam igitur illud idem, quod uides, et genus et species et indiuiduum sit, merito ea Aristoteles non nisi in sensibilibus esse proposuit. Sunt etenim ipsa sensibilia, quamuis acutius considerata. Quoniam uero ea, in quantum dicuntur genera et species, nemo sine imaginatione presse pureque intuetur, Plato extra sensibilia, scilicet in mente diuina, et concipi et existere dixit. *Sic uiri illi, licet uerbis contrarii uideantur, re tamen idem senserunt.*» *(Des A. von B. Traktat De eodem et diverso. Zum ersten Male herausgegeben und historisch-kritisch Untersucht* von Dr. Hans Willner; Münster, 1903; p. 12; en los *Beiträge zur Geschichte*

villoso espectáculo de aquella Escuela de traductores toledanos, presidida por el arzobispo D. Raimundo (1125-1151), Escuela cuyos trabajos, como hace notar Ernesto Renán, «divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas perfectamente distintas» (1). En ella trabajaron, entre otros muchos, el arcediano de Segovia Domingo Gundisalvo, el judío converso Juan de Sevilla, el italiano Gerardo de Cremona, el inglés Daniel de Morlay, Hermann el Dálmata, Roberto de Rétines, y, algo más tarde, Hermann el Alemán (después obispo de Astorga), y Miguel Escoto. A estos trabajos, iniciados en el ambiente hispano, se debe el que la segunda Edad Media conociese, si bien por el imperfecto medio de las versiones latinas de textos árabes (que á su vez solían ser traducciones de traducciones), las obras fundamentales de Aristóteles, de Euclides, de Hipócrates, de Themistio, de Galeno, de Alejandro de Afrodisia, de Tolomeo, de Avicena, de Algazel, de Alkindi, de Alfarabi, de Averroes y de Abengabirol; es decir, la mayor parte del bagaje intelectual que sirvió de base á los investigadores hasta el siglo XV. Y, para colmo de analogía, así como el Renacimiento de esta última época se enlaza con agitaciones sociales y con disensiones religiosas, así el del siglo XII se relaciona con las contiendas de los albigenses y con la aparición de

---

der Philosophie des Mittelalters de los Dres. Baeumker y von Hertling, IV, 1).

A Platón le llama Adelardo de Bath: «meus Plato», y «familiaris meus Plato» (p. 13). En la página 32 de la edición citada, dice Adelardo: «Verumtamen quoniam hae ipsae, quas laudo, non omnes apud eosdem facile reperiuntur, operae pretium erit diuersarum gentium doctores adire, quodque in singulis elegantius reperies, memoriae mandare. *Quod enim Gallica studia nesciunt, transalpina reserabunt; quod apud Latinos non addisces, Graecia facunda docebit.*»

Según resulta del opúsculo, Adelardo de Bath había estado en Francia y en Italia. Cuenta que, yendo de Salerno «in Graecia maiore», habló á «quendam *philosophum Graecum,* qui prae ceteris artem medicinae naturasque rerum disserebat» (p. 33).

(1) Cons. el vol. I de mi *Historia de la filosofía española* (Madrid, 1908), pág. 309 y sigs., donde he añadido algunos datos nuevos á los ya conocidos por los trabajos de A. Jourdain, Leclerc, Hauréau y Wüstenfeld.

doctrinas como las de Amaury de Chartres, David de Dinant y *Mauricio hispano*, condenadas por el Concilio de París de 1210.

Ni ¿quién dudará tampoco de que es otra época de *Renacimiento* el siglo XIX, en el que, aparte del prodigioso progreso de las ciencias experimentales, del florecimiento general de los estudios históricos y de las agitaciones de todo género, vemos surgir nuevas formas de Arte y aparecer una investigación portentosa de las antigüedades orientales? El extremo Oriente nos entrega sus tesoros; las esfinges del valle del Nilo y los ladrillos caldeos nos han revelado su secreto; las raíces aryas, interpretadas por la filología, nos cuentan la vida de los patriarcas de la Bactriana; donde quiera se levantan, del polvo que parecía más infecundo, dinastías y conquistadores, ritos y teogonías. Empiezan á sernos tan familiares las orillas del sagrado Ganges como las del Tíber ó las del Ilysso, y la leyenda del Sakya-Muni tanto como la de Sócrates» (1). Y resultado de la conjunción de este pensamiento oriental con el genio de Occidente, ha sido el sistema metafísico más sólido y poderoso de cuantos el idealismo kantiano ha producido: el de Arturo Schopenhauer, cuyo espíritu ha influído notoriamente en la producción de la obra artística más original y profunda del siglo: la de Ricardo Wagner.

* * *

Volviendo al Renacimiento así llamado por antonomasia, al del siglo XV (periodo histórico que, á mi juicio, debe alargarse hasta 1550 y no hasta 1517), preciso es convenir en que, aun cuando se distinga externamente por la resurrección de la antigüedad clásica, sagrada y profana (sin excluir por completo la hebraica y arábiga) concurren en él otros fenómenos más gene-

(1) M. Menéndez y Pelayo: *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia* el 13 de Mayo de 1883; Madrid, 1883; p. 39.

rales y más íntimos. No solamente es un período de *nueva intelectualidad,* sino de *nueva vida.* La comunicación con el mundo antiguo no se había interrumpido nunca por completo (ahí están los nombres del Petrarca y de Boccaccio para probarlo); pero la entrada en Italia de los emigrados griegos abrió nuevos cauces al pensamiento. Por otra parte, la invención de la imprenta, el descubrimiento de América y la formación de los grandes Estados que acompañó al advenimiento de la Edad Moderna, contribuyeron á aumentar prodigiosamente los medios de propaganda de las ideas y á ensanchar cada vez más el campo de las iniciativas individuales y colectivas. No sin razón, pues, se llama *humanistas* á los literatos de esta época, porque ya comenzaba á ser posible que el *hombre* se considerase ciudadano del mundo y que sus palabras fuesen escuchadas por la Humanidad. «La significación del Renacimiento—escribe Höffding (1)—es, por lo tanto, la de designar el período durante el cual las barreras y las tendencias exclusivas del concepto que la Edad Media tenía de la vida, pudieron ser atacadas por medio de experiencias nuevas y de nuevos puntos de vista. Por diferentes que sean los personajes que encontremos en la filosofía del Renacimiento, tienen, sin embargo, de común un gran entusiasmo por la naturaleza, una gran confianza en ella, la ambición de realizar un concepto unitario de la existencia y de afirmar la legitimidad y la justificación de la vida humana según la naturaleza.» *Humanismo (humanitas,* que decía Cicerón), es erudición y es cultura; pero es también, y principalmente, amor á los hombres y comunión con ellos en espíritu y en naturaleza.

No fué este humanismo del Renacimiento un humanismo marmóreo, egoísta y meramente artístico, sino todo lo contrario. Cierto que, como ha hecho notar el Sr. Menéndez y Pelayo, el Renacimiento en Italia y España es más artístico, y en los países del Norte más batallador y agresivo. Cierto también que el humanismo reanimó la inteligencia y el sentimiento de la

(1) *Histoire de la philosophie moderne;* trad. Bordier; Paris, Alcan, 1906; I, 14.

belleza antigua (1); pero es en el fondo exacto aquel aforismo de Weininger, según el cual *entender plenamente á algún hombre equivale á superarle* (2), y como los humanistas comenzaron por procurar comprender lo que trataban de imitar, no tardaron en filosofar por su propia cuenta. Así, Giotto y su escuela copiaban una estatua, un motivo ornamental, más poco á poco se desligaba el artista de la sujeción al modelo, á medida que le iba penetrando mejor. Por eso la resurrección á que me refiero no fué una mera copia ó servil imitación de modelos más ó menos perfectos, sino que laten en toda ella ideales nuevos, tendencias de libertad y amplitud hasta entonces desconocidas, contradicciones de mera forma unas, de radicales principios otras (3). Y como sólo de la comparación racional, del examen abierto, de la lucha de ideas, nacen las convicciones arraigadas y los progresos verdaderos, de ahí la excepcional importancia que semejante revolución ofrece para la historia de la Humanidad.

Las biografías de los renacientes (como el *Hodœporicon* ó Memorias de las aventuras y correrías escolares de Juan Butzbach, y los *Recuerdos* del profesor é impresor de Basilea Tomás Platter) y su correspondencia epistolar (especialmente la copiosísima de Erasmo), demuestran la existencia agitada de aquellos hombres, su universal deseo de saber, su alegría inmoderada de vivir. La erudición de los humanistas tiene, en efecto, por lo general, carácter enciclopédico. A la manera que Miguel Angel y Leonardo de Vinci eran, á la vez que pintores, escultores, arquitectos, músicos y poetas, los eruditos del Renacimiento acostumbraban á llevar de frente todas las disciplinas.

(1) Cons. mi artículo: *El Renacimiento y su influencia literaria en España*, en *La España Moderna*, de Febrero, 1902; pág. 90.

(2) «Einen Menschen (Kant oder Fechner) vollständig verstehen, heisst ihn überwinden.» (Dr. Otto Weininger: *Über die letzten Dinge;* Wien und Leipzig, 1907; p. 72.)

(3) «Todas las fuerzas, todas las virtudes y todos los vicios fueron impulsados por el deseo febril de gozar del poder, de la gloria y de la inteligencia. El Renacimiento se ha comparado con una bacanal de la civilización.» F. Gregorovius: *Lucrezia Borgia;* trad. Mariano; Firenze, Le Monnier, 1874; p. 129.

A la edad de veinticuatro años publicó Juan Pico de la Mirándola, en Roma y en las principales ciudades de Italia, sus 900 tesis *de omni re scibili*, desafiando á duelo literario á todos los doctos de su época (1); y para no hablar más que de nuestra patria, Lebrija, Vives, Fox Morcillo, el Brocense y Arias Montano, fueron, á la vez que gramáticos y retóricos, matemáticos, físicos, teólogos, políticos, filósofos y astrónomos.

Por eso caben en el Renacimiento todo género de tendencias,

---

(1) Adversario de Pico de la Mirándola fué un español poco conocido, el Obispo D. Pedro García, de quien conozco la siguiente obra, que posee en su Biblioteca de Santander mi maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo:

Determinationes magistrales reuerendi patris domini Petri Garsie Episcopi Ussellen. contra Conclusiones apologeticas Joannis Pici Mirandulani Concordie Comitis.—En folio. Capitales iluminadas en rojo y azul. Colofón: «Impressum Rome per Euchariū Sil= | ber alias Franck natione Alemanū ab | Anno nostre salutis. M. cccc. lxxxix. die | vero. xv. mensis Octobris.»

Según se infiere de la *Conclusio operis,* Pedro García fué natural de Játiba, y maestro en artes y en sagrada teología por la universidad de París. Escribió esta obra en Roma, el año 1488, en casa del Cardenal D. Rodrigo de Borja, señor suyo. En la Dedicatoria á Inocencio VIII, dice que ha escrito este libro contra Pico: «humili stilo et *scholastico*, more parisiensium theologorum».

Las *Determinationes* son en número de trece:

«I De descensu Christi ad inferos secundum animam.

II De pena peccato mortali debita secundum quantitatem temporis.

III De adoratione crucis et imaginis Christi et reliquiarum sanctorum aliorum.

IV De assumptibilitate nature irrationalis quo ad potentiam Dei absolutam.

V De libertate actus credendi fidei christiane.

VI De existentia accidentium in sacramento altaris.

VII De possibili existentia corporis et sanguinis Christi cum substantia panis et vini in sacramento altaris.

VIII De forma consecrationis panis et vini quo ad suppositionem personalem vel materialem.

IX De intellectu et intelligere diuino quomodo et qualiter dicuntur de deo.

X De intelligere abdito anime humane corpori coniuncte.

XI De Magia et Cabala secundum se et omnes suas partes quo ad prohibitionem et certificationem de diuinitate Christi.

XII De miraculis Christi, quomodo sunt argumentum certissimum sue diuinitatis.

XIII De Origene, an saluus uel damnatus sit.»

de aspiraciones y de doctrinas. El Escolasticismo decadente sigue teniendo representantes; el Averroismo continúa imperando en la escuela de Padua; Nicolás de Cusa (1401-1464) resucita los principios pitagóricos, eleáticos y neoplatónicos en sus libros *De docta ignorantia*, anticipándose á Hegel con sus doctrinas sobre la naturaleza de la Unidad primera y sobre la *coincidentia oppositorum*, y á la filosofía natural novísima con su concepto de la Materia como Fuerza (1); en la Academia de Florencia, Jorge Gemisto Plethon (1355-1450), Marsilio Ficino (1433-1499) y el Cardenal Bessarion (1403-1472) exponen el pensamiento platónico; el mismo Ficino traduce á Platón y á Plotino, continuando la obra ya comenzada por Leonardo Aretino (1369-1444), que tradujo, entre otros textos, el *Fedon*, el *Fedro*, el *Critón* y el *Gorgias*; Jorge de Trapezuncia (1396-1484) y Theodoro Gaza (1400-1478) defienden el peripatetismo; Juan Pico de la Mirándola (1463-1494) y Juan Reuchlin (1455-1522) conciertan el neoplatonismo con la Kábbala; E. Cornelio Agrippa de Nettesheim (1486-1535) proclama una peregrina mezcla de misticismo neoplatónico y de principios lulianos con un satírico escepticismo; Teofrasto Bombasto Paracelso (1493-1541) recuerda los ensueños de los alquimistas; Lorenzo Valla (1407-1457) y Rodolfo Agrícola (1442-1485) sientan las bases del criticismo filosófico renaciente en sus respectivos libros: *Dialecticae disputationes contra Aristotelem* y *De inventione dialectica*; Juan Argyrópulo (m. 1486) y Hermolao Bárbaro (1454-1493) traducen á Aristóteles y á Themistio; Angelo Policiano (1454-1494) á Epícteto; Pedro Pomponazzi (1462-1525) restaura, en su libro: *De immortalitate animi* (1516) el materialismo psicológico de Alejandro de Afrodisia; nuestro León Hebreo (¿1460-1520?) hace en sus exquisitos *Diálogos de Amor* la más acabada adaptación de la estética platónica; Fray Alonso de Castrillo, en su *Tractado de republica* (1521), ataca por su base el sistema monárquico y proclama la libertad natural de los hombres, sosteniendo que «para ser mas segura

(1) Nicolás de Cusa es también, en parte, un luliano (vid. su tratado *De venatione sapientiae*).

la Republica, no conuiene ser perpetuos los gouernadores della», y que, «salua la obediencia de los hijos a los padres, y el acatamiento de los menores a los mayores en edad, toda la otra obediencia es por natura injusta, porque todos nacimos yguales y libres» (1); Maquiavelo (1469-1527) formula la filosofía política de la nueva Era; Mario Nizolio (1498-1576?) combate sistemáticamente los métodos de la antigua Dialéctica; Juan Luis Vives (1492-1540) reforma la Pedagogía, critica y restaura la enciclopedia filosófica, y se muestra como el pensador más completo del Renacimiento; y, presidiendo esta universal efervescencia, aparece la ingente figura de Erasmo de Rotterdam (1467-1536), un poco escéptica, de miras conciliadoras, como las de aquellos emperadores romanos que admitían los cultos de Isis, de Mithra, de Orfeo y de Jesús junto al de Júpiter (2).

A pesar de que hay en el pensar del Renacimiento una parte

---

(1) Cap. XXII; págs. 40 y 41. (Burgos, Alonso de Melgar, 1521).

(2) Vid. A. Bonilla: *Erasmo en España (Episodio de la historia del Renacimiento);* New York, Paris, 1907 (170 págs. en 4.°).—Idem, íd.: *Clarorvm hispaniensivm epistolae ineditae, ad hvmaniorvm litterarvm historiam pertinentes* (Excerpta e *Revue Hispanique,* VIII); Parisiis, 1901 (136 págs. en 4.°).

En cuanto á la filosofía del Renacimiento en general, véanse:

Ueberweg-Heinze: *Grundriss der Geschichte der Philosophie;* Zehnte Aufl.; Berlin, 1907; t. III, págs. 1-68.

Dr. R. Falckenberg: *Geschichte der neueren Philosophie;* Fünfte Aufl.; Leipzig, 1905; págs. 17-54.

Aunque demasiado breves, merecen también leerse las págs. 141 á 151 del notable compendio de A. Schwegler: *Geschichte der Philosophie im Umriss* (Sechzehnte Auflage; Stuttgart, 1905), y la 382 y sigs., de W. Windelband, en la reciente: *Allgemeine Geschichte der Philosophie* (Berlin-Leipzig, 1909).

Acerca del Renacimiento, son obras clásicas las de G. Voigt: *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus* (3.ª ed. hrsg. v. Max Lehnerdt; Berlin, Reimer, 1893, dos tomos); y Jac. Burckhardt *(Die Cultur der Renaissance in Italien,* 4.ª ed. aumentada por L. Geiger; Leipzig, 1886; hay versión francesa, de M. Schmitt, con el título de: *La Civilisation en Italie au temps de la Renaissance;* Paris, Plon, 1885, en dos vols.). Puede consultarse también el libro de L. Geiger: *Renaissance und Humanismus in Italien und Deutschland;* Berlin, 1882. (Hay versión castellana en la *Historia Universal* de Oncken; Barcelona, Montaner y Simón).

constructiva muy interesante, es evidente que predomina en él el sentido *crítico*. Por eso decía antes que, en general, parece respirarse la alegría de vivir en la atmósfera del Renacimiento: «la crítica—escribe Nietzsche (1)—deja sobre su estela un reguero chispeante de alegría, de ingenio, de admiración á uno propio, de fiereza, de enseñanzas, de buenos propósitos. El Dios de la alegría creó lo malo y lo mediano por la misma razón que le movió á crear el bien.» *Alegría* y *fiereza* parecen ser, en efecto, las notas características de aquellos críticos que se atreven á residenciar á Aristóteles, como Vives y Nizolio; que hacen más aprecio de las odas de Píndaro que de las páginas del Breviario, como Policiano y nuestro Brocense; que rompen á veces con todos los escrúpulos morales, como Poggio, Filelfo, Beccatelli, Aretino y el mismo Lorenzo el Magnífico; que proclaman la incertidumbre y vanidad de todas las ciencias y artes, como Erasmo y Agrippa; que envuelven en sus sátiras á todos los estados, como Rabelais; que fustigan despiadadamente la *barbarie* antigua, como Ulrico de Hutten ó quienes sean los autores de aquella inmortal sátira rotulada: *Epistolae obscurorum virorum*, donde se pinta á los Maestros en las Universidades «cum suis sociis, per totam noctem bibentes, ludentes, et tractantes levitatem»; y se supone á los obscurantistas admirados «quod unus simplex studens aut cornutus vult plus scire jam in Aristotele, quam Baccalaureandus, aut Magistrandus, qui audivit cursum et est bene qualificatus» (2).

Estudio crítico de la antigüedad clásica, *humanismo* en el sentido ético del vocablo, *concepto naturalista* de la *vida*, *enciclopedismo* en la cultura, *espíritu de libertad* (3) en todos

(1) *Der Wanderer und sein Schatten* (El Viajero y su Sombra). (Chemnitz, 1880); I., §. 149.

(2) *Epistolae obscurorum virorum aliaque aevi decimi sexti monimenta rarissima;* ed. Dr. E. Münch; Leipzig, 1827; págs. 87 y 269.

(3) Cons., en la invectiva *In pseudo dialecticos* de Luis Vives *(Opera omnia;* Valentiae Edetanorum, 1782; t. III, p. 37 y sigs.), los párrafos en que habla de los renacientes como de *libera ingenia*, y dice que llaman *á la libertad* á sus conciudadanos *(cives* suos *ad libertatem* vocant) y que vindican *la libertad* de la república literaria (vindicabunt totam prorsus litterariam civitatem *in libertatem* longe suavissimam) (p. 62, ed. cit.)

los órdenes, y, como consecuencia de ello, *fe en el progreso* de la Humanidad (1): tales son, á mi juicio, los caracteres más señalados del Renacimiento.

* * *

El Renacimiento del helenismo comienza verdaderamente en Italia en el siglo XIV, y tiene su principal foco en Florencia, á donde Palla Strozzi hizo ir en 1396 á Manuel Chrysoloras, «padre—advierte A. Didot—de toda una generación de helenistas».

Por lo que á España respecta, los inventarios de las Bibliotecas de D. Enrique de Villena, del Marqués de Santillana, de los Condes de Haro, del Duque de Béjar, de los Condes de Benavente, de Batres, del Duque de Calabria, de D.ª María de Aragón, y sobre todo los de las librerías del rey Martín de Aragón, del Príncipe de Viana y de Isabel la Católica, nos hacen comprender cómo fué paulatinamente acentuándose el caudal de los elementos de instrucción española y preparándose la era del Renacimiento. Ya el Príncipe de Viana posee libros de Aristóteles, Demóstenes, Diógenes Laercio (Walter Burley),

---

(1) «¿Quis inter haec—escribe Luis Vives, y sus palabras parecen ser un eco de todo el espíritu renaciente—pronuntiare poterit quousque progredi humano ingenio liceat, nisi solus Deus, qui et naturae terminos, et ingenii nostri novit, auctor utriusque? Equidem, haud negaverim quin olim sapientiae studiosi multum consecuti sint diligentiâ, curâ, diuturnitate disciplinae, intentione animi, quae res illos evexerunt longius, quàm quò nos potuimus peruenire socordiâ et segnitie impediti ac retardati. ¿Sed cui tandem tanta diligentia, usus, studium, institutio, aetas, acumen suppetiit, longius ut nemo posset progredi, vel alius quispiam, vel idem ipse, quàm quò iam pervasisset, in naturae itinere, tam longo, tam lato, tam multiplici, et propter nostras tenebras impedito? ¿Ipse Aristoteles an non plura assecutus est senex quàm iuvenis? ¿Quàm multa reliquit sibi ipsum ambigua? ¿Quoties se ipsum correxit»? (Vid. mi: *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento;* Madrid, 1903; pág. 422).

«Nihil est tam arduum, quo humanum ingenium penetrare non possit», decía Hermolao Bárbaro *(Apud:* Omnium Angeli Politiani Operum [quae quidem extare nouimus] Tomus prior; Venundantur in edibus Ascensianis &. Ioannis Parui; fol. XCIII vuelto).

Plutarco, Cicerón, César, Tito Livio (en epítome), Tácito, Plinio, Quinto Curcio, Séneca—, que, como Boecio, apenas falta en ninguna biblioteca medioeval —, Elio Lampridio, Justino, Nonio Marcelo, Valerio Máximo, Quintiliano y hasta «*Los evangelis en grech*» y «*Un alfabet en grech*» (1).

La Corte de Don Juan II de Castilla (1419-1454) es el preámbulo inolvidable del Renacimiento español. Cierto que, á excepción quizá de Don Alonso de Cartagena, de Don Enrique de Aragón y de Don Juan Margarit, apenas ningún otro de los literatos de aquella época llegó á tener conocimiento del idioma griego; pero en cambio el latín era conocido con relativa perfección, y por tal medio se lograba tener noticia de las obras de la antigüedad clásica. Así, Pedro Díaz de Toledo traducía el *Fedon,* el *Fedro* y el *Axioco,* y recordaba los argumentos de Sócrates para exhortar al desprecio de la muerte y á la condenación del suicidio en el *Razonamiento que fizo* sobre la muerte del Marqués de Santillana (1398-1458). Así este insigne prócer tenía en su Biblioteca las *Eticas* de Aristóteles, y podía disfrutar de Homero, Platón, Tucídides, Aristóteles, Polibio, Cicerón, César, Salustio, Ovidio, Virgilio, Trogo Pompeyo, Tito Livio, Séneca, Valerio Máximo, Flavio Josefo, Lucano, Frontino, Quintiliano, Plinio, Quinto Curcio, Suetonio y Paladío (además del Dante, del Petrarca, de Boccaccio (2) y de Leonardo Bruni), si no en sus originales, en versiones, pues el Marqués era, como él decía, de los que «caresçiendo de las formas, eran contentos de las materias». Así también don Enrique de Aragón (1384-1434) poseía, entre otros autores, á Platón, Jenofonte, Hipócrates, Catulo, Apuleyo, Aulo Gelio, Justino y Vegecio. El mismo Don Enrique de Villena traducía á Virgilio, Pero López de Ayala á Tito Livio, y Fernán Pérez de

---

(1) Don Martín de Aragón poseía á Estacio, en latín (Cf. *Inventari dels bens mobles del rey Martí d'Aragó,* transcrit per Manuel de Bofarull i publicat per J. Massó Torrents; núm. 274; en la *Revue Hispanique;* t. XII, núm. 42).

(2) Boccaccio figuraba también, en 1497, en la librería de la iglesia de Santiago (A. López Ferreiro: *Galicia en el último tercio del siglo XV;* La Coruña, 1897; t. II, p. 215).

Guzmán y Mosén Diego de Valera se esforzaban por recordar en sus escritos la manera de Salustio y de Tácito. El mismo Marqués de Santillana, á quien Don Alonso de Cartagena (que asistió al concilio de Basilea) puso en relación con los humanistas italianos, y á cuyo fallecimiento dedicó sentidos versos latinos Pedro Cándido Decembri, tenía en Florencia un amigo, Nuño de Guzmán, que le servía de agente para la adquisición de manuscritos y que conoció á Giannozzo Manetti, á Leonardo Bruni, á Pedro Cándido Decembri y á Vespasiano de Bisticci (1). A instancias del citado D. Alonso de Cartagena, Leonardo Bruni, en 7 de Diciembre de 1435, escribió al rey don Juan II, loando su amor al estudio y la protección que dispensaba á los eruditos (2). Un familiar del Marqués de Santillana, Juan de Lucena, vivió algún tiempo en Italia y pudo conocer á los humanistas de este país; y es incuestionable que don Iñigo López de Mendoza, segundo hijo del Marqués, estuvo de embajador en Roma cerca de los Papas Nicolás V y Pío II, y que el Gran Cardenal D. Pedro González de Mendoza frecuentó también la comunicación con los literatos italianos.

---

(1) M. Schiff: *La Bibliothèque du Marquis de Santillane;* Paris, E. Bouillon, 1905. (En la *Bibl. de l'Ecole des Hautes Etudes);* página LXXXVI.

Diego de Burgos, en el Prefacio del *Triunfo del Marqués de Santillana,* llega á decir de éste: «Mas como el varon de alto yngenio viese por discursos de tienpos, desde Lucano e Seneca e Quintiliano e otros antiguos e sauios, rrobada e desierta su patria de tanta rriqueza, doliendose dello, trauajo con grand diligençia por sus propios estudios e destreza e con muchas e muy claras obras conpuestas del mesmo, ygualarla e conpararla con la gloria de los famosos onbres de Atenas o de academia e tanbien de Romanos, *trayendo a ella grand copia de libros de todo genero de filosofia en estas partes fasta entonçe non conoçidos,* enseñando el por si a muchos e teniendo onbres muy sabios que a la letura de otros aprouechasen... Pues si Apolonio asi se dolia que de los griegos por yndustria de Tulio la eloquençia fuese a los rromanos leuada, quanto mas con rrazon oy los de Italia se deuen doler e quexar que por lunbre y ynjenio deste señor a ellos sea quitada e trayda a nuestra Castilla e ya en ella a tanta gloria floresca que notoriamente se conoscan sobrados.» *(Apud* Schiff: *op. cit.,* págs. 461 y 462).

(2) Llámale: «rey de muy grand e muy abastado regno, mançebo de quien muy altas cosas se esperan.» (Ms. 10214, antes Ii-13, de la Bibl. Nac. Matrit.)

En los poetas que figuran en los varios *Cancioneros* españoles del siglo XV y principios del XVI, obsérvase claramente el prurito de mostrarse competentes en clasicismo, para lo cual á cada paso traen en sus versos recuerdos de la antigüedad. Ahi están Juan de Andújar, Diego del Castillo, Juan de Tapia, Carvajal, Juan de Mena y el Marqués de Santillana en el Cancionero de Lope de Estúñiga; Alfonso Alvarez de Villasandino, Fray Lope del Monte, Diego Martínez de Medina y Micer Francisco Imperial, en el de Baena; Hernán Pérez de Guzmán, Gómez Manrique, Diego de Burgos, Jerónimo de Artés y Garci Sánchez de Badajoz, en el de Hernando del Castillo, que no me dejarán mentir, para no mencionar otros muchos.

Late en varios libros, opúsculos y discursos escritos durante el siglo XV, un anhelo de clasicismo, un deseo de resucitar la majestad de pensamiento y la belleza formal de las obras antiguas, que revelan á las claras la proximidad de una nueva etapa de cultura. Juan de Lucena, familiar que fué de Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), en su *Libro de Vida Beata;* el Condestable don Pedro de Portugal, hijo del Infante don Pedro, en su *Sátira de felice é infelice vida* y en su preciosa *Tragedia de la Reyna Isabel;* el Doctor Pedro Díaz de Toledo en su *Dialogo é razonamiento en la muerte del Marqués de Santillana;* el poeta Rodríguez de la Cámara ó del Padrón en todas sus obras, y muchos otros literatos del siglo XV, demuestran la afirmación precedente. Y nótese esta peregrina circunstancia: á una de las grandes figuras del Renacimiento, á Eneas Silvio Piccolomini (después Papa con el nombre de Pío II) (1) se debe el hermosísimo libro: *Historia de dos amantes, Eurialo Franco e Lucrecia Senesa,* que, traducido admirablemente al castellano (Salamanca, 1496) (2), fué sin duda una de las lecturas favoritas del autor de la *Comedia de Calisto e Melibea.*

De la importancia que llegó á atribuirse por entonces en Es-

(1) Cons. acerca de Eneas Silvio el clásico libro de Jorge Voigt (tres tomos; Berlín, 1856-1863).

(2) Cons. la primorosa reproducción hecha en Barcelona, en 1907, por D. R. Foulché-Delbosc.

paña al estudio del latín, como medio de penetrar los secretos de buena parte de la antigüedad clásica, nos certifica Gracia Dei en su curioso tratado: *Crianza e virtuosa dotrina*, dedicado á la Reina Isabel. Allí escribe:

«Entré una sala do ví enseñar
todos los pages á vn grand maestro,
porque fuese cada vno diestro
de ser enseñado y saber enseñar
en leer, scriuir, tañer y cantar,
dançar y nadar, luchar, esgrimir
arco y ballesta, *llatinar* y dezir,
xedrez y pelota saber bien iugar» (1).

Y Juan de Lucena, en su *Epístola exhortatoria á Fernand Alvarez Zapata,* dice (después de haber atribuido á Sócrates la invención del vocablo *filosofía,* que la tradición refiere á Pitágoras): «Por esta etimología sois vos ya antes filósofo que gramático, pues amando el saber, tomáis la gramática por vuestra primera nudriça, de la cual ablactado, ya que sepáis andar y hablar, podáis por vos mismo tomar lengua de poder abustarlo. Ca sólo latín non es más saber que saber otra lengua, lo cual non solamente los omes, que aun las aves lo saben, papagayos, cuervos, picas, tordos, malvises, linerudos y todas las aves que tienen lenguas redondas hablarán latín, y aun greco, si les muestran.—Pasando el César Augusto, lo saludó un cuervo enseñado: *Salve, Auguste Caesar, semper invicte, salve.* Yo por cierto crié un cuervo que, entre muchas latinas oraciones que hablaba, sintiéndome entrar por casa, altas voces decía: *Magister meus venit; ecce jam venit.* No lo dijera nadi más elegante. Pues luego si otro saber que latín nos hace diferenciar de las bestias, aquél debemos todos amar. El que latín non sabe, asno se debe llamar de dos pies. Si *¡harre, que voy detrás!* non le digo, non aguija por *in pre sequar;* nin se para por *siste, te tergam,* si non le digo: *¡hixo, que te strego!*» (2).

---

(1) A. Paz y Mélia: *Opúsculos literarios de los siglos* XIV *á* XVI; Madrid, 1892 (en la *Sociedad de Bibliófilos españoles);* p. 398.
(2) A. Paz y Mélia: *op. cit.;* ps. 212-213.

¡Qué dolor tan profundo y tan ingenuo el de algunos de estos estudiosos españoles del siglo XV cuando observan su escaso conocimiento de los idiomas clásicos y la insuficiencia de los romances para expresar con galanura su pensamiento! Por eso, cuando hablan vulgarmente (y de esto es ejemplo acabado don Enrique de Villena), todo lo latinizan ó procuran latinizarlo: vocablos, giros, sintaxis.

Es típico, en tal concepto, el siguiente fragmento del *Libro de Vida Beata*, compuesto en Roma por Juan de Lucena (tomando por guía el *Dialogus de felicitate vitae*, dedicado al rey D. Alfonso V de Aragón por Bartolomé Fazzio) (1):

«El Obispo *(D. Alonso de Cartagena):* Nuestra lengua primera bárbara, fecha romana después, al guarismo se es tornada; si cerca es del latín, lexos es ya del palacio; palabra latina no se fabla de gala, y por desfrazo góticos *hahes* letronizados de un palmo se scriuen. Nosotros, señor Marqués, no vayamos tras el tiempo; forcemos tornar el tiempo á nosotros; fablemos romance perfecto, y do será menester, fablemos latino; qui lo entiende, lo entienda; el otro quede por necio; murmuración invidiosa no temamos, y grosera redargución tengamos en poco: la una se roe royendo, y de grosa la otra, rebienta.»

«El Marqués *(de Santillana):* Bien veo, reverendo Padre, que por mi ocasión t'esfuerzas romanzar lo que apenas latino se pronuncia. Nasció en Grecia la philosophia. Sócrates la llamó desdel cielo. Después de Sócrates, el tiempo que Bruto liberó á Roma, Pithagoras la sembró por Italia. Tú agora trasplántasla en España. ¡Beata ella, felice Castilla! Para ella nasciste quando nasciste, no para ti solamente. Tú de caualleria, de re pública, de fe cristiana escreuiste vulgar, y las obras famosas del moral Séneca nuestro vulgarizaste. Si con Johan de Mena fablares á solas, latino sermón razonarías. Yo lo sé. ¡O me mísero! *Cuando me veo defectuoso de letras latinas, de los*

(1) El cual tradujo también al latín los ocho libros de Arriano: *De rebus gestis Alexandri Magni*, dedicándoles igualmente á Alfonso V. (Vid. la ed. de Lyon, Seb. Gryphio, 1552; p. 3 á 5).

fijos de los hombres me cuento, mas no de los hombres. Fablart'e, pues, como supiere. Do errare, enmienda, y suple do vieres mi mengua.» (1).

Esta veneración hacia las lenguas clásicas, iba acompañada en algunos literatos de excesivo menosprecio respecto de las vulgares. Así el Doctor Ferrán Núñez, del Consejo Real y médico del Duque del Infantado, dedicando á éste su opúsculo: *Tractado de Amiçiçia,* se lamenta de ejercitar su balbuciente lengua: «en este vulgar, que pierde el dulçor de la eloquençia z en que ningun buen stillo se puede tomar como en la sacra lengua latina» (2); y en el prefacio de su inédito *Tractado de la Bienauenturança,* confiesa ingenuamente á su protector: «Et ante que comiençe, crea uuestra Señoría que *con tan grand pena se escriue en romançe, que non puede ser cosa más penosa e de mayor trabajo.*» ¡Esto se decía en los días en que Fernando de Rojas escribía su *Comedia de Calisto é Melibea,* monumento imperecedero del habla castellana! ¡En los años próximos á la composición del *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés! ¡Siglos después de que don Alfonso el Sabio aplicara tan maravillosamente el habla vulgar á materias astronómicas, políticas, jurídicas, morales y literarias!

Bien es verdad que en nuestros propios días se ha afirmado algo análogo, por haber sustituído el alemán al tipo de lengua filosófica que antes existía; y como si Alejo Venegas, Pedro Simón Abril, Fray Luis de León y toda la inmensa falange de nuestros místicos se hubiesen ocupado en el arte de cocina, y no en las más elevadas especulaciones, oigo decir á los *Meistersinger* de ahora que el castellano no es apto para expresar debidamente los conceptos metafísicos!...

En la corte de Alfonso V el Magnánimo de Nápoles (1435 á 1458), hijo y sucesor en el reino de Aragón de Don Fernando de Antequera, existió otro importantísimo foco del Renacimiento

---

(1) A. Paz y Mélia: *op. cit.;* págs. 111-113.

(2) Vid.: Ferrán Núñez: *Tractado de Amiçiçia* (publicado por A. Bonilla); New York, Paris, 1906; p. 8.

italo-hispano (1). De aquella Corte, que rivalizó en esplendor con las de los Médicis y León X, arrancaron poderosos impulsos de nuestra cultura renaciente. Allí sorprendió á los doctos la ilustración de un Príncipe de Viana; encantó á los cultos la discreción de un Eneas Silvio; regocijaron á los maldicientes las maliciosas agudezas de los Panormitas, Trapezuncios, Vallas, Filelfos y Poggios, y pudo disfrutarse de los entusiasmos metafísicos de los Gazas y Bessariones. Generoso, modesto y liberalísimo, Alfonso V supo atraerse las voluntades de los humanistas (2), á quienes recompensaba espléndidamente, gastando en atenderles 20.000 florines de oro al año. ¿Quién podría decir lo que experimentó en presencia de los supuestos restos de Tito Livio, descubiertos en Padua? Cuando, después de reiteradas súplicas, obtuvo de los venecianos un hueso del brazo del historiador latino y recibió esta reliquia con santo respeto, debió de haber en su alma una singular mezcla de sentimientos cristianos y paganos. En una excursión que hizo por los Abruz-

---

(1) Cons. Panormita: *De dictis et factis Alphonsi, regis Aragonum, libri quatuor* (publicados por Spiegel, con los Comentarios de Eneas Silvio; Basilea, 1538).—B. Croce: *La corte spagnuola di Alfonso d'Aragona a Napoli;* 1894. (En el vol. XXIV de los *Atti della Academia Pontaniana di Napoli).*—G. Mazzatinti: *La Biblioteca dei re d'Aragona in Napoli;* 1897.

(2) Acerca de las aficiones humanísticas de Alfonso V, véase lo que dice el obispo Juan Margarit (1421 ?-1484) en su libro *De corona regum* (Apud. F. Fita: *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia el 6 de Julio de 1879;* pág. 15).

> Oyó los secretos de philosophía
> é los fuertes passos de naturaleça;
> obtuvo el intento de la su pureça,
> é profundamente vió la poësía;

dice de Alfonso el Marqués de Santillana, en su *Comedieta* de Ponça (copla XXVII).

En el Museo provincial de Barcelona se conserva un retrato de Alfonso V (n.° 1.403 del *Catálogo* de 1881; lienzo sobre tabla) que perteneció á Milá y que procede, según se dice, de la antigua Casa de la Ciudad de Valencia, derribada en 1859-60. El estilo del retrato parece ser coetáneo de los últimos años de D. Alfonso, y denota á un discípulo de Jaime Baço (a) *Jacomart,* pintor valenciano al servicio del rey en Nápoles. Debo esta noticia á mi eruditísimo y buen amigo D. Luis Tramoyeres Blasco.

zos, le mostraron en lontananza á Sulmona, patria de Ovidio; saludó á la ciudad y rindió gracias al genio del lugar; evidentemente, era dichoso al poder justificar los vaticinios del gran poeta acerca de su futura gloria. Un día, hasta tuvo el capricho de resucitar cierta ceremonia antigua. Fué con motivo de su famosa entrada en Nápoles, definitivamente conquistada (1443): no lejos del Mercado, se abrió en la muralla un ancho boquete de 40 varas; por él entró en la ciudad, sentado sobre un carro de oro lo mismo que un triunfador romano» (1).

Además de los humanistas citados (y de otros italianos que pudiéramos mencionar, como Bartolomé Fazzio y Giannozzo Mannetti, que fué secretario de Alfonso), brillaron en la corte del rey Magnánimo varios eruditos españoles. Fué uno de ellos el aragonés Juan Pardo, llamado en los registros de Cancillería: «homo doctus in greco et in latino», y que, además de helenista profesional, era filósofo. Pontano trazó admirablemente su semblanza, y el Chariteo escribió de él:

«Il lume d'Aristotile e d'Omero
mi lodi: io dico Pardo insigne e chiaro,
per gemino idïoma al mondo altero.....»

En Nápoles vivió también el mismo Chariteo (Bernardo Gareth ó Garreth), barcelonés (2), insigne poeta en la lengua italiana, «hombre cultísimo, conocedor de toda la antigüedad latina, que saqueó á manos llenas con ingenioso y sabio artificio para sus versos, y conocedor también, aunque en menor grado, de la lengua y literatura griega, especialmente de Homero, á quien imita una vez por lo menos, y de Platón, cuyos conceptos sobre la preexistencia de las almas reproduce con notable fidelidad, donde menos pudiera esperarse: en la más célebre de sus canciones políticas. Leía también, al parecer en su original,

(1) J. Burckhardt: *La civilisation en Italie au temps de la Renaissance;* trad. cit.; t. I, pág. 279.

(2) Véase también en Vespasiano de Bisticci *(Vite di uomini illustri del secolo* XV, en el *Spicilegium romanum* de Angelo Mai, Roma, 1839; página 308; hay edición de 1892, en la *Collez. di opere inedite o rare* de Bolonia), la discusión de otro catalán, llamado Narciso, con Argyrópulo.

á Hesiodo y á Teócrito, y no parecen haberle sido desconocidos Píndaro y Calímaco» (1).

Algún tanto remisa anduvo España, sin embargo, en obedecer á la tendencia por el Humanismo representada (aunque con creces indemnizó este retraso durante el siglo XVI), y preciso es reconocer también que, una vez instaurada en nuestra patria— á lo cual contribuyeron no poco los esfuerzos de los erasmistas—todavía hubo algunos rutinarios é indolentes, de quienes dijo el Brocense «que aun después de descubierto el uso del trigo, continuaron alimentándose con bellotas, por no dejar los hábitos antiguos». La revolución en este orden se halla principalmente representada por Elio Antonio de Lebrija, que, después de respirar durante dos lustros la atmósfera del Renacimiento italiano, volvió á España con ánimo de desterrar la barbarie antigua y de sustituir los Perottis y los Pastranas por nuevos y más científicos trabajos, empresa á cuya realización fué alentado por el ilustre don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla. Y á la par de Lebrija hemos de poner al helenista Hernán Nuñez Pinciano, el *Comendador Griego*, y al gramático lusitano Arias Barbosa, á todos los cuales precedieron los notabilísimos teólogos é historiadores Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Palencia y Juan Margarit, obispo de Elna, diligentísimo investigador de nuestras antigüedades.

*
* *

Si os fijáis, señores, en la sucesión de movimientos filosóficos y de revoluciones religiosas que, á partir del siglo I del Cristianismo, se han determinado en Europa, convendréis conmigo en que el punto de partida de toda *heterodoxia* (sea cual sea el sentido en que se tome la palabra), han sido, por lo general, Platón y los neoplatónicos (2). A pesar de los esfuerzos de

(1) M. Menéndez y Pelayo: *Juan Boscán* (tomo XIII de la *Antología de poetas líricos castellanos);* Madrid, 1908; pág. 443. Vid. también las págs. 438 á 442, y 444 á 453 de este exquisito libro.

(2) El gran Quevedo, en su *Providencia de Dios (Obras;* ed. Fernández Guerra; t. II; p. 181), observó también este hecho.

San Agustín (más amigo de Platón y de Plotino que de Aristóteles), la filosofía *cristiana* se constituyó, desde los tiempos de Casiodoro y de Boecio, sobre la base de la enciclopedia aristotélica, muy imperfectamente conocida hasta el siglo XII, mejor aprovechada después. Juan Escoto Eriúgena (800?-873?), á quien, por sus tendencias, quieren algunos excluir del Escolasticismo, pero que, de todos modos, es uno de los pensadores más profundos de la Humanidad, recoge y amplía en sus cinco libros *De divisione Naturae* los principios neo platónicos que había encontrado en el Seudo-Dionisio Areopagita. Pedro Abelardo (1079-1142), en la *Introductio ad Theologiam,* considera á Platón como el filósofo pagano que más se aproxima al Cristianismo, y utiliza sus doctrinas al hablar del Espíritu Santo. El *Liber de causis,* compendio de la *Institución teológica* de Proclo, traducido del árabe por los toledanos, inspira en buena parte las herejías de Amaury de Chartres y de David de Dinant. Nicolás de Cusa, como hemos indicado, debe mucho á los neoplatónicos. El foco filosófico del Renacimiento italiano está constituído por la Academia platónica de Cosme de Médicis. El mismo Lutero, entre las 98 tesis teológicas que sostuvo en 1517, incluye las dos siguientes:

«41. *Tota ferè Aristotelis Ethica, pessima est, gratiae inimica.* Contra Scholasticos.

»50. *Breviter, totus Aristoteles ad Theologiam, est tenebra ad lucem.* Contra Scholasticos.»

Y, entre las sustentadas por él en Heidelberga, en 1518, figuran estas otras:

«29. *Qui sine periculo volet in Aristotele philosophari, necesse est ut ante bene stultificetur in Christo.*

»36. ARISTOTELES MALE REPREHENDIT AC RIDET PLATONICARUM IDĒARUM MELIOREM SUA PHILOSOPHIAM.»

Para no hablar sino de España, el renacimiento filosófico del siglo XII está representado por los trabajos de Domingo Gundisalvo, que, en sus libros *De unitate* y *De processione mundi,* reproduce el neo-platonismo de Abengabirol en su *Fuente de la Vida.* Entre los pensadores semiticos, aparte del citado Abengabirol, Yehudá Ha-Leví es un adversario de los *filósofos*

(peripatéticos); Abenbahya es también neo platónico, y Mohidín Abenarabí es místico (y conocidas son las relaciones inmediatas entre el neo platonismo y todo misticismo). El platonismo de Miguel Servet es evidente; para probar que todo (cuerpos y espíritus) son manifestaciones de la *luz* suprema que llamamos Verbo, cita á Plotino y á Proclo; menciona igualmente á Porfirio, y, recordando á Platón, sostiene: «res temporales, *ut ait Parmenides*, sunt aeternarum participes idearum, per quas referuntur» (1). Y, en último término, ¿qué es Prisciliano en el siglo IV (suponiendo que tuviesen razón sus adversarios) y qué son los *iluminados* de los siglos XVI á XVIII, tan perseguidos por la Inquisición española, sino unos gnósticos más ó menos cultos, y, por consiguiente, una secuela del sincretismo alejandrino?

Harto sé yo que ni Platón es responsable de todas las exageraciones de sus partidarios, ni Aristóteles de todos los defectos de los peripatéticos; pero lo mismo les sucede á los demás filósofos. ¿Qué pensamiento ha sido más tergiversado que el de Averroes? ¿Qué transformaciones no ha sufrido la doctrina de Descartes en los escritos de los cartesianos? ¿En virtud de qué oculta relación ha de ser Max Stirner un discípulo de Fichte, y el idealismo germánico una continuación de Kant? En Historia de la Filosofía, los nombres importan mucho cuando se trata de los personajes que les poseen; pero después, en la sucesión escolástica, el nombre viene á ser sólo el símbolo de una idea, á veces contra la voluntad del mismo pensador cuya denominación la representa.

***

Para los adversarios del Renacimiento, es decir, para los escolásticos obscurantistas, la ciencia por excelencia era la Lógica. «Ego habeo hic—escribe un *Cornelius Fenestrificis* al Maestro Ortuino Gracio de Deventer, en las *Epistolae obscu-*

---

(1) A. Chauvet: *Étude sur le système théologique de Servet;* Strasbourg, 1867; p. 24.

rorum virorum —multas rixas et guerras a malis viris, qui praesumunt esse docti, *et tamen non didicerunt logicam, quae est scientia scientiarum*» (1). Y añade, refiriéndose á Reuchlin: «Et facit propositiones scandalosas et offensivas piarum aurium... sed non est fundatus in Theologia speculativa, *nec qualificatus in Aristotele, aut Petro Hispano.*» Otro corresponsal, relata indignado las palabras de cierto *poeta* (así llama á un humanista, lector de Plinio), el cual: «dixit quod Magistri artium non sunt Magistri in septem artibus liberalibus, sed potius in septem peccatis mortalibus, et non habent bonum fundamentum, quia non didicerunt Poetriam, *sed tantum sciunt Petrum Hispanum, et parva logicalia:* et habuit multos auditores et domicellos, et dixit quod nihil est cum *Scotistis* et *Thomistis;* et emisit blasphemias contra Doctorem sanctum» (2). «Audio—escribe otro *árcade*—quod habetis unam magnam liberariam in vestro conventu, in qua sunt multi libri in Sacra Scriptura, in Philosophia et in logica, *etiam Petro Hispano*» (3).

Es decir que, según los renacientes, para los escolásticos el dialéctico portugués Pedro Hispano (Juan XXI?; 1226-1277) tenía poco menos la importancia que Aristóteles. Consecuencia análoga se infiere de las censuras que Juan Luis Vives les dirige en su invectiva *In pseudo-dialecticos* (1519) y en los libros *De causis corruptarum artium.* «Casi todo lo que tratan—dice—en sus silogismos, oposiciones, conjunciones, disyunciones, explicación de las proposiciones, etc., no es otra cosa que adivinanzas por el estilo de aquellas que los niños y las mujeres suelen proponerse á manera de juego:—¿Qué cosa es la que cayendo de lo alto no se rompe, y dando en el agua se deshace?» Se burla luego de las sofísticas puerilidades en que se entretienen los falsos dialécticos, y de sus delirios cuando tratan de las infinitas modificaciones de las ideas de necesidad y contingencia, características de los silogismos *modales*, y cuando se ocupan en la superposición y en las múltiples transposi-

(1) Ed. Münch; p. 96.
(2) Idem; p. 107.
(3) Id.; p. 129.—Comp. con Vives: *In pseudo-dialecticos* (ed. cit.; p. 49).

ciones de la partícula negativa, como en la frase: *non non homo non possibiliter non currit*, en la reunión de términos semejantes, y en otras combinaciones *non minus egregiae*. Les ataca por haber desatendido el ejemplo sobrio y sensato de Aristóteles, y por la terquedad con que se aferran á sus descabellados *artificios*, y se indigna sobre todo por el estilo escabroso y selvático de su latinidad, plagada de términos intolerables, como aquellos de *incipit*, *desinit*, *immediate*, *in rigore*, *tantum*, *alter*, *alius* y *uterque*. «¿Qué es, pues, vuestra dialéctica—exclama sino un *arte de palabras* con el cual pretendéis engañar alterando la significación de los vocablos? Decidme: ¿qué es lo que enseña? Harta demostración es de que no contienen ciencia ninguna esas especulaciones, el hecho de que no sirven para fundamentar conocimiento de ninguna especie, ni dejan tras sí elemento aprovechable para la inteligencia, de suerte que cuando sales de las aulas, á no ser que poseas una memoria tenacísima, todo aquel humo, al soplar el viento más suave, se disipa». Por eso estos hombres, tan atrevidos y locuaces en las aulas, «cuando del interior de su escuela salen á la comunicación con personas sensatas, de tal modo quedan atónitos, como si hubiesen sido criados en selvas. Entonces les parece nuevo y prodigioso el aspecto de las cosas y semejan haber sido trasladados á otro orbe. ¡Tales son su ignorancia de la vida y su falta de sentido común!... De aquí resulta su completa ineptitud para todo lo que sea realizar negocios, desempeñar embajadas, administrar haciendas públicas ó particulares y gobernar pueblos, pues para todo esto son tan útiles como lo serían hombres de paja» (1).

---

(1) Vid. mi: *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento;* Madrid, 1903; p. 343 y sigs.

Los *capita* ó afirmaciones fundamentales del opúsculo *In pseudo-dialecticos*, que viene á ser el *manifiesto* filosófico del partido *renascentium litterarum* (como dice el mismo Vives) contra los sofistas, son los siguientes (cf. Vivis *Opera omnia;* Valentiae Edetanorum, 1782; t. III, p. 37 y siguientes):

A) París es el centro de la barbarie sofística (p. 37).

B) El texto favorito de esta barbarie es Pedro Hispano (p. 49).

C) La Dialéctica, como la Gramática y la Retórica, es *ciencia de pa-*

No fué el *dialecticismo* vicio exclusivo de la Escolástica decadente (en la que, como veremos más adelante, ibamos á la cabeza los españoles) (1); lo fué también del primer Escolasticismo, si hemos de creer á testimonios autorizados. Pedro Abelardo nos cuenta cómo, al abandonar la corte de Marte para refugiarse en el seno de Minerva, «prefiriendo á todas las enseñanzas

---

labras (scientia de sermone). Ha de tener en cuenta, pues, la naturaleza del idioma que emplea. Los sofistas no atienden á esto, y así emplean una latinidad ininteligible, y dicen por ejemplo: *tu homo non es*, en vez de: *tu nonnullus homo non es*, ó de: *non es omnis homo;* y *animal est omnis homo*, en vez de: *omnis homo est animal* (ps. 40 y 46).

D) El dialéctico, como el retórico, no inventa la verdad ni la falsedad de la enunciación, porque ésta es anterior á toda especulación dialéctica, sino que toma por base lo que el uso común admite, y se adapta al mismo uso general de hablar. Los sofistas, en cambio, han inventado significaciones nuevas de los vocablos, separándose del uso, y creando un lenguaje que sólo ellos entienden, sin tener en cuenta, por ejemplo, que mientras en latín dos negaciones afirman, en griego, en español, en francés y en la mayor parte de las lenguas, dos negaciones refuerzan la negación primera (ps. 42 y 47).

E) Los sofistas varían unos de otros hasta en la significación arbitraria que atribuyen á los vocablos (p. 51).

F) Los sofistas se entretienen en cuestiones inútiles, haciendo, por tanto, perder un tiempo precioso en estudiarlas, y corrompen las buenas costumbres y la erudición (ps. 38, 59, 57).

G) Las cuestiones en que se ocupan de ordinario los sofistas suelen ser ridículas, al modo de pueriles adivinanzas (p. 40).

H) Los sofistas han llegado á inficionar la Teología con su perverso método (p. 54).

I) No siguen los sofistas el ejemplo del verdadero Aristóteles (á quien apenas conocen) en Dialéctica, ni el de San Agustín en Teología (ps. 53, 58 y 55).

J) Envuelven los sofistas á sus adversarios en la calificación general de *gramáticos* (ahora diríamos *eruditos)*, como si no hubieran sido filósofos un Cicerón, un Plinio, un Jerónimo ó un Ambrosio (p. 56).

K) En la Dialéctica no se debe emplear sino el tiempo estrictamente necesario, porque aquélla no es estudiada por sí misma *(sua causa)*, sino como instrumento para las demás artes. Estar toda la vida estudiando Dialéctica, equivaldría á que un zapatero, verbigracia, se pasara la existencia encerando el bramante (p. 58).

(1) «Pars maxima doctorum hominum totam huiusce rei culpam in Hispanos, qui istic sunt reiicit, qui ut sunt homines invicti, ita fortiter tuentur arcem ignorantiae, et optima ingenia, ubi intenduntur, valent, tradunt se se his deliramentis, fiunt in illis summi, siquidem in re infima et despicatissima quisquam summus esse potest, ita eos pessime mereri aiunt de toto studio Parisiensi .....» (Vives: *In pseudo-dial.* ed. cit., p. 38).

de la filosofía el arsenal dialéctico, cambié las armas de la guerra por las de la lógica, y sacrifiqué los trofeos de las batallas á los asaltos de la discusión. Me puse á recorrer provincias, yendo á todas partes donde oía decir que el estudio de este arte prevalecía, y disputando siempre, como verdadero émulo de los peripatéticos (1)». Más enérgicas son sus palabras respecto de los seudo dialécticos en su *Tractatus de unitate et trinitate divina* (condenado por el Concilio de Soissons de 1121) (2) y no son menos acerbas las críticas de Juan de Salisbury contra los sofistas de su tiempo.

En la Universidad de París, desde principios del siglo XIII, el objeto de las lecciones ordinarias en la Facultad de Artes llegó á ser exclusivamente la Lógica. Desde el 1.º de Octubre hasta el 25 de Marzo, época de duración de los referidos cursos, versaban éstos sobre la *Introducción* de Porfirio, las *Categorías*, la *Interpretación*, el *Tratado* de Boecio *acerca de la división,* los tres primeros libros de sus *Tópicos,* la *Gramática* de Prisciano, los *Tópicos* y los *Elencos* de Aristóteles, los *Primeros* y los *Últimos Analíticos*. Según Vives, se llamaba

---

(1) «Et quoniam dialecticarum rationum armaturam omnibus philosophiae documentis praetuli, his armis alia commutavi, et trophaeis bellorum conflictus praetuli disputationum. Proinde diversas disputando perambulans provincias, ubicunque huius artis vigere studium audieram, Peripateticorum aemulator factus sum. *Perveni tandem Parisios, ubi iam maxime disciplina haec florere consueverat,* ad Guillelmum scilicet Campellensem *(Guillermo de Champeaux)* praeceptorem meum in hoc tunc magisterio re et fama praecipuum.....». Y nótese después la frase: «quasi in hac scilicet *de uniuersalibus* sententia tota huius artis (Dialecticae) consisteret summa.» (P. Abaelardi *Opera,* en el tomo 178 de la *Patrologia latina* de Migne; Paris, 1855; *Historia calamitatum;* cols. 115, 116 y 119).

(2) «Supra universos autem inimicos Christi tam haereticos quam Judaeos sive gentiles subtilius fidem sanctae trinitatis perquirunt et acutius arguendo contendunt *professores dialecticae seu importunitas sophistarum,* quos verborum agmine atque sermonum inundatione beatos esse Plato irridendo iudicat. Hi argumentorum exercitio confisi, quid murmurent scimus, ubi *facultas aperte garriendi* non datur; hi, inquam, non utentes arte, sed abutentes.» *(Abaelards 1121 zu Soissons verurtheilter* TRACTATUS DE UNITATE ET TRINITATE DIVINA. Aufgefunden und erstmals herausgegeben von Dr. Remigius Stölzle; Freiburg im Breisgau; 1891; pág. 20. Véase también la pág. 48: «Responde tu mihi, astute dialectice seu versipallis sophista, qui auctoritate Peripateticorum me arguere niteris.....»).

Vetus Logica á las *Categorías* y á la *Hermeneia*, y Nova Logica á los *Analíticos* y á los *Tópicos* (1).

Los tratados del famoso cuanto incógnito Pedro Hispano, escritor de la segunda mitad del siglo XIII (1226-1277), que reinaban oficialmente á principios del XVI, siguieron en boga hasta bien entrado este siglo.

Pedro Hispano resume con bastante claridad la doctrina de Aristóteles. Define la Dialéctica en el libro I de sus *Súmulas* como *ars artium, scientia scientiarum, ad omnium methodorum principia viam habens,* y divide aquella obra en seis tratados:

I. *De la enunciación* (corresponde á la *Hermeneia).*

II. *De las cinco voces* (corresponde á la *Introducción* de Porfirio).

III. *De las categorías* (corresponde á las *Categorías).*

IV. *Del silogismo* (corresponde á los *Primeros Analíticos).*

V. *Del silogismo dialéctico* (corresponde á los *Tópicos).*

VI. *Del silogismo sofístico* (corresponde á los *Elencos).*

No se ocupa, como se ve, en la materia de los *Últimos Analíticos*. Pero, además del *Textus Summularum*, tiene Pedro Hispano varios opúsculos lógicos *(Parva Logicalia)* donde constan las mayores lindezas de su doctrina. Son en número de diez, aparte de un *Tractatus syncathegorematum* que también se le atribuye, á saber:

---

(1) Charles Thurot: *De l'organisation de l'enseignement dans l'Université de Paris au Moyen-Age;* Paris-Besançon, 1850; págs. 71, 72 y 78.—Vide también el clásico libro de Prantl: *Geschichte der Logik im Abendlande;* Leipzig, S. Hirzel, 1870.

Durante la primera época del Escolasticismo, sólo dos diálogos de Platón: el *Timeo* (con los comentarios del arcediano Calcidio) y el *Fedon,* fueron conocidos. En cuanto á Aristóteles, los predecesores de Alberto Magno sólo conocen el *Organon,* y éste imperfectamente, porque únicamente pueden utilizar las *Categorías* y la *Hermeneia,* traducidas al latín por Boecio (siglo V). Les falta, pues, la parte más esencial, los *Analíticos.* Parece, sin embargo, que Guillermo de Champeaux conoció, total ó parcialmente, los *Primeros Analíticos*. (Conf. F. Picavet: *Esquisse d'une histoire générale et comparée des philosophies médiévales;* 2.ª éd.; Paris, 1907; p. 144).

1.º *De suppositionibus;* 2.º *De relativis;* 3.º *De ampliationibus;* 4.º *De appellationibus;* 5.º *De restrictionibus;* 6.º *De distributionibus;* 7.º *De exponibilibus (De signis exclusivis; De dictionibus exceptivis; De dictionibus reduplicatis; De incipit et desinit; De nomine infinito; De comparativis et superlativis; De differt; De signo totus);* 8.º *De obligatoriis;* 9.º *De insolubilibus;* 10. *De consequentiis.*

Pedro Hispano resume á veces con buena claridad al Estaginita; en ocasiones le añade algo de su propia cosecha; pero con frecuencia se complace en sutilezas infantiles, y siempre escribe con estilo rudo, áspero y enteramente contrario á los cánones de la latinidad (1).

Extremadas las sutilezas de Pedro Hispano por su afamado comentarista Versorio y por otros intérpretes, la disquisición gramatical, en unión con la metafísica, penetró en los dominios de la lógica, y ésta llegó á constituir, en el Escolasticismo del siglo XV, el más erizado y espinoso de los estudios, absorbiendo por completo toda otra dirección filosófica y perturbando á las inteligencias más claras.

Ya el Arcediano de Valderas, Clemente Sánchez de Vercial, que vivía á últimos del siglo XIV, en su *Suma de enxenplos,* se hace eco de esta postración de la filosofía:

«En Paris—cuenta (2)—fué un maestro en lógica que habia nombre Silo; moriéndose un su discípulo, rogóle afincadamente que tornase á él despues de la muerte; el cual le apareció despues con una capa del infierno *toda llena de sofismas é argumentos.* E preguntóle que por qué padecía; díjole: «Esta capa que vees más pesa que si tuviese una torre sobre mí, que me fué dada que trayese por la vanagloria que hobe por los sofismas e argumentos que facía; é toda llena es dentro de fuego por las forraduras tan delicadas que traía.» El maestro, non creyendo questa era tan grand pena, el discípulo le rogó que

---

(1) Cons. el citado: *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento;* páginas 362 y 363.

(2) Enxenplo 366. *(Bibl. de Aut. Esp.—Escritores en prosa anteriores al siglo XV;* Madrid, 1860; p. 535*)*.

extendiese la mano porque sentiese en una gota de su sudor la pena: é el maestro extendió la mano é le dejó catar una gota en ella, la cual le foradó la mano así como si fuese saeta de fuego, é tan grand fué el dolor que pensó morir, é díjole: «Todo so tal commo esta gota.» El maestro, con grand dolor é con grand temor, contó arrepentido todas estas cosas que le habían acaescido en la mannana á los scolares, é saludándoles que se quedasen á Dios, díjoles estos versos:

Linquo cloax ranis, cras corvis, vanaque vanis;
Ad Logicam pergo quae mortem non timet ergo.

Que quiere decir:

«Dejo el cloax á las ranas, el cro á los cuervos, e las cosas vanas á los vanos; é vóme á la Lógica, que non teme la muerte del ergo» (1).

E luego fuése é entró en religión.»

Tales eran los textos lógicos, y tales el espíritu y el ambiente de la época en que vino al mundo el español Fernando de Córdoba, á quien principalmente he de referirme en este discurso.

II

FERNANDO DE CÓRDOBA. SU VIDA Y SUS ESCRITOS

De los primeros años de la vida de Fernando de Córdoba no sabemos nada positivo. Ni siquiera conoceríamos ningún detalle importante de su vida ulterior, si los trabajos de tres eruditos extranjeros, MM. Julien Havet (2), A. Morel-Fatio (3) y R. Pou-

---

(1) Creo que Sánchez de Vercial no traduce bien este segundo verso; debía decir: «... é vóme, pues, á la Lógica que non teme la muerte».

(2) *Maître Fernand de Cordoue et l'Université de Paris au XVe siècle.* (Extrait des *Mémoires de la Société de l'histoire de Paris et de l'Ile-de-France;* tome IX [1882], p. 193-222); París, 1883; 30 páginas en 8.° menor. El artículo ha sido reproducido en las *Oeuvres* de Havet (París, 1896; t. II; p. 310-338).

(3) *Maître Fernand de Cordoue et les humanistes italiens du XVe siècle.* En los *Mélanges Julien Havet. Recueil de travaux d'érudition dé-*

pardin (1) no hubiesen llamado la atención acerca de algunos hechos interesantísimos de la biografía de nuestro personaje.

Podemos conjeturar que nació hacia 1425. Según el epitafio (de que luego hablaremos) que se conserva en Roma, murió de edad de sesenta y cinco años en el de 1486, lo cual quiere decir que nació en el año mencionado de 1421 (2). El *Journal d'un bourgeois de Paris* le supone de veinte años «ou environ» en el de 1445, y lo mismo Trithemio en el *Chronicon Sponheimense*, el poeta Georges Chastellain en su *Recollection des merveilles advenues en notre temps* y la *Chronique* de Mathieu d'Escouchy, de lo que podría inferirse que había nacido hacia 1425. Pero la carta del parisiense al Canciller de Brabante, á que después me referiré, inserta en la *Vierte Bairische Fortsetzung* de la *Sächsische Weltchronik*, fija la edad de Fernando, en 1445, en «veinte años menos uno», lo cual retrasa su nacimiento hasta 1426; lo mismo dice el estudiante del *Formulario* de Clairmarais, y, por otra parte, un pasaje del Registro del Archivo municipal de Châlons-sur-Marne, afirma que, en el mismo año de 1445, Fernando de Córdoba tenía «environ XXIII ou XXIIII ans», ó sea que nació aproximadamente hacia 1421 ó 1422. Por último, Lorenzo Valla, en carta escrita, verisímilmente, en 1444, dice que Fernando es de diez y ocho años de edad, ó apenas entrado en los diez y nueve, lo cual refiere su nacimiento á 1425 ó 1426. Resulta, pues, que ningún dato le

---

diés à la mémoire de Julien Havet (1853-1893); Paris, Ernest Leroux, 1895; XVI + 780 págs. en 8.° m., con retrato y láminas. El artículo del señor Morel-Fatio ocupa las págs. 521 á 533. Hay tirada aparte.

(1) René Poupardin: *Deux ouvrages inconnus de Fernand de Cordoue* (págs. 532-542 del tomo de la *Bibliothèque de l'École des Chartes*, correspondiente al año 1901).

(2) Havet hace notar que, comenzando por lo general á contarse el año, en aquel tiempo, ya desde el 25 de Diciembre, ya desde el 25 de Marzo, la muerte de Fernando debe colocarse entre el 25 de Diciembre de 1485 y el 24 de Marzo de 1487. Como la indicación del fallecimiento se hace en la inscripción sin señalar días ni meses, puede suponerse que, al morir, tenía 65 años justos, ó á lo más 65 años y 364 días. Si murió, pues, en 25 de Diciembre de 1485, á los 65 años y 364 días, habría nacido el 26 de Diciembre de 1419; si murió el 24 de Marzo de 1487, á los 65 años justos, habría nacido el 24 de Marzo de 1422.

supone nacido antes de 1421 ni después de 1426, y que en este período de seis años debe colocarse la fecha de su nacimiento; siendo probable, en vista del mayor número de testimonios, que tal fecha sea la de 1425.

Se ha supuesto (1) que nuestro Fernando fué hijo de Fer-

---

(1) Lo da por cierto don F. Fernández de Béthencourt en su *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española, Casa Real y Grandes de España;* tomo VIII; Madrid, 1910; págs. 475-478. Hace referencia al Padre Ruano, en su *Historia de la Casa de Cordova*, y al Padre Morales, en su *Historia* (ms.) *de Córdoba* (tomo II, p. 767.)

En el ms. 3270 (antes K-64) de la Biblioteca Nacional de Madrid *(Casas y linages de Córdoba),* al folio 307, consta que Fernán Carrillo de Córdoba, hijo del Mariscal Diego Fernández de Córdoba, casó con Doña *María* Alfonso de las Roelas, y tuvo por hijos: á Diego Carrillo, á Alfonso, á Gonzalo, á Pedro, á Juan, á *Fernando,* á Martín, á Sancho, á Margarita, á Inés, á Isabel, á Leonor y á Juana, probándose toda esta sucesión con el testamento de D.ª María Alfonso de las Roelas, *hecho en Octubre de 1422*. Si nuestro Fernando de Córdoba nació en 1425, evidentemente no podría ser Fernando Carrillo.

El Abad de Rute, D. Francisco Fernández de Córdoba, en su *Historia de la Casa de Córdoba*, cita, como hijos habidos fuera de matrimonio por el Mariscal Diego Fernández, á un D. Pedro y á una D.ª Teresa (Cons. el ms. 12-10-1-Núm. 3 de la R. Acad. de la Hist.)

En los *Apuntamientos genealógicos,* de un anónimo, contenidos en el ms. 11596 (antes Y-63) de la misma Biblioteca, al folio 54, se dice del mariscal Diego Fernández de Córdoba, que hubo «en vna doncella noble a Fernando Alonso, como lo declara en la nomina del acotamiento: *a Fernando Alonso mi fijo 4 d. mr.*ˢ, el qual tuuo vna hija llamada Maria Garcia, que caso con Pero Gonçalez de Forga con 40 d. mr.ˢ desta moneda en dote que dio su abuelo el Mariscal. Este hijo fuera de matrimonio se llamo Fernando Alonso Carrillo, *y tuuo este por hijo a Gonçalo Carrillo, hermano de la dicha Maria Garcia,* el qual se hallo en la tala de la Vega de Guadix con Fernan Daluarez, Señor de Valdecorneja, año de 1435, como lo dice la historia del Rey Don Juan el II (cap. 254 y cap. 95, año 46) *; *trecientos ginetes que lleuaba Gonçalo Carrillo, nieto del Mariscal Diego Hernandez*. Convéncese el error de Alonso Lopez de Haro (l. 5, cap. 4), que le hace hermano del 1.° Conde de Cabra, pues aquel se llamo Gonçalo Fernandez de Cordoua, y no Gonçalo Carrillo *(Al margen:* Alonso de Palencia: Historia de D. Enrique 4.°, año 3 y 2, y otros). Este Gonçalo Carrillo tuuo por hijo a Fernan Carrillo, 24 de Cordoua, como parece por vna confederacion que hiço el Conde de Cabra en el castillo de Castro el viejo a 11 de Febrero de 1482 en manos de Anton de Cordoua su Alcayde de dicha villa, que empieza: *Yo Ferrand Carrillo, Capitan del Rey y Reyna nuestros señores, 24 de la mui noble ciudad de Cordoua, considerando el debdo e grande amor que mis señores Ferrand Carrillo, que aya santa glo-*

(*) En la edición de la *Bibl. de Aut. Esp.*, es el cap. 2.° del año 29 (1435).

nando Alfonso Carrillo y de Doña Mayor Alfonso de las Roelas, y, por consiguiente, nieto por la línea paterna de Don Diego Fernández de Córdoba, rico-hombre y Mariscal de Castilla, primer señor del Estado de Baena y Cabra (el segundo de cuyos hijos naturales fué el citado Fernando ó Fernán Alonso Carrillo, propiamente llamado Fernando Alonso de Córdoba, primero de su nombre). Pero esta genealogía es demasiado pro-

---

ria, e Gonçalo Carrillo, 24 de la dicha ciudad de Cordoua, touieron en casa de Vaena, de donde ellos vinieron e yo vengo..... (Al margen: Vease la chronica de Diego Enrriquez, del Rey D. Enrique 4, cap. 61).»

El P. Francisco Ruano, en su *Historia general de Córdoba* (Tomo I, único publicado; Córdoba, por Francisco Villalón.—La dedicatoria lleva fecha de 1760), cita á nuestro héroe en los siguientes términos: «Un Fernando de Cordoba, admiracion de toda la Europa, Diacono de Xisto IV, varon de portentosa memoria, con que tenia prontissimos, no solo todos los libros de la Sagrada Escritura, sino tambien todos los Padres Latinos i Griegos, todos sus Commentadores, i todos los Principes de las facultades naturales de Philosophia, Jurisprudencia, Mathematicas, Medicina i Theologia, con la perfecta comprehension i locucion de las Lenguas Latina, Griega, Hebrea, Arabiga, Syriaca i Chaldea.»

Ni en este tomo I, impreso, de la obra del P. Ruano, ni en los libros II y III (mss. en la R. Academia de la Historia) hallo genealogía ninguna de nuestro Fernando de Córdoba.

Alonso de Palencia, en su *Crónica* latina de Enrique IV, admirablemente traducida al castellano por D. A. Paz y Mélia (en la *Colección de escritores castellanos),* cita (tomo IV; Madrid, 1908; p. 163) á un «Fernando Carrillo de Córdoba», que acompañó al rey D. Fernando en la derrota de los portugueses en Toro el año 1476. ¿Será este Fernando Carrillo, como parece probable, el hijo de Fernando Alfonso?

Del Conde de Cabra y de su famosa alianza con los moros granadinos, háblase extensamente en la *Relacion de los fechos del mui magnifico é mas virtuoso señor el señor don Miguel Lucas, mui digno Condestable de Castilla* (tomo VIII del *Memorial histórico español).*

Según Denifle y Chatelain *(Auctarium Chartularii Universitatis Parisiensis;* II, 632), hay noticia de otros dos *Fernandos* de Córdoba: «Annotamus—dicen—in *Suppl. Eugen. IV, n.° 372,* fol. 127^{b}, ad an. 1442, Jan. 13, cujusdam *Fernandi Alfonsi de Corduba,* cler. Corduben., mentionem fieri, in *Suppl. Nicol. V, n.° 416,* fol. 93, *Fernandi de Cordo[v]a,* mag. in theol., qui an. 1447, Sept. 15, cum Joh. Carvajal, card. et apost. sedis legato, Romam reliquit et in Germaniam profectus est.»

Este último bien puede ser nuestro héroe, y en tal caso tendríamos otro dato para su biografía (el haber salido de Roma para Alemania en 15 de Setiembre de 1447, acompañando al cardenal-legado Carvajal). En cuanto al primero, quizá fuese el *auténtico* nieto del mariscal Diego Fernández de Córdoba.

blemática para que podamos darla por verdadera, mientras carezcamos de pruebas auténticas que demuestren que el *Fernando Carrillo*, hijo de Fernando Alfonso y de Doña Mayor, es real y efectivamente el *Fernando de Córdoba* de que hablamos (1).

Si suponemos, como es probable, que el apellido *Córdoba* no era simplemente gentilicio, sino que indicaba también el lugar donde nació (como dan á entender la carta al canciller de

(1) Havet cita dos homónimos de Fernando de Córdoba: uno, mencionado por S. Mazzetti *(Repertorio di tutti i professori antichi e moderni..... di Bologna;* 1848; en 8.°, núm. 1199, p. 125): «FERNANDO da Cordova. Fu Lettore di Filosofia morale del 1395»; otro, que nació en México en 1565 y murió en 1589, y cuya historia traen: Alonso Remon: *Vida* y *Muerte del siervo de Dios don Fernando de Cordoua y Bocanegra* (Madrid, 1617), y Rodrigo Méndez Silva: *Epitome de la admirable y exemplar vida de D. Fernando de Cordoba Bocanegra* (Madrid, 1649).

Hay, por lo menos, otros dos, además de los que he citado en la nota precedente. A uno de ellos se refiere el ms. 6500 (antes S. 262) de la Bibl. Nac. (en 4.° menor, de 75 hojas en papel, de letra del siglo XV), que contiene la versión castellana de la *Epistola que enbio al grand turco el papa Pio segundo,* por «Fray Fernando de Cordoua, prior del monasterio de nuestro padre bien aventurado sant Jeronimo de Buenavista, açerca de Seuilla». Al otro concierne el ms. 3338 (antes L-121) de la misma Biblioteca (en folio; á dos columnas; de letra de fines del XV ó principios del XVI). Este ms. trae primero un *Libro del albeyteria,* que parece ser de un «Fray Bernardo Portogues». Después, desde el folio 148 *recto* hasta el final (folio 196), viene una *Flor de la suma de la cirugia,* en veinte capítulos, donde se lee que «lo fizo mastre fernando de cordoua *(escrito:* condoua), el qual escogio entre todos los lybros que desta arte trataron que el pudo aver» (folio 148 *vuelto).* No me maravillaría que el autor de la *Flor* fuese el mismo filósofo, puesto que la carta al canciller de Brabante habla de que «des geleichen das ganz puech des maisters Avitena und was der maister Galienus und Ypocras gemacht haben, *und vil ander pücher in erztei»;* y, según el *Journal d'un bourgeois de Paris,* era Fernando «maistre en medecine», en lo cual convienen Mathieu d'Escouchy, el estudiante de París, Trithemio y los archivos de Châlons-sur-Marne (además de que, como después veremos, es indudable que Fernando escribió un tratado *De urinis,* que se conserva). Doy á continuación el índice de las rúbricas de este curioso manuscrito:

«CAPITULO PRIMERO. De la cura de la rrosa e de los barros de la cara del noli me tangere.
2. De la cura del oydo, e de la sordetat, e de la sequedad.
3. De la cura de la ferida del ojo.
4. De la fistola del lagrimal.
5. De la cura del mal de las narizes.

Brabante, al afirmar que nuestro héroe era: *des lands ain Hyspanier, aus dem chünicreich Castell purtig, aus der stat Cordubana;* el estudiante de París, que le hace *oriundus* de Córdoba; Lorenzo Valla, al declararle «*conterraneus concivisque*» de los Sénecas y Lucanos; y el mismo Fernando, al calificar á Séneca de *noster Cordubensis* en el tratado *De laudibus Platonis*), tendremos que Fernando vió la luz en aquella

> flor de saber e de caualleria,
> Cordoua madre»,

que dijo Juan de Mena (1).

Su familia (aun dando por supuesto que no fuera la del Mariscal Diego Fernández de Córdoba) debía de ser noble, porque Mathieu d'Escouchy y los archivos de Châlons-sur-Marne le creen «chevallier en armes», la epístola alemana «ritter in streitperlichem wappen», la carta del estudiante de París «militis

---

6. De la cura del mal de los dientes, e de la carne que mengua en las narizes.
7. De la cançer de la boca.
8. De la sanguiuela en la garganta e de su cura.
9. De la cura de las enfermedades que se fazen de fuera de la garganta.
10. De la cura de las esquynencia.
11. De la cura de las almorranas e fasofaro.
12. De la cura quando se ronpe el çifac.
13. De la cura de las fistolas, e avn dize en este capitulo de la sangre que entra en el cuerpo.
14. De la cura de la cancyr que se face en la verga del *omen (así, con todas sus letras)*.
15. De la cura de las apostemas que nasçen en qualquier parte del cuerpo.
16. De la cura del mal muerto que se faze en las piernas, que algunos le llaman flema falza.
17. De la cura de los enpeynes.
18. De la cura de la quemadura del fuego.
19. De la cura de la mordedura del can rravioso e de la culebra.
20. De la cura de la gota e del dolor della.

De un *Fernando*, obispo *de Córdoba*, que fué á Sevilla en 1416, se habla en ciertas *Efemérides* publicadas por D. José Gestoso y Pérez *(Curiosidades antiguas sevillanas;* Sevilla, 1910; pág. 287.)

(1) *El Laberinto de Fortuna;* ed. R. Foulché-Delbosc; Macon, Protat, 1904; copla 124.

filius», y Trithemio «miles auratus»; además de que, bajo su sepulcro, en la Iglesia de Santiago de los Españoles de Roma, figuraban sus armas, que eran, según Pérez Bayer: «un sencillo escudo, en el cual un águila vuelta del lado derecho mira atentamente al sol, teniendo en el pecho y en las alas una cruz decusada» (1).

Son escasísimos, por no decir nulos, los datos que poseemos acerca de su primera educación. Con esa despreocupación con que los franceses suelen hablar de las cosas españolas, un articulista de la *Biographie universelle*, de Michaud, nos cuenta que Fernando de Córdoba, «según se asegura, á la edad de cinco años sabía perfectamente leer, escribir, dibujar y *tocaba muy agradablemente la guitarra* (pinçait très agréablement de la guitare). A los diez años había terminado *sus cursos de latinidad y de retórica*, y su memoria era ya tan prodigiosa, que decoraba tres ó cuatro *páginas* de Cicerón después de haberlas leído una sola vez». Añade que Fernando «sirvió á las órdenes de don Juan II de Castilla en las guerras contra los moros, donde se distinguió por su valor», y que «ocupó sucesivamente (tour à tour) las diferentes cátedras de *varias Universidades* de España, siguiéndole por todas partes un gran número de discípulos» (2). Todo esto es pura fantasía.

Probablemente, como su conterráneo Juan de Mena (1411-1456) (3), Fernando de Córdoba hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca, donde á la sazón imperaba en la

---

(1) Estas armas no coinciden con las de los Fernández de Córdoba, ni con las de los Carrillos. Nuevo dato acerca de que Fernando no debía de ser el nieto del Mariscal.

(2) *Biographie universelle* de Michaud; art. FERDINAND DE CORDOUE, firmado B—s (Bocous).—En errores análogos han incurrido: la *Nouvelle Biographie générale* de Didot, t. XI, col. 800, art. CORDOVA (Fernando de) y t. XVII, cols. 420-421, art. FERDINAND DE CORDOUE; J.—G.—Th. Graesse: *Lehrbuch einer allgemeinen Literärgeschichte,* II Band, 3. Abtheilung, 2. Haelfte, 1843, p. 924; y A. Budinszky: *Die Universität Paris und die Fremden an derselben im Mittelalter,* 1876, p. 209. (Cf. Havet, ps. 14-15).

(3) W. H. Prescott: *Historia del reinado de los Reyes Católicos;* trad. Sabau; Madrid, 1845; I, 119.

Facultad de Teología la doctrina nominalista. No sabemos quiénes serían sus maestros, ni cuáles, á punto fijo, las Facultades que cursó; pero si hemos de creer á los autores de las relaciones á que después nos referiremos, Fernando de Córdoba, á los veinte años de edad, era Doctor en Derecho civil y canónico y en Teología, y maestro en Medicina y en Artes liberales. Conocía además la poesía, el manejo de las armas y las leyes del doctrinal caballeresco; componía música, y tocaba todo género de instrumentos. Su erudición era extraordinaria, y su carácter sencillo y amable. Hablaba y escribía el latín, el griego, el hebreo, el caldeo y el árabe. Su memoria era tan prodigiosa, que, según él mismo decía, «en su juventud aprendió en siete días el *Doctrinal* de Alejandro», de Villedieu, gramática latina que consta de 2.454 versos exámetros (1) y que, al igual del *Papias*, del *Hugutio*, del *Graecismus*, del *Comprehensorium*, del *Dictionarius* de Juan de Garlandia y del *Catholicon* de Juan de Janua ó de Balbis, fué objeto de las justísimas diatribas de los renacientes (2).

Una circunstancia digna de notarse en toda la erudición que las crónicas del siglo xv atribuyen á nuestro Fernando de Córdoba, es su caracter arcaico y atrasado, con relación á los autores que fueron favoritos del Renacimiento. No aparece Fernando enterado de lo que escribieron los Basilios, los Naciancenos, los Ireneos, los Crisóstomos, los Ciprianos, los Agustinos, sino que «se sabe de memoria casi toda la Biblia, el maestro Nicolás de Lyra, y lo que han escrito Santo Tomás de Aquino, Alejandro de Hales, Escoto y Buenaventura». En Medicina, aun cuando tiene noticia de Galeno y de Hipócrates, conoce bien á Avicena. En filosofía «sabe también todos los

---

(1) Vid. Ch. Thurot: *De Alexandri de Villa Dei Doctrinali eiusque fatis;* Paris, 1849.— *Das Doctrinale des Alexander de Villa-Dei. Kritisch-exegetische Ausgabe.....* von Professor Dr. Dietrich Reichling. Berlin, Hoffman, 1893. (En los *Monumenta Germaniae Paedagogica*)

El *Doctrinale* figuraba en las Bibliotecas de los Condes de Benavente y de la Reina Católica.

(2) Acerca de todas estas obras, véanse las págs. 376 á 379 y 674 á 675 de mi citado *Luis Vives*, etc.

textos y las obras que han hecho el maestro Averroes, que ha escrito sobre los libros de Aristóteles, y el maestro Alberto y muchos otros maestros», y no parece acordarse de Platón, ni de Simplicio, Themistio, Alejandro de Afrodisia ó Filópono. En latinidad, aprende de memoria el *Doctrinal* de Alejandro, pero no parece preocuparse mucho de Cicerón. Gusta, además, de interpretar los misterios del Apocalipsis. En suma, la base de la cultura que Fernando de Córdoba tenía en 1445, era notoriamente medioeval, y en nada semejaba á la característica de los renacientes.

Bien es verdad que otro tanto les pasó á muchos hombres del Renacimiento, y especialmente á los españoles. Lebrija, antes de su viaje á Italia, Luis Vives en las aulas de la Universidad parisiense, y tantos otros de su tiempo, se amamantaron en lo que ellos llamaban la *antigua barbarie*, antes de figurar en las huestes del humanismo. El mismo Juan Pico Mirandolano escribía desde Florencia en 1485 al gran aristotélico Hermolao Bárbaro: «ita me puduit piguitque studiorum meorum (iam enim sexennium apud illos versor) vt nihil minus me fecisse velim, quam in tam nihili facienda re tam laboriose contendisse. *Perdiderim ego inquam apud Thomam, Ioannem Scotum, apud Albertum, apud Auerroen meliores annos, tantas vigilias, quibus potuerim in bonis litteris fortasse nonnihil esse*» (1).

En la carta de un parisiense al Canciller de Brabante, donde se da cuenta de la llegada de Fernando á París, en 30 de Diciembre de 1445, dícese que «hace ahora dos años que partió de España, enviado por el rey de Castilla; ha estado en las altas tierras *welschas* (romanas), donde ha respondido públicamente en casi todas las universidades ó escuelas superiores». Trithemio, en el *Chronicon Sponheimense*, interpretando la carta alemana, dice que Fernando «Romam a rege Castellae missus orator, in omnibus Italiae Galliaeque gymnasiis publicis disputans convicit omnes, ipse a nemine vel in minimo convictus». Según esto, Fernando de Córdoba salió de España en

(1) *Omnium Angeli Politiani Operum*, &. (ed. cit.) I, f. 56 recto.

1443, marchando á Italia, agregado á una misión diplomática enviada por Don Juan II.

No consta con certeza qué embajada sería esa de la cual formaba parte Fernando de Córdoba. Lo probable es que se tratase de una misión cerca de Alfonso V el Magnánimo, que, por aquellos tiempos, andaba en negociaciones con Don Juan II. La *Crónica* de este rey, refiriéndose al año 1442 (trigésimo-sexto del reinado), dice lo siguiente (1): «En este día vinieron embaxadores del Rey Don Alonso de Aragon al Rey de Castilla, los quales fueron Don Juan de Ixar é dos Doctores. La conclusion de su embaxada era de quanto enojo el Rey de Aragon habia habido en saber los escandalos e bollicios en estos Reynos pasados, certificándole que si él no toviera tan grandes ocupacionnes como tenia en Napol, que él por su persona viniera á entender en aquellos debates, é que agora era mucho alegre en saber ser todo pacificado, como cumplia al servicio de Dios, del Rey de Castilla, rogándole afectuosamente le pluguiese todavía tener cerca de sí al Rey de Navarra y al Infante Don Enrique, sus hermanos, é rogando á ellos que siempre estuviesen en la obediencia é servicio del Rey de Castilla. El Rey le respondió regradesciendo mucho al Rey de Aragón su primo la voluntad suya, de la qual él se tenía por muy cierto, ofresciendo graciosamente á sí é á sus Reynos á todo lo que le cumpliese. E los dichos embaxadores estuvieron algunos dias en la Corte, donde les fueron hechas fiestas, é así se partieron para el Rey de Aragón.» Quizá Don Juan II, contestando á esta embajada, envió después otra á D. Alfonso, yendo en ella, como *Doctor*, Fernando de Córdoba.

El hecho es que, en 1443, ó, lo más tarde, al año siguiente, Fernando estaba en Italia. En una cédula de la tesorería real aragonesa, dada á conocer por C. Minieri Riccio en el *Archivio storico per le provincie napoletane* (2), consta la siguiente noticia:

«In questo mese di settembre [1444] viene di Spagna maes-

(1) Cap. III del año 1442.
(2) Año VI (1881), p. 245.

tro Ferrando di Cordoba, maestro in arti ed in teologia, e re Alfonso lo riceve nella sua corte in qualità di suo confessore, e gli fa pagare una pensione mensuale di ducati 50, e nello stesso tempo altri ducati 18 per comprarsi due libri di teologia.»

Resulta, pues, de este interesante documento que, en setiembre del año 1444, se presentó Fernando en la corte de Alfonso el Magnánimo de Nápoles; que este monarca le nombró su confesor, y que además le señaló una pensión de cincuenta ducados mensuales, dándole además otros diez y ocho «para que se comprase *dos libros de teología*».

Pero, como hace notar el Sr. Morel-Fatio, Fernando de Córdoba había desembarcado en la capital de Alfonso V por lo menos dos meses antes, como lo prueba una larga carta enderezada al rey por el insigne Lorenzo Valla, carta fechada en Nápoles, á 25 de julio, y que verisímilmente fué escrita en 1444 (1). En ella, el humanista italiano recomienda á Fernando,

---

(1) Véase G. Mancini: *Vita di Lorenzo Valla;* Florencia, 1891; pp. 185 y sigs.—Considera como personajes distintos al Fernando de la cédula y al de la epístola de Valla.

La carta de este último figura en las: *Epistolae principum rerum publicarum ac sapientium virorum,* publicadas en Venecia, en 1574 (páginas 362-366); y, reproducida con insignificantes variantes, en las *Principum et illustrium virorum epistolae* (Amsterdam, L. Elzevirio, 1644; vid. las páginas 364-369). La inserta también, con algunas atinadas correcciones, R. Sabbadini, en su *Cronologia della vita del Panormita e del Valla (Pubblicazioni del R. Istituto di studi superiori in Firenze);* Florencia, 1891; pp. 108-111; é igualmente el Sr. Morel Fatio, en su citado artículo (pp. 523 á 526). Dice así:

«Alphonso Hispaniae et Italiae regi Laurentius Valla S.

Etsi propediem visurus auditurusque hominem es, de quo ad te constitui scribere, et pro tua incredibili sapientia de praesente iudicaturus, tamen faciendum putavi, ut de absente iam scribam, ferre non sustinens quin tibi aut iudicium animi, si forte hoc scire vis, testificer, aut ob hunc virum hispani nominis famae gratuler. Nam ut ex tuis regiis laudibus splendidissimisque virtutibus omnis Hispania gloriatur, ita de hoc homine, quantum ex privata persona et litterariae non castrensis militiae cultore fas est, gloriari potest; tuque in primis, qui et bonorum et eruditorum amantissimus es; eo quidem magis, quod Senecarum Lucanique, quos tu summo, ut debes, in honore habes, est conterraneus concivisque, et, quod plurimum facias, simillimus Senecae seniori, nescio an corpore, certe memoria atque ingenio, ut, si Pythagoram audire vellemus, putari posset anima Senecae in hoc esse homine renata. Etenim ille in *Declamationum* prooemio refert

haciendo de él considerables elogios, tanto más de notar, cuanto que proceden de una de las personalidades más ilustres del Renacimiento.

---

quod pene incredibile hactenus, nunc recens istius fides credibile facit: solitum se esse mille versus semel auditos continuo referre et, ut a quoque acceperat, nan a singulis hominibus singuli versus dicebantur, suum cuique reddere. Idem in duplicato numero ait fecisse Porcium Latronem, qui fuit idem Cordubensis ac condiscipulus suus. Sed profecto non tantopere illi suo tempore admirabiles extiterunt, quantum hic nostra aetate; tametsi non omnia me experiri permisit angustia temporis, siquidem tribus diebus homine usus sum et mecum et cum aliis compluribus disputante, et ipse alias quoque facturum pollicetur. Verum de eo quod expertus sum, sive quae repetit ex disputatore modo audita sive ea quae in thesauro quodam atque in aerario lecta collocavit, nihil cognovi mirabilius. Quantacumque alloquaris oratione hominem, ipse eam omne vel ad litteram vel ad sensum, si minus aperte ab altero prolata est, repetit, et quidem celerius, expressius, doctius, ut eum magis sua credas quam aliena proferre. Quicquid ab adversario dudum est dictum, quicquid eodem die, quicquid pridie, quicquid nuper, id omne sic tenet, ut eum nulla sententia, nullum et verbum effugiat. Adeo multum periculi est ac summopere cavendum, ne quid calore disputandi aut cursu orationis aut multitudine rationum aut altercandi mora tibi excidat, quod non plane cum ceteris tuis dictis constet atque consentiat; protinus enim ille inconstantiae tuae te admonet, et loqui contraria aut inter se repugnantia ostendit. Quamquam non deest in disputationibus calliditas mira atque solertia; qui, etsi in luctando, ut sic dicam, robustissimus est, tamen omnes, ut aiunt, palaestrici numeros ac flexus adhibet, ut eodem momento et viribus premat et arte eludat, simulque pede et genu manu latere decertet. Et haec quidem extemporalia. ¿Quid autem illa studio ac lectione comparata? praeter ea de quibus iudicare non possum: hebraeam, punicam, caldaicam linguam, quae ita multa sunt et quasi flumine quodam abundantissimo pervehuntur, ut mihi miraculum subeat ac stupor audienti tantam omnium disciplinarum, immo omnium auctorum et omnium librorum repetitionem. Nihil in grammatice est, nihil in dialecticis, nihil in physicis, nihil in metaphysicis, nihil in moralibus, nihil in geometricis, nihil in astronomicis, nihil in medicinis, nihil in musica, nihil in theologia, nihil denique in iure, quod ignoret; ¿ignoret dico? immo quod non habeat in promptu, memoriterque reddat ac pene decantet. Ita nusquam in proferendo haesitat, ita fluit, ita abundat, ut prius dubitare desinat adversarius et repugnare, quam ille fidem aliam super aliam facere. Eo loquente, omnes ita stupent atque ab eo dependent, ut inquit de Didone Vergilius:

Pendetque iterum narrantis ab ore;
(*Aen.*, IV, 79)

et Ovidius:

Narrantis coniunx pendet ab ore viri;
(*Her.*, I, 30).

Parum dico: Sibyllam putes aut aliquam Apollinis vatem, cui omnia, si veteribus dedimus, cognita erant. Nec unum dicas hominem loqui, ut Pris-

Lo que primeramente llamó la atención de Valla en Fernando de Córdoba, fué su prodigiosa memoria. A este propósito le compara con Marco Anneo Séneca y con Porcio Latrón, y encarece la facilidad con que recordaba los más mínimos detalles de los discursos que había oído. También ensalza su agudeza extraordinaria en las disputas, y alaba su erudición vastísima. Dice que conocía las lenguas hebrea, caldea y *púnica,* y

---

cianum, Aristotelem, Euclidem, Ptolemaeum, Galenum, Aristophanem, Ulpianum, sed hos omnes et quamplurimas doctissimorum hominum animas hoc hominis corculum insidere, est enim statura infra iustam et gracili, aut certe tot annos vixisse in studiis, quot Nestor fuit in vita.

¿Quaeris quot annos natus sit? ¿Dicam triginta? nondum satis annorum putabis. ¿Dicam quinquaginta? ne hoc quidem verisimile est. Profecto non credes, nisi tertiam aetatem hominum, quod fertur de Nestore, vixisse dicam. Agit itaque Ferdinandus (hoc enim nomen est nostro Nestori), agit tertiam aetatem exactis iam duabus, siquidem transivit infantiam pueritiamque, in media positus adulescentia, duodevicesimum agens annum aut modo ingressus undevicesimum, nondum malas signante lanugine. ¿Quis hoc credat, nisi qui viderit? ¿Quomodo habebunt tam mirae rei posteri fidem? Quanto minus credituri si, quod utinam ei contingat, diu vixerit. Sileo hoc loco morum sermonis aspectusque suavitatem, modestiam, mansuetudinem, ut prope eum non minori benivolentia complectamur, quam admiratione suspicimus. Verum ut sincere de homine iudicem et nihil vel quod adest ei vel quod abest omittam, lingua latina facultas poetica tanta ei adest, quantam Hispania docere aut aliqua provincia potuit. Breviter, summa, ut dicitur, manus in eo desideratur (solum namque in Italia nitor ille dicendi, ornatus orationis, vis eloquentiae viget, sive in prosa sive in carmine, praesertim iactis fundamentis in graeca lingua). Quibus rebus si sub optimo praeceptore Ferdinandus, paucos annos dicam an menses?, operam dederit, profecto videmus eum fore sapientem illum, quem docti imaginantur quique cum esse possit, tamen nunquam fuit, quasi mortalem quendam deum. Itaque lecto Catone, Varrone, Cornelio Celso, Columella, Plinio, de agricultura cum agricolis contendet; lecto Vitruvio ceterisque cum architectis de architectura disputabit; evoluto Frontino, Vegetio atque aliis de re militari cum imperatoribus decertabit, ne dicam omnes devincet; atque item in ceteris artibus: sic rapaci, voraci, tenaci memoria est; quamquam nescio plus ne memoriam an acumen an iudicium prudens sincerumque admirer.

De quo plurima adhuc dicenda essent, nisi nollem verbis te onerare et scirem te paucis diebus tibi ipsi magis quam mihi crediturum. Quare ob tam admirandum hominem tibi et nationi tuae gratulor, gratulaturus Senecae tuo utrique, si viverent; qui si apud Elysios campos essent, illic cum de eorum cive audirent, exultarent, ut Achilles de Pyrrho, ut est apud Homerum. Vale.

VIII Kal. augusti. Neapoli.»

confiesa Valla que *le llenaba de estupor* el conocimiento que demostraba de todos los autores, libros y disciplinas.

«Nada hay en la gramática—escribe,—nada en la dialéctica, nada en la física, nada en la metafísica, nada en la moral, nada en la geometría, nada en la astronomía, nada en la medicina, nada en la música, nada en la teología, nada, por último, en el derecho que él ignore; ¿que ignore, digo?; más bien que no pueda repentizar y hasta reproducir y exponer de coro.» Cuando él habla—añade,—así se asombran todos y quedan pendientes de sus labios, como cuenta Virgilio de Dido:

Pendetque iterum narrantis ab ore;

y Ovidio:

Narrantis coniunx pendet ab ore viri.»

«Y aún me quedo corto—continúa;—diríase que es la Sibila ó alguna profetisa de Apolo, á quien todas las cosas, si hemos de dar crédito á los antiguos, eran patentes.» No sabe, en conclusión, qué admirar más en él: si la memoria, ó el buen juicio.

Se asombra igualmente Valla de que tanta sabiduría quepa en un cuerpo tan pequeño (dice que Fernando era delgado y de estatura inferior á la ordinaria: *statura infra iustam et gracili)* y en una edad tan tierna, pues tiene diez y ocho años ó, á lo sumo, diez y nueve *(duodevicesimum agens annum aut modo ingressus undevicesimum)* y todavía no le apunta la barba *(nondum malas signante lanugine)*. Loa, por último, la modestia de su persona y la suavidad de su trato.

Lo único que censura Valla en el prodigioso español es el estilo latino. Dice que, en cuanto á la latinidad, su *facultas poetica* es la que podia tenerse habiendo estudiado en España ó en cualquiera otra *provincia*, pues sólo en Italia brillan la claridad en el decir, el ornato de la oración y el vigor de la elocuencia, tanto en prosa como en verso. Añade que, si Fernando cultiva esta tarea bajo la dirección de un buen maestro, en pocos años, ó más bien en pocos meses, llegará á ser aquel sabio que los doctos han imaginado, pero no han podido ver nunca: casi *un dios mortal*.

Aun cuando ha sido achaque general de los italianos (sobre todo de los del Renacimiento) suponer que sólo ellos hablan el latín con la magnificencia clásica, no hay duda sino que tiene razón el ciceroniano Valla al culpar de deficiente el estilo latino de Fernando de Córdoba.

A juzgar por los escritos que de éste conservamos, y especialmente por el opúsculo *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis,* que por vez primera publico al final de este discurso, Fernando no siguió los consejos del humanista italiano, y conservó hasta su muerte la inelegante y áspera forma que le aproxima á Pedro Hispano más bien que á Policiano, á Valla ó á Sadoleto.

En la fecha de la epístola, sólo tres días había disfrutado Valla, según declara, de la comunicación con Fernando de Córdoba. Quizá, como sospecha el Sr. Morel-Fatio, influyese en la buena impresión que el español produjo en Valla, el hecho de que aquél se pusiera de parte del humanista italiano en su controversia con Fray Antonio de Bitonto.

Lorenzo Valla, lo mismo que Poggio y otros que como él fueron secretarios de los Papas, distaba mucho de ser un intransigente clerical. Abogó por la secularización de los Estados eclesiásticos; llamaba *historiadores* á Moisés y á los evangelistas, y combatía muchas supersticiones de la tradición medioeval, por ejemplo, la autenticidad de la carta de Abgaro á Cristo. Durante la cuaresma del año 1444, el franciscano Fray Antonio de Bitonto había reproducido en sus sermones la opinión, sostenida por lo menos desde el siglo VI, de que el Símbolo de los Apóstoles fué redactado por todos ellos, siendo cada uno de los doce autor de una frase. Valla se permitió poner en duda tan extravagante ocurrencia, y el franciscano (siguiendo una costumbre no enteramente olvidada en nuestros tiempos) creyó que el medio más adecuado para reducirle al silencio, era tacharle de *impío.* La inquisición de Nápoles tomó cartas en el asunto; apasionáronse los ánimos, dividiéndose las opiniones entre los dos contendientes, y, según Poggio (en una de sus *Invectivas* contra Valla), el humanista lo hubiera pasado mal si *el doctísimo* Fernando de Córdoba, poniéndose de su

parte, no le hubiese salvado del *periculum ignis* (1). Fuese ó no tan eficaz la intervención del español como Poggio dice, no hay motivo para dudar de que se puso del lado de Valla, como hizo también el mismo Alfonso el Magnánimo.

Pero Fernando disfrutó muy poco tiempo del cargo y de la pensión que le había conferido el monarca aragonés. Ya fuera que se disgustase aquél de Alfonso V, ya que éste no hiciese mucho por tenerle á su lado, el caso fué que á mediados del año 1445 se hallaba Fernando de Córdoba camino de París. Según la epístola al Canciller de Brabante, que luego citaré íntegra, Fernando respondió «en presencia del rey de Francia, á todo lo que le fué preguntado acerca de las artes y de las obras de caballería, y respondió también á todas las preguntas que le fueron hechas». Havet sospecha que la entrevista tuvo lugar, ya en Châlons, donde Carlos VII estaba en agosto de 1445, ya en Turena, donde residió á partir de setiembre, ya en algún punto intermedio (2). Llegó á París á últimos de

---

(1) «Scis—escribe Poggio, dirigiéndose á Valla—te iam Neapoli ignis periculum tanquam haereticum adisse. Scis te opera doctissimi viri Fernandi Cordubensis, cui in hoc malas habeo gratias, ab eo discrimine liberatum.» *(In L. Vallam invectiva quinta)*. G. Mancini, en su citada obra (pág. 191) afirma que la cuarta invectiva de Poggio, aún inédita, contiene también una alusión á la defensa de Valla por Fernando de Córdoba.

Valla habla de la acusación de Fray Antonio de Bitonto en su *Antidoton in Poggium* y en la *Apologia pro se et contra calumniatores ad Eugenium IV*. *(Opera;* ed. Basilea, 1543, p. 356 y sigs.). En esta última obra hay una elocuente y justificada defensa de Epicuro. (Cons. J. Burckhardt: *La civilisation en Italie au temps de la Renaissance*; ed. cit.; II, 274-275; comp. E. Joyau: *Epicure;* Paris, Alcan, 1910; p.159).

(2) Havet *(loc. cit.* p. 15) cita á Vallet de Viriville: *Histoire de Charles VII,* t. III, 1865, p. 90, nota, 2: «18 août, le roi à Châlons; 26, 28, à Sens; le 16 septembre à Montils-lez-Tours».

El mismo Havet (p. 11) transcribe el siguiente pasaje de un registro (mencionado ya por Vallet de Viriville) de los archivos municipales de Châlons-sur-Marne *(Troisième registre des délibérations du conseil de Châlons-sur-Marne,* 1431-1446, f. 4), que dice así:

«Item, en ladite année, environ les advens, vint à Paris ung josne homme d'environ XXIII ou XXIIII ans, natif du pais d'Espaigne, nommé maistre Ferrant de Corduba, chevalier en armes, maistre en ars, docteur en loys et en decret, docteur en theologie, docteur en medecine, astrologien, par-

noviembre ó á primeros de diciembre de dicho año (1); permaneció allí unos quince días, y se ausentó el 14 de Diciembre,

Del asombro que la erudición de Fernando de Córdoba causó entre los doctores de la vieja Universidad parisiense, y de la impresión que á todos produjo el prodigioso español, dan buena cuenta las relaciones que inmediatamente voy á citar.

La primera y más extensa, consta en una de las adiciones (titulada: *Vierte Bairische Fortsetzung,* y escrita probablemente entre 1443 y 1455 por un ciudadano de Neuburgo-sobre-el-Danubio, en Suabia) á la *Sächsische Weltchronik,* crónica alemana en prosa escrita entre 1230 y 1250 por un letrado de la familia de Repgow (hoy Reppichau, en Anhalt), pariente de Eike von Repgow, el autor del *Sachsenspiegel* (2). Dice así:

«Esto es una parte de cierta carta que ha sido escrita al Canciller de Brabante (3) por uno de Paris, según se cuentan desde

---

lant grec, ebreu, caldeen et latin et françois, musicien et moult abile, lequel fut examiné par l'université.

»Item, en ladite année, environ de karesme, renommée commune fut que ledit maistre Ferrant avoit esté pris à Couloingne et attaint de heresie et d'avoir ung diable avec luy qui luy enseignoit tout ce qu'il disoit, et fut ars audit Couloingne.»

(1) El susodicho registro de Châlons dice, como hemos visto, que Fernando llegó á París «alrededor del Adviento», y el Adviento, en 1445, empezó el 28 de Noviembre.

Havet, á quien sigo en toda esta parte, advierte que, aunque Trithemio se refiere expresamente al año 1445, el párrafo donde cuenta la llegada de Fernando á París está incluído en el año 1501. De ahí el error de Abr. Bzovio *(Annalium ecclesiasticorum... tomus XVIII,* 1627, p. 594, año 1501, capítulo XIX), que fija en 1501 la fecha de la llegada de Fernando á París; error que reprodujeron Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana nova* (ed. de 1672, t. I, p. 285-286; ed. de 1783, t. I, p. 373-374), y después la *Nouvelle Biographie générale* de Didot (t. XVII) y A. Franklin *(Dictionnaire des noms, surnoms et pseudonymes latins de l'histoire littéraire du moyen-âge,* 1875, col. 180); pero que fué rectificado por Pérez Bayer *(Bibl. Hispana vetus,* 1788; t. II, p. 319-322).

(2) *Monumenta Germaniae historica &., Scriptorum qui vernacula lingua usi sunt t. II,* Hannoverae, 1877 *(Deutsche Chroniken und andere Geschichtsbücher des Mittelalters,* II. Band), págs. 373-374 (es el cap. 38, copiado de distinta letra que el resto de la crónica, de la *Vierte Bairische Fortsetzung).*

(3) Goswin vander Ryt, que murió en 1465 y fué canciller desde el año 1445 al 1461 *(Apud* Havet; p. 3. nota 2). El texto alemán dice así:

el nacimiento de Cristo mil y cuatrocientos años y en el año cuarenta y seis más tarde, el penúltimo día del mes de diciembre, que es el segundo mes de invierno.

Además participo á vuestra Amabilidad que casi toda la ciudad de París se encuentra en estos momentos llena de asom-

«Daz ist ain trail aines sandbriefs, der gescriben ist worden des von Brabant canzler von ainem von Paris, als man zalt von Christi gepurt vierzechenhundert jar und darnach in dem sechs und vierzigosten jar an dem leczten tag on ainen des monads Decembris, daz ist des andern wintermonads:

Darnach laz ich eur lieb wissen, daz itzo nachent die ganz stat Paris vor wunder betrübt ist, wann wir gescriben *(léase* gesehen?, *apunta Havet)* haben wunderperliche und gelauben der nicht und horen si und verstên der nicht. Es ist her gen Paris chomen ain jüngling mit acht pfaerden, genand Fariandus von Corduban, des lands ain Hyspanier, aus dem chünicreich Castell purtig, aus der stat Cordubana, der on ains zwainzig jar alt ist, und ist ritter in streitperlichem wappen, maister in den freien künsten, lerer in geistlichen und weltlichen rechten, maister in der erznei und lerer in der heiligen gescrift. Und in den chünsten allen ist er volchomen un in ainer als behent als in der andern, in allen dingen wol gesitt, gar zusprechenlich und gar diemütig, und hat in gedachtnüsz und chan auswendig nachent die ganzen wibel und maister Nicolaum von Lira und was sand Thoman von Aquino, Alexander von Alis, Scotas und Bonaventara un vil ander maister geschriben haben. Er ist auch behend zu nennen und seine wort bewaern und bestaeten mit allen weltlichem und geistlichem geschriben geseczten mitsamt der glos, un chan auch das ganz decretpuch, des geleichen das ganz puech des maisters Avitena und was der maister Galienus und Ypocras gemacht haben und vil ander pücher in erztei. Er ist auch so chlug in den frein künsten, daz hart ze gelauben ist, daz Aristoteles mer darin hab gekünt dann er. Er chan auch all text und geschrift, die der maister Averrois, der über die pücher Aristotilis gescriben hat, und der maister Albertus und vil ander maister gemacht haben. Auch als man sagt, so chan er ganz die methaphisicam, daz ist die übernaturlich kunst, und die ganzen rethoricam, daz ist die kunst von hoeflichait der red. Er chan auch fünf sprach screiben, lesen und reden, daz ist Lateinisch, Hebraisch, Kriechish, Caldaisch, Arabaisch, und ist gebesen in meiner kamer und hat die benenten sprach gescriben, die ich noch pei mir han. Er hat auch geantburt genugsamlich auf all frag und versüchlich red, und han in auch oft hoern antburten den lerern in manigerlai kunsten, auch allen den, die da fragen oder versüchlich reden wolten, und in aller matery. Ez sein auch ieczo zwai jar vergangen, daz er schied von Hysponia, als er dann gesent was von dem chünig von Castell und ieczo gebesen in obern Walschen landen, und hat geantburt offenperlich nachet in allen universiteten oder hochen schulen, und spricht auch selbs, daz er in der jugent in siben tagen gelernet hab daz doctrinal Allexander, daz er auch noch in gedaechtnüsz behelt. Und waz er list und

bro, porque hemos visto cosas maravillosas y no las creemos, y las oímos y no las entendemos. Ha llegado á París un joven, con ocho caballos, llamado *Fariando* de Córdoba, español de nación, natural del reino de Castilla y de la ciudad de Córdoba, que tiene veinte años menos uno, y que es caballero en armas

---

wie schnell er daz list, so verstet er es doch alles und behelt es auch in gedaechtnüsz. Er hat auch ieczo gescriben über ain puch in arztei, genant Almagesti Tholomei, und über ainen grozzen tail der bibel und gar vil über apockalipsim, daz puch der haimlichait, und hat auch vil andren pücher gemacht. Er chan auch musicam, die kunst des gesangs und seczung der don, und chan auch nicht alain auf allen saiten spilen und don spilen, sunder er chan si auch darzu machen. Er hat auch in gegenbürtichait dem künig von Frankreich geantburt wes er gefragt ist worden von ritterlichen chünsten und werchen, und hat auch daselbs geantburt auf alles des man in fraget. Und von des benenten künigs von Frankreich wegen hat er gemacht gar ain hoefliche epistel, darin er in ermant, frid ze halten. Und daz ich mit wenig worten besliez, als man dann sagt und etlichen in der universitet von andern gescriben ist worden, so chan er ez alles, daz man chunen mag mit inbendiger beschaülicher begreifung und ausbendiger würchung, und darumb so halten in etleich nach gestalt und erzaigung für gut, etleich für poes. Etleich sprechen, daz er die benenten chunst hab von dem teufel, etleich sprechen, daz er si hab von got. Ez mainen auch vil, daz er sei der antichrist oder ainer seiner jungern. Iegleicher red nach seiner mainung und nach seinem bedunchen. Von übergrozzer verbunderung ist nie des geleichen erhoert worden. Man maint auch, daz er nit mügleich sei, daz er so vil hab mügen überlesen, als vil er dann in gedaechtnüsz hab. Und wann er wil, so ist im chundig ze vermerchen und wissen waz er wil. Er was auch aufgehalten und verpoten von der universitet und von dem pischof und von den herren des perlaments. Und in ainer ganzen samnung aller studenten und gelider der universitet, die da geschach zu Sand Pernhart, da legt im gar hertichleichen für der oeberist in der universitet etwen manigen artikel, die er von manigen gehoer het, die auch nach lautung der word froemd und wilt dauchten, und begert von im darauf ze antburten. Darauf antburt er als volchomenlich, als hoeflich und als diemütichlich, und nennet sich albeg ein ungelercz kind, also daz auf die antburt chain widerred mocht geschechen. Und also von seiner begerung wegen word er ledig und losz gelassen, und wünschet auch, daz er zu weichnachten waer pei dem herzogen von Burgundi, so wolt er dann wider chomen gen Parisz und offenperlichen antburten in ainer ieglichen facultet und kunst und wolt werden ain gelid der universitet, daz doch wenig gelauben, daz er daz tue. Doch nichts dester minner nach der benenten antburt wart im grozze er erzait von den herren des perlaments und von dem pischof und von vil andern. Also schied er von dannen an dem vierzechendem tag des andern wintermonads Decembris, und hoff, ir werdent in sechen und vil ander ding, der sich wol ze verbundern ist, werdent ir selber von im hoern.»

de batalla, maestro en artes liberales, doctor en Derecho espiritual y temporal, maestro en Medicina y doctor en la Sagrada Escritura; es consumado en todas estas artes y tan hábil en una como en otra, y al mismo tiempo cortés en todas las cosas y perfectamente amable y modesto. Recuerda y sabe de memoria casi toda la Biblia, el maestro Nicolás de Lyra, y lo que han escrito Santo Tomás de Aquino, Alejandro de Hales, Escoto y Buenaventura. Sabe también declarar sentencias, y probarlas y confirmarlas por medio de todas las leyes escritas, temporales y espirituales, con la glosa; conoce igualmente todo el libro del Decreto, y aun todo el libro del maestro Avicena, y lo que han hecho los maestros Galeno é Hipócrates, y muchos otros libros de medicina. Es tanta su destreza en las artes liberales, que se hace difícil de creer que Aristóteles haya sabido acerca de esto más que él. Sabe también todos los textos y obras que han producido el maestro Averroes (que escribió sobre los libros de Aristóteles) y el maestro Alberto y muchos otros maestros. Además, según se dice, sabe toda la Metafísica, que es el arte sobrenatural, y toda la Retórica, que es el arte de la cortesanía en el discurso. Sabe también escribir, leer y hablar cinco lenguas, á saber: el latín, el hebreo, el griego, el caldeo y el árabe; y ha estado en mi casa y ha escrito las citadas lenguas, y tengo todavía el escrito ante mis ojos. Ha contestado también satisfactoriamente á todas las preguntas y á todos los discursos insidiosos, y yo mismo le he oído contestar muchas veces á los doctores sobre todo género de artes, y á todos los que querían preguntarle y mantener con él disputas insidiosas acerca de cualquier asunto. Hace ahora dos años que partió de España, enviado por el rey de Castilla; ha estado en los altos países romanos, donde ha contestado públicamente en casi todas las Universidades ó estudios superiores. Él mismo dice que en su juventud aprendió en siete días el *Doctrinal* de Alejandro, que todavía conserva en la memoria; y, sea cualquiera lo que lea y la rapidez que en ello ponga, lo comprende, sin embargo, todo, y lo retiene en la memoria. Ha escrito también sobre un libro de medicina (?) llamado el *Almagesto*, de Ptolomeo, y sobre una gran

parte de la Biblia, y mucho sobre el Apocalipsis, el libro del misterio, y ha compuesto también muchos otros libros. Sabe igualmente la música, el arte del canto y de la ordenación de las tonadas, y, no solamente sabe tocar todos los instrumentos y ejecutar en ellos piezas, sino hacerlas él. Además ha contestado, en presencia del rey de Francia, á todo lo que se le ha preguntado acerca de las artes y obras de caballería, y ha respondido también á todas las preguntas que se le han dirigido; y á propósito del dicho rey de Francia, ha escrito una epístola muy cortés, donde le invita á mantener la paz. Y, para terminar en pocas palabras, según lo que se cuenta y lo que ha sido escrito á algunos de la Universidad por otros, sabe todo lo que se puede saber por inteligencia especulativa interior y por trabajo exterior, y por eso hay quien le diputa por bueno de naturaleza y de nacimiento, y otros por malo. Unos dicen que posee todas las artes susodichas merced al diablo; y otros que las ha recibido de Dios. Muchos entienden también que es el Anticristo ó uno de sus discípulos; cada uno habla según su opinión y según lo que le parece. Nunca se ha oído hablar de tanta maravilla. Se piensa también en que no es posible que haya leído tantas cosas como tiene en su memoria; y cuando quiere, puede aumentarlas y aprender lo que le place. Fué detenido é interdicto por la Universidad, y por el Obispo y por los señores del Parlamento; y, en una gran asamblea de todos los estudiantes y miembros de la Universidad, que tuvo efecto en San Bernardo, el rector de la Universidad le propuso muy severamente varios artículos que había oído á algunas personas y cuyos términos parecían extraños y peregrinos, y le invitó á contestar acerca de cada punto. Dió él respuestas tan excelentes como corteses y moderadas, diciendo siempre que no era sino un mozo ignorante, y de suerte que á sus respuestas no era posible replicar nada; así que, á petición suya, fué declarado libre y quito. Desea pasar la Navidad junto al duque de Borgoña, y después quiere tornar á París y contestar aquí públicamente acerca de todas las facultades y de todas las artes, y quiere llegar á ser miembro de la Universidad; pero pocas personas creen que lo haga. Sin embargo, después de las citadas respuestas, fué

muy honrado por los señores del Parlamento, por el Obispo y por muchos otros. Ha partido el día catorce del segundo mes de invierno, ó diciembre, y espero que le veréis y que oiréis de sus labios muchas otras cosas que dan bastante motivo para llenar de admiración.»

Otro testigo presencial, *el ciudadano de París,* dice así en su *Diario* (1):

«Item, en aquel año [1445], vino un joven que no tenía sino XX años ó alrededor de esta edad, que sabía todas las VII artes liberales, según testimonio de todos los letrados de la Universidad de París, y también sabía tocar todos los instrumentos, cantar y discantar mejor que ningún otro, *pintar é iluminar* mejor que nunca se supo en París ni en otra parte. Item, en hechos de guerra, ninguno más experto, y esgrimía á dos manos con la espada tan maravillosamente, que ninguno podía comparársele, porque cuando veía á su enemigo, no dejaba de caer sobre él, avanzando XX ó XXIIII pasos de un salto. Item, es maestro en artes, maestro en medicina, doctor en leyes,

---

(1) «Item, en celluy an, vint ung jeune homme qui n'avoit que XX ans ou environ, qui savoit tous les VII ars liberaux, par le tesmoing de tous les clercs de l'université de Paris, et si savoit jouer de tous instrumens, chanter et deschanter mieulx que nul autre, paindre et enluminer mieulx que oncques on sceust a Paris ne ailleurs. Item, en fait de guerre, nul plus appert, et jouoit d'une espee a deux mains si merveilleusement que nul ne s'i comparast, car, quant il veoit son ennemy, il ne failloit point a saillir sur luy XX ou XXIIII pas a ung sault. Item, il est maistre en ars, maistre en medecine, docteur en loix, docteur en decret, docteur en theologie, et vraiement il a disputé a nous au colliege de Navarre, qui estions plus de cinquante des plus parfaiz clercs de l'université de Paris, et plus de III mil autres clercs, et a si haultement bien respondu a toutes les questions que on lui a faictes, que c'est une droicte merveille a croire, qui ne l'auroit veu. Item, il parle latin trop subtil, grec, ebreu, caldicque, arabicque et tous autres langaiges. Item, il est chevalier en armes. Et vraiement, se ung homme povoit vivre C. ans sans boire, sans menger et sans dormir, il ne auroit pas les sciences qu'il scet tout par cueur aprinses. Et pour certain il nous fist tres grant freour, car il scet plus que ne puet savoir nature humaine, car il reprent tous les IIII docteurs de saincte Eglise; bref, c'est de sa sapience la non pareille chose du monde. Et nous avons en Escripture que Ante-Crist sera engendré en advoutire de pere chrestian et de mere juive qui se faindra chrestianne, et chascun cuidera qu'elle le soit, il sera né de par le deable en temps de toutes guerres, et que toutes jeunes gens

doctor en decreto, doctor en teología, y verdaderamente ha disputado con nosotros en el Colegio de Navarra, que éramos más de cincuenta de los más cumplidos letrados de la Universidad de París, y más de III mil otros letrados, y ha respondido tan altamente á todas las preguntas que se le han formulado, que es una verdadera maravilla que lo crea nadie que no lo haya visto. Item, habla *latín muy sutil*, griego, hebreo, caldeo, arábigo y todas las demás lenguas. Item, es caballero en armas. Y verdaderamente, si un hombre pudiera vivir C. años sin beber, sin comer y sin dormir, no poseería las ciencias que él sabe, aprendidas de memoria. Y por cierto que nos produjo gran espanto, porque sabe más que saber puede la naturaleza humana, porque supera á los IIII doctores de la Santa Iglesia juntos; en suma, es su sabiduría sin par en el mundo. Y tenemos en la Escritura que el Anticristo será engendrado en adulterio de padre cristiano y de madre judía que se fingirá cristiana y todos pensarán que lo es; nacerá merced al diablo en tiempo de universal guerra y cuando todos los jóvenes vayan disfraza-

---

seront deguisés d'abit, tant femmes que hommes, par orgueil comme par luxure, et sera grant hayne contre les grans signeurs, pour ce qu'ilz seront tres cruelx au menu peuple. Item, toute sa science sera de par le dyable et il cuidera qu'elle soit de par nature. Il sera chrestien jusques a XXVIII ans de son aage, et visitera en celui temps les grans signeurs du monde, pour monstrer sa grant sapience et pour avoir grant renommée d'iceulx. Au XXVIII[e] an vendra de [en ?] Iherusalem; et, quant les juifs incredules verront sa grant sapience, ilz creront en luy et diront que c'est Messias, qui promis leur estoit, et l'aoureront comme Dieu. Adong envoyera ses disciples par le monde, et God et Magod le suyveront, et regnera par III ans et demy. A XXXII ans, les dyables l'emporteront; et adong les juifs, qui auront esté deceupz, ilz se convertiront à la foy chrestienne; et aprè vendront Enoch et Helye, et après sera tout chrestien; et sera l'Euvangille de sainct, qui dit: *Et fiet unum oville et unus pastor,* adong approuvé. Et le sang de ceulx qu'il aura fait tormenter pour ce qu'ilz ne vouldrent adourer, criera a Dieu vengence, et adong vendra sainct Michel, qui le trebuchera, lui et touz ses ministres, ou parfons puis d'enfer. Ainsi comme davant est dit le raconterent les devantdiz docteurs de celluy homme devant dit, lequel est venu d'Espaigne en France; et pour vray, selon Danyel et l'Apocalipce, Antecrist doit nestre en Babiloine en Caldée.»

Journal d'un bourgeois de Paris, 1405-1449, publié d'après les manuscrits de Rome et de Paris par Alexandre Tuetey *(Société de l'histoire de Paris);* 1881; p. 381-382, §§. 860-865.

dos, lo mismo hombres que mujeres, por orgullo como por lujuria, y habrá gran odio contra los grandes señores, porque serán éstos muy crueles con el bajo pueblo. Item, toda su ciencia será debida al diablo, y él pensará que la debe á la naturaleza. Será cristiano hasta la edad de XXVIII años, y visitará en aquel tiempo á los grandes señores del mundo, para mostrar su gran sabiduría y para adquirir gran renombre entre ellos. A los XXVIII años irá á Jerusalén; y, cuando los judíos incrédulos vean su gran sabiduría, creerán en él y dirán que es el Mesías que les era prometido, y le adorarán como á Dios. Entonces enviará sus discípulos por el mundo, y Gog y Magog le seguirán, y reinará durante III años y medio. A los XXXII años, los diablos se le llevarán, y entonces los judíos, que habrán quedado engañados, se convertirán á la fe cristiana; y después vendrán Enoc y Elías, y después todo será cristiano, y será el Evangelio de santo, que dice: *Et fiet unum ovile et unus pastor,* confirmado entonces. Y la sangre de aquellos que haya hecho atormentar porque no quisieron adorar, clamará venganza á Dios, y entonces vendrá San Miguel, que les hará caer, á él y á todos sus ministros, en un profundo pozo del infierno. Así como queda dicho lo contaron los referidos doctores de aquel hombre antes mencionado, el cual ha venido de España á Francia; y para decir verdad, según Daniel y el Apocalipsis, el Anticristo debe nacer en Babilonia, en Caldea.»

Cosas análogas (y á veces con las mismas palabras) escribe el cronista Mathieu d'Escouchy (1), añadiendo que Fernando de

(1) *De la venue en Paris d'un josne clerc natif des Espaingnes.* En cest an mil cccc quarante cinq vint es parties du royamme de France ung josne clerc, aagé de vingt ans ou environ, lequel, comme il disoit, estoit natif des Espaingnes; et sy estoit de moienne stature, assez belle personne et moult agreable a tous gens qui de lui avoient congnoissance, et le plus excellent en touttes sciences qui se trouvast en tous les pays et ou il repairoit, par especial en clergie, et estoit chevallier en armes, docteur en theologie et medecine, en loix et en decret, se congnoissoit en l'art de musique plus que nul aultre, jouoit de tous instrumens tant bien que nul ne l'en pooit passer, bailloit les raisons et instructions comment ilz se devoient faire, et en jouant de l'espee a deux mains saultoit contre son adversaire et arriere de lui vingt piez ou plus, et de jeu ne trouvoit son pareil. Finablement, apprez qu'il eust esté en divers lieux dudit royamme de Fran-

Córdoba, después de haber estado algún tiempo en París, fué á Gante, cerca del duque de Borgoña, y que después quiso pasar á Inglaterra, pero no habiendo podido, *volvió por Alemania* «y luego, durante mucho tiempo, hubo poca noticia de él en las marcas de Francia». Todo esto lo cuenta d'Escouchy bajo la fe de las cartas de un doctor en Teología llamado Juan de la Oli-

---

ce, vint a Paris, ou, en la presence de quarante ou cinquante des meilleurs clercs de l'université, fut examiné et enquis par moult de fois sur pluseurs sciences, a quoy il respondy sy bien, sy sagement, par si bonnes raisons, que nul d'eulx ne le savoit de rien reprendre et corrigier; et, qui plus est, en leur presence redarguoit et reprenoit les livres de saint Hierosme, saint Augustin et aultres de saincte Eglise. Il fut en plainne université, ou il y avoit bien III mil clercs, et y fist pluseurs argumens, mais tous ne le seurent de rient reprendre. Fut aussi en parlement et ailleurs, mais ne trouva quelque resistance. Et, apprez qu'il eust esté par certain temps audit lieu de Paris, s'en partit et ala a Gand, devers le duc de Bourgoingne, ou il fut par aucune espace, et la fut de rechief examiné par notables clercs, mais oncques ne virent son pareil. Et apprez se partit de la pour aler en Engleterre, mais, pour ce qu'il ne peut passer, s'en retourna par Allemaingne, et depuis long temps apprez fut peu nouvelle de lui sur les marches de France.

En oultre, apprez qu'il fut party de Paris, comme dit est dessus, aucuns des plus saiges et renommez clercs de l'université, en bon nombre, se assamblerent ensamble pour parler et avoir advis l'un aveuc l'autre de sa science, et enfin, la matere bien debattue, ne leur sambloit point estre possible que en l'espace de cent ans ung homme peult aprendre et retenir ce qu'il savoit. Et a ceste cause y avoit des plus saiges qui faisoient grand doubte qu'il n'eust acquis sa science par art magicque et que ce ne fust Ante-Crist ou de ses dissiples. Car aveuc ce ilz regarderent et estudierent curieusement et par moult de fois en leurs livres, parlant de la venue dudit Ante-Crist: sy trouvoient qu'il devoit naistre en temps de guerre, de pere crestien et d'une mere juifve qui faindroit estre crestienne, et seroit nay en adultere, et a sa naissance seroit le peuple peu charitable l'ung envers-l'autre; trouvoient, aveuc ce, qu'il seroit posseddé du diable, qui lui acqueroit sa science, mais il ne s'en donroit pas de garde et le cuidroit avoir par son propre engin; et sy seroit crestien jusques a l'aage de XXVIII ans, et en sa josnesse visiteroit les princes pour exaulcer et publier sa science, et au XXVIIIe an de sa nativité s'en iroit a Hierusalem, ou les juifs le averoient comme Dieu, et regnera jusques au XXXIIe an de son aage, et durant son mauvais regne fera tant de cruautez et persecucions que Dieu nostre createur le fera destruire par feu et foudre qui viendra du ciel; et ce se fera vers la fin du monde.

Touttes lesquelles besoingnes dessus dictes declairiees ung notable docteur en theologie nommé maistre Jehan de l'Olive certifie par ses lettres, et dit qu'il avoit esté present a faire tous les examens et interrogacions qui avoient esté faictes a Paris par la dessus dicte université a ice-

va, que estuvo presente á todas las discusiones ocurridas en la Universidad parisiense.

Con pocas variantes y alguna adición, Juan de Trittenheim ó Trithemio, en su *Chronicon Sponheimense* (1), reproduce el contenido de la carta alemana que antes he transcrito.

---

llui clerc, dont aucuns estoient esmerveilliez. Et n'a point esté nouvelle, a la verité, que depuis long temps on ait sceu qu'il soit devenu.

(Chronique de Mathieu d'Escouchy, publiée pour la Société de l'histoire de France par G. du Fresne de Beaucourt; t. I, 1863; cap. VIII, págs. 69-72).

D. Cesáreo Fernández Duro tradujo esta carta en su artículo: *Un español del siglo XV tenido por Ante-Cristo (Boletín de la Real Academia de la Historia;* Julio-Septiembre, 1887; Madrid, 1887; pp. 175-180), cometiendo la peregrina equivocación de creer que el español de que se trataba fué Fernando del Pulgar.

(1) «Verum ista nobis scribentibus Ferrandus Cordubensis ad memoriam reducitur, qui anno MCCCCXLV iuvenis annorum XX, miles auratus, artium, medicinae et sacrae theologiae doctor, cum VIII equis de Hispania venit in Franciam et totam Parisiorum scholam sua mirabili scientia vertit in stuporem. Erat enim omni facultate scripturarum doctissimus, vita et conversatione honestissimus, non sicut ille de quo iam diximus arrogans et superbus *(un erudito italiano que se presentó en Lyon en 1501)*, sed humilis multum et reverentia plenus. Memoriter tenuit Bibliam totam, Nicolaum quoque de Lyra, scripta S. Thomae Aquinatis, Alexandri de Hales, Iohannis Scoti, Bonaventurae et aliorum in theologia complurium, Decretum quoque et omnes utriusque iuris libros, et in medicinis Avicennam, Galenum, Hippocratem, et Aristotelem atque Albertum, omnesque philosophiae et metaphysices libros et commentaria ad unguem, ut aiunt, memoria conservabat. In allegando fuit promptissimus, in disputando acutus et nullo unquam superatus. Denique linguas Hebraicam, Graecam, Latinam, Arabicam et Caldaeam perfecte legit, scripsit ac intellexit. Romam a rege Castellae missus orator, in omnibus Italiae Galliaeque gymnasiis publicis disputans convicit omnes, ipse a nemine vel in minimo convictus. Varia de ipso inter doctores Parisienses movebatur opinio, aliis magum illum ad daemone plenum cavillantibus, aliis sentientibus contrarium. Non defuerunt qui Antichristum putarent, propter incredibilem scientiam scripturarum, qua cunctos mortales videbatur excellere. Commentaria quaedam in Almagestum Ptolomei edidit et Apocalypsim divi Iohannis expositione pulcherrima illustravit. Scripsit ingenii sui et alia quaedam plenae eruditionis opuscula, quorum titulos ad memoriam hac vice non potuimus revocare. Iste Fernandus erat qui Carolo duci Burgundionum astronomica vaticinatione longe antea praedixit interitum, quem ille spernens non suspicabatur esse tam proximum.» (Ann. 1501: *Chronicon Sponheimense,* en las *Johannis Trithemii..... Opera historica* &.ª; Francofurti, 1601; II, p. 415).

Cons. también, acerca de Fernando de Córdoba: Est. Pasquier: *Les Recherches de la France,* l, VI, chap. 39 (ed. de 1621, p. 579-580); Denys

Quedamos, pues, en que, según estos relatos, Fernando de Córdoba sostuvo en París discusiones públicas con los más renombrados doctores de la famosa Universidad, celebrándose al-

---

Godefroy: *Histoire de Charles* VII, 1661, p. 549-550; Fabricio: *Bibliotheca Latina mediae et infimae aetatis,* art. FERNANDUS *sive* FERDINANDUS *de Corduba;* Ulysse Chevalier: *Répertoire des sources historiques du moyen-âge,* bio-bibliographie, col. 727; L. Moréri: *Le grand Dictionnaire historique* &.ª (ed. de Basle, 1732), t. IV, art. FERDINAND DE CORDOUE; cita, siguiendo á Th. Godefroy, el *Journal d'un bourgeois de Paris; Biographie universelle ou Dictionnaire historique* &.ª (Paris, Furne, 1833), t. II, art. FERDINAND DE CORDOUE; M. Menéndez y Pelayo: *Historia de los Heterodoxos españoles;* Madrid, 1880; t. I, pp. 534 y 535; ídem: *La ciencia española* (3.ª ed.), t. I, *passim;* ídem íd.: *Ensayos de crítica filosófica;* Madrid, 1892; pp. 92-97.

Haciendo referencia á la maravillosa erudición de Fernando de Córdoba, escribe el P. Feijóo:

«Solo una objecion se me puede proponer, que parecerá á muchos indisoluble: y es, que aûn concediendo que la memoria de nuestro Córdoba fuesse tan comprehensiva y tenaz, que retuviesse firmemente todo lo que leía una vez, aun subsiste un capitulo de impossibilidad para que supiesse de memoria tantos escritos como arriba se dixo. La razon es, porque á los veinte años de edad lo mas que se le puede dar son diez y seis ó diez y siete de letura; y en este espacio de tiempo, aunque estuviesse leyendo continuamente, no podia leer tanto numero de volumenes, especialmente si á estos se añaden otros muchos que era preciso estudiar para aprender tantas lenguas. Fuera de que tambien era impossible dar todo el tiempo á la letura, pues sobre el que pide para sus comunes menesteres la vida humana, era forzoso reservar una buena porcion para aprender á pintar, tañer, esgrimir, &c. Esta objeción, aunque como he dicho, parecerá á muchos un ñudo gordiano de impossible solucion, se desata fácilmente solo con advertir, que assi como el excesso possible de unos hombres á otros en ingenio, memoria, robustez, agilidad, &c, es inmenso, lo mismo sucede en la velocidad de leer: Unos leen con torpissima pesadez, algunos con exquisita agilidad. Hay quien en una hora apenas arriba á dos pliegos, y hay quien lee veinte pliegos en una hora. Esto en parte consiste en el menos ó más ágil movimiento de los músculos de los ojos, y en parte en la mayor ó menor promptitud mental en percibir la figura, complexion y significacion de los caracteres. Como esta es una habilidad que no da estimacion á la persona, podré, sin faltar á la modestia, decir que yo soy algo feliz sobre este capítulo, pues aplicándome con algún conato, leo mentalmente doblado de lo que un hombre de lengua veloz puede articular. Habrá quien lea con duplicada ó triplicada velocidad que yo, por el principio que acabamos de establecer. Esto supuesto, se convence naturalmente possible, que Fernando de Córdoba á los veinte años tuviesse leidos, no una sola, sino dos y tres veces los libros que se expressaron arriba.» (P. Maestro Fr. Benito Feijóo Montenegro: *Theatro critico universal, ó discursos varios*

gunas de ellas en el Colegio de Navarra (1) (establecido en la calle de Santa Genoveva, después llamada de la Montaña), y otras ante el claustro pleno, como la ocurrida en San Bernardo; en que á todos dejó deslumbrados con su extraordinaria erudición y sus múltiples habilidades; en que la Universidad, el Obispo y el mismo Parlamento convinieron en perseguirle y detenerle, por suponer que tan extremada ciencia no podía deberse sino á diabólicas artes; y en que, después de la partida de Fernando, reunidos en cónclave algunos de los «plus saiges et renommez clercs de l'université» (como afirma Mathieu d'Escouchy), acordaron que el español, según todas las trazas, debía de ser *el Anticristo* en persona, el cual, al decir de San Vicente Ferrer, vendría al mundo por los años de 1402 ó 1403 (2).

¡Válame Dios!—digo yo ahora, y perdonadme esta digresión—, ¡y cuán agradecidos debemos estar á la Providencia porque fuese la Universidad de París y no una de España, la que explicase por artes de brujería el mucho saber de Fernando de Córdoba, y la que le persiguiese y detuviese, como después molestó y persiguió á Erasmo! Digo de esto lo mismo que de la falta de protección hallada por Cristóbal Colón en Portugal y en Génova; y del suplicio de Miguel Servet (el más grande heresiarca del siglo XVI) en la hoguera de Calvino. Cuando hay quien dice ahora, como si la historia fuese un mito, que España *volvió la espalda* al Renacimiento, ¿qué no se diría si tales hechos hubiesen ocurrido en tierra de Castilla?

En el *Liber Procuratorum nationis Anglicanae (Aleman-*

---

en todo género de materias, para desengaño de errores comunes. Tomo IV. Impression VI. Madrid, Perez de Soto, 1753; Discurso XIV: *Glorias de España.* 2.ª Parte; núms. 75 y 76; cf. también los núms. 63 y 72 á 74.)

(1) Cf. Launoy: *Regii Navarrae gymnasii Parisiensis Historia;* parte I, 1677, p. 157-158.

(2) Vid. Havet: *op. cit.*, p. 17-18.

En cambio, para Arnaldo de Vilanova, el mundo se acabaría de 1300 á 1400 y el Anticristo cumpliría su carrera dentro de los primeros 40 años del siglo XIV (Vid. M. Menéndez y Pelayo: *Arnaldo de Vilanova;* Madrid, 1879; pág. 73).

niae) (1), publicado por MM. Denifle y Chatelain, se narra de modo algún tanto diverso el suceso. De aquél parece resultar que el célebre Doctor había propalado la especie de que podía *responder* á la Universidad acerca de cualquier ciencia; que Fernando de Córdoba enfermó gravemente y no pudo cumplir su promesa, aunque la reiteró por dos veces; en vista del incumplimiento de lo ofrecido, la Universidad entendió que su *honor* quedaba ofendido «enormiter et multum», é hizo *detener (detinere)* al Doctor hasta que llevase á efecto lo ofrecido, en 9 de Diciembre de 1445; que, congregada la Universidad en San Bernardo el día 11, compareció Fernando, y el rector le echó en cara lo que de él se decía por París, haciéndole observar que de ello redundaba desprestigio para la Universidad, á lo cual respondió Fernando excusándose de alguna manera *(aliqualiter)* de todo; y, dando por no dicho cuanto de mal hubiese hablado, púsose reverentemente á la merced de la Universidad, pidiendo que se le levantase el arresto; y que á ello accedió la Corporación, dejándole ir en paz, puesto que rehusó responder, como había prometido, *in omni facultate,* y no estaba en manos de la Universidad obligarle á ello (2).

---

(1) *Auctarium Chartularii Universitatis Parisiensis*..... ediderunt H. Denifle O. P.—Aemil. Chatelain; Parisiis, 1897; t. II, cols. 632-633.

(2) «Nona die mensis Decembris celebrata fuit congregatio Universitatis Parisiensis aput Sanctum Maturinum super tribus articulis..... Secundus fuit super facto cujusdam notabilis viri, doctoris (ut ipse dicebat) in omni facultate, qui se obtulit responsurum toti Universitati in omnibus scientiis.....

... Quantum ad 2[um] articulum dixit doctor illius (¡...!) magistri quod graviter infirmaretur, et propter hoc presencialiter Universitatem visitare non potuit, et quod propter hoc haberetur excusatus. Sed nichilominus, viso quod ipse semper se obtulit responsurum, et bis promisit fide media quod persona propria Universitatem visitaret, et semper se fecit per alium excusari, Universitas conclusit, quod detineretur quousque ipse suum promissum implevisset, quia videbatur Universitati quod honor Universitatis per famam suam, quam seipso et aliis volgariter evolare per villam fecit, enormiter et multum erat lesus.....

... Celebrata fuit congregatio Universitatis Parisiensis aput Sanctum Bernardum per juramentum die XI[a] mensis Decembris super duobus articulis. Primus fuit super facto illius doctoris, qui se toti Universitati super omni materia responsurum promisit..... Quantum ad primum retulit domi-

Celosa la Universidad de su honor, y siendo parte interesada en el pleito, no creo que deba tomarse al pie de la letra lo que dice el actuario; pero, aun aceptado todo tal como lo cuenta, sólo se infiere de ello que Fernando de Córdoba fué arrestado, y que prefirió pedir merced á excitar de nuevo las iras de los *Magistri* poniendo á prueba su sabiduría.

En cierto Formulario epistolar del siglo XV, dado á conocer por M. Léopold Delisle (1), se contiene una carta, escrita por un estudiante cisterciense del Colegio de San Bernardo de Paris, y dirigida á un abad de un monasterio de la orden en Flandes, en la que se pinta con vivos colores la impresión causada por Fernando de Córdoba en aquella Universidad. Dícese allí (2) que el español tiene unos 19 años; que ha llegado á Paris hacia el 6 de Diciembre; que es un verdadero prodigio, pues traspasa su saber los límites naturales y «omne scibile luculenter sapit»; que es, además de otras muchas cosas, poeta y gramático; que ha viajado por Italia, *Grecia*, España y Francia; que es geómetra, aritmético y astrólogo, y conoce las distancias á que el sol y la luna y los demás astros se hallan de la tierra; que es soldado é *hijo de soldado*; que los judíos le han diputado por su Mesías; que en San Bernardo respondió *elegantísimamente* á todas las profundas cuestiones de teología que el rector de la Universidad le propuso; y que ha pro-

nus rector plura que dicebantur communiter de eo in tota villa Parisiensi, que tunc ab eo ortum et initium suscepissent et in magnum dedecus et vitium dotius Uuiversitatis dicta fuissent. Ad que omnia et singula ille notabilis vir respondens, aliqualiter de omnibus se excusavit, et si aliqua ab eo minus bene dicta fuissent, reputavit pro non dictis, et satis reverenter loquens se posuit in manibus Universitatis in omnibus corrigendis. *Et post magnam relationem verborum* supplicavit quod Universitas eum ab arresto liberaret. Circa que conclusit Universitas quod liberaretur ab arresto et recederet in nomine Domini, quia Universitas nullam habuit rationem detinendi, nisi quod se promisit responsurum in omni facultate, et quia illud facere recusavit et Universitas eum cogere non potuit ad hoc faciendum, conclusit quod iret in nomine Domini.»

(1) *Le formulaire de Clairmarais (Journal des Savants;* Marzo de 1899; págs. 172 á 195). El Formulario parece estar compilado, todo él, por pensionistas del Colegio de San Bernardo.

(2) Fol. 182, n.° 431. Año 1444.

metido volver á Paris pasados dos meses para responder públicamente, según su ofrecimiento (1).

Más que deprisa, pues, y como alma llevada por su condena-

---

(1) «Filiali recommendacione, cum omni subjectione et promptitudine obsequendi premissis. Venerande in Christo pater et domine, Quoniam, ut vulgo dicitur, rerum novitas nova gaudia gignit, nobis a seculo inaudita et utique admiratione digna aliqua vobis transcribere decrevi, quoniam siquidem minimi mirantur, mediocres et majores vertuntur in stuporem, doctores et magistri redduntur animo suspensi, et ut breviter loquar, docti pariter et indocti vehementer obstupescunt. Juvenis namque, mirabile dictu, annorum circiter novemdecim, circa festum Nicholay hiemalis *, Parisius applicuit, Ferrandus de Corduba nomine. Est enim Corduba civitas inclita penes Hyspanie regnum, de qua est oriundus *et a qua nomen extorsit.* Sed quibus titulis et virtutum laudibus scientiarumque dotibus ille insignitus et potitus fuerit, quibus gestibus, quo affamine, qua verborum lepiditate perorandi, prudencia et ingenii subtilitate omnique perfectione, nisi hunc viderit et audierit incredibili videbitur, et non immerito, cum ipse omnes nature metas transcendat et limites.

Ille enim, ut ad singula prorumpam, poeta et grammaticus exellentissimus extitit, adeo ut gramaticam septem dierum spacio evoluto perlustraverit et retinuerit. Est enim in artibus liberalibus subtilissimus magister, ita ut parem in discuciendo *rationes profundissimas artis dyaletice* et phisice super terram non repererit, quanquam tamen per Ytaliam, Greciam, Hyspaniam, Franciam ac alia christiane religionis regna peragraverit. Musicus etenim est et omnium instrumentorum ipsius artis expertissimus. Ceterum floribus rethorice et verborum venustate adornatus, michi experto credatis, ita ut laurea meretur coronari et extolli. Non est inventus in geometria ei similis. Nam rerum mensuras et figuras perspicatissime intelligit et protendit. Et quid de arismetica et astrologia proferam? Distanciam solis et lune et ceterorum astrorum a terra, eciam stellarum cursus, cum earum influenciis, si nosce fas est, luculenter discutit et refert. Porro ille, puer etate, sed moribus senex, in utroque jure, scilicet civili et canonico, sed et in medicina doctor est precipuus. Postremo, in sacra pagina doctor eximius existens, in omni sciencia arguere volentibus ultro se offert, responsurum. Et quod majus est, domino rectori Universitatis Parisiensis supplicuit et supplicari fecit ut quatuor dierum spacio Universitati de quoqunque scibili sibi comederetur respondendi facultas, ut virum se ostenderet peritum et profundum. Verum, quia missus a suo principe visere patriam et principes, quia miles extat in armis *et militis filius,* coactus ad serenissimum nostrum dominum Bourgondie, sui favendo imperio principis, peragrat, in forma, ut moris est, non pro presenti ** respondit. Verum tamen mater nostra Universitas, istud insolitum et quasi supernaturale in hoc juvene considerans, vehementissime admiratur quid id fore poterit, et a quo tanta dona graciarum sumpserit ***, intra se sillogizans an divinitus

* 6 de Diciembre.

** Mr. Delisle hace constar que el ms. dice: *non pro presenti non respondit.* Quizá deba leerse: *nunc pro presenti non respondit.*

*** El ms.: *sumpserat.*

nado *protector*, salió de París Fernando de Córdoba, prometiendo á los *clercs* que volvería muy pronto, pero jurando interiormente no dejarse ver más de sus bienaventurados huéspedes, porque eran aquellos tiempos peligrosos, y toda corriente de admiración se trocaba con facilidad en sentencia condenatoria. Mas, todavía no se vió libre de la enemistad de los doctores, porque sabedores éstos de que se encaminaba al Ducado de Borgoña, reunióse la *nación* de Francia en 22 de Diciembre y escribió al Duque una carta en que le prevenía: «que no diese crédito á las palabras de cierto Doctor Español, que se había

---

aut magice etate constitutus his dotibus minime * insignitus fuerit. Neque Plato divinus, nec Aristoteles, perypateticorum princeps, et, ut de christianis doctoribus loquar, sanctus Augustinus [qui], ut quidam testatur, artes liberales sine doctore didicit, tantam plenitudinem scienciarum in etate juvenili habuerunt. Videns insuper prefata alma Universitas et mente revolvens quod unicuique mortalium sufficit si usque ad ultimam vite sue periodum aliquam scienciarum predictarum perfecte possit adipisci, necnon eciam aliis consideratis, super eum manus injercit, scire volens qui, cur, quo et unde aut ubi studuerat, diligenter inquisivit. Ipse autem coram jam dicta Universitate publicam audienciam requisivit. Unde in nostro venerabili collegio Sancti Bernardi, undecima decembris, tota Universitate congregata, coastantibus dominis de parlamento, domino preposito ** Parisiensi, episcopis eciam quam plurimis, in presencia omnium, ad omnia sibi interrogata elegantissime respondit. Interrogatus autem a domino rectore, de profundissimis theologie questionibus disertissime solvit, et, quod incredibile putatur, bibliam cordetenus noscit. Omnes libros tam textus quam glosas, theologie sillabatim profert; nam ebraice, grece, arabice, caldaice dictat, scribit et loquitur; textus philosophie et logice difficillimos memoratur *** et recitat. Omnes libros Hebreorum, Judeorum, Grecorum et Latinorum breviter et summatim explanat. Pictor est eciam peroptimus. *Omne scibile luculenter sapit.* Quicquid audit, videt aut legit, perpetuo retinet. Totum orbem discursit, ut regum et principum benivolencias captare **** possit: in ipso eciam causa majoris admirationis reperitur. Nam per loca judaica pertransiens, a Judeis veluti eorum Messias reputabatur ita [ut], si repulsam non paterentur ab eo, jam jam adorare eum voluissent. Et ut finaliter concludam, si suorum actuum multitudinem scribere vellem, tempus magis quam copia desereret. Promisit etiam post lapsum duorum mensium Parisius reversurum et juxta suam sponsionem publice, ut moris est, responsurum.»

* Mr. Delisle propone corregir así este pasaje *an divinitus, aut magice in minima etate constitutus, his dotibus insignitus fuerit.*

** El ms. *proposito.*

*** El ms : *memoriur.*

**** El ms.: *captate,*

presentado á la Universidad ofreciendo responderla, *pero luego no quiso hacerlo, sino que se excusó diciendo que había de marcharse sin dilación á la corte de dicho señor Duque»* (1).

Llegó Fernando á Gante, donde Felipe, Duque de Borgoña, estaba ya desde el 30 de Noviembre, y allí fué nuevamente examinado por otros *clercs,* quienes quedaron tan absortos como los de París. En aquella corte fué conocido Fernando por el poeta Jorge Chastellain, que le dedicó un recuerdo en ciertos versos, menos que medianos, donde habla de su renombre de Anticristo:

«J'ay vu par excellence
Jeune homme de vingt ans
Avoir toute science
Et les degrés montans,
Soy vantant sçavoir dire
Ce qu'oncques fut escript
Par seule fois le lire
Comme un jeune antecrist (2).»

---

(1) Huiusce Doctoris mentio habetur in Actis Nationis Gall. ad diem 22. Decem. aientibus lectas fuisse litteras quasdam ad Ducem Burgundiae transmittendas, *Ne velit adhibere fidem dictis cuiusdam Doctoris Hispani, qui se obtulerat Vniversitati responsurum; qui tamen noluit respondere, sed se excusauit dicendo quod celerrimè erat iturus apud Dominum Ducem dictum.*» Bulaeus (E. du Boulay): *Historia Universitatis Parisiensis,* t. v, 1670, p. 534 (cita también el mencionado texto de Trithemio). Crévier: *Histoire de l'université de Paris,* t. IV, 1761, p. 140-142.

En el *Liber Procuratorum nationis Alemanniae* (Apud Denifle y Chatelain: *Auctarium Chartularii Universitatis Parisiensis;* II, 635) se lee, con referencia á la junta universitaria de 22-Diciembre-1445: «Secundus punctus erat super audienda quadam minuta littere mittende domino duci Burgondie, que tangebat honorem Universitatis et materiam istius doctoris in omni facultate, ut dixit, promoti, ne sibi nimium crederet dux. Placuit Universitati illa copia, dummodo tolleretur illud verbum «et se convenienter excusavit», et apponeretur, quod dux *injungeret sibi reditum ad Parisius, ut suum compleret promissum.* Et placuit Universitati, quod similis littera mitteretur regi (suoque confessori, *añade el* Liber procur. nat. Gallic.), mutatis mutandis.»

Si los doctores parisienses deseaban que se obligase á Fernando de Córdoba á volver á Paris, por qué le dejaron «ire in nomine Domini»? No deja de ser extraña la petición de la Universidad, ni muy sospechoso el acuerdo de borrar la frase: *et se convenienter excusavit.*

(2) *Oeuvres de Georges Chastellain,* publiées par le baron Kervyn de Lettenhove; Bruxelles, 1863-1866; t. VII, p. 191; cf. t. I, p. XVI.

Según Trithemio, en esta ocasión predijo Fernando, por medio de la astrología, la prematura muerte de Carlos el Temerario (ocurrida en Nancy, el 5 de Enero de 1477). Havet teme que esta anécdota sea de pura invención; pero no tendría nada de particular que hubiese sucedido el caso, dadas las costumbres de la época. Así Alonso de Palencia, en su *Crónica* latina *de Enrique IV*, cuenta que al obispo de Avila Don Alfonso de Madrigal, «por sobrenombre *el Tostado*, de vastísima erudición y muy conocedor de la ciencia astrológica, consultó el Rey [don Juan II] el destino de su hijo D. Alfonso, y supo que los astros amenazaban la vida del Infante antes de cumplir los 15 años; pero que, si por favor del Todopoderoso, escapaba libre de aquel plazo, sería el Príncipe más feliz de su siglo» (1). Y parece que la predicción se realizó, porque D. Alfonso murió el 5 de Julio de 1468, á los catorce años, siete meses y veinte días de edad, á dos leguas de la sede del *Tostado*, de haber comido una trucha envenenada que, según Alonso de Palencia, le hizo servir el Maestre de Santiago (2). No niego yo que Fernando de Córdoba y el obispo de Avila pudiesen acertar por casualidad; pero ¡quién sabe si ambos estaban dotados de *doble vista*, como el Robert Laing, cuyas predicciones fueron objeto de comprobación por la *Sociedad de psicología científica* de Munich en 1899! (3). Si no tenían, como Laing, el anillo del brahmán, conocían seguramente, como él, los escritos rabínicos.

Mathieu d'Escouchy afirma que Fernando de Córdoba partió de la corte borgoñona «para ir á Inglaterra, pero, no habiendo podido pasar, volvióse por Alemania». Según el registro de Châlons-sur-Marne, «en dicho año (1446) por la Cuaresma *(es decir, del 2 de Marzo al 16 de Abril inclusive)*, corrió públicamente la noticia de que el susodicho maestro Fernando había sido detenido en Colonia y acusado de heregía y de tener con-

(1) Trad. Paz y Mélia; t. I, p. 140.
(2) Obr. y trad. cits. II, 153 y sigs.
(3) Dr. Paul Joire: *Les phénomenes psychiques et supernormaux;* Paris, Vigot, 1909; p. 305 y sigs.

sigo un diablo que le enseñaba todo lo que decía, y fué quemado en la citada Colonia».

Probable es que Fernando visitase esta famosa ciudad, teatro después de las contiendas entre el humanista Reuchlin y el Inquisidor Jacobo de Hoogstraeten; probable también que los doctores de aquella Universidad coincidiesen con los de París en creer que el erudito español tenía algún demonio familiar, porque, aparte de sus puntas y ribetes de astrólogo, había el clásico ejemplo de Sócrates, que los tales doctores conocerían, si no por Platón, por Apuleyo de Madaura. Quizá en este viaje, caso de que sea cierto, fué presentado Fernando al emperador Federico III, al cual se refiere esta noticia que da Juan de Lucena, en su *Libro de Vida Beata:* «Federico, Rey de Hungaria, así honró los letrados, que oyendo un día disputar á Fernando Cordubés, jouen claríssimo, marauillado que la edat veyntenaria inglutiese tanta sciencia, lo fizo pintar en su sala, do cada vez que intraua, alçaua el capello, así como al oráculo de Apolo.» (1).

Lo que, afortunadamente, no sólo no es probable, sino que es inexacto, es lo de la quema de Fernando de Córdoba en Colonia, porque, como veremos, vivía aún treinta y nueve años después. Pero aquello de que le *dieran al diablo* en todas partes y de que constantemente le hiciesen víctima de persecuciones, debió de producirle grandes sinsabores y de engendrar en él el deseo de volver cuanto antes al

bel paese,
Ch'Apennin parte, e'l mar circonda e'l Alpe (2).

En efecto, á principios de Junio del mismo año 1446, estaba nuestro portento en Génova, donde, el día 6 de dicho mes, dió una sesión pública, ante cinco mil oyentes, discutiendo veintiocho cuestiones que le fueron propuestas por los doctores de la ciudad, y dejando á todos estupefactos ante el enorme cúmulo

---

(1) *Opúsculos literarios de los siglos* XIV *á* XVI; publ. por A. Paz y Mélia; Madrid, 1892; p. 162.

(2) Petrarca: *Sonetto* 114 *(in vita di Laura).*

de citas de autores de la antigüedad y de la Edad Media, de cuyo conocimiento hizo alarde (1). Invitáronle á un banquete, donde también dió rienda suelta á su erudición, hablando *de situ stellarum* y *de anima,* y despertando la envidia (que no de otro modo puede calificarse), de un obscuro humanista allí presente, Antonio Cassarino, el cual, para resarcirse del silencio que hubo de guardar durante el *symposio*, se despachó luego á su gusto, en carta á su amigo Curlo, canciller de Génova residente en Nápoles, poniendo de oro y azul á Fernando de Córdoba, á quien tilda de *ignorantillo, de no menor descaro que locura* (barbasculus homo, non minore insolentia quam insania), de *hombre bárbaro é inculto,* de *insulso* y *sin gracia,* con alguna no muy piadosa alusión á su conocimiento del hebreo (2) y al desvío que parece indicar le había manifestado Alfonso V (3).

---

(1) Véase la carta de Giacomo Bracelli, fechada en Génova, á 15 de Junio de 1446, y estudiada por Carlo Braggio, en su trabajo: *Giacomo Bracelli e l'umanesimo dei Liguri al suo tempo (Atti della Società ligura di storia patria;* Genova, 1890; vol. XXIII, fasc. I, p. 120).

(2) Esta alusión, y la sospecha de franceses, flamencos y alemanes acerca de que Fernando fuese el Anticristo (que había de nacer, como hemos visto, de estirpe judaica) me hacen pensar que Fernando de Córdoba fuese de ascendencia hebrea, como D. Pablo de Santa María, Patriarca de Aquileya y su hijo D. Alonso de Cartagena, obispo de Burgos. El apellidarse con arreglo al nombre de la ciudad de origen y la afición á la Medicina, son nuevos indicios que aumentan la probabilidad de la hipótesis.

(3) La carta de Cassarino, fechada: «Genuae, III Idus Iunii 1446», figura en las *Note umanistiche* de Remigio Sabbadini *(Giornale ligustico.* Año XVIII. Génova, 1891; pp. 302-305). Copio los siguientes párrafos, que transcribe también el Sr. Morel-Fatio en su citado trabajo (páginas 532-533):

«Venit, ut nosti, barbasculus ille homo non minore insolentia quam insania, sine litteris, sine lepore atque adeo sine sensu, tanta impudentia quantam omni hominum generi esse non credam, qui cum insania sua multitudinem imperitam convocasset et nescio quos coelos aut elementa blacteraret et quae miracula streperet, a plerisque nostrum consalutatus est; et cum se in tot flexus ageret, et, ut Marsyas ille, in fluvium verteret et exundantem loquaciam, non defuerunt e nostris nec desunt, qui hanc insaniam vocare sapientiam non dubitent; et barbarum hominem et incultum latinos homines demirari non pudet, qui linguae volubilitatem et verborum examen praeclarum quid putant, cum nihil insaniae sit proprius.

Adhibitus est, ut scis, ab amico nostro in convivium. Ibi homo omnium

Algo del *miles gloriosus* debió de haber, sin embargo, en la conducta de Fernando de Córdoba. Poseído de su memoria, de su erudición, de sus muchas habilidades, de su facilidad de palabra, recorrió las tierras extrañas provocando á duelo á todos los doctos, como su compatriota Mosén Diego de Valera los recorría buscando aventuras caballerescas. Aunque la mayoría de los textos nos aseguran su modestia y su cortesía, nohay duda sino que esa actitud de reto, si bien frecuente en una época

---

insulsissimus, ut qui nec temporis nec loci aut hominum rationem haberet sed qui oblatrare tantum quaereret, coepit apud quosdam de situ stellarum et anima disputare, *postremo iudaicas litteras iactare, ut facile appareat has prius quam latinas didicisse*. Eiusmodi ego absurditates cum viderem et intempestivam loquacitatem et e nostris plerosque quasi attonitos et solum quae non intelligent demirantes, malui silentium sequi quam tantae me intemperantiae committere, ut iniocundius convivium nunquam viderim et merito illud dixerim: «esse cibo haud poterit nihil unquam ingratius isto»; et dehinc me inculpant cives nostri, quod tacuerim; et me ex silentio, invidum, illum ex multitudine verborum doctum putant. Sed quam parum sapiant, vide, si credunt qui plura loquantur doctiores. Hominem ego hunc si ad litteras devocabo aut si aculeos illos litterarum excitare voluero, gravius sibi, ut vides, propositum erit certamen, in quo multitudo illa iuvare illum non poterit.

Sed de me sileo, ad illum redeo. Audivisti saepe mulieres gravidas diutius fuisse, et, cum exacti menses adessent, ventum solitas parere; ita de barbasculo isto plane accidit, ut vento et verbis solum tumeat. Haecne fierent, Iacobe mi, «si testiculi vena ulla paterni viveret in nobis». (Pers. I, 103), ut barbarum atque imperitum admiraremur et ut has intemperies non modo non insectaremur, sed modestiae et continentiae nostrorum anteferremus? *Rex, ut nosti, catus homo, suae gentis hominum ferre noluit, qui, praeter nostros, omnes inscios et barbaros vocat.* Nostri cives tam male de bonis artibus merentur, ut insaniam non modo nullo convitio, sed praemio insuper dignam iudicent, nec ob aliud, nisi quod quid ille dicat non intelligunt, tamquam magnum quid ille afferat mirentur.....»

Además de las fuentes citadas en el número I, al tratar de Alfonso V de Nápoles, véanse:

Antonio Beccatelli (Panormita): *De dictis et factis Alphonsi Regis* (Basileae, 1538).—J. Ametller: *Alfonso V de Aragón en Italia* (Gerona, 1903).—G. J. de Osma: *Las Divisas del Rey en los pavimentos de «obra de Manises» del Castillo de Nápoles (años 1446-1458)* (núm. III de los *Textos y Documentos valencianos,* en la serie: *Apuntes sobre Cerámica Morisca);* Madrid, 1909. En la página 75 de este interesantísimo estudio, se reproduce el anverso del medallón de plata, hecho por Pisanello, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional y que representa á Alfonso V. Otro retrato de éste figura en el códice núm. 17.842 de la Bibl. Nat. de París.

de arrestos y osadías, y muy natural en los pocos años, había de molestar á muchos. No es de extrañar, pues, el enfado, con mezcla de despecho, del buen Cassarino; pero entre su juicio y el de Lorenzo Valla (que no sabe qué admirar más en Fernando, si el *acumen* ó la *memoria)*, opto sin vacilar por el del último.

¿Qué fué, después, de nuestro héroe? ¿Continuó asombrando al mundo con sus peregrinas dotes? ¿Le ocurrió, quizá, lo que pronostica el Dr. Huarte de San Juan, cuando dice que «el entendimiento y la memoria son potencias opuestas y contrarias, de tal manera que el hombre que tiene gran memoria ha de ser falto de entendimiento; y el que tuviese nuestro entendimiento no puede tener buena memoria, porque el cerebro es imposible ser juntamente seco y húmedo á predominio»; añadiendo que la «elocuencia y policía en el hablar no puede estar en los hombres de grande entendimiento?» (1).

Escasísimas son las noticias que, á partir de este año 1446, tenemos acerca de la biografía de Fernando de Córdoba. Parece ser lo más verosímil que no saliese de Italia (2), y que, estimulado por el ejemplo de los renacientes italianos, se dedicase á reformar la dirección de sus estudios y á mejorar su latinidad, un tanto agreste. Juan de Lucena, en su *Carta exhortatoria á las letras,* escribe lo que sigue: «yo fui á Roma grandevo, y mi gramática castellana troqué con los niños por la suya italiana. Fernando Cordovés, *mayor luminar de nuestros días,* por las escuelas francesas pintado, se lavó en las fuentes de Italia, y como niño se tornó de cabo á pintar» (3). No parece, sin embargo, que adelantase mucho en ambas cosas; siguió aficionado á la Dialéctica que tantos triunfos le proporcionara, y no se libró nunca (como es de ver en sus escritos) del deficiente estilo latino que le censuró Lorenzo Valla. Bien es verdad que

---

(1) *Examen de ingenios para las ciencias;* ed. de Madrid, 1845; páginas 87 y 133.

(2) A no ser que supongamos que nuestro Fernando es el «Fernando de Córdoba» que mencioné más arriba y que salió de Roma para Alemania en 15 de Setiembre de 1447, acompañando al cardenal-legado Carvajal.

(3) *Opúsculos literarios de los siglos* XIV *á* XVI, &.ª; p. 215. Juan de Lucena fué familiar del Papa Pío II; debió de morir á principios del siglo XVI.

esto último tenia explicación, si las peregrinas teorías del citado Dr. Huarte merecen crédito; porque, según este famoso psicólogo (1) (que olvida en el presente caso los ejemplos de un Juan Ginés de Sepúlveda, un Luis de la Cadena, un Brocense y un Arias Montano, entre otros muchos), la lengua latina es repugnante al ingenio de los españoles, y natural á los franceses, italianos, alemanes, ingleses y demás que habitan el Septentrión, por ser el ingenio de éstos «como los de los borrachos, por la cual razón no pueden inquirir ni saber la naturaleza de las cosas; y la causa de esto es la mucha humedad que tienen en el cerebro y en las demás partes del cuerpo, y así lo muestra la blancura del rostro, y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un alemán que sea calvo, y con esto todos son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad, que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se halla al revés de los españoles: son un poco morenos, el cabello negro, medianos de cuerpo, y los más vemos calvos. La cual disposición (dice Galeno) que nace de estar caliente y seco el cerebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruín memoria y grande entendimiento. Y los alemanes grande memoria y poco entendimiento. Y así los unos no pueden saber latín, y los otros lo aprenden con facilidad.» Así también «juntan gran memoria para las lenguas y buena imaginativa, con la cual hacen relojes, suben el agua á Toledo, fingen maquinamientos y obras de mucho ingenio, las cuales no pueden fabricar los españoles por ser faltos de imaginativa; *pero, metidos en dialéctica, filosofía, teología escolástica, medicina y leyes, más delicadezas dice un ingenio español en sus términos bárbaros que un extranjero, sin comparación;* porque sacados éstos de la elegancia y policía con que lo escriben, no dicen cosa que tenga invención ni primor» (2).

---

(1) Ob. y ed. cit.; p. 130.

(2) Comp. con todo esto lo que dicen de sus compatriotas Schopenhauer en los *Parerga y Paralipómena* (ed. de Leipzig, 1874; t. II, p. 576 y 578) y Nietzsche en *El Viajero y su sombra* (§§. 299, 302, 323 y 324). Y cuéntese con que Schopenhauer y Nietzsche son los dos pensadores más grandes que ha tenido Alemania después de Goethe.

Como quiera que sea (y á reserva de lo que se descubra en los archivos italianos acerca de este segundo y largo período de la vida de Fernando de Córdoba), no debió de tardar mucho nuestro héroe en trabar amistad con el insigne cardenal griego Bessarion (1), que fué su protector decidido, y á quien debió la tranquilidad del resto de su existencia. Sospecho que fué Lorenzo Valla (que le había recomendado á Alfonso el Magnánimo), el que puso á Fernando en relaciones con Bessarión.

No es este lugar adecuado para poner en su punto la importante representación del arzobispo de Nicea en la historia de la restauración de la filosofía griega. Baste recordar sus esfuerzos en pro de la unión de las Iglesias griega y latina en el Concilio de Florencia, su educación platónica en la escuela de Gemisto Plethon, su nombramiento de Cardenal bajo el pontificado de Eugenio IV, de obispo de Túsculo bajo el de Nicolás V y de Patriarca de Constantinopla bajo el de Paulo II, sus gestiones diplomáticas cerca de Venecia, del emperador Federico III y de Luis XI de Francia. El se esforzó por reunir el mayor número de textos de la antigüedad clásica, gastando en esto 30.000 florines de oro y legando su custodia á la Señoria de Venecia. El tradu-

---

(1) Acerca de Bessarión (1403-19 Noviembre 1472), véanse: Al. Bandini: *De vita et rebus gestis Bessarionis Commentarius;* Roma, 1777. H. Vast: *Le cardinal Bessarion; étude sur la chrétienté et la renaissance vers le milieu du XVe siècle;* Paris, 1878.—Sadov: *Bessarion de N., son rôle au concile de Ferrara-Florence, ses oeuvres théologiques et sa place dans l'histoire de l'humanisme;* Saint Petersbourg, 1883.—Angelos Kanellos: Διατριβὴ π. Βησσαρίωνος ὡς φιλοσόφου; Atenas, 1889.—R. Rocholl: *Bessarion. Studie zur Geschichte der Renaissance;* Leipzig, 1904 (XI + 239 pp. en 4.°). Algunas de las obras de Bessarion pueden verse en el tomo CLXI de la *Patrologia graeca* de Migne. Cons. también: G. Tiraboschi: *Storia della Letteratura italiana,* ed. de Milán, 1824, t. VI, página 540.—C. Prantl: *Geschichte der Logik im Abendlande;* Leipzig, 1870, t. IV, p. 156 y sigs.—Dr. Karl Werner: *Der heilige Thomas von Aquino,* Regensburg, 1859, dritter Band, p. 492 y sigs. (trae igualmente noticias interesantes acerca de escolásticos españoles).—G. Voigt: *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus,* ed. de Berlin, 1893; t. II, p. 123 y sigs.—I. Brucker: *Historia critica Philosophiae;* Lipsiae, Breitkopf, 1743, t. IV, parte 1.ª, páginas 43 y sigs. (y léase todo el capítulo, aún valioso: *De restauratoribus philosophiae platonicae).*

jo al latín los *Memorabilia* de Jenofonte, y los libros metafísicos de Teofrasto y de Aristóteles. El congregó en su palacio de Roma una verdadera academia de filósofos y helenistas, adonde concurrieron Jorge Trapezuncio, Teodoro Gaza, Argyrópulo, Filelfo, Poggio, Valla, Platina y otros muchos. El, por último, dió un fundamental y poderoso impulso á los estudios platónicos en sus *Quaestiones metaphysicæ ex philosophia Platonica* y en su famoso libro *In calumniatorem Platonis* (impreso en Roma, hacia fines de 1469), en el cual contesta á la *Platonis atque Aristotelis Comparatio* de Jorge Trapezuncio (1458?) y hace con tal ocasión un examen comparativo de las doctrinas platónica y aristotélica acerca de las principales cuestiones filosóficas (1). Pero no era Bessarión un platónico fanático; aun cuando defiende á la Academia, no por eso ataca al Liceo, «nam mea quidem sententia,—dice—Aristoteles laudandus est: et doctrina, qua plurimum claruit, et studio, quo bene de hominum genere meritus est» (2); y llama á Santo Tomás de Aquino: «Aristotelicae disciplinae peritissimus» (3). Sin embargo, como Pedro Abelardo, entiende que Platón es más afín de la religión cristiana que Aristóteles, y autoriza sus afirmaciones con los escritos del Seudo-Dionisio Areopagita, cuyas obras cree auténticas. El estilo de Bessarión no es en modo alguno tan clásico

---

(1) Bessarionis Cardinalis Niceni & Patriarchae Constantinopolitani *in calumniatorem Platonis libri quatuor &*. Venetiis, in aedibus Aldi Romani, M.DIII.—Se publicó por vez primera en Roma, sin nota de año, pero hacia fines del 1469, por Conrado Suueynheym y Arnaldo Pannartz.

El libro V de esta edición es una serie de correcciones de la versión de *Las Leyes* de Platón hecha por Trapezuncio. El VI se titula: *De arte atque natura disputatio,* y es obra anterior á los cuatro *In cal. Plat.;* va enderezada contra Teodoro Gaza, y contiene otro parangón entre las filosofías platónica y aristotélica.

Bessarión parece tender á demostrar en alguna parte de su obra que el verdadero inventor de la Dialéctica es Platón y no Aristóteles. Advierte (fol. 8) que todo el *Timeo* consta de silogismos demostrativos. Insiste en que *sin el conocimiento de las matemáticas, nadie puede llamarse docto* (fol. 11).

De la *Comparatio* de Trapezuncio hay edición veneciana de 1523.

(2) *In calumniatorem Platonis,* ed. cit., fol. 13.

(3) Ob. y ed. cits., fol. 46.

como el de un Policiano ó el de un Bembo, pero su conocimiento de la lengua griega es más perfecto y mayor también su erudición en las doctrinas platónicas.

Bessarión asoció más de una vez á sus tareas el nombre de España. A D. Juan II de Castilla dedicó una versión latina de cierta *homilia* de San Basilio (1), por haber entendido —dícele en la traducción anónima castellana:—«la religion, deuoçion, piedad, mansedumbre, e asimesmo la alta clemençia e las otras virtudes con las quales adornaste e guarneçiste el tu animo». Y á Alfonso V de Aragón ofreció la principal de sus traducciones: la de la *Metafísica* de Aristóteles, hecha en 1450 (2). En el prefacio de su opúsculo: *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis* (3), dedicado á Bessarión, confiesa Fernando de Córdoba que, gracias al Cardenal, fué nombrado subdiácono del Papa, cargo que parece conservó hasta su muerte y que más adelante fué sustituído (desde 1655) por el de auditor de la Rota. Ignoramos cuándo le fué conferida esa dignidad; pero es seguro que le proporcionó oportunidad de tratar con frecuencia con los Pontífices y los Cardenales (por ejemplo, Francisco Piccolómini, á quien dedicó el opúsculo *De pontificii pallii mysterio)*, y aun quizá de murmurar á sus anchas en aquel *Bugiale* ó mentidero de que habla Poggio al final de

---

(1) M. Schiff: *La Bibliothèque du Marquis de Santillane &*. p. 81.

(2) «Im Jahr 1450 übersetzte Bessarion Aristoteles Metaphysik und widmete sie König Alfons von Neapel. Denn man hatte sie bisher nur in Kommentaren von Alexander von Aphrodisias und Averroes. Auf sie musste die Scholastik sich verlassen. Nikolaus V. wie König Alfons interessierten sich für die Arbeit des Kardinals. Dieser übersetzte die 14 Bücher und liess Theophrasti's Metaphysik folgen.—Übrigens sah es jetzt in der Gelehrtenrepublik hier wunderlich aus. Es war Laurentius Valla als Inhaber einer Profesour in Rom erschienen, trotz seiner Angriffe auf das Papsttum. Auch Nikolaus von Cusa war noch hier, bis er Ende des Jahres als Legat für Deutschland zur Provinzialsynode nach Salzburg und im Frühling dann nach Magdeburg ging. Also die grössten Gegensätze. An Cusa schenkte Bessarion jene 14 Bücher der Metaphysikübersetzung in prächtiger Ausstattung. Sie liegt heut noch in der Klosterbibliothek zu Cues, mit Cusas Bemerkung dazu, er habe das Manuskript nach Bessarions eigener Handschrift durchsehen lassen.» (R. Rocholl, D.: *Bessarion;* ed. cit., págs. 86-87).

(3) Vid. más adelante, pág. IX, líneas 25 y 26.

sus *Facecias,* donde los secretarios del Papa se reunían para charlar acerca de todo, no perdonando á nadie, ni siquiera á su supremo jefe, en las burlas. Poggio dice que el *Bugiale* había terminado ya hacia 1450; pero creo que yerra, tanto en esto, como en lo de que se acabó por entonces *la buena costumbre de reir.* Más de una vez lo haría Fernando de Córdoba, cuando le contaran los repelones del susodicho Poggio y del *calumniador de Platón* (Jorge de Trebisonda) en el teatro de Pompeyo; y sin duda llegó á sus oídos aquella *facecia* en que el cardenal Angelotto, con motivo de la luenga barba de Bessarión, hizo un chiste no de tan buen gusto como gracia.

Como la obsesión del cardenal Niceno era el trabajo comparativo entre Platón y Aristóteles, en esto empleó largo tiempo á su protegido Fernando de Córdoba. Así hubo de escribir éste su obra: *De laudibus Platonis* y la *De duabus philosophiis, et praestantia Platonis supra Aristotelem,* que dejó interrumpida para poner mano en el opúsculo *De artificio.*

Fuera de estos trabajos filosóficos, nada sabemos acerca de esta larga época de la vida de Fernando de Córdoba. ¿Permaneció en Roma hasta su muerte? ¿No volvió alguna vez á España? ¿Cómo es posible que un tan famoso varón, á quien magnates, doctores y universidades tomaron por la encarnación del diablo, no continuase asombrando á sus contemporáneos y haciendo hablar y escribir de su persona? Y, sin embargo, así ocurrió: aquella celebridad tan misteriosa, fué seguida de una existencia más misteriosa todavía. Sólo sabemos que Fernando de Córdoba falleció en Roma, entre el 25 de Diciembre de 1485 y el 24 de Marzo de 1487; que fué enterrado en la iglesia de Santiago de los Españoles; que un portugués, el Cardenal Jorge da Costa, arzobispo de Lisboa (llamado d'Alpedrinha, establecido en Roma en 1480 y muerto en 1508) hizo poner en su sepulcro este epitafio:

D. O. M.
FERDINANDO CORDVBEN. PONT. MAX.
HYPODIACONO
DISCIPLINAR. OMNIVM COGNITIONE INCLYTO
CVIVS INGENIVM AC DISSERENDI ACVMEN
CVNCTAR. GENTIVM GIMNASIA STVPVERE
VIRO OMNIVM VIRTVTVM GENERE ORNATISS.
MODESTIA VERO AC PROBITATE INSIGNI
QVI VITA SACRAR. LITTERAR. STVDIIS
INNOCENTISS. ACTA MULTISQUE DOCTRINAE.
MONVMENT. POSTERITATI RELICTIS
HOMINEM EXVIT
ANNO AETATIS LXV SALVTIS CHRISTIAN.
MCCCCLXXXVI
GEORGIVS CAR. PORTVGAL. B. M.
POSVIT.

Pérez Bayer, que publicó por primera vez este epitafio, dice que en la parte inferior del mismo estaban figuradas unas armas que eran: «un sencillo escudo en el cual un águila, vuelta del lado derecho, mira atentamente al sol, teniendo en el pecho y en las alas una cruz decusada» (1).

***

Suponiendo que la *Flor de la suma de la cirugía*, conservada en el ms. 3.338 de la Biblioteca Nacional, y atribuída á «Maestre Fernando de Cordoua», no sea (que bien pudiera ser)

(1) Vide Havet, op. cit., págs. 6, 7 y 21.—Nicolás Antonio: *Bibliotheca Hispana vetus,* ed. de 1788, t. II, p. 321.—Havet reproduce también el epitafio, siguiendo á Forcella: *Iscrizioni delle chiese e d'altri edificii di Roma,* vol. III, Roma, 1873, p. 216, n.° 512. Pérez Bayer describe así las armas: «Subditur nudus clypeus in quo aquila dextrorsum versa intentâque acie solem intuens, in cuius pectore atque alis decussata crux».

Según Denifle y Chatelain *(Auctarium* &, II, 632) el epitafio (buscado en vano por Havet) se conserva en el claustro de la iglesia de Santa María de Monserrat, en la parte opuesta á la entrada. Representa al difunto acostado. El escudo aparece sostenido por ángeles, y el águila lleva en el pecho la cruz de San Andrés.

obra de nuestro filósofo, tenemos actualmente noticia de las siguientes producciones suyas:

A) Comentarios al *Almagesto* ó compilación astronómica de Ptolomeo.—Citados en la carta alemana, y anteriores, por consiguiente, á Diciembre de 1445. Hoy perdidos.

B) Comentarios á algunos libros de la Biblia, y especialmente al *Apocalipsis*.—Citados también en la carta alemana; anteriores, por tanto, á Diciembre de 1445, é igualmente perdidos.

C) Epístola á Carlos VII, rey de Francia, donde le estimula á observar la paz (1). Citada asimismo en la carta alemana; escrita probablemente el mismo año de 1445, y hoy perdida.

El ardiente deseo de paz (por lo mismo que la guerra era el estado habitual de entonces) parece ser característico de los hombres del Renacimiento y en especial de los españoles. Recuérdense, en prueba de ello, la *Pacis Querimonia* de Erasmo, traducida al castellano con el título de: *Tractado de como se queja la Paz,* y los numerosos opúsculos y libros *pacifistas* de Luis Vives: *De tempore quo, id est, de pace in qua natus est Christus; De Europae statu ac tumultibus; De pace inter Caesarem et Franciscum Galliarum Regem, deque optimo regni statu; De Europae dissidiis et bello Turcico; De concordia et discordia in humano genere; De pacificatione.*

D) An sit licita pax cum Sarracenis. Citada por J. Simler en sus adiciones á la *Bibliotheca universalis* de Conrado Gesner (2), y hoy perdida.

Me inclino á creer que esta obra fué escrita por Fernando de Córdoba bajo el Pontificado de Pío II (1458-1464), el cual, como es sabido, llegó á predicar una cruzada para vengar el desastre de Constantinopla y exterminar al Turco, sirviéndole Bessarión de emisario para lograr auxilio de Venecia y del emperador Federico (3).

---

(1) Havet añade: «en su reino» (dans son royaume); pero la verdad es que la carta alemana sólo dice: «darin er in ermant, frid ze halten».

(2) Tiguri, 1574, p. 196.—Cf. Nic. Antonio: *B. H. V.*, II, 322.

(3) Cf. Brucker: *loc. cit.*, p. 44.

También podría ser que Simler confundiese á nuestro Fernando con el Fray Fernando de Córdoba, prior del monasterio de San Jerónimo de Buenavista y traductor de la *Epístola que envió al gran Turco el Papa Pío II* (ms. 6.500 de la Biblioteca Nacional).

Al mismo Bessarión se debe una *Oratione a deponere le discordie e deliberar guerra contra il Turcho*, impresa en 1471.

E) De discretione spirituum. Citada en el opúsculo *De artificio* (1), y, por lo tanto, anterior á ésta. No se conserva, ni hay base suficiente para formar idea de su contenido. Entre otras materias, hablaba, según parece, de la acción del Espíritu Santo. Quizá también contuviese algunas reflexiones acerca de la cuestión psicológica y pedagógica que tanto preocupó, entre otros, á dos ilustres españoles: Pedro del Monte, autor del rarísimo tratado: *De dignoscendis hominibus* (2) y el Dr. Juan

(1) Vid. más adelante, p. IX, l. 2.ª

(2) He leído un ejemplar, falto de portada, de este peregrino libro, en Santander, en la riquísima Biblioteca de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Titúlase la obra, como he dicho, *De dignoscendis hominibus*, y es un tomo en folio, dividido en seis libros, sin numerar, y con el colofón siguiente: «Antonius Zarotus Parmensis Mediolani hoc Opus impressit Mille | simoquadringentesimo nonagesimosecundo: sextodecimo | Chalendas Ianuarii».—Fué escrita originalmente en castellano, y traducida al latín por el cordobés Gonzalo de Ayora, quien dedicó su versión á la reina Católica. Pedro del Monte *(Petrus Montis)* había dedicado su trabajo al príncipe D. Juan, hijo de Isabel la Católica. En el Prefacio del libro III alude Ayora al suceso de la rendición de Granada. La *Nouvelle Biographie générale* de Didot (t. 36, art. MONTI-Pierre) confunde á nuestro Monte con un Pedro Monti, táctico milanés (1460?-1530?) que estuvo al servicio de la república de Venecia y que escribió varios libros. Consúltese también á C. Fernández Duro: *Noticias de la vida y obras de Gonzalo de Ayora y fragmentos de su Crónica inédita* (en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Diciembre, 1890).

Copio estos epígrafes de algunos capítulos:

Lib. I.

1. Quae qualiaue fundamenta quauis in arte iacienda sint: quonam quoque pacto homo homini partim per industriam sed non penitus per naturam praestet.

2. Quonam modo, industria, assiduitate et rei agendae intelligentia ut eam ipsam probe absoluamus, mortales indigere manifestum sit.

3. Quid nobis scientia quauis in re dare assuescat: ea praesertim quae hominum cognitionem complectitur.

Huarte de San Juan, á quien se debe el *Examen de ingenios para las ciencias* (1566).

F) De laudibus Platonis.

Fué descubierto este tratado por Mr. René Poupardin en el ms. I. 22 de la Biblioteca Vallicelliana de Roma, ms. de 214 hojas de papel, encuadernado en pergamino blanco y que contiene varios opúsculos reunidos bajo el título general de *Memorie di uomini illustri per santità, dottrina et altri titoli, raccolti da varii autori*. El primero de dichos opúsculos es el tratado *De laudibus Platonis*, y comprende los folios 1.º á 21 (de 145 × 197 mm.), de letra del siglo XV. Lleva el siguiente encabezamiento:

---

4. An natura praestantes an imbecilles magis industria iuuet.
12. Quo in tempore homines absolutum magisterium adepti sint.
16. Qui libri legendi quiue uitandi sint.
17. *Studium circa primos auctores potius quam circa eos qui aliorum opera commentati sunt, intendi debere.*
19. *Experimentum* pro *experientia* a nonnullis inepte dictum.
20. Modus quo mortales ab ineunte aetate probe instrui debeant.
35. Quae conditiones etiam sine litteraria eruditione ad bene scribendum sufficiant.

Lib. II.

16. Quae discrimina ob parentum differentem aetatem filii contrahere soleant, et quonam modo ab eorum aegritudinibus in ipsa generatione laedantur.
34. Ob quam causam animantium corpora differant.
62. Cui complexioni sol magis faueat, et quo in tempore sanguinei ipsi a uariis morborum generibus crebrius infestentur.
63. Quando colerici magis infirmari assuescant.
64. Flegmaticos per augustum mensem crebrius aegrotari.
65. Quo in tempore melancholici a morbis vexentur.

Lib. III. *(Casi todo él trata de los cuatro temperamentos).*

56. Quam ob rem hominum complexiones nunquam immutari queant, et quid per complexiones intelligatur.
66. An maiores aetatis nostrae hominibus prestantiores natura ederet, et an ars aliqua plenam rerum scientiam mortalibus dare queat.

Lib. IV.

6. Quonam pacto et animae etiam nostrae per corporis actiones doctiores euadant.

(Todo el libro V trata de arte militar).

Lib. VI.

8. Quibus horis diei et corpora ad sua exercitia magis ualeant, et animus ad sui generis actiones praestantior sit.
11. Quales affectiones circa rem ipsam mortales pro sui cuiuspiam

«Fernandi Cordubensis de laudibus Platonis ex Platonis testimoniis tum sacrorum interpretum, tum ethnicorum adversus quosdam doctrinam ejus et vitam carpere solitos, ad R.^{mum} in Christo patrem et omnium sapientissimum dominum D. Bisarionem cardinalem Nicenum vulgo appellatum.

Termina así:

«..... plenissime constat *Polycratum* superiori loco tradidisse,

Finis tractatuli Fernandi Cordubensis.
1467, XXVIII januarii.
DEO GRATIAS.»

Trátase de unos *Loores de Platón* que Fernando de Córdoba escribió, por mandato del Cardenal Bessarión, y donde procuró recoger los testimonios de los autores sagrados, y especialmente de San Agustín, acerca de aquel filósofo, contestando de paso á las críticas formuladas por Jorge Trapezunzio en su famoso libro.

En el prólogo cuenta nuestro Fernando estos pormenores: «Pauci admodum dies—dice—sunt priusquam tua jussa carpessens instituerim excerpere de sacris interpretibus testimonia, presertim, ut injunxeras, Augustino, in laudes divi Platonis quod incidit in manus meas cujusdam opusculum, et, ut vulgo ferunt, Georgii Trapezuntii cujusdam in quo et ingenio detrahit Platonis et vitam magnopere carpit.....»

---

complexionis discrimine obseruent, *et quonam ordine in aciebus ob eandem causam instrui debeant.*

28. Qua complexionum varietate singulae gentes sint praeditae, et per quas corporis actiones nimia ex parte exerceantur».

No necesito decir que de Pedro del Monte (como del gran Lebrija y de tantos otros españoles) no suelen hablar una palabra los historiadores de la Pedagogía. Bien es verdad que la ignorancia de nuestra historia filosófica es tan enorme, que á un español muy culto le he oído yo afirmar en público que «nuestros profesores» han *desconocido* el valor de Kant hasta que nos le han *revelado* en 1910, como si no hubiese alentado por tierras de Fernando *de Córdoba* el Profesor José María Rey y Heredia, cuya *Teoría transcendental de las cantidades imaginarias* (obra póstuma, publicada en 1865) es el mayor monumento elevado á Kant fuera de Alemania; y como si no hubiera sido «profesor» aquel Toribio Núñez que, en su *Sistema de la ciencia social* (Salamanca, 1820; pág. 139) enaltecía sobre los de Locke y Destutt-Tracy «el sistema de Kant»!

La obra se divide en cuarenta y cuatro *veritates*, «cada una de las cuales es objeto de una demostración fundada en argumentos sacados de autores sagrados y profanos, de Apuleyo, de Cicerón, de Aulo-Gelio, de Séneca, de Macrobio, de Labeón el jurisconsulto, del mismo Aristóteles, etc.» (1).

Mr. Poupardin entiende que «il ne semble guère douteux» que este opúsculo de la Vallicelliana sea el tratado *De duabus philosophiis* á que alude Fernando en el prefacio del *De Artificio*. Paréceme, por el contrario, casi evidente que se trata de obra distinta. Nunca se cita el opúsculo *De laudibus Platonis*, con este título, en el de *Artificio*; y, por otra parte, las ligeras indicaciones que acerca del *De duabus philosophiis* da Fernando de Córdoba, hacen ver que en esta última obra se hacía un *examen comparativo* y sistemático de las doctrinas platónica y aristotélica, examen que no parece ser objeto del *De laudibus Platonis* (2).

---

(1) R. Poupardin: *Deux ouvrages inconnus de Fernand de Cordoue* (en la *Bibl. de l'Ecole des Chartes*; Paris, año 1901); p. 534.

(2) Doy á continuación, tomándoles del citado artículo de Mr. Poupardin, los epígrafes de las 44 *veritates:*

«Prima veritas est quod jure ab Augustino Philosophorum Deus est appellatus, imitatus Ciceronem ita affirmantem.

Secunda veritas est quosdam graves auctores affirmasse equiparavisse Platonem deorum potestatem.

Tertia veritas est sanctos affirmavisse Platonem ex matre virgine ortum neque de genito verbo cum evangelico sensisse solum sed et ortum esse ad modum incarnati verbi.

Quarta veritas est quod superavit omnes discipulos Socratis et ingenio et doctrina, inter quos annumeratum Aristotelem constat.

Quinta veritas ortum multis portentis et signis atque natum ut de increata sapientia quam cecinit fermit.

Sexta veritas ad modum somnii Joseph de Christi ortu ferunt de Platone Socratem somniasse.

Septima veritas quanta fuerit diligentia atque quam summo ingenio persequens litteras quasi toto orbe fugientes.

Octava veritas sententia Apuleii quod Plato omnes philosophos superavit.

Nona veritas quod non modo in theoria alios philosophos excelluisse sed et in praxi ut in palestra et similibus.

Decima veritas non modo in soluta oratione, sed in versu quoque omnes homines superavisse.

Undecima veritas per sobrietatem atque parcitatem equiparavisse Egiptiorum anacoritarum continentiam.

Duodecima veritas summa industria ferunt repressisse carnis libidinem,

G) De secretis humanae naturae per urinam cognoscendis.

Hallado también por Mr. Poupardin, en el ms. 1.773 del fondo de la reina Cristina, en la Biblioteca del Vaticano. Este manuscrito contiene varios tratados (entre ellos uno de Arnaldo de Vilanova: *De malitia considerationis divisae, regimen pro d. Clemente papa V)* y consta de 250 hojas de pape (141 × 213 mm.), de letra del siglo xv, encuadernado, con las armas de Pío VI. El opúsculo de Fernando de Córdoba empieza en el folio 49, de esta manera:

«Ferdinandi Cordubensis de distinctivis signis quibus urina hominis a cujuscunque inanimantis urina et a quocunque non

---

quam repressionem religiosi vocabulo suo mortificationem carnis appellant et id vocabulum ex Platone habuisse ortum.

Tertiadecima veritas omnes contempsisse exteriores facultates.

Quartadecima veritas agit de ejus gravitate et gestu in exteriori conversatione.

Sextadecima (*) veritas probat magnam Platonis gratitudinem in perceptis beneficiis.

Decima septima veritas cur Augustinus Platonem pretulit omnibus philosophis.

Decima octava veritas primum philosophorum contexuisse illa Geneseos verba: *in principio creavit Deum celum et terram.*

Decima nona veritas evangelium Johannis priorem intonuisse: *in principio erat verbum.*

Vigesima veritas solius hujus philosophi divinas dicere sententias Ciceronem solitum esse; idem in Saturnalibus Macrobium.

Vigesima prima veritas de gloriosa ejus morte agit.

Vigesima secunda veritas sententia Labeonis jurisconsulti Platonem fuisse majorem homine, minorem Deo: quod etiam Augustinus sentit cum quorumdam et magistrorum sententia.

Vigesima 3.ª veritas litteris mandasse philosophos astra fuisse visa eclypsim pati in morte Platonis et simile quod[d]am morti Christi ipsis accidisse elementis et astra ipsa die mortis eclypsim passa esse, quod tamen mihi videtur ridiculum.

Vigesima 4.ª veritas equa frons Platoni fuit, quod Glosa Singularis in contrariam partem Socrati obicit Ysaye 42.

Vigesima 5.ª veritas primum habuisse rationem philosophie partiende juxta Augustini sententiam.

Vigesima 6.ª veritas Platonem primum devotionem in Deo laudasse.

Vigesima 7.ª veritas primum Platonem beatitudinem posuisse juxta Evangelium Johannis 17 in visione beata et eterna fruitione.

(*) *Falta la 15.ª en la copia que transcribe Mr. Poupardin. Ignoro si faltará también en el original, porque dicho escritor no explica la deficiencia.*

animantis liquore separari potest ad nobilem atque generosum virum Guidonem Barbuti tractatus incipit feliciter.»

En el Prefacio, dice:

«Cum de medicorum variis ingeniis atque prestantia inter nos sterno vesperi incideret sermo, illud in primis admirabaris, mi suavissime Guido Barbuti, quosdam usque adeo medicine peritiam assecutos ut facile inter diversorum animantium et non animantium urinas discernere potuisse, apud Gallos populos, ut aiebas, compertum sit. Deinde incidit sermo cur et generationis et emissionis urine organum a natura ipsa non fuerit secretum.

Vigesima 8.ª veritas summam gloriam Socratem consecutum ex Platonis testimoniis.

Vigesima 9.ª veritas instituta prima vivendi que apud Dialecticos principia proprexis vocitantur a Platone primo tradita.

Trigesima veritas sensisse priorem unum summum bonum quod sit omnis boni bonum.

Trigesima prima veritas illud Salomonis in Parabolis cecinisse: omnia propter semet ipsum fecit Deus, imperium quoque ad diem malum.

Trigesima 2.ª veritas eternas poenas cum Evangelio sensisse et ignes eternos et pro meritis eternam beatitudinem.

Trigesima 3.ª veritas de errore Platonis quod mulieres debeant esse communes juxta Augustinum et Aristotelem.

Trigesima 4.ª veritas de gloria Platonis in eloquentia.

Trigesima 5.ª veritas de summis laudibus Platonis juxta Ysaac Peripatetici sententiam in libro *de Elementis*.

Trigesima 6.ª veritas quosdam arbitratos esse demonem qui Socrati fuit familiarissimus fuisse quoque Platonis.

Trigesima 7.ª veritas cum magnopere reprehendatur Plato ab Aristotile de infinito, sed certe injuria, ut mihi videtur, et Calcidio visum est. Idem Alberto Magno in libris qui *de Phisico audito* inscribuntur.

Trigesima 8.ª veritas contra eos qui affirmant Platonem sensisse plurimis diis esse sacrificandum Augustini sententia.

Trigesima 9.ª veritas quod Aristotiles fuit impar auctoritate Augustini.

Quadragesima veritas cur elegerit Platonicos omnium philosophorum nobilissimos.

Quadragesima prima veritas quomodo Plato et reliqui philosophi Trinitatem in divinis cognoverunt.

Quadragesima 2.ª veritas quod Plato cognoscens secundam personam in divinis tertiam non cognovit.

Quadragesima 3.ª veritas Platonem recte de ydeis sumpsisse *(sic)* et minime de eis ab Aristotile jure redargutum esse juxta Augustini sententiam.

Quadragesima 4.ª veritas discipulos Platonis gloriosos ex preceptore percepisse fructus et vite et doctrine.»

Itaque obsecras ut de ea re tractatum componerem *et extra mee professionis terminos impulistis,* qui[p]pe qui licet nichil alienum a philosopho atque theologum *(sic)* putem, tamen indignum videatur ingenium in rebus altissimis atque ipsa divinitate versatum ad hec stercora et urinas revocat *(sic);* utcumque tamen fuerit, neque roganti tibi deesse possum. Itaque juxta ejus sermonis in quem incidimus rationem, nunc tractatum in duas partiemur distinctiones.—Prima distinctio agit de signis per urinam distinctis. Secunda cum quadam varietate delectationis gratia tractat tum circa urinas, tum circa ipsa generationis membra et ea quidem que generationem circumstare videntur.»

El *Guido Barbuto* á cuyas instancias compuso Fernando de Córdoba este tratado, es sin duda el mismo personaje á quien cita en el prefacio del *De Artificio* (1).

Consérvase íntegro el índice de los capítulos del tratado *De urinis;* pero, en cuanto al texto, sólo consta en el citado manuscrito la primera *distinción,* faltando la segunda, que, á juzgar por el referido índice, debía de ser curiosísima. Aquélla empieza en el folio 51 de este modo:

«Primum distinctionis prime: quo pacto urina discerni potest a quocumque altero colore similimo.—Attingi facile potest ad urinam.....»

Termina en el folio 61 así:

«..... significat ventositatem et viscositatem.—Fernandi Cordubensis De secretis humane dispositionis per urinam dignoscendis ad nobilissimum virum Guidonem Barbuti prepositum Abbiensem *(sic)* tractatus finit. Lege feliciter et aliquando in tuis habeto ulnis» (2).

---

(1) Apéndice I, p. VIII l. 29 y sigs.

(2) He aquí los epígrafes de los capítulos, según la transcripción de Mr. Pourpardin:

«Capitulum primum. Quo pacto urina cognosci potest a quocumque liquore urine similimo.

Cap. 2.^m Qua ratione urina hominis discernatur ab urina alterius irrationalis animantis.

Cap. 3.^m Qua ratione discernitur urina viri a femine urina.

H) De Pontificii Pallii Mysterio: et an pro eo aliquid temporale absque simoniae labe exigi possit: ad Reverendum in Christo Patrem et Dom. Dom. Franciscum Piccolomineum S. R. E. Cardin. Diaconum S. Eustachii, Senensem vulgo appellatum.

Cap. 4.^{m} Qua ratione discernitur urina infantis ab aliis etatibus, et etates quo pacto per urinas discernuntur.

Cap. 5.^{m} De sex in genere ex quibus urina significativa est, que sunt color, substantia, odor, ippostasis, multitudo vel paucitas, spuma.

Cap. 6.^{m} Qua ratione per urinam cognosci potest optima hominum sanitas.

Cap. 7.^{m} De urine coloribus in genere.

Cap. 8.^{m} De signis corporee dispositionis sumptis ex colore urine.

Cap. 9.^{m} De signis corporee dispositionis sumptis ex substantia urine.

Cap. 10.^{m} De signis corporee dispositionis sumptis ex odore urine.

Cap. 11.^{m} De signis corporee dispositionis sumptis ex ippostasi urine.

Cap. 12.^{m} De signis corporee dispositionis sumptis ex multitudine et paucitate urine.

Cap. 13.^{m} De signis corporee dispositionis sumptis ex spuma urine.

Distinctio secunda de problematibus intermixtis de urine et generationis organo, et reliquis ad eam pertinentibus. Continet:

1.—Utrum sit eadem via urine et spermatis et propter quid non est.

2.—Propter quid infans in utero mingit et sudat, non tamen egerit.

3.—Utrum in omnibus animalibus in quibus stercus est urina.

4.—Cur aves cum habeant stercus non habent urinam.

5.—Utrum infans in utero emictat urinam per virgam vel per aliam viam.

6.—Utrum in feminis sint testiculi et eadem via spermatis et urine.

7.—Utrum virga creata est nervosa propter emissionem urine vel spermatis.

8.—Propter quid testiculi creati sunt spongiosi cum virga sit nervosa.

9.—Propter quid testiculis ablatis non fit generatio.

[Fol. 50.] 10.—Propter quid omnes pisces habent caudam, non tamen omnia volatilia *.

12.—Propter quid matrix creata est nervosa, cum testiculi creati sint spongiosi.

13.—Utrum in plantis sit aliquid membrum deserviens virtuti generative sicut in animalibus.

14.—Propter quid appropriatio membrorum generationis accidit animalibus et non plantis.

15.—Propter quid in plantis non sunt membra deservientia superfluitatibus sicut ut anus et vesica, sicut in aliis animalibus.

16.—Cum vis generativa et nutritiva habent organum, cur non habet augmentativa.

17.—Propter quid in plantis nutritiva habent membrum proprium sicut radices, truncum, generativa non.

* *Mr. Poupardin hace notar que el numero 10 se repite con el 11.*

Así cita la obra Nicolás Antonio (1), añadiendo que es «iustae molis», y «vere luce dignum», y que se conserva manuscrita, con el núm. 5.739.

E.: «Pallii, quo in argumentum supremi (2) fastigii Pontificiae dignitatis amiciri solitos constat Novi Testamenti Ponti-

---

18.—An vis generativa sit in testiculis, an in corde, vel in toto corpore.
19.—Utrum virga sit necessaria ad generationem.
20.—Utrum testiculis ablatis fiat generatio.
21.—De quinque modis generationis.
22.—Cur diversus est modus generationis in plantis et in animalibus.
23.—Utrum generatio hominum cessabit per naturam.
24.—Utrum coitus sit necessarius animali.
25.—Utrum arbores et plante coire possunt.
26.—Utrum coitus insit cuilibet animali.
27.—Cur res animate generant et non inanimate.
28.—Propter quid mulieres mingunt concise.
29.—Utrum coitus fit virtute anime an non.
30.—Utrum generatio fit propter bonum speciei aut propter bonum universi.
31.—Utrum coitus fit a virtute vegetali.
32.—Utrum coitus sit operatio virtutis sensibilis.
33.—Quo modo summa delectatio est possibilis in coitu.
34.—Unde provenit delectatio in coitu.
35.—Utrum delectatio in coitu sit naturalis vel sensualis.
36.—In quo est major delectatio, an in coeundo, vel comedendo, vel egerendo.
37.—In quo est in coeundo major delectatio an in mare an in femina.
38.—Propter quid masculi magis appetunt coitum in hieme, femine vero in estate.
39.—Utrum tempus sit causa generationis animalium.
40.—Cur quedam viventia omni tempore generant, quedam non.
41.—In quo tempore magis viget generatio in homine, an in hieme vel in estate.
42.—Propter quid operatio virtutis vegetative magis viget in hieme, generative in [e]state.
43.—In qua regione fit homo majoris generationis.
44.—Propter quid femina cicius concipit quam mas.
45.—Propter quid contra agitur cum desinit, quia cicius femina quam mas desinit generare.
46.—Propter quid in enixa masculinus fetus cicius movetur et tardius femineus.
47.—In qua etate fit equus magis aptus ad generationem.»

(1) *Vetus*, II, 319.

(2) Havet copia: «extremi», siguiendo el texto de Nicolás Antonio en la *Nova* (I, 374).

fices Maximos, tanta maiestas est ut inter sacratas vestes nihil vel concipi sacratius possit.....»

Ha de ser posterior á 1460, fecha en que fué promovido al cardenalato Francisco Piccolómini (después Papa con el nombre de Pío III).

Ch) De duabus Philosophiis, et praestantia Platonis supra Aristotelem.—Citada varias veces en el opúsculo *De artificio* (1). Fué obra emprendida antes que este opúsculo, por orden del Cardenal Bessarión, pero interrumpida, también por encargo de éste, para escribir el *De artificio.* No sabemos si llegaría á terminarse. De todos modos, parece que era un estudio comparativo y sistemático de las doctrinas platónica y aristotélica.

I) De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis.

Obra dedicada al Cardenal Bessarión, y la más importante de las que de su autor conservamos.

Existen de ella tres manuscritos. Uno, en la Biblioteca de San Marcos, de Venecia, descrito así por Valentinelli (2):

«Cod. 227 membr., saec. XV, altit. millim. 230, latit. millim. 160 [Zanetti Lat. CCCLXXXI] B..... Codicem, foliorum 92, splendidius titulo aureis litteris ac insigniis Bessarionis depictis, archetypum puto unde exscriptus codex Vaticanus 3.177.»

Otro se custodia en la Vaticana, con el núm. 3.177 y consta de 62 hojas, según Nicolás Antonio (3).

El tercero existe en nuestra Biblioteca Nacional (signat. Ms. 9.250; antes Cc-78) y de él procede la copia que va al final de este Discurso (4).

---

(1) Vid. más adelante; p. v, l. 17 y 18; vii, 10 y 11; xv, 6 y 7; xxi, 38; xxvi, 32; xxvii, 11 y 12; Idem 25; Id. 35; xxxv, 5.

(2) *Bibliotheca manuscripta ad S. Marci Venetiarum,* Codices mss. Latini, t. iv, 1871; p. 174-175.

(3) *Nova,* i, 374 (cita la *Bibliotheca Veneta* de Juan Felipe Tomasini). En la *Vetus* (ii, 319) dice poseer una copia del manuscrito de la Vaticana.

(4) Véase, más adelante, la nota primera de la página iii. Cítase ya este ms. en el *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos,* de Gallardo, Zarco del Valle y Sancho Rayón (t. ii, Madrid, 1866; pág. 35 del *Apéndice).*

El abate D. Juan Andrés, en sus *Cartas familiares..... á su hermano*

Como en la dedicatoria da Fernando de Córdoba á Bessarión el título de patriarca de Constantinopla, y este título no le obtuvo el Cardenal hasta 1463 (1), es lógico pensar que el tratado *De artificio* es posterior á esta fecha (2).

La nacionalidad española del autor del opúsculo *De artificio* se transparenta en frases como las siguientes: «ad Regem

---

D. Carlos Andres, dandole noticia del viage que hizo a Venecia y otras ciudades de aquella republica en el año 1788. (Tomo III, Madrid, Antonio de Sancha, 1790; págs. 71-73), dá cuenta del códice marciano del tratado *De artificio* en estos términos: «Este códice es de pergamino, bellísimamente escrito, lleno de mucho oro y muchas pinturas, y es de creer que fuese el mismo que se presentó al Cardenal Bessarion, á quien está dedicado. El estilo de Fernando hacia la mitad del siglo XV, del que por no ser pesado no te pongo aquí en prueba un largo y eloqüente pedazo, está muy lejos de la dureza y barbarie en que comunmente se cree sumergida en aquel tiempo toda la España, y puede probar que aun antes de Antonio de Nebrixa conocian ya los españoles el gusto de la eloqüencia y de la buena latinidad.»

El Sr. Menéndez y Pelayo (D. Marcelino) hizo de su puño y letra una esmerada copia de los códices del Vaticano y de San Márcos, con propósito de publicar el tratado *De artificio*. No habiendo podido realizar aún este deseo, ha llevado su amabilidad para conmigo hasta facilitarme dicha copia, lo cual me ha permitido anotar las variantes principales que ofrecen los mencionados códices respecto del 9250 de nuestra Biblioteca Nacional, que hice fotografiar por completo y que me ha servido de base para la edición.

(1) Rocholl: *Bessarion. Studie zur Geschichte der Renaissance;* páginas 133-135.—Vast: *Le cardinal Bessarion;* p. 302.

(2) Havet (p. 25) añade: «D'autre part, le passage où Fernand parle d'une comparaison entre la philosophie d'Aristote et celle de Platon, commencée par ordre de Bessarion, donne à penser que celui-ci n'avait pas encore entrepris la rédaction de son ouvrage sur le même sujet, *In calumniatorem Platonis*, qu'il commença en 1465. La date de la rédaction du *De artificio* de Fernand de Cordoue peut donc être fixée, avec beaucoup de probabilité, aux années 1463 à 1465.» No comprendo la fuerza del argumento. El hecho de que Bessarion escribiese su obra: *In calumniatorem Platonis,* que va dirigida contra Jorge de Trebisonda, ¿en qué había de servir de óbice para que Fernando de Córdoba compusiese ó dejase de componer su *Comparatio?* Y viceversa: ¿por qué no había de escribir Fernando esta última obra, aunque Bessarion hubiese terminado ya la suya? Ahí está, si no, el tratado *De laudibus Platonis,* que por las trazas tiene mucha semejanza con el: *In cal. Platonis,* puesto que es una defensa de Platón. Es muy verisímil que Fernando mismo tuviese parte en la redacción del *In calumniatorem Platonis,* aunque no he podido descubrir en éste ningún rasgo suficientemente significativo del pensamiento de nuestro filósofo.

Albohacem *de Marruecos*»; «Raice, quae uulgò Hispanorum *Raya* uocatur» (1).

J) De iure medios exigendi fructus quos vulgo annatas dicunt.—Es un estudio acerca del derecho de los Papas á la exacción de dicho impuesto. Se imprimió hacia fines del siglo xv. Después de una hoja, cuyo anverso está en blanco y cuyo reverso contiene un prólogo de 18 líneas, empieza, en versalitas:

Fernandi Cordvbensis sedis apostolice | svbdiaconi et in orbe terrarvm famosis | simi magistri de ivre medios exigendi frv | ctvs qvos vvlgo annatas dicvnt et ro | mani pontificis in temporalibvs potesta | te ad Sixtvm qvartvm Pontificem maxi | mvm prologvs incipit foeliciter.

Comienza: «Etsi indignos, quorum sententias refelli conveniat.....»

Al final, dice:

«..... de mediis fructibus pontifici maximo pendendis quos uulgo annatas dicunt tractatus. Finit lege foeliciter.

Secundam huius operis partem de potestate pape in temporalibus | ob id in alterum transtulimus uolumen quod altissima materia sit. | et speciale desiderans opus et quod principalior de mediis fructibus | tractatus in maius uolumen surrexerit. | Lavs Deo» (2). (34 lín. por pág., 91 hojas sin n.) Ignoramos si

(1) Vid. más adelante: xii, 4, y xlix, 30.—Ruego al lector que corrija en el Apéndice I los lugares siguientes:

Página.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
XXXI	20	*De vigesimo*	*De*
Idem	22	*Audiio*	*Audito*
XXXII	32	non est ante ens	non ens est ante ens
XLI	10	(16)	(1)
Idem	40	(16)	(1)
XLVII	9	Caneruli	caneruli
LVIII	8	nullum animatum	nullum inanimatum
LXXVI	32	*Rhetoricum*	*Rhetoricorum*

(2) Hay ejemplar en la Bibliothèque Nationale de Paris. (Réserve, E 1949; inventaire, E 341). En la *Vetus* (ii, 319) de Nicolás Antonio se citan: otro de la Biblioteca Colombina de Sevilla, otro de la *Sapiencia* de Roma, y un manuscrito (cód. 465) de la Barberina de Roma.

Aún se conserva el ejemplar de la Colombina (Vid. *Biblioteca Colom-*

llegaría á publicarse esta segunda parte: *De potestate papae in temporalibus*.

Havet, fundándose en que la obra va dedicada á Sixto IV (1), que gobernó la Iglesia desde 1471 á 1484, juzga que debió de ser escrita aquélla entre estas dos fechas extremas.

Esta cuestión de las anatas había dado lugar varias veces á discusiones entre España y la Santa Sede. En 1465, una comisión española, en la que figuraba el cronista Alonso de Palencia, fué á Roma para defender al Arzobispo viejo de Sevilla y acusar de graves desmanes á Enrique IV de Castilla. Alonso de Palencia informó ante el Cardenal Bessarión y ante Guillermo, Obispo francés y Cardenal de Ostia. Después, hablando de ello y de otras cosas con el Papa (Paulo II), como éste se negase á expedir libres del pago de la anata las bulas en favor de don Alfonso, príncipe de Castilla y León, Alonso de Palencia contestó alegando varias razones, entre ellas que no estaban obligados á ese pago los que obtenían el Maestrazgo, por cuanto los gastos de la provisión eran voluntarios. El Papa, sin negar exenciones, alegaba que todos los fieles «estaban obligados á ayudar con sus bienes á la Santa Sede para que ésta pudiese pagar su estipendio á los soldados que contra el turco guerreaban». «A esto repliqué yo—dice el cronista—, que mejor que exigir dinero, me parecía digno del Pontífice romano pedir á los príncipes poderosos y esclarecidos que, puestos á la cabeza de sus ejércitos, marcharan contra el enemigo; y que si se trabajase por la reforma de las costumbres de la nación española, cada día más depravadas á causa de la tiranía de D. Enrique, no faltaban turcos en las entrañas de Castilla, cuyo exterminio arrancaría las de la secta mahometana y debilitaría la cabeza y los demás miembros de los infieles» (2). Convencido el Pontífice, accedió á lo que se solicitaba respecto de este punto.

---

bina.—Catálogo de sus libros impresos, &. Sevilla, 1891; t. II; páginas 186-187).

(1) Muy amigo del Cardenal Bessarión, en cuya casa vivió algún tiempo (Cons. Alonso de Palencia; ed. cit. II, 436 y sigs.).

(2) Alonso de Palencia: *Crónica de Enrique IV*; ed. y trad. citadas; t. I, ps. 418-424.

K) Tractatus de futuris contingentibus.

Se conserva en dos manuscritos de la Bibliothèque Nationale de París: el latino 3.169 (ff. 16-25) y el íd. 4.152 (ff. 81-88) (1), ambos del siglo XV, el primero de los cuales lleva, de letra posterior á la del texto, este título: *Tractatus M. Fernandi de Corduba.* En él combate Fernando la doctrina (condenada por Sixto IV en 1474), del Doctor Pedro de Rivo, ó Vanderbeke (2), doctor de Lovaina.

E.: «Inter eruditissimos viros hodie magna dissensione certatur utrum propositiones de futuro contingenti vere esse possint vel false. Et argumentamur *pro parte negativa,* primo rationibus cuiusdam Petri de Rivo, qui nunc istam partem tuetur, deinde rationibus Aureoli...»

A.: «... Quod vero nituntur solvere rationes ex divinis litteris acceptas, iam in alio tractatu (¿el *De discretione spirituum?)* ostendimus eos aliter esse interpretatos quam Spiritus sanctus efflagitat, iuxta intentum sacrorum interpretum, quod non modo falsi, sed et heretici interpretis est.»

Havet supone que este tratado es anterior á la condenación de Pedro de Rivo, y que quizá contribuyó á ella.

L) Prefacio á la edición del tratado *De animalibus* de Alberto Magno, impresa en Roma, el 2 de Abril de 1478.

Empieza así:

«Fernādi cordubēsis beatissimi domini | nr̄i Sixti quarti sancteqz sedis apl'ice | subdiaconi artiū liberaliū et sacre theologie | in orbe famosissimi magistri in de animali- | bus alberti libro p̄facio incipit foeliciter.—Albertum: ob nominis celebritatem...»

Colofón:

«Hoc presens Alberti magni de rer' proprieta | tibus opus impressum per egregium uirum | dominū Simonē Nicolai de luca huius la- | boratorij dn̄m Rome Anno domini millesīo | cccc.

(1) Nic. Antonio: *Vetus,* II, 322.

(2) Era ya profesor de retórica en Lovaina en 6 de Julio de 1460. Fué rector en 1477, y murió en 27 de Enero de 1499. (Vid. F. Nève: *Mémoire historique et littéraire sur le Collége des Trois-Langues à l'Université de Louvain;* Bruxelles, 1856, pág. 9).

lxxviii. pont. Sixti anno vii. die v'o secū | da mensis aprilis. | ¶ Finis Alberti magni de aialibus.» (Luego, 14 páginas de Índices).

Hay ejemplar en la Bibliothèque Nationale de Paris (Inv. Réserve, 92).

El Prefacio de Fernando de Córdoba ocupa cuatro columnas de á 54 líneas. Le reimprimo en el Apéndice II de este Discurso.

Según parece inferirse del opúsculo *De artificio* (1), su autor tenía el propósito de escribir un tratado *De proprietatibus animalium*. Quizá parte de este tratado sea el Prefacio *De animalibus*.

Ll) De haereticis et damnatis. Manuscrito en el Vaticano, según Montfaucon (2). Probablemente se tratará de una disertación de Derecho canónico: por ejemplo, de un comentario al título VII del libro V de las *Decretales* de Gregorio IX.

En resumen: tenemos noticia de *catorce opúsculos* de Fernando de Córdoba, de los cuales seis se han perdido, y ocho se conservan. Las materias á que se refieren todos ellos, pueden clasificarse del siguiente modo:

A) Astronomía (Comentarios al *Almagesto* de Ptolomeo).

B) Teología y exégesis bíblica (Comentarios á algunos libros de la Biblia, y especialmente al *Apocalipsis; De discretione spirituum; Tractatus de futuris contingentibus)*.

C) Política (Epístola á Carlos VII, rey de Francia, donde le exhorta á guardar la paz; *An sit licita pax cum Sarracenis)*.

D) Filosofía *(De laudibus Platonis; De duabus philosophiis, et praestantia Platonis supra Aristotelem; De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis)* (3).

---

(1) Vid. más adelante: XLVIII, 4 y 5.

(2) *Bibliotheca bibliothecarum manuscriptorum nova,* t. I, pág. 102 *a*. (Le da el número 1127).

(3) Las frases «*in nostris dialecticis* exposuimus», «ad *nostros dialecticos*», y «ut *in dialecticis* dilucidius ostendimus», que se leen en el opúsculo *De artificio* (LXI, 15, 19 y 42), me hacen sospechar que, antes de

E) Medicina *(De urinis).*

F) Derecho canónico *(De Pontificii Pallii Mysterio; De iure medios exigendi fructus quos vulgo annatas dicunt; De haereticis et damnatis).*

G) Ciencias naturales (Prefacio del libro *De animalibus* de Alberto Magno).

Parece ésta, desde luego, una producción harto exigua para la nombradía de Fernando de Córdoba. Si sus dotes eran tan extraordinarias como la tradición nos las pinta, había derecho para esperar mucho más de tan celebrado varón. Dejando aparte el tratado apologético: *De laudibus Platonis*, vamos á fijar la atención, sin embargo, en el otro y principal libro filosófico que de Fernando conservamos: el que lleva el peregrino, sonoro, alto y significativo título:

DEL ARTIFICIO PARA INVESTIGAR Y DESCUBRIR TODO LO QUE POR NATURALEZA SE PUEDE SABER (1).

Quizá esta obra nos revele el secreto de las victorias que Fernando de Córdoba obtuvo en sus mocedades. Quizá también, si cumple lo que su rótulo promete, nos cuente la manera de hallar la *piedra filosofal* de la Sabiduría, y entonces daré yo por bien empleado el trabajo que he puesto en descifrarla, y creeremos todos que, no con oro, sino con perlas y diamantes debió ir adornado el códice con que el autor obsequió á su severo y erudito protector Bessarión.

---

dicho opúsculo, hubiese escrito Fernando de Córdoba una *Dialectica,* que se ha perdido. Puede ser, sin embargo, que aluda al libro *De duabus Philosophiis.*

(1) Si, en vez de *natura,* leyésemos *naturam* en el título latino, debería traducirse: *Del Artificio para investigar y descubrir la naturaleza de todo lo que se puede saber.*

III

El tratado: *De Artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis.*—La teoría de Fernando de Córdoba y algunas de las construcciones lógicas que presenta la Historia.

Nada más que hojeando el libro *De artificio*, échase ya de ver una circunstancia notabilísima: Fernando de Córdoba, después de 1463, sigue siendo el mismo de 1445. Diga lo que quiera Juan de Lucena, exhortáranle como les placiese Lorenzo Valla y Bessarión, la latinidad es deficiente, y la erudición tan medioeval como cuando nuestro héroe estuvo á punto de ser condenado en París y tostado en Colonia. El está muy agradecido á Bessarión, que le ha hecho subdiácono y le ha encargado trabajos. El afecta un platonismo ardiente; ha compuesto un tratado: *De los loores de Platón*, y dejado á medias un libro: *Sobre las dos filosofías y sobre la primacía de Platón respecto de Aristóteles*. Pero este platonismo no ha encarnado en él por completo, porque sigue siendo, en el fondo de su mente, un aristotélico, y por añadidura, un escolástico, más próximo á Pedro Hispano que á Santo Tomás de Aquino. Ved, si no, las citas: salvo una, incidental, del *Parménides* (1), todas las de-

(1) Vid. *Apéndices*, p. IV, l. 4.ª

Aun creo que Fernando de Córdoba no necesitó leer el *Parménides* para la cita que de él hace; porque pudo utilizar los Comentarios de Alejandro de Afrodisia á los ocho libros de los *Tópicos*, Comentarios que no faltarían en la biblioteca de Bessarión. En el Prefacio á esa obra, dice Alejandro: «Plato autem admodum laudans diuidendi methodum, et ipsam esse philosophiae fastigium et culmen, inquit, cuius opus cum ponat esse hoc, *vt possit vnum plura facere, et multa in vnum colligere:* quod idem est posse genera in species diuidere, et quae sub eodem sunt, et contra indiuidua componere, et in vnum genus reducere, et in summam et caput redi-

más son de Aristóteles, cuya *Metafísica*, cuya *Física*, cuyas *Éticas* y cuyos libros *Del cielo y del mundo*, *Del alma*, *Categorias*, *Primeros* y *Ultimos Analíticos* y *Tópicos*, menciona á cada instante. Fuera de esto, y de algún recuerdo de las obras retóricas de Cicerón, Fernando de Córdoba no atiende á otras fuentes que á Alfarabi, á Avicena, á Averroes, á Gilberto de la Porrée, á J. Duns Escoto, á Lulio y á Santo Tomás de Aquino; es decir, que su erudición sigue siendo la de los escolásticos de su tiempo. Como vamos á ver inmediatamente, su pensamiento no se aparta mucho de ellos tampoco.

* * *

En el *Fausto* de Goethe, Mefistófeles, disfrazado de Doctor, da estos consejos al escolar que le consulta:

«Estudiad primeramente
un curso preparador
de Lógica: es la mejor
disciplina de la mente.
Ajustados borceguís
ella os calza, y con su ayuda
ligero la senda ruda
del pensamiento seguís,
sin perder la dirección
yendo de atrás adelante,
como la ráfaga errante
de la inquieta exhalación» (1).

---

gere, hanc ipsam etiam *dialecticen* vocat.» (*Alexandri Aphrodisei summi peripatetici, in octo libros Topicorum, vel de locis sedeque argumentorum Aristotelis Commentatio lucidissima, nunc primùm è Graeco versa* &.ª Guilelmo Dorotheo Veneto interprete; Parisiis, Apud Ioannem Roygni, &.ª 1542; fol. 3 r.)

(1) Trad. Llorente. El texto alemán dice:

«Mein teurer Freund, ich rat euch drum
Zuerst Collegium logicum.
Da wird der Geist euch wohl dressiert,
In spanische Stiefeln eingeschnürt,
Dass er bedächtiger so fortan
Hinschleiche die Gedankenbahn,
Und nicht etwa, die Kreuz und Quer,
Irrlichteliere him und her.»

No olvidéis, señores, que Fernando de Córdoba, como Fausto, es hombre del Renacimiento, y como Fausto también, es tenido por astrólogo y brujo, habiendo estudiado, igualmente, Filosofía, Derecho, Medicina, Teología y hasta Magia. Pero mientras Fausto se lamenta

.....dass wir nichts wissen können;
Das will mir schier das Herz verbrennen;

el español, animoso cual todos los de su tiempo, está muy tranquilo, entendiendo que ha descubierto el artificio para averiguarlo y saberlo todo.

No niega, sin embargo, haber tenido predecesores. Cita, entre ellos, al musulmán Alfarabi, peripatético «de muy excelente doctrina», que trató del mismo asunto en su segunda carta «al rey *Albohacén* de Marruecos»; y menciona, además, al mallorquín Raimundo Lulio. Pero, del primero dice que su opúsculo está tan lleno de dificultades, que siendo un arte de dilucidación, ha menester á su vez de otra arte dilucidatoria para ser entendido; y, además, que mejor que un artificio para saber lo que se ignora, sirve para ignorar lo que se sabe. Y, en cuanto á Lulio, endereza contra él una larguísima diatriba, diciendo que es tan largo en prometer como tacaño en dar; que todo lo confunde y baraja sin criterio ninguno; que, sin saber hablar, pretende enseñar elocuencia; que, en la Dialéctica, fuera de lo que tomó de Aristóteles, lo demás que escribe es inepto y propio de un loco furioso; que su *Ars magna* es una ridícula fuente de risibles arroyuelos; que su estudio ha hecho que algunos fuesen encerrados en manicomios, y en suma, que Lulio fué varón desprovisto de todo género de letras, sino que por razón de su humor melancólico tuvo elevado ingenio, circunstancia peligrosísima cuando se junta con la carencia de erudición. Menciona una yocunda respuesta de Guido Barbuto, el cual, yendo de caza con el Cardenal (Bessarión?) y siendo preguntado por éste acerca del sitio en donde se habría ocultado una liebre que escapó de las bocas de los canes, respondió, parodiando las contestaciones lulianas: «Ve á la regla G. D. K., señalada en el *Arte magna,* y allí encontrarás la liebre».

Exponiendo su propósito, Fernando de Córdoba razona del siguiente modo:

Ninguna esencia puede convenir á varias cosas, sino por razón de lo Uno, porque si la Unidad no existiera, no habría razón para referir la multiplicidad al género. Así, pues: la unidad es *puesta* antes que la multiplicidad; lo simple, antes que lo compuesto, lo mismo, antes que lo diverso. El gramático emplea la dicción *Hombre* y la dicción *Platón*, y, sin embargo, á pesar de ser dicciones distintas, afirmamos que Platón es *hombre;* mas al mismo tiempo convenimos en que Platón no es *más hombre* que Sócrates ó que Alcibíades; lo cual quiere decir que todos los hombres participan del significado de la dicción *Hombre*, que señala propiamente al Hombre universal, así como *Platón* señala propiamente á Platón en particular. Ahora bien; del mismo modo que, si no admitimos al *Hombre*, no podemos hablar de hombres particulares, porque éstos, en tanto lo son, en cuanto *participan* del *Hombre;* así, mientras no admitamos un Arte general de todo lo que se pueda saber, no podemos admitir artes singulares para cada una de las diversas materias *escibles*. Si hay ciencias particulares, debe haber una Ciencia universal de la cual participen. Si hay cognoscibles particulares, debe existir también un Cognoscible general al cual se refiera la Ciencia últimamente mencionada. Esta Ciencia ó Artificio universal es lo que Fernando de Córdoba trata de exponer, dividiendo su trabajo en seis secciones ó partículas:

«1.ª En virtud de qué criterio podrás investigar y demostrar cualquier verdad cognoscible por naturaleza; con tantas razones, cuantas sean precisamente las que la demuestren, ni más, ni menos.»

«2.ª Del Arte en general, y especialmente de la invención del término medio de cada demostración».

«3.ª Del arte por la cual encontrarás todas las cuestiones que pueden plantearse en cualquier asunto, ni más, ni menos».

«4.ª Del arte para hallar todo lo que puede ser objeto de consideración en cada ciencia, complejo ó incomplejo».

«5.ª En virtud de qué investigarás en cada ciencia todas las conclusiones que pueden saberse y su número exacto».

«6.ª Cómo podrás encontrar en cada ciencia los principios primeros, complejos é incomplejos».

Todavía concibe Fernando de Córdoba que pudiera añadirse una séptima sección ó *partícula,* donde se tratase «de la manera de convertir lo negro en blanco, y lo blanco en negro, es decir, de probar lo falso con lo verdadero, y lo verdadero con lo falso», con lo cual—dice—daríamos vista á todo el campo del arte sofístico; pero esto—añade—requiere un especial tratado.

Sección I. Toda proposición que se haya de probar es negativa ó afirmativa. Para las negativas, servirá esta regla: «la proposición negativa se puede probar con tantas razones, cuantas sean las *diferencias* que puedan hallarse entre su sujeto y su predicado». Para las afirmativas, la siguiente: «la proposición afirmativa se puede demostrar con tantas razones, cuantas sean las *conveniencias* que puedan hallarse entre su sujeto y su predicado, observando, sin embargo, aquella regla analítica de los *Ultimos (Analíticos),* según la cual la conveniencia, que es el medio de la argumentación, ha de ser igual á los dos extremos, ó ha de ser inferior al mayor y superior al menor; porque, en distinto caso, la otra premisa sería falsa y no podría probar la conclusión que se buscase» (1).

En cuanto á la demostración de estas reglas, se funda, según Fernando de Córdoba, en los dos siguientes principios: 1.º Las cosas que á una misma no son idénticas, no lo son tampoco entre sí; así decimos bien: «Ningún A es B; todo C es B; luego ningún C es A»; porque los extremos no son iguales al medio en las premisas, y por tanto, no lo son entre sí en la conclusión; 2.º Las cosas que son iguales á lo uno y mismo, son iguales

(1) «Ἐν μὲν οὖν ταῖς ἀποδείξεσιν, ὅταν δέῃ τι συλλογίσασθαι ὑπάρχειν, δεῖ τὸ μέσον, δι' οὗ γίνεται ὁ συλλογισμός, καὶ ἧττον ἀεὶ εἶναι καὶ μὴ καθόλου τοῦ πρώτου τῶν ἄκρων.» (En las demostraciones, cuando se ha de concluir que algo existe en algo, es preciso que el medio por el que se produce el silogismo, sea menos extenso y no más universal que el primero de los extremos). *(Primeros Analíticos;* ed. A. F. Didot; I, cap. 31).

Nótese esta peregrina circunstancia: en el umbral de su tratado, Fernando de Córdoba, que se las da de platónico, sienta como principio fundamental una afirmación aristotélica que tiende á destruir por su base toda la διαίρεσις de Platón!

entre sí; así decimos rectamente: «Todo A es B; C es A; luego C es B», porque suponemos que los dos extremos C y B son iguales á A.

El método para averiguar lo que buscamos, consistirá, pues, en investigar, para las proposiciones negativas, el *número de las diferencias* posibles entre sujeto y predicado; y para las afirmativas, el *número de las conveniencias.* El primero es exactamente 3.000, como después verémos, aunque puede multiplicarse hasta lo infinito, teniendo en cuenta que han de estudiarse de dos maneras, aisladamente y en combinación *(simpliciter et mixtim).* Conviene advertir, además, que los términos de los cuales pueden tomarse las diferencias y las conveniencias son de dos clases, según *transciendan* del ente ó no. Los transcendentes son 25, *simpliciter* considerados:

«Perfección=Cantidad=Potencia=Permanencia=Quietud=Energía=Inclinación=Ser ó No Ser=Instinto=Mediación=Término=Principio=Grado=Negación del Grado=Orden=Distinguibilidad=Aplicación primera *(Intentio prima)*=Aplicación segunda=Unidad=Número=Positivo=Privativo=Hábito=Investigación *(Quaesitura)*=Medida».

Combinando estas 25 diferencias, tendremos 625 (1).

En cuanto á los términos diferenciales que no transcienden del ente, son de dos géneros: *iguales* al ente, ó *inferiores.* Los primeros se distribuyen en dos grupos, porque pueden ser *pasiones* del ente, ó *modos (cualidades intrínsecas,* que dice Avicena) del mismo (2). Los segundos son también de dos clases: *naturaleza limitada* y *categoría.*

Volviendo á los términos transcendentes, y después de convenir en que sus diferencias *son comunes al ente y á la nada*, empezamos por la perfección.

---

(1) Aplicando la fórmula algebraica de las coordinaciones binarias $\left(Coor.\ \frac{2}{m} = m\,(m-1)\right)$ resultarían 600; pero Fernando de Córdoba admite una *Cantidad cuanta,* una *Potencia potente,* una *Permanencia permanente,* etc., etc.

(2) «Modus intrinsecus» dice Suárez *(Disputationes Metaphysicae;* II, 2, §. 21).

En la razón de perfección entra el que *nada falte* á la cosa (á la piedra, para ser piedra; á la nada, para ser nada); pero esta carencia de falta puede interpretarse de dos modos: la *perfectio quaedam*, según la cual nada le falta á la cosa ó á la nada para ser tal cosa ó tal nada; y la *perfectio absolutè et simpliciter*, según la cual nada le falta de aquello en virtud de lo cual sería mejor que su opuesto (así, la piedra, con inteligencia, sería más perfecta que piedra). La perfección absoluta fué definida por San Anselmo: «quaecumque est melius ipsum, quàm non ipsum» (lo que es mejor ello mismo que lo que no es lo mismo). Todos los *modos* de la perfección absoluta se hallan en la substancia intelectual, y como en ésta encontramos las cuatro siguientes realidades:

A) Esencia;
B) Potencia;
C) Hábito;
D) Acto;

habrá también las cuatro siguientes perfecciones correspondientes:

A) Espiritualidad;
B) Entendimiento y Voluntad;
C) Ciencia y Sabiduría;
D) Entender y Querer.

Los *grados* de la perfección absoluta son seis: 1.º El Ente, que responde al transcendente universalísimo, y comprende la Verdad y la Bondad; 2.º Lo Absoluto y el Acto, que responden al transcendente subalterno; 3.º La Sustancialidad y la Existencia por sí, que responden al género generalísimo; 4.º La Espiritualidad, que responde al género subalterno; 5.º No se halla bajo la razón de substancia, y responde á la especie especialísima; 6.º Responde á la propiedad individual, y es únicamente la singularidad divina.

Admite Fernando de Córdoba ocho predicaciones de lo transcendente, que clasifica del siguiente modo: 1.ª Lo transcendente predicado de lo no transcendente, uno y otro abstracto; 2.ª Lo transcendente concreto de lo no transcendente; 3.ª Lo no transcendente de lo transcendente; 4.ª Lo concreto

de lo concreto; 5.ª Lo transcendente de lo transcendente en concreto; 6.ª Lo transcendente de lo transcendente, uno y otro abstractos; 7.ª Lo abstracto de lo concreto; 8.ª Lo concreto de lo abstracto. En cuanto á la coordinación de las perfecciones absolutas, la establece según estas divisiones del ente, en las que corresponde á las primeras el primer elemento de la división bimembre:

1.ª Absoluto-Respectivo;
2.ª Substancia-Accidente;
3.ª Real-Racional;
4.ª *Simpliciter-Secundum quid;*
5.ª Acto-Potencia;
6.ª Simple-Compuesto;
7.ª Necesario-Contingente;
8.ª Infinito-Finito;
9.ª Independiente-Dependiente;
10. Positivo-Negativo;
11. Lo mismo-Lo diverso.

Resumiendo, expone Fernando de Córdoba una lista de 31 perfecciones absolutas, lista deficiente en los manuscritos que conocemos del tratado *De artificio,* porque falta la 11, y son iguales la 12 y la 18. Figura entre ellas la misma *Perfección* (28) !

Dejando aparte las sutilezas y tinieblas del método (que son tantas y tan graves, que á veces Fernando de Córdoba da quince y raya al mismo Lycofrón en su *Alexandra),* haré notar que nuestro filósofo expone, por último, cuatro reglas generales para hallar todas las perfecciones absolutas: 1.ª Por la vía de la igualdad con el ente; porque todas las pasiones adecuadas al ente—escribe,—dicen perfección absoluta; 2.ª Por la vía de la división, porque todo lo que inmediatamente divide al ente, implica la perfección susodicha; 3.ª Por la vía de la causa primera, y ésta es la más adecuada; 4.ª Por la vía de las más nobles criaturas, porque las perfecciones de las criaturas nobilísimas, como las angélicas, implican perfección absoluta, cuales son el entender y el querer.

En lo relativo á la cantidad, Fernando de Córdoba formula

una teoría acerca de la cual llama la atención, por estar fundado en ella *el gran secreto* de su Artificio *(quo in puncto constat magnum huius Artificii secretum situm esse)*. La *quantitas* se confunde con la *quidditas*.

Toda cantidad es igual á la transcendencia combinada con la perfección, porque todo grado, todo exceso ó defecto, todo más ó menos, *toda comparación*, se funda necesariamente en alguna cantidad ó magnitud. *Todo ente es, por consiguiente, cuanto*. Luego no es cierto que la cantidad se halle comprendida bajo el ente como lo inferior bajo lo superior, y tuvo razón Aristóteles cuando dijo que la cantidad transcendente era superior á la categoría de la cantidad y se convertía en el ente (1). Esa cantidad transcendental entra en toda categoría y no es en manera ninguna un accidente, como lo son todas las categorías, excepto la οὐσία. La cantidad en virtud de la cual la piedra es mayor que todo accidente suyo, no puede ser un accidente de la piedra, porque entonces la piedra sería mayor que su magnitud, lo cual es ridículo. Es común esta cantidad al ente y á la nada, porque una privación es mayor ó menor que otra, y porque de otra manera no podría decirse que todas las *nadas* son iguales, como el no-ente, el no-hombre, la no-liebre, etc.

Respecto de la potencia ó posibilidad, acepta el concepto aristotélico, según el cual aquello es posible que, puesto, no es imposible; y dice que semejante poder no conviene más al ente que á la nada, porque aun la Quimera *puede* no ser, pues de otra suerte el no-ente no podría no ser. Explica la clasificación de la potencia en lógica, metafísica, matemática, física y teológica ú *obediencial*, y expone luego, resolviéndolas, las principales dificultades que acerca de la teoría pueden presentarse.

---

(1) Fernando de Córdoba cita el libro v de la *Metafísica;* pero no hallo otro concepto á que aquél pueda referirse, sino este del libro VII, cap. 6.º: «Ὅσα δὲ μὴ ἔχει ὕλην, μήτε νοητὴν μήτε αἰσθητήν, εὐθὺς ὅπερ ἕν τι (εἶναί) ἐστιν ἕκαστον, ὥσπερ καὶ ὅπερ ὄν τι, τὸ τόδε, τὸ ποιόν, τὸ ποσόν.» (Las cosas que no tienen materia, ni inteligible ni sensible, son por sí lo uno, como el mismo ente, la esencia, la cualidad, la cantidad.)

Desde el momento en que la nada permanece como nada y los entes como tales entes, la permanencia es aplicable á una y á otros; y siendo la permanencia algo que pertenece á la medida de la duración, habrá tantos géneros de permanencia, como de semejantes medidas. Hay, en tal supuesto, tres clases de medidas de duración: la eternidad, la edad *(aevum)* y el tiempo; la primera no admite antes ni después; el tiempo, por el contrario, les tiene; el *aevum* es un intermedio entre la eternidad y el tiempo, y, aun cuando en sí carece de anterior y de posterior, puede admitirles.

También la quietud es común á la nada y al ente; existiendo tantas especies de quietudes como detenciones *(sistentiae)* ó paradas puede haber por negación de ulterior progreso en los términos.

Respecto de la *vis,* Fernando de Córdoba formula con tal motivo, y explica varios problemas con ella relacionados, la siguiente clasificación de las virtudes:

- Divinas ó teológicas.....
  - Fe;
  - Esperanza;
  - Caridad.
- Humanas..
  - Intelectuales:
    - Del entendimiento especulativo:
      - Sabiduría;
      - Intelecto;
      - Ciencia.
    - Del entendimiento práctico....
      - Arte;
      - Prudencia.
  - Morales....
    - Justicia;
    - Prudencia;
    - Fortaleza;
    - Templanza.

Con mayor brevedad trata Fernando de Córdoba de los restantes términos. Así: de la *inclinación* dice que conviene al ente y al no ente, porque la privación, según Aristóteles, tiende πρὸς τὸ κακοποιόν *(ad maleficium);* y puede ser natural, sensitiva é intelectual; del *ser ó no ser*, que se convierte con el término *verdad,* porque lo es que el ser es y que el ser no es; del *instinto,* que es la misma *sabiduria,* en virtud de la cual cada cosa se dirige á su fin; del *medio,* que es aquello por lo cual se llega á otra cosa, y que tanto el principio como el fin tienen carácter de tal, porque por el primero se llega al medio, y por el segundo se mueven la materia y el agente; del *térmi-*

no, que es igualmente común al ser y á la nada; del *principio*, que lo es todo lo que posee razón de prioridad, y así lo son la causa y el no ser, porque éste precede al ser; del *grado*, que es aquello en virtud de lo cual algo se compara con algo como excedente ó como excedido, y así, según dice San Agustín, la nada es próxima á la materia, y viceversa; de la *negación del grado*, que equivale á la igualdad, y que se encuentra entre los entes y los no entes; del *orden*, que es el respecto de prioridad y de posterioridad en tiempo, en naturaleza, en origen ó en duración, y que conviene al no ser (porque precede al ser en las cosas creadas) y al ser (porque sucede al no ser); de la *distinguibilidad*, que asimismo es común á los entes y á los no-entes; de la *primera intención*, que sirve de fundamento á la *segunda*, acerca de cuya distinción de la primera formula varias reglas; de la *unidad*, que es anterior al ser, porque la unidad y la entidad son dos esencias, y por lo tanto *dos unidades;* del *número*, que lo abarca todo, como Platón y Pitágoras juzgaron, y que puede ser numerado ó numerante (1), según esté constituído por los principios, ó sea él mismo principio; de *lo positivo*, que es común al ente y á sus pasiones; de *lo privativo*, que hay tantas privaciones ó negaciones como posiciones ó afirmaciones opuestas.

De la *investigación* habla más extensamente nuestro filósofo. Encarece la importancia de la materia, porque «de ella pende casi toda la razón de este Artificio», y afirma que no puede haber más cosas *escibles* que investigables ó dudosas. Catorce minuciosas Advertencias expone acerca de este punto,

---

(1) «Numerus numeratus» y «Numerus numerans». Estas expresiones son frecuentes en el lenguaje filosófico del siglo XV. Así, los términos «Natura naturans» y «Natura naturata», que emplea Espinosa *(Ethica;* lib. I; teorema 29), los encuentro en la *moralidad* de Nicolás de la Chesnaye, titulada: *La comdamnacion de Bancquet* y publicada en 1507:

«Car nous avons clere apparence
Que coustume est autre nature,
Non pas nature proprement
Touchant *nature naturée*.....»

(P. L. Jacob: *Recueil de farces* &.ª; Paris, Garnier; p. 279).

haciendo notar: que á toda invención del medio precede una cuestión, así como toda conclusión y ciencia va precedida del medio; que, según advierte Aristóteles, pueden distinguirse cuatro cuestiones acerca de todo cuanto cabe saber: *si existe, qué es, por qué es,* y *por causa de qué es* (si est, quid est, quia est, et propter quid est) (1); que estas cuatro cuestiones están entre sí ordenadas, porque primero es *si est;* después, *quid est;* luego, *quia est,* y, por último, *propter quid est;* que las cuestiones pueden distinguirse de cuatro maneras: una, según la distinción de las cuestiones de los predicamentos, y así hay diez cuestiones (tantas como categorías); otra, según la distinción de los predicados investigables, y así hay cuatro cuestiones (tantas como predicados de especie, á saber, el género, la diferencia, el propio y el accidente); otra, según la distinción de los accidentes de la proposición categórica en general, y así hay tres cuestiones: *qué, cuál y cuánta;* otra, según la distinción de los adyacentes á la proposición categórica, y así hay cuatro cuestiones: dos del segundo adyacente, y otras dos del tercer adyacente; que, como advierte el Filósofo, todas las cuestiones se reducen á dos: *si la cosa es,* y *qué es;* y que, en último término, todas ellas se resumen en una, á saber, la cuestión del *medio* (omnes quaestiones reducuntur ad unam, scilicet ad quaestionem medii). Además, recuerda la clasificación de las cuestiones en diez grupos, hecha por Alfarabi y seguida por Raimundo Lulio:

1.º Si es *(Utrum).*
2.º Qué es *(Quid).*
3.º De qué es *(De quo).*

---

(1) Aristóteles no dice exactamente eso mismo:
«Τὰ ζητούμενά ἐστιν ἴσα τὸν ἀριθμὸν ὅσαπερ ἐπιστάμεθα. Ζητοῦμεν δὲ τέτταρα, τὸ ὅτι, τὸ διότι, εἰ ἔστι, τί ἐστιν.» *(Analyt. Post.* II, 1) (Las cosas que investigamos son tantas en número, cuantas son las que sabemos. Ahora bien: investigamos cuatro géneros de cosas: lo que la cosa es, por qué es, si existe, qué es). El τὸ ὅτι equivale á la pregunta acerca del atributo: por ejemplo, si el sol *se eclipsa.* El τί ἐστι, á la existencia absoluta: por ejemplo, si el Centauro *existe.* Al traducir el: διότι, *quia est* y *propter quid est,* emplea Fernando de Córdoba dos locuciones sinónimas, embrollando el concepto aristotélico.

4.º Por qué *(Quare)*.
5.º Cuánto *(Quantum)*.
6.º Cuál *(Quale)*.
7.º Cuándo *(Quando)*.
8.º Dónde *(Vbi)*.
9.º Cómo *(Quomodo)*.
10. Con qué *(Cum quo)* (1).

De la *medida* afirma que es un término transcendentalísimo, porque es común á la permanencia, medida de la duración, y á la cantidad, medida de todo.

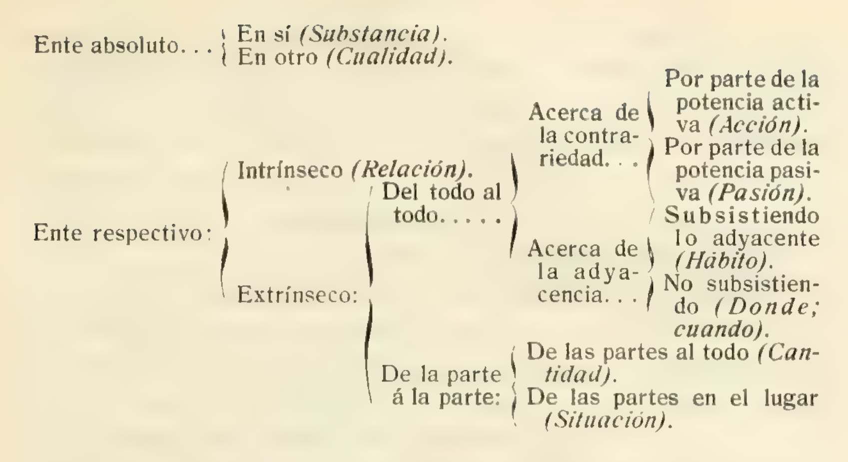
En cuanto á los términos diferenciales que no transcienden del ente, ya se ha dicho que son iguales á éste, ó inferiores á él. Los primeros pueden ser *pasiones*, ó *modos* del ente. Las pasiones se clasifican del siguiente modo:

Simples	Uno. Verdadero. Bueno. Algo. Cosa *(Res)* (2).
Separadas *(Disiunctae)*:	Ente en el alma y fuera del alma. Ente real y de razón. Ente absoluto y respectivo. Substancia y accidente. Uno y muchos. Lo mismo y lo diverso. Afirmación y negación. Potencia y Acto. Contingente y necesario. Cuanto (finito é infinito) y no-cuanto. Unívoco y equívoco. Causa y causado. Simple y compuesto.

Es interesante la subdivisión que hace Fernando de Córdoba del tercer grupo de pasiones separadas, porque implica un intento de clasificación sistemática de las categorías aristotélicas. La formula así:

(1) Vid. más adelante, pág. XLI, y la *Isagoge in Rhetoricam* de Lulio (p. 203 de la ed. Argentinae, 1598).

(2) Sobre que *Res* y *Aliquid* no deben enumerarse entre las pasiones del ente, véase á Francisco Suárez: *Disputationes Metaphysicae;* Disp. III, s. 2.ª; tomo 2.º, p. 108 y sigs. de la ed. Barcelona, 1883.



En cuanto á los modos intrínsecos, establece siete divisioces: Finito-Infinito; Eterno-Temporal; Contingente-Necesario; Real y No-Real; Acto-Potencia; Existente No-Existente; Ente específico dividido en individuos ó *haecceitates*.

Respecto de los términos inferiores al ente, dice que se comprenden bajo las diez categorías, y examina detenidamente las divisiones de la substancia, tanto corpórea como incorpórea, enumerando los cielos, los elementos, los mares, los ríos, los montes, los vientos, las piedras, los peces, los animales, las aves, etc., etc., para terminar explicando las *pasiones* de cada una de las diez categorías.

Recordemos ahora que puede haber tantos argumentos probatorios como diferencias existan entre sujeto y predicado, para las proposiciones negativas, y tantos como conveniencias entre los mismos para las afirmativas. ¿Cómo hallaremos semejantes diferencias y conveniencias? De dos maneras: si *aisladamente* tomamos cada uno de los términos transcendentes iguales al ente, ó cada uno de los inferiores al mismo, con sus pasiones, cuestiones y partes integrantes, potenciales, subjetivas y esenciales; y si, *en combinación*, juntamos un transcendente con otro; un transcendente con los términos iguales al ente; un igual con otro igual; un igual al ente con su inferior; un inferior con otro; una cuestión con otra; un transcendente con una cuestión; un predicado con una cuestión; un transcendente con todos, y con cada una de las reglas de la cuestión; una regla con otra

regla; una regla con todos los transcendentes, con el ente y con las pasiones simples ó separadas; un particular con otro particular; mediante el cual Artificio no sólo encontraremos 3.000, sino MÁS DE 60.000 argumentos para probar cada cuestión y cada verdad, «vndè tanta tibi—añade Fernando de Córdoba—superet veritatum scibilium investigandarum copia, *ut diuinum quoddam et supra fidem tibi esse uideatur!*»

Sección II. Trata nuestro filósofo, en segundo término, de enseñar en virtud de qué reglas podremos hallar *in promptu* el término medio de cualquier argumentación. Enuncia primero una teoría general condensada en las siguientes reglas:

1.ª (Para las proposiciones universales afirmativas): El medio ha de preceder al predicado, siendo menor que él, y seguir al sujeto, siendo menor. Así, para probar que *todo hombre es substancia*, diremos:

Todo animal es substancia;
Todo hombre es animal;
Luego todo hombre es substancia.

El medio *animal* es anterior á *substancia* y posterior á *hombre*.

2.ª (Para las universales negativas, probadas en la primera ó en la segunda figura): El medio ha de repugnar al predicado y seguir al sujeto. Así, para probar que *ninguna piedra es hombre*, diremos:

Ningún inanimado es hombre;
Toda piedra es inanimada;
Luego ninguna piedra es hombre.

Donde el medio *inanimado* repugna á *hombre* y sigue á *piedra*. Y en la segunda figura diríamos:

Ningún hombre es inanimado;
Toda piedra es inanimada;
Luego ninguna piedra es hombre.

3.ª (Para las universales negativas, probadas sólo en la segunda figura, ó indirectamente en la primera): El medio ha de

seguir al predicado y repugnar al sujeto. Así, queriendo probar que *ninguna blancura es animal,* diríamos:

Ninguna blancura es substancia;
Todo animal es substancia;
Luego ninguna blancura es animal.

Donde el medio *substancia* sigue á *animal* y repugna á *blancura.*

4.ª Las proposiciones particulares se pueden probar por los mismos medios que sus universales, con arreglo á estos principios:

A) Para probar indirectamente por la primera figura la particular afirmativa, se ha de tomar un medio que siga al predicado y anteceda al sujeto. Así, para probar que *algún bien es justicia,* diremos:

Toda virtud es bien;
Alguna justicia es virtud;
Luego algún bien es justicia.

Donde el medio *virtud* sigue á *justicia* y antecede á *bien.*

B) Para probar la particular afirmativa en la tercera figura, se ha de tomar un medio que anteceda al predicado y al sujeto. Así, para probar que *algún hábito es bueno*, diremos:

Toda virtud es hábito;
Toda virtud es buena;
Luego algún hábito es bueno.

Donde el medio *virtud* precede á *hábito* y á *bueno.*

C) Para probar la particular negativa por la tercera figura, se ha de tomar un medio que repugne al predicado y preceda al sujeto. Así, para demostrar que *algún animal no es piedra*, diremos:

Ningún hombre es piedra;
Todo hombre es animal;
Luego algún animal no es piedra.

Donde el medio *hombre* repugna á *piedra* y precede á *animal.*

Hace notar, además, Fernando de Córdoba, que hay tantas *repugnancias* como *consecuencias* y *antecedentes;* en otros términos: si A es el antecedente, y B el consiguiente de A, y C el repugnante á B, es necesario que C, al repugnar á B, repugne también á A. Si asi no fuese, resultaría que C repugnaría á B, pero no á A, en el cual caso podría darse que C y A fuesen igualmente verdaderos á la vez, porque no repugnan; pero, siendo A y C verdaderos, como hemos concedido que C repugna á B, B sería falso; mas, si B es falso y A es verdadero, B no puede ser consiguiente de A, porque de lo verdadero no se sigue lo falso.

De aquí infiere Fernando de Córdoba la posibilidad de obtener *circularmente* (circulariter) las demostraciones, coligiendo los consiguientes de los antecedentes, los antecedentes de los consiguientes, y las repugnancias de los consiguientes y de los antecedentes, y viceversa.

No seguiré á Fernando de Córdoba (porque sería de escaso provecho y es preferible leer el original *De Artificio)* en las minuciosas explicaciones que da, tomando por guía los *Tópicos* aristotélicos, acerca de los lugares comunes de los argumentos. Llega á formular nada menos que ochenta y cinco reglas sólo para la *comparación*. Termina con las variaciones de las proposiciones categóricas é hipotéticas.

Sección II. Para averiguar las cuestiones que en cada materia pueden surgir y que han de terminarse por argumentación, aconseja Fernando de Córdoba discurrir por aquellas otras que en número de diez formuló, siguiendo á Lulio y á Alfarabi, en la sección I; atender á todas las reglas de esas cuestiones, á cada una de las cuestiones combinadas con los términos transcendentísimos tomados absolutamente, á cada una de las reglas de las cuestiones combinadas con los términos transcendentísimos tomados en composición, á cada una de las cuestiones combinadas con los términos iguales al ente, á cada una de las cuestiones combinadas con todos los términos inferiores al ente; combinar cada una de las reglas de las cuestiones con dos principios transcendentes reunidos y viceversa; combinar con dos términos iguales al ente todas y cada una de las reglas;

combinar con dos inferiores al ente las reglas particulares; combinar los transcendentes con los iguales, los transcendentes con los inferiores, y por ultimo, los tres principios (transcendentes, iguales é inferiores) entre sí. Así asegura que no quedará nada en ninguna ciencia, que no pueda encontrarse.

Secciones IV, V y VI. Breves líneas dedica Fernando de Córdoba á cada una de estas tres secciones.

Para hallar todo cuanto (complejo ó incomplejo) puede considerarse en una ciencia determinada, da una regla inspirada en los *Últimos Analíticos,* según la cual tantas cosas hay que considerar en cada ciencia, cuantas pueden referirse al sujeto ó materia primera y adecuada de dicha ciencia. Enumera luego los modos de semejante *referencia.*—En cuanto á las conclusiones cognoscibles, no son más ni menos que lo que se sigue del antecedente ó de los antecedentes dados.—Por lo que respecta á los principios, dice que tendrá carácter de primero el antecedente *inmediato* de la conclusión; si fuere *mediato,* procede juntar el medio con los extremos, según el arte de la invención del medio, y el resultado que se obtenga será inmediato ó mediato; si mediato, volverá á hacerse lo mismo hasta llegar al inmediato, «quod est primum illius scibilis principium».

Tal es (omitiendo buena parte de la intrincada red de advertencias, reglas y distinciones) el contenido del libro *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis.* Es gran lástima que no conservemos la *Practica* ó *Exercitatio* á que muchas veces se refiere Fernando de Córdoba (1), y que sin duda contendría la explicación de muchos lugares oscuros

(1) «Artificii *practica* et exercitatione.....» XXXI, 7.
«.....ex huius Artificii *practica*.....» Idem-10.
«.....ubi Artificio adhibueris *exercitationem*.» Id.-19.
«.....quod etiam in *practica exponemus;*» LVII, 20 y 21.
«*Exemplum* huius Artificii *explicabimus*.....» LXXV, 25 y 26.
«.....cum *uiua uoce* interpretemur Artificium.» LXXVI, 14 y 15.
«.....ad *exercitationem* accommodari.....» Idem-34.

de su tratado. Así y todo, basta la parte que ha llegado á nosotros para formar juicio acerca del valor de su sistema.

* * *

No dudo yo, señores, de que si el tratado *De artificio* se comentase sutil y profundamente, como Vera comentó la *Lógica* de Hegel ó Vaihinger la *Crítica de la razón pura* de Kant, apareciera ante nosotros Fernando de Córdoba como un *piadoso Eneas*.

«raptos qui ex hoste Penates
«classe veho mecum, fama super aethera notus»;

pero la verdad es que, leyendo dicho tratado sin entusiasmos ni prejuicios, si bien se adquiere la convicción de que Fernando debió de ser persona de no vulgar talento y dialéctico de extraordinaria agudeza, persuádese uno asimismo de que su obra es un *arte de palabras,* y de que su cacareado *Artificio* es una invención más aparente que sólida y fructífera.

Otra persuasión se logra también con esa lectura, y es la de que Fernando de Córdoba, aunque proclame la superioridad de Platón sobre Aristóteles é insista en que éste no se ocupó en la *commixtio terminorum* ni en las cuestiones que *transcienden* de los cuatro predicados y de los diez predicamentos (1), es más bien un aristotélico que un platónico; y la de que, aun cuando ataque con verdadera saña la palabrería del sistema luliano, él es, en sustancia, un nuevo partidario de Lulio, como echaron de ver los comentaristas de éste (2). En lo primero,

---

(1) Vid. APÉNDICE I, pág. XII.

(2) «Tal es la promptitud y facilidad d'esta sciençia *(luliana),* que tambien los muchachos sin barba, sabiendo esta arte, puedan doctamente disputar casi en todas las sciençias y facultades..... Cosa manifiesta es que Fernando de Cordoba español fue muy nombrado por todas las vniuersidades al entorno y passados los montes en todos los estudios con esta Arte.» Henrique Cornelio Agrippa: *Comentarios de la breue arte de Raymundo Lullio;* ms. 3351 (antes L-53) de la Biblioteca Nacional de Madrid. Es un

como en tantas otras cosas, se parece Fernando de Córdoba á Juan Pico de la Mirándola (1); y se explica el hecho si, como

---

manuscrito de 147 folios, de letra del siglo XVI, y contiene, primero, la versión castellana del *Arte del oido kabbalistico ó introduccion para todas las ciencias* de Lulio, y luego los referidos *Comentarios* (desde el folio 65), traducidos de la edición de Colonia, 1533. Los párrafos transcritos constan en la Dedicatoria de Agrippa «al R[do] y Generoso S[r] el S[r] Juan Lorenço, natural de Leon, Primario Maestro de S[t] Antono» (fols. 65 v. y 66 r.). Cita Agrippa, entre los lulianos, á sus hermanos «Andrés, Pedro, Diego», y además á Raimundo Sabunde, á Jacobo Fabro Stapulense, á Carlos Bovillo, á Pedro Daguino Mediato y á Jacobo Januario.

Lázaro Zetzner, en la Dedicatoria (fechada en 1598) á D. Juan Martín *Carinthio* de su edición: *Raimvndi Lvllii Opera ea qvae ad inventam ab ipso artem vniversalem, scientiarvm artivmqve omnium breui compendio, firmaque memoria appraehendendarum, locupletissimaque vel oratione ex tempore pertractandarum, pertinent,* &[a] (Argentinae, Sumptibus Lazari Zetzneri, CIↃ IↃ XCIIX; un tomo de 236 págs. nums. en 8.°) escribe también: «Planum id ipsum faciunt variis in nationibus varii : in Italia Petrus Daguinus Mediatus et Iacobus Ianuarius : *in Hispania Ferdinandus Corduba:* .....»

En este precioso tomito, del cual poseo ejemplar, se comprenden las siguientes obras lulianas:

Ars breuis.
De Auditu Kabbalistico seu kabbala.
Duodecim principia Philosophiae Lullianae contra Auerroistas.
Dialectica seu Logica nova.
De venatione medii inter subiectum et praedicatum.
De conversione subiecti et praedicati per medium.
Rethorica.—Oratio exemplaris.

Al respaldo de la portada, anuncia Zetzner el *Ars Magna*, y los siguientes libros:

Iordanus Brunus *de Specierum scrutinio.*
Idem *de Lampade Combinatoria Lulliana.*
Idem *de progressu et lampade venatoria logicorum.*
Commentaria Agrippae *in Artem Breuem Lullianam.*
Articuli fidei.

(1) «Animaduerto te philosophum prius Aristotelicum, nunc etiam Platonicum esse factum», escribía Hermolao Bárbaro á Pico, desde Venecia, en 1485 (Politiani *Opera;* ed. cit.; I, fol. LV v.) Sin embargo, Pico hizo siempre justicia á Aristóteles y á los Escolásticos. Nada he leído tan sensato acerca de estos últimos, entre los renacientes, como lo que el mismo Pico escribe á Hermolao Bárbaro desde Florencia, en 1485, comparando á Escoto con Lucrecio (Politiani *Opera;* ed. cit.; I, fol. LVIII r.). Nótese aquello de: «*mouent mihi stomachum grammatistae quidam,* qui cum duas tenuerint vocabulorum origines, ita se ostentant, ita venditant, ita circumferunt iactabundi, vt prae se ipsis, pro nihilo habendos philosophos arbitrentur.»

dice Kant, la Lógica, en cuanto ciencia exacta, no se ha visto en la necesidad de retroceder un paso desde los tiempos de Aristóteles (1).

Pero el *Artificio* de nuestro Fernando de Córdoba, en lo que tiene de original, es un verdadero sueño, sueño generoso y grande, eso sí, pero que no pasa de tal. Cuando leo los loores que el autor hace de los *misterios* de su obra, recuerdo sin poderlo remediar, aquella famosa aventura del barón de Munchhausen, en que éste, yendo á caballo, cayó en un lago, hundiéndose hasta el cuello, y hubiera perecido infaliblemente, si con la fuerza de su propio brazo no hubiese tirado de su coleta, sacándose á sí y al animal, á quien estrechaba entre las piernas. Este *auto-salvamento* es el que realiza Fernando de Córdoba con su *Artificio*. Inventa los misteriosos *términos*, les barajá y combina, y de tal combinación, como del caballo de Troya, salen todas las demostraciones posibles. Pidámosle que, con ayuda de esos términos transcendentes, iguales ó inferiores al ente, nos *demuestre* el principio de Arquímedes; nos habrá de confesar que su Artificio no es un sistema de *hechos*, sino de *palabras*. Roguémosle que mediante esos términos nos *descubra* la ley de Mariotte ó el binomio de Newton; habrá de reconocer que con su Artificio no puede descubrir *lo que no se haya descubierto*.

Entonces ¿qué es su Artificio? Sencillamente una equivocación, en la que no tienen poca parte las *Artes* de Raimundo Lulio y el cenáculo platónico del cardenal Bessarión.

En primer lugar, la invención de las *substancias* en el sentido aristotélico, es decir, de los seres individuales, cae fuera del *Artificio*, porque las substancias no pueden ser nunca atributos,

(1) «Dass die Logik diesen sichern Gang schon von den ältesten Zeiten her gegangen sei, lässt sich daraus ersehen, dass sie seit dem Aristoteles keinen Schritt rückwärts hat thun dürfen, wenn man ihr nicht etwa die Wegschaffung einiger entbehrlichen Subtilitäten, oder deutlichere Bestimmung des Vorgetragenen, als Verbesserungen anrechnen will, *welches aber mehr zur Eleganz, als zur Sicherheit der Wissenschaft gehört*. (*Kritik der reinen Vernunft;* ed. Kehrbach; Leipzig, Reclam jun.; p. 12; Prólogo de la 2.ª ed. de 1787).

y es inútil, por tanto, investigar qué conveniencias ó diferencias existen entre ellas y los supuestos *sujetos* de las proposiciones. Cierto que á veces decimos: *Aquello que se ve es Pedro;* pero aquí existe una impropiedad de lenguaje, porque *Pedro* no es predicado de *Aquello,* ni *Aquello* sujeto de *Pedro,* y la proposición tiene el mismo valor enunciándola en esta forma: *Pedro es aquello que se ve.* Así, pues, todo el mundo del sér real, ó lo que es lo mismo, *toda la Naturaleza,* queda excluída de un *Artificio* que se funda *exclusivamente* en el examen de las relaciones entre el sujeto y el predicado de la proposición dialéctica.

Agréguese á esto que los primeros principios son indemostrables (¿quién puede demostrar el principio de contradicción, ó el de identidad?); por eso se llaman *primeros;* y para su admisión no sirve el criterio de la prueba, sino el de la evidencia. Toda esa categoría de principios queda también excluída del *Artificio* de nuestro filósofo.

El mundo *a priori* de la Inteligencia, y todo lo que llamamos, más ó menos propiamente, *realidad externa,* pertenecen, pues, á otro *Artificio* que el de Fernando de Córdoba. Ni siquiera incumben á éste los principios (y, por tanto, las demostraciones) *especiales* de cada ciencia, porque, como dice sabiamente Aristóteles: «Hay muchos principios especiales de cada una de las ciencias; y *la experiencia* (ἐμπειρία) proporciona los principios acerca de cada una. Así, la experiencia astronómica es el principio de la ciencia astronómica, porque, observados suficientemente *los fenómenos,* se inventaron las demostraciones astronómicas. Semejantemente ocurre respecto de otro cualquiera arte ó ciencia» (1).

---

(1) «Ἰδίᾳ δὲ καθ' ἑκάστην εἰσὶν αἱ πλεῖσται. Διὸ τὰς μὲν ἀρχὰς τὰς περὶ ἕκαστον ἐμπειρίας ἐστὶ παραδοῦναι· λέγω δ' οἷον τὴν ἀστρολογικὴν μὲν ἐμπειρίαν τῆς ἀστρολογικῆς ἐπιστήμης· ληφθέντων γὰρ ἱκανῶς τῶν φαινομένων, οὕτως εὑρέθησαν αἱ ἀστρολογικαὶ ἀποδείξεις. Ὁμοίως δὲ καὶ περὶ ἄλλην ὁποιανοῦν ἔχει τέχνην τε καὶ ἐπιστήμην.» (*Analyt. Prior.* I, 30).

Bacon, sin embargo, censura acremente á Aristóteles *por no haber consultado á la experiencia (Novum Organum;* I, 63), y á pesar de ello parte del mismo principio que acabo de citar (*Nov. Org.* I, 11 y 24) para

No queda, pues, para el artificio lógico (y ahora no me refiero á Fernando de Córdoba sólo, sino á la Lógica en general), considerado como teoría de la prueba, más que una generalización de los sistemas especiales de demostraciones utilizados por las diversas ciencias. En una gran parte, la teoría es deductiva; pero los principios de la deducción son fundamentalmente *inductivos*. En otros términos, si yo digo:

B es C;
A = B;
Luego A (= B) es C,

puestas la mayor y la menor, nadie puede negarme que A es C; pero yo no sé que B es C ni que A es igual á B, sino por un procedimiento originalmente *distinto* del que sigo para averiguar que A es C (1).

Mas, para Fernando de Córdoba, toda ciencia y toda demostración son deductivas. Él admite un *cognoscible* absoluto y una demostración absoluta también; y, en tanto que absolutos, independientes de cada una de las ciencias particulares. Sin lo Uno—dice—la pluralidad no existiría; pero ese Uno no es para él la unidad concreta, sino lo Uno absoluto y universal, del cual la ciencia de lo vario *desciende*. Y de ahí su contacto con Pitágoras y con Platón, á pesar de lo aristotélico de sus fuentes. El Estagirita le hubiera contestado: Para que exista demostración, no hacen falta Ideas (εἴδη), ni lo Uno (ἕν) separado de lo Vario (πολλά). Basta afirmar que una cosa *se dice* de muchas, porque, sin esto, no habrá universal (καθόλου), y no existiendo lo universal, *no habrá término medio*, ni demostración. Ha de haber,

combatir la Lógica antigua. Bien es verdad, que el desconocimiento de la filosofía de Aristóteles era *sistemático* en Bacon.

Cf. también los *Ultimos Analíticos* (II, 19), donde afirma Aristóteles que la inducción (ἐπαγωγή) y la sensación (αἴσθησις) producen en nosotros los principios y lo universal. Trendelenburg, en sus áureos: *Elementa logices Aristoteleae* (edición 3.ª; Berlin, Bethge, 1845; págs. 21 y 140), comprendió bien la importancia de ese capítulo.

(1) Cf. A. Binet: *La psychologie du raisonnement,* Paris, Alcan, 1886; p. 139.

pues, algo uno y lo mismo, que no se diga de muchos homónimamente» (1). Y aun así, la equivalencia del término medio es discutible, porque si bien cuando digo:

B : C;
A = B;
Luego A (= B) : C,

parece que B es lo mismo en la mayor que en la menor, desde el instante en que sustituyo conceptos:

Todos los hombres son perecederos;
Juan es hombre;
Luego Juan es perecedero;

el término *hombre,* al cual es idéntico *Juan,* no es *el mismo* en la menor que en la mayor; de tal suerte que el silogismo se convierte en:

$$B (= b^1 + b^2 + b^3 + \dots b^n) : C;$$
$$A = b^1;$$
$$\text{Luego } A (= b^1) : C,$$

resultando *particularizado* el medio en las dos premisas.

Aunque Fernando de Córdoba censure y aun zahiera á Lulio, débele no escaso fondo en su tratado *De artificio.*

Tal acontece con la clasificación decimal de las reglas, que Fernando toma del tratado *De auditu kabbalistico* de Lulio, aunque citando también á Alfarabi (2). Tal ocurre asimismo con la idea de *combinar* los *términos,* los *principios* y las *reglas,* idea enteramente luliana (3). En todo el libro *De artificio* reina el espíritu de Lulio, con sus defectos y sus grandezas. Aun en las ocasiones en que se separa del modelo, late el recuerdo de éste: así, para Lulio, los *primi animi conceptus,* que llama *transcendentia,* son cuatro: lo Uno, el Ser, lo Verdadero y lo

---

(1) *Analyt. Post.,* I, 11.

(2) APÉNDICE I, p. XLI.—Lulio: *De aud. Kabb.;* ed. cit.; tr. I., cap. 8.° (Lulio emplea *Kabbala* como sinónimo de *Sapientia superabundans).*

(3) Cf. *De aud. Kabb.;* tr. II., cap. 3.°

Bueno (1); para Fernando de Córdoba, esos conceptos son *non transcendentes*, y, en cuanto pasiones iguales ó comunes al ente, son cinco: lo Uno, lo Verdadero, lo Bueno, Algo, Cosa *(Res)* (2). El criterio de Lulio es sin disputa más lógico y claro: él distingue el *ens* del *esse* (τὸ εἶναι), y recuerda que si todo ser *(ens)* es bueno, no todo lo bueno es ser, porque Dios es bueno, y, sin embargo, no es *ens*, sino *verbum*, de donde resulta que lo bueno no se convierte con el ente, porque es común á todo ente.

Por otra parte, la empresa de Fernando de Córdoba es más modesta que la de Lulio, aunque otra cosa parezca indicar el pomposo y sesquipedálico rótulo de su opúsculo. El primero necesita una proposición dialéctica, que forzosamente ha de expresar lo verdadero ó lo falso; el segundo sólo ha menester una palabra *(verbum)*. Así el primero toma por punto de partida los *términos diferenciales*, y su obra es real y verdaderamente una Lógica, una teoría de la prueba; mientras que el segundo, en la *Dialectica seu Logica* (3) *nova* se reduce á simplificar el *Organon* aristotélico; pero en el *Ars brevis*, en el *Ars magna* y en el opúsculo *De auditu kabbalistico sive ad omnes scientias introductorium*, expone una verdadera Metafísica, cuyo asunto adecuado es: «esse sive verbum sub ratione inseparabilitatis à rebus» (4), aun cuando afirme en otros lugares que es: «respondere de omnibus quaestionibus, supposito quod sciatur quid dicitur per nomen» (5), y que con todo eso «*inte-*

---

(1) *De aud. Kabb.;* tr. I., cap. 6.°

(2) APÉNDICE I, p. XLII.

(3) Hasta bien entrado el siglo XVI, los términos *Lógica* y *Dialéctica* se toman como sinónimos, lo que dista mucho de ser cierto con arreglo á la mente aristotélica, según la cual sólo los *Tópicos* se ocupan en el silogismo dialéctico. De esa confusión protesta el catalán Dionisio Jorba en su Compendio de las Categorías: «Logicam hîc eam solam intelligimus, quam superiùs in diuidenda Philosophia à Grammatica et Rethorica seiunximus: *quam potiùs Logicam, quam Dialecticam nuncupandam esse censemus.*» (Dionysii Iorbae S. Theologiae Licentiati &.ª *Lucubrationes quaedam;* Lvgdvni, apvd Carolvm Pesnot, 1584; p. 108).

(4) *De aud. Kabb;* Prooemium.

(5) *Ars brevis;* De prologo.

llectus humanus se facit disputativum et terminativum» (1).

La misma arbitrariedad de criterio revela, no obstante, Fernando de Córdoba cuando fija en 25 el número de términos *transcendentes ens* (2), que Ramón Lull cuando reduce á 9, y nada más que á 9, los *praedicata*, las *quaestiones*, los *subiecta*, las *virtutes* y los *vitia* (3).

La tentativa filosófica de Lulio es quizá la más grande que registra la Historia de la Filosofía desde el siglo XIII hasta el Renacimiento. Puédese ridiculizar cuanto se quiera el vocabulario del filósofo, y aquella su afición á inventar términos como *homeitate, entitare, magnificativum, actueitas, potentieitas, primitare*, etc., etc.; pero sería injusto menospreciar su generoso esfuerzo para dotar al intelecto humano de una escala de conceptos para ascender de lo sensible al *genus generalissimum* y descender de éste á lo real. Cualquiera que sea la arbitrariedad de las clasificaciones y la complicación de las figuras, por infantiles que algunas definiciones parezcan, en la obra de Lulio hay un pensamiento altísimo y consolador, en que Platón y Aristóteles se armonizan en un sistema orgánico: la unidad de la Ciencia humana. No es Lulio un mero contemplador, un excelso poeta, un místico, como algunos de sus escritos en lengua vulgar pueden dar á entender; sino un luchador formidable, lleno de fe en el poderío de la inteligencia. Su propia vida de peregrino, de apóstol y de mártir es un trasunto de la estructura mental que revelan sus escritos filosóficos. En su anhelo de proporcionar al género humano un *arte de pensar transcendental*, llega á límites en que los órdenes del ser y del conocer parecen confundirse. No olvida, sin embargo, la nece-

---

(1) *De aud. Kabb;* tr. II, cap. 1.°

(2) APÉNDICE II, p. XIII.

(3) Véanse las *Tablas* que preceden al *Ars brevis*, al *Ars Magna* y al tratado *De aud. Kabb.*—Cf. Dr. P. Otto Keicher: *Raymundus Lullus und seine Stellung zur arabischen Philosophie. Mit einem Anhang, enthaltend die zum ersten Male veröffentlichte:* Declaratio Raymundi per modum dialogi edita; Münster, 1909 (En los *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters* de los Dres. Baeumker, von Hertling y Baumgartner); pág. 97.—W. Brambach: *Raimundus Lullus Leben und Werke;* Karlsr.; 1893.

sidad de la experiencia para el *ascenso* mental (1); pero la originalidad de su sistema está en el *descenso,* y en esto no repararon suficientemente los filósofos que, en la época del Renacimiento, le hicieron víctima de sus sátiras (2). «El realismo luliano—ha dicho con su habitual maestría el Sr. Menéndez y Pelayo (3) y todo realismo de la Edad Media, no es más que una filosofía platónica sin Platón. Los realistas y los místicos de entonces no conocían la letra, pero adivinaban el espíritu, y más que ninguno le adivinó Raimundo Lulio, por lo mismo que filosofaba al aire libre, y le pesaba menos que á otros el polvo de la escuela. Él mismo reconoce hasta cierto punto esta filiación, cuando nos dice en su libro *De auditu Kabbalistico* que la filosofía de Platón es introducción necesaria á la Kábala, es decir, á esa Kábala ó teosofía cristiana que él enseñaba..... Si bien se mira, todo el sistema de Lulio está contenido en germen en aquel pasaje, tan vigorosamente sintético, del principio del *Arte Magna,* en el cual se afirma que el entendimiento busca, requiere y apetece una sola ciencia general, aplicable á todas las ciencias, con principios generalísimos, en los cuales esté implícito y contenido el principio de las ciencias particulares, como está contenido lo particular en lo universal. Esta

---

(1) «Rursus dixit Intellectus: duobus modis intelligo et facio scientiam: *primò per sensum et per imaginationem* de rebus inferioribus, tanquam in artibus liberalibus et moechanicis, et de moralibus: alium modum habeo per ea quae sunt superiora, vt puta *per Deum, et per suas dignitates, et per substantias separatas;* et sicut facio scientias inferiores per possibile et impossibile, sic facio scientias superiores per possibile et impossibile.» (R. Lvllii: *Dvodecim principia Philosophiae;* cap. x).

(2) Entre estos adversarios de Lulio figura el Maestro Pedro Ciruelo de Daroca, el cual, en su raro libro: *Paradoxae quaestiones numero decem, ex officina Magistri Petri Cirueli ·Darocensis nunc depromptae* (Salamanca, 1538; 64 ff. s. n., gót.), advierte agudamente que Lulio «*voluit dialecticam metaphysicae commiscere*», y sostiene que no sirve el arte luliana para engendrar ningún conocimiento científico, «sed tantùm inanis et confusa quaedam rerum cognitio». En la paradoja 6.ª menciona á nuestro Fernando de Córdoba (Cf. mi: *Luis Vives* &; pp. 364 y 673).—Menos severo, y más justo también, es el juicio que acerca de Lulio formula Rodolfo Agrícola *(De inventione dialectica;* lib. II, c. 1.º).

(3) *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España* (en los *Ensayos de crítica filosófica;* Madrid, 1892; pp. 76-77).

aspiración á la ciencia universal se cumple en la escuela luliana, no por medio de un artificio mecánico, como algunos neciamente han interpretado, sino por medio de una doctrina transcendental *(punto transcendente* la llama Lulio), que es á un tiempo Lógica y Metafísica, Lógica *real* y no *formal*, y análoga, por consiguiente, á la Dialéctica Platónica.»

Según el mismo criterio luliano, los principios de la Ciencia universal no bastan sin el auxilio de las ciencias particulares, porque:

«*a)* lo universal, en cuanto universal, nada dice de lo particular;

»*b)* para obtener una verdad científica por el segundo camino que hemos dicho, es á saber, por el solo descenso del entendimiento, ó Ciencia Universal luliana, requiérese ante todo conocer alguna propiedad de la cosa que es objeto de la cuestión debatida *(quid dicitur per nomen)* y este conocimiento nos lo han de proporcionar las ciencias particulares;

»*c)* en segundo lugar se requiere la contracción y especificación de los principios universales á lo particular que se inquiere; y esta contracción y especificación no son los principios universales, antes bien pertenecen ellas á las ciencias particulares;

»*d)* no podemos conocer los principios universales—Bondad, Grandeza, Eternidad, etc.—, sin haber realizado anteriormente el ascenso del entendimiento, ascenso que constituye las llamadas ciencias particulares» (1).

Resumiendo esta importante materia, diremos ahora:

Considerando como núcleo y alma de la Lógica la *teoría de*

---

(1) Salvador Bové: *El sistema científico luliano; Ars Magna; Exposición y crítica;* Barcelona, 1908; pp. 168-169.

Véanse también estos otros importantes trabajos del Sr. Bové:

La filosofía nacional de Catalunya (Conferencia); Barcelona, 1902.

Les doctrines lulianes en lo Congrés Universitari catalá; Barcelona, 1904 (folleto).

Homenatge al Doctor Arcangelic lo gloriós martir de Crist Beat Ramon Llull (Barcelona, 1901). Se habla de Fernando de Córdoba y de su *Artificio* á las págs. 14-16 de este folleto.

la demostración, puede sintetizarse en estos términos la doctrina de Aristóteles: «La demostración es la que produce ciencia, lo cual no quiere decir que todo saber sea demostrativo, porque no lo es el de los principios inmediatos, sino que nosotros creemos saber verdaderamente cuando conocemos la causa de las cosas; la causa es el término medio: si al eclipse le representamos por A, á la luna por C, y á la interposición de la tierra por B, indagar si C se eclipsa ó no, es indagar si B existe ó no existe; é indagar por qué A es atribuída á C, es lo mismo que indagar qué es B. Síguese de aquí que propiamente NO HAY DEMOSTRACIÓN NI CIENCIA DE LA SUBSTANCIA, porque ésta es el individuo, y el individuo (Sócrates, Bucéfalo) no *se dice* de otra cosa *ni está* en otra cosa. Sólo hay Ciencia de los atributos, porque sólo los atributos pueden ser universales y, por lo tanto, sólo en ellos pueden hallarse términos medios. Si la cosa tiene causa extraña á ella, es decir, si es un accidente, se podrá demostrar por esa causa, ó sea por el término medio; si no la tiene, es decir, si es una substancia, habrá que admitir por hipótesis (ὑποθέσθαι δεῖ) que existe y lo que es; pero, aun en el primer caso, demostrar la causa no es demostrar la esencia (el τὸ τί ἐστιν). El existir (τὸ εἶναι) no es substancia (οὐσία) de nada, porque el ente (τὸ ὄν) no es nunca género» (1).

La teoría de la causa, y por tanto del término medio, era muy distinta en Platón, y lo fué más aún en los neoplatónicos. El medio no es un atributo, en la doctrina platónica: es una verdadera οὐσία: una substancia. La demostración se convierte en una *intuición,* y la ciencia en una reminiscencia. Las cosas bellas, en tanto lo son, en cuanto *participan* (μετέχει) de lo bello en sí; y lo mismo acontece con lo bueno, lo justo, lo grande. Lo impar no puede convertirse en par; ni lo par en impar; pero la causa de lo impar no es la imparidad, sino la unidad (2). No hay saber de lo individual; pero tampoco hay propiamente existencia; la existencia de lo particular, que muda y cambia, es participada

(1) Véanse los *Ultimos analíticos* (passim); y A. Véra: *Platonis, Aristotelis et Hegelii de medio termino doctrina;* Paris, Ladrange.

(2) Véanse el *Fedón* y el *Parménides.*

de las Ideas, eternas é inmutables. Lo universal no puede provenir de la sensación, porque ésta sólo engendra la apariencia, el no-ser, y la ciencia tiene por objeto el ser (1). El discurso científico es por lo tanto un *descenso* de la Idea, y el verdadero método dialéctico es la *división*, no la *demostración* (2).

El intento más científico de conciliación entre Platón y Aristóteles es el del español Sebastián Fox Morcillo, en su áureo libro: *De naturae Philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione* (Lovaina, 1554) (3); pero este intento no carecía de precedentes, y es el lulismo uno de los más señalados. Lulio es aristotélico en la teoría del ascenso, y platónico en la del descenso. No quiere esto decir que Lulio conociese en todas sus partes la enciclopedia platónica: pero sin duda leyó el *Fedón* y el *Timeo*, y cita el *Hippias minor* en su *Rhetorica*. Además, manejó á cada instante las obras del Seudo-Dionisio Areopagita, y así llegaron á él buena parte de las doctrinas del neoplatonismo.

No creo que nadie haya reparado aún suficientemente en lo mucho que Lulio debe al autor del libro *De divinis nominibus*. De aquí sacó su doctrina acerca de que Dios está fuera del *Ens* (4); de aquí sus ideas acerca de la *Bonitas* como primer predicado absoluto, y acerca de la *Magnitudo*, la *Aeternitas*, la *Potestas*, la *Sapientia*, la *Virtus* y la *Veritas*. Hasta dichos nueve predicados absolutos recuerdan los nueve grados de la *Caelestis Hierarchia*. Así en Lulio la doctrina del descenso se combina con la de la iluminación, merced á la cual, según el autor *De divinis nominibus*, somos hechos «supermundane illuminati», por la virtud de Aquél que es principio y causa de la

---

(1) Véase el *Theetetes*.

(2) «Τὸ κατὰ γένη διαιρεῖσθαι καὶ μήτε ταὐτὸν εἶδος ἕτερον ἡγήσασθαι μήτε ἕτερον ὂν ταὐτὸν μῶν οὐ τῆς διαλεκτικῆς φήσομεν ἐπιστήμης εἶναι;» *(Sofista*, p. 126; ed. Baiter, Orelli & Winckelmann.)

(3) Sobre *Sebastián Fox Morcillo*, véase el libro de D. Urbano González de la Calle, premiado por la R. Academia de Ciencias Morales y publicado en 1903.

(4) Cf. *De div. nomin.* cap. I (en el tomo CXXII de la *Patrologia latina* de Migne, que contiene las obras de Escoto Eriúgena).

vida «per suam activam et continentem bonitatem». Así también la Idea es paradigma y es principio; el principio del ser es igual mente el principio del conocer, la definición no es un nombre, sino «*aquella cosa matexa que hom demana*», y lejos de ser las cosas consecuencias de los principios, puede afirmarse que aquéllas son meras *conclusiones* de éstos (1).

Las ideas de Lulio inspiran en el Renacimiento al Cardenal Nicolás de Cusa y á Giordano Bruno, cuyo sistema de la Unidad no es meramente lógico, ni metafísico, sino físico y *substancial,* como el de Escoto Eriúgena (2).

Los trabajos de Bruno: *De compendiosa architectura et complemento Artis Lullii; De lampade combinatoria lulliana ad infinitas propositiones et media invenienda; De progressu et lampade venatoria logicorum; Artificium perorandi; Secunda pars Rhetorices; De specierum scrutinio et lampade combinatoria R. Lullii, doctoris heremitae omniscii, propemodumque divini; Animadversiones circa lampadem lullianam; Lampas Triginta Statuarum;* y *Medicina Lulliana* (3), demuestran la enorme importancia que el autor *De la Causa, Principio e Uno* atribuyó á la doctrina del solitario de Randa.

Notad, señores, con este motivo, lo mucho y muy grande que España ha realizado en el terreno de las ideas filosóficas, y sirva esto de respuesta á los que hablan de nuestra *miseria* filosófica, que á tantos ha enriquecido, como les enriquecieron en otros tiempos más felices nuestra literatura, nuestro arte y nuestro teatro. Lo que la primera Edad Media sabe de Platón, lo debe principalmente á nuestro Hósio de Córdoba, gracias al cual tradujo y comentó el Arcediano Calcidio el *Timeo* Plató-

---

(1) Véase á Diego Ruiz: *Lull, Maestro de definiciones;* Barcelona, 1906, p. 68.

(2) «Ciò che può essere e può diventare, è in sè e per sè; esso è veramente l'Unico. E così il concetto stesso d'infinito s'innesta nell'altro grande concetto, per il quale Bruno si può dire il Filosofo dell'*Unità.*» E. Troilo: *La filosofia di Giordano Brvno;* Torino, Bocca, 1907; p. 103.

(3) Vid. la indicación de las ediciones en Troilo, págs. 41-42.

En el prefacio del tratado *De lampade combinatoria* (1587) hace notar el mismo Bruno lo que el *divino* Nicolás de Cusa debe á Lulio.

nico. El caudal científico de la segunda Edad Media, se debe á los trabajos realizados en su mayor parte por la Escuela de traductores toledanos. Las ruinas del mundo antiguo son piadosamente recogidas y ordenadas por otro español: San Isidoro de Sevilla. Y no hay hasta la Edad Moderna ningún nombre que supere en valor filosófico á los de los españoles Avicebrón, Maimónides, Averroes y Raimundo Lulio. El mismo Renacimiento no tiene otro filósofo más completo ni representativo que Juan Luis Vives. La decadencia ha venido después, y hoy es verdaderamente aterradora, por lo mismo que hemos abandonado la *casa propia*, que es la tradición, y vivimos sin hogar y sin rumbo, pensando no más que en *europeizarnos*, como si no fuese menester *españolizarnos* primero, ó lo que es lo mismo, tener fe en la virtualidad del propio esfuerzo antes de reclamar el complemento del ajeno.

*
* *

Según habéis podido observar, Fernando de Córdoba, como platónico y como luliano, lo es sólo á medias. Su educación y sus inclinaciones le llevaban al aristotelismo; y, en efecto, los *Analíticos* y los *Tópicos* son las fuentes del tratado *De Artificio,* si prescindimos del aparato externo luliano.

Pero esto acontece, en general, en el Renacimiento, y sigue ocurriendo mucho tiempo después. La base de la Lógica es Aristóteles (1). Así los tres libros *De inventione dialectica* de Rodolfo Agrícola tienen por base los *Tópicos*, juntamente con los Comentarios de Themistio y los libros de Cicerón y del español Quintiliano. Agrícola no expone una teoría lógica nueva, sino que ordena los antiguos *loci,* combinando la investigación

---

(1) Véase la reseña de los ingentes trabajos de Hermolao Bárbaro en cuanto al *Organon* en la carta de aquél á Pico de la Mirándola (Politiani *Opera;* ed. cit.; I, fol. 89 r.)

Cons. también la prelección *De Dialectica* de Policiano.

dialéctica con los preceptos y artificios de la Retórica (1). Mas aristotélico aún es Melanchthon en su *Dialectica* (1527); y los tratados lógicos de Luis Vives *(De explanatione cuiusque essentiae; De instrumento probabilitatis; De disputatione; De censura veri)* no son en rigor otra cosa que una simplificación del *Organon* peripatético. A pesar de las diatribas de Patrizzi, de Nizolio, de Ramus, de nuestro Brocense (en su opúsculo: *De nonnullis Porfirii aliorumque in Dialectica erroribus*, 1588), de Gassendi y de Bacon, Aristóteles continuó reinando en la esfera de la Lógica formal; sólo se consiguió llamar la atención acerca del razonamiento inductivo.

Ya hice notar anteriormente que, á fines del siglo XV y principios del XVI, el movimiento de la lógica decadente estaba gobernado y dirigido principalmente por españoles, en la Universidad de París y fuera de ella. Véanse, en prueba de ello, los *Scripta quam brevissima pariter et absolutissima* (Valencia, 1531), las *Dialectice Introductiones* (Paris, E. Lefèvre), la *Expositio in primum tractatum Summularum Magistri Petri Hispani* (Paris, 1515), la *Expositio in librum predicabilium Porphirii* (Paris, 1516), la *Expositio in librum predicamentorum Aristotelis cum questionibus eiusdem secundum viam triplicem: beati Thomae, Realium et Nominalium* (Paris, 1516), la *Expositio in libros Priorum Aristotelis* (Paris, 1516), las *Magnae suppositiones* (Paris, 1516) y los *Magna exponibilia* del valenciano Juan de Celaya, Doctor que fué por la Universidad de París (donde explicó en los colegios de Coqueret y de Santa Bárbara) y Rector de la de Valencia; las *Inenodabiles omnium posterioristicarum resolutionum argutiae* (Paris, 1506) del andaluz Agustín Pérez de Oliva, que también explicó en la Universidad parisiense; el *Tractatus syllogismorum* (Paris, 1507) del segoviano Luis Coronel, Profesor en el Colegio de Montaigu, de París; las *Questiones logice secundum*

(1) *Rodolphi Agricolae Phrisii de inuentione Dialectica libri tres*, cum scholiis Ioannis Matthaei Phrissemii; Lvgdvni, Apud haeredes Simonis Vincentii, 1539. Toda la Dedicatoria de J. Mateo Frisemio es una razonada censura de Pedro Hispano.

viam realium et nominalium (Praedicabilia; Paris, 1509; Salamanca, sin a.; Alcalá, 1540), la *Expositio super libros posteriorum Aristotelis* (Paris, 1510 y Lyon, 1529), el *Tractatus exponibilium et fallaciarum* (Paris, 1511), el *Rosarium Logices* (Paris, 1517), el *Duplex tractatus terminorum* (Paris, 1518), ó el *Liber super praedicamenta Aristotelis* (Alcalá, 1538) del segoviano Antonio Coronel, hermano del anterior y Rector que fué del Colegio de Montaigu; los libros: *De relativis atque oppositionibus in propositionibus in quibus ponuntur relativa* (Paris, 1520); *Exponibilia* (Paris, 1521); *Tractatus syllogismorum* (Paris, 1526; 2.ª edición); *Oppositionum liber* (Paris, 1528) y *Tractatus de verbo mentis et syncategorematicis* del valisoletano Fernando de Enzinas, que explicó en el colegio de Beauvais, de París; los *Termini cum principiis nec non pluribus aliis ipsius dialectices difficultatibus* (Paris) y las *Disceptationes super primum tractatum Summularum* (Paris, 1512) de Juan Dolz del Castellar, catedrático en el Colegio Lyonés de París; el *Tractatus de secundis intentionibus* del Maestro Francisco de Prado; la *Medulla Dialectices* de Jerónimo Pardo (Paris, 1505); el *Tractatus exponibilium propositionum* (Paris, 1507), el *Tractatus syllogismorum* (Paris, 1510), el *Tractatus de materiis et de oppositionibus in generali* (Paris, 1511), el *Tractatus de oppossitionibus propositionum cathegoricarum in speciali, et de earum equipollentiis* (Paris, 1512), el *Tractatus obligationum* (Paris, 1512) y las *Questiones in insolubilibus* (Paris, 1512) del aragonés Gaspar Lax de Sariñena, maestro, en París, de Luis Vives y de Juan Dolz; el *Novus sed preclarissimus in Posteriora analytica Aristotelis Commentarius* (Alcalá, 1529) y la *Prima pars logices* (Alcalá, 1519) de Pedro Ciruelo de Daroca; la *Expositio super duos libros Perihermenias Aristotelis* del Doctor Santiago de Naveros (Alcalá, 1533), discípulo en Alcalá del Doctor Juan de Medina; los *Principia Dialectices* de Fr. Alonso de Córdoba (Salamanca, 1519); el *Libellus de alterationis modo ac quidditate* (Roma, 1514) de Sancho Carranza de Miranda, adversario primero, amigo después de Erasmo; los *Termini logicales* (Alcalá, 1512) y las *Questiones*

logice de Bartolomé de Castro, burgalés (Salamanca, 1518); los *Termini secundum viam realium* del Maestro Juan Aznar (Valencia, 1513); y los *Insolubilia* del valenciano Andrés de Limos (Salamanca, sin a.) (1). Así se comprende que en cierto libro anónimo, publicado en París el año 1690, con el título de *Philosophia vulgaris refutata,* se proclame todavía esta sentencia:

«TOTA PHILOSOPHIA RECENS, TOTA THEOLOGIA BELLATRIX, HISPANICA PLANÈ EST» (2).

* * *

¿Por qué este espíritu dialéctico de los españoles, que transciende hasta á su teatro del siglo de oro, en que el amor se discute con frecuencia como un *terminus logicalis,* y en que el enredo deleita y entretiene?

Yo hallo una de las causas de este fenómeno en la tradición filosófica española. Nada más *nacional* en nuestra patria que el pensamiento senequista. Séneca es aún, para el vulgo, la suma y compendio de la sabiduría. El espíritu de ese género literario peculiar de España, que se llama la literatura *picaresca,* es, á mi entender, rigurosamente estoico y cínico. «El Buscón, Guz-

(1) Todos estos libros son de extraordinaria rareza, por lo mismo que sirvieron de textos escolares. Yo poseo los *Insolubilia* de Limos, las *Questiones* de Castro, las de Antonio Coronel, y todos los libros que he citado de Juan de Celaya, excepto los *Scripta.*

(2) *Philosophia* | *vulgaris* | *refutata* | (Un árbol) | *Juxta Exemplar Parisinum,* | *1690.*

340 pp. en 16.° — Está escrito en forma de diálogo entre un filósofo *Hispanus* y otro *Gallus.* El autor, que debe de ser cartesiano, tiende á rebajar el mérito de la filosofía española; llama *vulgar* á la filosofía aristotélica y dice que fué difundida por los árabes «in Hispaniae Gymnasia».

He leído un ejemplar de este raro libro en la Biblioteca del Sr. Menéndez y Pelayo. Encuadernado con aquél se halla el siguiente:

Opuscula | *philosophica* | Quibus continentur | Principia philosophiae Antiquissimae &. Recentissimae. | Ac | Philosophia | vulgaris refutata Quibus subjuncta sunt | C. C. Problemata | de Revolutione Animarum | Humanarum. | *(Una esfera)* | Prostant Amstelodami, 1690.

La dedicatoria (al Delfín) está firmada con las iniciales I. G.

mán de Alfarache, Lázaro de Tormes, Estebanillo González, Marcos de Obregón, el bachiller Trapaza, y tantos otros como militan con gloria en las huestes de la picardía, son otros tantos filósofos estoicos, con sus puntas y ribetes de cínicos» (1); y y nótese que el estoicismo no es sino una derivación del cinismo: Zenón de Cicio fué discípulo de Crates el cínico. Ahora bien; según Alejandro de Afrodisia, en sus Comentarios á los *Tópicos,* los estoicos definían la Dialéctica como el arte de bien decir, afirmando que esto consistía en expresar cosas verdaderas y convenientes, y consideraban aquel arte como «la más perfecta de las filosofías», por lo cual, para ellos, *sólo el dialéctico es filósofo* (2). Los estoicos, en suma, «absorben la lógica en la dialéctica» (3). ¿Qué de extraño tiene, después de esto, que un modo de pensar estoico sea un modo de pensar dialéctico?

Sea de esto lo que quiera, es un hecho que el Renacimiento no creó una nueva Lógica, ni se elevó siquiera á una construcción poética como la de Lulio, sino que *purificó* y *simplificó* la lógica peripatética. Publicadas la edición aldina (Venecia, 1496-1499) y la erasmiana (Basilea, 1531) del texto griego de Aristóteles, los pensadores pudieron disfrutar de la obra literal del Filósofo, sin tergiversaciones ni obscuridades de segunda mano. No poca parte nos correspondió á los españoles en esta nueva fase del aristotelismo, porque ahí están, para certificarlo, el ciclópeo *Index locupletissimus, duobus tomis digestus, in Aristotelis Stagiritae opera quae extant,* del valisoletano Fray Francisco Ruiz (1540), obra tan poco conocida como importante, y los nombres de tan conspicuos peripatéticos como el valenciano Juan Bautista Monllor, el profesor de Alcalá Gaspar Cardillo de Villalpando, Juan Ginés de Sepúlveda y Pedro Simón Abril, entre otros varios que pudieran mencionarse. Y la Lógica siguió siendo entre nosotros aristotélica durante los siglos XVII y XVIII, si se exceptúa la versión de la Lógica de Port-Royal ó *Arte de pensar* (1662) del cartesiano Arnauld, traducida al castellano

(1) Vid. mi *Historia de la filosofía española:* I, 159.
(2) Ed. cit.; fol. 3 r.
(3) E. Bréhier: *Chysippe;* Paris, Alcan, 1910; p. 64-65.

por D. Miguel Joseph Fernández en 1759. El *Arte de pensar* es un libro de no vulgar mérito, por su sencilla y sensata claridad; pero tampoco rompe abiertamente con lo antiguo. Todavía el vivista D. Andrés Piquer, en el siglo XVIII, al publicar su *Lógica*, verdadero monumento de sana crítica y buen sentido, escribe: «considerando al mismo tiempo que la única y verdadera Lógica es la de Aristóteles, he procurado hacer el *principal fondo* de la mía *aristotélico*... Estoy en la firme persuasión que es muy poco lo que en la substancia han adelantado los modernos sobre los antiguos en la Lógica» (1).

Por lo demás, fuera de la extravagante *Metalogica* del luliano Caramuel (2), las *novedades* lógicas en España durante los siglos XVIII y XIX se reducen á la introducción de escuelas extrañas que no han logrado arraigar de una manera continuada y sistemática. En el siglo XVIII, además del *Arte de pensar,* se traducen el *Arte de dirigir el entendimiento en la investigación de la verdad*, de César Baldinotti (3), la *Lógica* de Condillac (4) y la del Padre portugués Teodoro de Almeida (5); en el XIX, José Joaquín de Mora, R. Martí de Eixalá, el Dr. J. Llorens y Pedro Codina y Vilá (6), importan la filosofía escocesa; Juan Justo García, Jerónimo de la Cal y Melchor Ignacio Díaz (7), la *Ideología* de Destutt-Tracy; T. García Luna el

(1) 3.ª edición; Madrid, 1781. *Introducción.*

(2) I. Caramuelis: *Theologia rationalis, Grammaticam audacem, Dialecticam vocalem Scriptam et Mentalem, Rectam et Obliquam: Herculeam Metalogicamqve exemplis Humanis et Divinis edisserit, totamque primam Angelici Doctoris partem eodem cursu et labore dilucidat.* Impensis Ioannis Gottofredi Schönwetter; Francofurti, 1654.

(3) Por Santos Díez González y Manuel de Valbuena; Madrid, B. Cano, 1798.

(4) Puesta en diálogo por D. Valentín de Foronda; Madrid, González, 1794.

(5) Tomo VII de la *Recreación filosófica;* Madrid, 1787.

(6) Codina y Vilá tradujo del inglés el *Sistema de Lógica demostrativa é inductiva*, de Stuart Mill (Madrid, 1853). Sólo se publicó el tomo I.

(7) J. Justo García publicó un Compendio de la *Ideología* en 1821. Las *Lecciones elementales de Ideología* de J. de la Cal vieron la luz en 1839; los *Elementos de Ideología y Gramática general* de M. Ignacio Díaz, en 1841 (Granada).

eclecticismo; J. Sanz del Río el krausismo; José M. Rey y Heredia el kantismo; Contero Ramírez y Fabié el hegelianismo... Nada de esto ha producido un *Novum Organum*.

***

Fuera de la corriente escéptica, representada por Enrique Cornelio Agrippa en el capítulo *De dialectica* de su invectiva: *De incertitudine et vanitate scientiarum*, por nuestro Francisco Sánchez en su *Quod nihil scitur* y por el epicúreo P. Gassendi, para quien (en sus *Exercitationes paradoxicae adversus Aristoteleos)* ni la Dialéctica es útil, ni existe, en realidad, ciencia ninguna de nada, no hay duda sino que el cartesianismo introduce algunas novedades en el contenido de la Lógica antigua. La Lógica no es ya la Dialéctica, ni siquiera la teoría de la prueba, sino «el arte de conducir bien á la razón en el conocimiento de las cosas, tanto para instruirse á sí mismo como para instruir á los demás» (1). Empieza, pues, por ser una teoría del concepto, y por lo tanto, una teoría de la Inteligencia; y acaba por ser una teoría del método. Estas nociones se mantienen en el leibniziano Wolff, para quien la Lógica «tradit regulas, quibus facultas cognoscitiva dirigitur in veritatis cognitione» (2), y toma sus principios de la Ontología y de la Psicología.

Es decir, que mientras el Renacimiento, con Agrícola y con Valla, combina la Lógica con la Retórica, la Edad Moderna, con los cartesianos, hace entrar parte de la Psicología en la Lógica. Kant, en este como en otros puntos, procura introducir el orden y la debida separación de materias.

La reforma kantiana es tanto más de tenerse en cuenta en la Historia de la Lógica, cuanto que la mayor parte de la obra capital de Kant: la *Crítica de la Razón pura,* es exclusivamente una Lógica, aunque *transcendental.*

---

(1) *Logique de Port-Royal;* ed. Jourdain; Paris, Hachette, 1877; p. 30. Por supuesto, lo mismo Agrippa que Arnaldo atacan duramente á Lulio.

(2) *Philosophia rationalis sive Logica;* ed. de Verona, 1779; p. 21.

Para Kant, un *Organon* de la razón pura (entendiendo por *razón* la facultad que nos da los principios del conocimiento *a priori;* y por absolutamente *puro,* el conocimiento en el que no hay ninguna sensación ni experiencia), sería un conjunto de los principios según los cuales pueden ser adquiridos y realmente constituídos los conocimientos puros *a priori*. El *sistema* de la razón pura estaría determinado por la aplicación de ese *Organon*. Una propedéutica de este sistema es la *Crítica* de la razón pura, cuya función consiste en dar cuenta de la razón pura, de sus fuentes y de sus límites. Su objeto no es la naturaleza inagotable de las cosas, sino el entendimiento, considerado desde el punto de vista de nuestros conocimientos *a priori*.

Nuestros conocimientos—dice Kant—proceden de dos fundamentales orígenes: el poder de *recibir* las representaciones, y el de *producirlas* por nosotros mismos. Mediante el primero, el objeto nos es *dado;* mediante el segundo, es *pensado* en relación con la representación. *Intuiciones* y *conceptos* constituyen de ese modo los elementos de todo nuestro conocimiento. Llamemos *sensibilidad* al poder receptivo, y *entendimiento* al poder productivo. Toda *intuición,* dada nuestra naturaleza, es sensible; es decir, no contiene sino el modo según el cual somos afectados por los objetos; pero el poder de *pensar* el objeto de la intuición sensible es el *entendimiento*. Un pensamiento sin contenido es vacío; una intuición sin concepto, es ciega. Luego el conocimiento sólo puede resultar de la unión de los conceptos y de las intuiciones. Pero tanto unas como otros pueden ser *puros* ó *empíricos,* según que la representación no tenga mezcla de sensación (que supone la presencia real del objeto), ó, por el contrario, la contenga. La ciencia de las reglas de la sensibilidad en general es la *Estética;* la ciencia de las reglas del entendimiento en general *(Wissenschaft der Verstandesregeln überhaupt)* es la *Lógica*.

Aparte de la *aplicada,* Kant concibe una *Lógica general (allgemeine Logik),* que contiene las reglas absolutamente necesarias del pensamiento, sin las cuales el entendimiento no puede ejercitarse, y que concierne, por lo tanto, á este último, *abstracción hecha de la diversidad de objetos á que puede*

ser aplicado. La lógica general puede, á su vez, ser pura ó aplicada; en la primera, hacemos abstracción de todas las condiciones empíricas, según las que se ejercita nuestro entendimiento (por ejemplo: la influencia de los sentidos, de la imaginación, de la memoria, del hábito, de los afectos, etc.); en la segunda, tenemos en cuenta precisamente estas condiciones contingentes y empíricas del sujeto. En otros términos: la Lógica general pura, *no sólo deja aparte todo el contenido del conocimiento intelectual, sino también todo principio empírico;* NO SACA NADA DE LA PSICOLOGÍA.

Dejar aparte todo el contenido del conocimiento, quiere decir aquí, olvidar *toda relación del conocimiento con su objeto.* La lógica general no estudia, pues, sino la forma del pensamiento en general *(die Form des Denkens überhaupt).* Si suponemos que puede haber conceptos capaces de referirse *a priori* á los objetos, no como intuiciones puras ó sensibles, sino meramente como *actos del pensamiento puro (als Handlungen des reinen Denkens),* tendremos la idea de una ciencia que puede llamarse *Lógica transcendental.* Mientras la Lógica general se refiere á los conocimientos empíricos ó puros indistintamente, la Lógica transcendental sólo concierne á las leyes del entendimiento y de la razón, en cuanto se refiere á objetos *a priori.* Pueden distinguirse en esta Lógica transcendental dos partes: una, que se ocupa en los elementos del conocimiento puro del entendimiento y en los principios sin los que no se puede pensar ningún objeto *(Analítica transcendental);* otra, que critica la apariencia dialéctica, es decir, el uso *material* de los principios *formales* del entendimiento *(Dialéctica transcendental).*

En la *Analítica transcendental*, parte Kant del supuesto de que así como las intuiciones, en tanto que sensibles, descansan en las afecciones, los conceptos descansan en funciones. Así debe ser, en efecto, si la sensibilidad supone *recepción* ó *pasión,* y el entendimiento *actividad.* Ahora bien; si hacemos abstracción de todo el contenido del *juicio* (acto fundamental de la función de pensar), y no consideramos más que la forma, encontramos que la función del pensamiento en este juicio puede referirse á cuatro temas (cantidad, cualidad, relación y

modalidad), cada uno de los cuales se compone de tres momentos. Lo primero que debe sernos dado para que llegue á ser posible el conocimiento *a priori* de todos los objetos, es lo *diverso* de las intuiciones puras; lo segundo, es la *síntesis* de eso diverso por la imaginación; lo tercero, los conceptos que prestan *unidad* á esa síntesis pura. Por medio de esta unidad sintética, el entendimiento introduce un contenido transcendental (posible *a priori)* en sus representaciones. De este modo, hay tantos conceptos puros del entendimiento que se aplican *a priori* á los objetos de la intuición en general, como funciones lógicas en los juicios; y tales conceptos son las *categorías*. El valor objetivo de ellas consiste en que sólo mediante estos conceptos puede ser *pensado* un objeto de la experiencia.

Pero aquí surge una grave dificultad: hemos dicho que el conocimiento sólo puede resultar de la unión de los conceptos y de las intuiciones; que un pensamiento sin contenido, es vacío, y una intuición sin concepto, ciega. Pues un concepto *a priori* que no se componga de elementos de una experiencia posible, y sin embargo, se refiera á un objeto, parece algo contradictorio é imposible; porque no correspondiendo ninguna intuición á semejante concepto, sería vacío de contenido, y más bien la forma lógica de un concepto que el concepto mismo por el cual la cosa es pensada. Luego si existen conceptos puros *a priori*, podrán no tener nada de empíricos, pero habrán de ser por lo menos puras condiciones *a priori* de una experiencia posible *(lauter Bedingungen a priori zu einer möglichen Erfahrung)*. En tal sentido, las categorías no nos proporcionan ningún conocimiento de las cosas, y, aun aplicadas (como en Matemáticas) á las intuiciones *a priori* (espacio y tiempo), no producen conocimiento mientras que esas intuiciones no sean aplicadas á intuiciones empíricas. Son, pues, las categorías, conceptos fundamentales que sirven para pensar los objetos, y representan las condiciones del pensamiento en una experiencia posible (1).

---

(1) Encuentro exactamente este pensamiento sobre el valor de las categorías en el pitagórico Arquytas (ó quien sea el autor del libro Περὶ τοῦ

Resumiendo, hay tres fuentes subjetivas de conocimientos, que hacen posible el de los objetos de la experiencia y la experiencia misma: los *sentidos*, la *imaginación* y la *apercepción*. Las tres son empíricas en cuanto se aplican á fenómenos dados; las tres son fundamentos *a priori*, en cuanto *hacen posible* este uso empírico. Pero todas las percepciones (es decir, todas las representaciones obtenidas por medio de los *sentidos)* tienen por principio *a priori* la intuición pura; todas las asociaciones (es decir, todas las representaciones obtenidas por medio de la *imaginación*, que es el poder de representarnos en la intuición un objeto aun en ausencia de éste) tienen por principio *a priori* la síntesis pura de la imaginación y de la conciencia empírica (porque tenemos conciencia *a priori* de la identidad universal de nosotros mismos con relación á todas las diversas representaciones que pueden pertenecer á nuestro conocimiento); y toda recognición (es decir, toda conciencia empírica de la identidad de las representaciones reproductivas con los fenómenos correspondientes, obtenida por la apercepción) tiene igualmente por principio *a priori* la unidad transcendental de la síntesis de lo diverso. Ahora bien; las categorías son precisamente los conocimientos puros *a priori* que encierran la unidad necesaria de la síntesis pura de la imaginación con relación á todos los fenómenos posibles. Por medio de ellas, el entendimiento es el *legislador* y *ordenador* de los fenómenos de la Naturaleza.

En la analítica de los principios, examina Kant las reglas del empleo objetivo de las categorías. Se vale para ello de los que llama *esquemas transcendentales*, representaciones intermedias puras que hacen posible la aplicación de las categorías á los fenómenos, y que son, por tanto, de una parte *intelectuales* y de otra *sensibles*. El esquema es un producto de la imagina-

---

παντός) citado por Simplicio en sus *Comentarios* á las Categorías de Aristóteles:

«Πᾶσα ὠσία φυσικά τε καὶ αἰσθητά ἤτοι ἐν τούτοις ἢ διά τούτων [τῶν κατηγορουμένων] ἢ οὐκ ἄνευ τούτων πέφυκε τᾷ διανοίᾳ τῶν ἀνθρώπων ὑποπίπτεν.» (Toda substancia natural y sensible, por su naturaleza, debe ser incluída en las categorías, ó determinada por ellas, *y no puede sin ellas ser pensada por el hombre)*.

ción, pero no una *imagen*, porque la síntesis de la imaginación no tiene por objeto ninguna intuición particular, sino sólo la *unidad* en la determinación de la sensibilidad. Aun los mismos conceptos sensibles puros no se fundan en imágenes, sino en esquemas; ninguna imagen de un triángulo puede ser nunca adecuada al concepto de un triángulo en general. El esquema no es, por consiguiente, otra cosa que el fenómeno ó el concepto sensible de un objeto, en tanto que concuerda con la categoría. Esta, sin el esquema, no representa ningún objeto, sino que es la función del entendimiento relativa á los conceptos.

Estudiado, con arreglo á estos fundamentos, el sistema de todos los principios del entendimiento puro, pasa Kant á la exposición de la *Dialéctica transcendental*. De todo lo dicho respecto de las categorías, se infiere que estos conceptos se refieren *a priori* exclusivamente á los fenómenos, como condiciones de una experiencia posible, pero no se extienden *á los objetos en sí*, como condiciones de la posibilidad de las cosas en general. La *Dialéctica transcendental* examina la apariencia transcendental (no meramente lógica), en virtud de la cual nos sentimos arrastrados á pasar del uso empírico de las categorías, extendiendo ilusoriamente la esfera del entendimiento puro. La misma enseña que la razón se extravía desde el momento en que toma el principio *regulador* de la unidad sistemática de la naturaleza por un principio *constitutivo*. La razón, ya sea por medio de intuiciones, ó de conceptos, ó de ideas, no puede jamás traspasar el límite de la experiencia posible (1).



Llegados á este punto, señores, se hace más inteligible el proceso de la teoría lógica. Para Raimundo Lulio, esta teoría

(1) Refiriéndose á Platón, Kant reconoce que sus *Ideas* son, en cierto modo, verdaderas hipóstasis; pero añade que el modo de expresarse de aquel filósofo es susceptible de una interpretación más moderada y más conforme á la realidad *(einer milderen und der Natur der Dinge angemessenen Auslegung ganz wol fähig ist)*.

es función de una doble escala ascendente y descendente; en la rama ascendente, podemos subir *per sensum et imaginationem* hasta los predicados relativos y absolutos del primer principio; en la descendente, podemos bajar *per possibilitatem et impossibilitatem* desde lo inteligible del primer principio hasta los grados inferiores. Pero estas dos ramas de la escala no están unidas en el vértice del ángulo, y corremos grave peligro al pasar de la una á la otra; *per sensum et imaginationem* no llegamos á *lo Absoluto*, y para bajar de éste es necesario haber subido primero. No bastando la marcha ordinaria, es necesario dar un salto, y un salto difícil y erizado de obstáculos. De aquí el ejercicio *acrobático* de las figuras, tablas, combinaciones, letras y signos del Arte luliano.

El *acrobatismo* no desaparece por completo de la *Crítica kantiana*, á pesar de la invención de una Lógica *transcendental* y de prescindirse del contenido del conocimiento para no reparar sino en su forma; porque esta distinción es harto difícil cuando se empieza por afirmar que un concepto que no tiene por base una intuición, es vacío. Si son obscuros y embrollados el *Ars magna*, el *Ars brevis* y el tratado *De auditu kabbalistico,* no es mucho más clara la *Lógica transcendental*. Sólo el que haya meditado con la debida atención en la *Crítica*, puede reconocer el sutilísimo, complicado y á veces ininteligible *artificio* de dicha *Lógica,* donde no escasean las afirmaciones desprovistas de prueba, y donde muchas veces se pregunta uno (como Vives se preguntaba respecto de los *pseudo-dialectici)* si el esfuerzo empleado para penetrarlas está compensado por el resultado útil que se obtiene después de haberlas estudiado. Schopenhauer, que tenía tanta profundidad de pensamiento como Kant, aunque menor sutileza de ingenio, pero que en cambio poseía mucha mayor lucidez de juicio, hace notar atinadamente que al filósofo de Koenisberga le perjudicó el amor á la simetría arquitectónica. Satisfecho de haber hallado que «el espacio y el tiempo nos son conocidos *a priori*» (1), y habiendo

(1) J. Escoto Eriúgena se aproxima mucho á este mismo pensamiento. Sostiene que, *sine loco et tempore,* «nulla essentia, quae per generationem

descubierto «que la intuición empírica descansa en una intuición pura *a priori*, que es su condición, pensó que los conceptos empíricamente adquiridos debían fundarse también, en el entendimiento, sobre *conceptos puros;* el pensamiento empírico real no debía ser posible sino merced á un pensamiento puro *a priori*, el cual, por sí mismo, no tenía ningún objeto propio, sino que debía pedirle prestado á la intuición; de suerte que, si las demostraciones de la *Estética transcendental* atribuían un fundamento *a priori* á las Matemáticas, debía de haber igualmente otro análogo para la Lógica» (1). Podemos admitir que nuestro entendimiento es el *legislador* y *ordenador* de la Naturaleza (2); pero de esto no se infiere otra cosa sino una verdad elemental: que la X externa á nosotros sólo se despeja, convirtiéndose en *realidad*, en la forma y medida de nuestras representaciones. Si las categorías son *conceptos* (y no pueden menos de serlo), ¿qué objeto tienen?; un objeto incomprensible según la teoría kantiana; porque ese objeto no es *la cosa en sí* (toda vez que, fuera de los fenómenos, no hay para nosotros sino una extensión vacía, *der Umfang..... leer);* no es tampoco una intuición sensible, pues las categorías se refieren precisamente á lo que no puede ser *dado* en la intuición; ni una intuición intelectual, porque ni siquiera podemos comprender la posibilidad de ésta en la teoría kantiana. Los fenómenos son

---

accepit esse, ullo modo valet consistere *vel cognosci*». *(De divisione Naturae;* ed. Migne; I, §. 39), que el lugar y el tiempo, «inter ea, quae simul et semper sunt, inseparabiliter ponuntur», y que el *locus* «non est nisi *in animo*» (Idem; I, 28).

(1) *Die Welt als Wille und Vorstellung;* ed. E. Grisebach; I, 572 y 573 *(Kritik der kantischen Philosophie).*

(2) Conste que esto ya lo dijo Luis Vives: «..... ergo nos quae dicimus, esse aut non esse, haec aut illa, talia non talia, *ex sententia animi nostri censemus, non ex rebus ipsis,* illae enim non sunt nobis sui mensura, sed mens nostra, nam quum dicimus bona, mala, utilia, inutilia, non re dicimus, sed nobis..... quocirca censendae sunt nobis res non sua ipsarum nota, sed *nostra aestimatione ac judicio:* nec protitus sententiae accedimus Protagorae Abderitae, qui talia esse dicebat quaeque, qualia a quoque judicarentur, de quo a Platone et Aristotele jure reprehenditur, neque enim qui dicimus ex judicio nos nostro de rebus statuere, iidem et veritatem rerum ad nostrum judicium detorquemus.» *(De prima Philosophia*, lib. I; tomo III, pág. 194 de la ed. Mayáns).

representaciones—dice Kant—, que como tales tienen su objeto; éste, por consiguiente, no puede ser intuicionado, sino que es un objeto no empírico, transcendental; el *concepto puro* de este objeto ú X no concierne á otra cosa que á la *unidad* que debe hallarse en un *diverso* del conocimiento, ó sea la unidad necesaria de la conciencia. Pero el error está precisamente en admitir sin prueba suficiente estas dos categorías de objetos:

A) Cosas percibidas por la *intuición;*

B) Cosas pensadas *á título de objeto,* merced á los conceptos *a priori*, sin haber sido percibidas por la intuición.

Esto es sencillamente absurdo, desde el momento en que se niegue al concepto el título de abstracto, porque no hay *objetos* sino en la intuición, y *por consiguiente,* toda intuición es realmente intelectual. «Fuera de la representación y de la cosa en sí, es imposible encontrar nada» (1).

De todos modos, obsérvese adónde nos ha llevado la *reforma* lógica. Esta disciplina se nos muestra primero, históricamente, como una teoría de la prueba; después, con Aristóteles, es teoría de la demostración y de la definición; en Lulio, Metafísica; en los cartesianos, teoría de la inteligencia; en Kant, como Lógica transcendental, ni siquiera es teoría de la forma, sino teoría de la *posibilidad de pensar a priori*.

* * *

Los fenómenos, para Kant, tenían una relación *necesaria* con el entendimiento, en el sentido de que no serían absolutamente nada para nosotros sin su relación con una *experiencia posible;* y de que esta posibilidad es debida á que el entendimiento puro, por medio de las categorías, es un principio *formal* y sintético de todas las experiencias. En medio de todo, y á pesar de las divergencias, á esta conclusión llegaba también Aristóteles, al final de los *Ultimos Analíticos:* hay demostración, decía, por medio de los principios; pero no hay demostración de los prin-

---

(1) *Die Welt als Wille,* &.ª, ed. cit.; I, 567.

cipios, no hay *Ciencia de la ciencia;* lo más verdadero que existe no es el entender tal ó cual cosa, sino *el entender en sí mismo*, y la inteligencia es ante todo inteligencia de los principios, por lo cual puede decirse que ella es el principio de la ciencia (νοῦς ἂν εἴη ἐπιστήμης ἀρχή).

La Lógica seguía siendo, pues, bajo este respecto, formal, más formal aún que la antigua, porque su principio no era *inducido,* sino *a priori.*

Pero, después de Kant, se determina una doble dirección: para unos, la Lógica es ciencia de la forma absoluta; para otros, como Krause, la Ciencia del Pensar se forma en la Ciencia del Ser y es imposible un pensar vacío, un pensar formal sin el objeto pensado, porque todo pensar envuelve la relación de una cosa como tal y pensada con el sujeto que la piensa, resultando que *siempre es objeto lo pensado, aunque sea el pensamiento mismo* (1).

La prudencia con que Kant había procurado distinguir los órdenes del ser y del conocer, admitiendo la posibilidad del *noumeno* como concepto *limitativo* (no como objeto de una intuición), es olvidada por completo por sus sucesores en el idealismo. Como el mismo Kant había dicho que *lo real* de los fenómenos exteriores no puede ser real sino *en la percepción* (2), Schelling, colocando la unidad en lo Absoluto, asegura que, respecto de éste, todo lo ideal es inmediatamente real, y todo lo real es al mismo tiempo ideal (3). Esta suprema Unidad es el *sagrado abismo* de donde todo sale y adonde todo vuelve. Así, hay un *Conocimiento absoluto*, y en él el pensar engendra el ser, y el ser el pensar; porque el pensar y el ser sólo contrastan en lo relativo y en lo finito (4).

El desenvolvimiento de las ideas schellinianas, juntamente

---

(1) K. Chr. Fr. Krause: *Vorlesungen über das System der Philosophie;* Göttingen, 1828; págs. 272 y 273.—J. Sanz del Río: *Sistema de la Filosofía* (de Krause); Madrid, 1860; pág. 444.

(2) *Kritik der r. V.;* ed. cit.; pág. 318.

(3) *Bruno o'il divino ed il naturale principio delle cose;* trad. A. Valori; Torino, 1906; p. 41.

(4) *Bruno;* ed. cit.; pp. 63, 121 y 147.

con las de Heráclito y Platón, engendra el *panlogismo* de Hegel, para quien es posible una Lógica *absoluta,* donde la forma y el contenido son indivisibles. La Idea lógica no es ya una mera condición de posibilidad, sino que tiene un valor objetivo; y la disciplina lógica vuelve á hacerse una, como en Lulio, con la Ontología y con la Metafísica.

Para Hegel, la Lógica comprende tres secciones, que respectivamente tratan del Ser *(des Seyns),* de la Esencia *(des Wesens)* y del Concepto *(des Begriffs).* El Ser, como Ser puro, es la inmediata indeterminación *(das unbestimmte Unmittelbare)* (1), y, por tanto, un puro Nada *(reine Nichts);* hasta es innominable. Lo que comienza *no es,* y, sin embargo, *es algo* que empieza; no se concibe, pues, la determinación del Ser puro sin una tendencia ó impulso *(Trieb)* necesario, merced al cual el Ser y el No-Ser coinciden en el Devenir *(das Werden).* El Devenir es la unidad *móvil* del Ser y del No-Ser; mas, por lo mismo que en el devenir se unen el Ser y el No-Ser, desaparecen, y el resultado de esta desaparición es una posición del Devenir que llamamos Existencia *(Daseyn).* En ella el Ser tiene una determinabilidad, que es la Cualidad, en la que se muestra idéntico á sí mismo. Una determinabilidad en la que el Ser no fuese idéntico á sí mismo, sino indiferente, sería Cantidad. La Cualidad y la Cantidad se unen en la Medida, porque ésta es una Cantidad inmediata que tiene una existencia determinada, ó sea una *Cantidad cualitativa.*

La Idea, pues, en su primera *posición, es* ó *existe* inmediatamente. Pero el Ser es susceptible de una realidad más alta: la *Esencia.* Esta no es ya una determinación inmediata, sino mediata ó *reflexiva.* En realidad no salimos del Ser, pero nos preguntamos *qué es.* Esta relación *reflexiva* del Ser como Esencia consigo mismo, es la Identidad. La Esencia, por tanto,

---

(1) G. W. Fr. Hegel's *Wissenschaft der Logik;* ed. Von Henning; Berlin, 1833 (tres tomos); I, pág. 77.—*Logique de Hegel;* trad. Véra (dos tomos); Paris, 1859. No es versión de la anterior, sino del compendio que Hegel publicó en 1817.—Hegel: *Enciclopedia delle scienze filosofiche in compendio;* trad. B. Croce; Bari, 1907; pág. 88 (En los: *Classici della filosofia moderna).*

es *razón de ser* de la Existencia reflexiva. Al negarse á sí misma, *aparece*, siendo *materia* en el momento de la reflexión interior, y *forma* en el de la exterior. La propiedad de *aparecer* que la Esencia tiene, es el Fenómeno, el mundo de la Existencia. La unidad inmediata de la Esencia y de la Existencia es la *Realidad (Wirklichkeit)*.

Hay, por último, un desenvolvimiento, el *Concepto,* que no es una forma vacía de contenido, sino la unidad del Ser y de la Esencia, determinada como una Totalidad libre, substancial y que existe en y para sí.

El Concepto subjetivo ó formal (la antigua Lógica) como tal contiene los tres momentos de universalidad, particularidad é individualidad. El Concepto en estado particular, en cuanto forma una relación cuyos momentos se ponen como *diferenciados*, es el *juicio*. Este no es una forma subjetiva en el que el Yo añade un predicado á un sujeto, sino algo objetivo. Mejor dicho, *toda cosa es un juicio*. Si yo digo: *el oro es un metal,* no soy *yo* quien junta el predicado con el sujeto, sino que me limito á expresar una determinación propia del objeto, determinación ya *puesta* por su Concepto. El Concepto, como tal, y el Juicio se unen en el Silogismo, fundamento esencial de toda verdad. Pero además de su existencia subjetiva, el Concepto se determina como *Objeto,* en el cual desaparecen las diferencias y que es el Ser inmediato (aquí Hegel da la razón á la prueba ontológica de San Anselmo). El Concepto y el Objeto se unen en la Idea, que no es idea de alguna cosa, sino *lo Absoluto,* sujeto-objeto, unidad de lo real y de lo ideal, de lo finito y de lo infinito, del alma y del cuerpo, substancia una y universal, cuya más alta realidad es el sujeto que piensa. En su estado inmediato, la Idea es la *Vida*. *El ser vivo es un silogismo,* cuyos momentos son sistemas de silogismos en actividad. En el estado en que la Idea se toma á sí misma como objeto, es *Conocimiento*. En cuanto la Idea posee la intuición, se muestra como *Naturaleza*. Para ello saca de si propia el momento de su existencia particular, separándose de sí misma, y mostrándose de nuevo como idea inmediata.

* * *

Al llegar á estos extremos de tan arbitraria y monstruosa confusión entre lo real y lo ideal, parece que hemos penetrado en la

«selva selvaggia ed aspra e forte,
che nel pensier rinuova la paura!»

de que habla el cantor de Beatriz.

Había deficiencias y obscuridades en la obra de Kant (el movimiento neokantiano lo ha demostrado), pero ninguna que justificase tamaños desvaríos: *ciencia* de lo Absoluto, Idea que se separa *de sí misma*, Ser que es un *puro No-Ser*, seres vivos que son *silogismos*, etc., etc. No llegaron los lulianos á mayores extravagancias, ni sutilizaron más los *seudo-dialécticos;* y junto á todo esto, Fernando de Córdoba y su teoría de los términos diferenciales representan un modestísimo incidente. Entusiasmado Hegel con la teoría (que no es original suya, sino de Heráclito, de Nicolás de Cusa, de Bruno y de Schelling) de la *síntesis de los contrarios*, confundió la dialéctica de los opuestos con el nexo de los grados del ser, aplicó á este nexo la forma triádica (1), y consiguientemente no hubo medio ya de distinguir la verdad del error. Además, había en todo un abuso evidente de la metáfora; que, como dice Lotze, no porque el criado quite las botas al amo, hemos de concluir que el concepto del criado quite las botas al concepto del señor. Hay en la *Estética* de Hegel reflexiones que serán eternamente verdaderas, y aun la misma construcción lógica revela el vigor de su entendimiento; pero así como nadie lee hoy las *Summulae* de Pedro Hispano, son rarísimos (y cada vez serán menos) los que estudian á fondo el artificio de la *Lógica* hegeliana.

Esta, sin embargo, ha sido la última gran síntesis que en la esfera de la filosofía racional se ha intentado. Después, las críticas y las investigaciones parciales han continuado, pero, nada hay, en realidad, que forme época en la historia filosófica.

---

(1) Benedetto Croce: *Ciò che è vivo e ciò che è morto della Filosofia di Hegel;* Bari, 1907; p. 93.

Hoy, en ésta como en las restantes esferas de la Filosofía, el pensamiento se halla en una verdadera crisis, existiendo las direcciones más varias, desde la reproducción del plan peripatético hasta el más exagerado subjetivismo. En todas ellas (exceptuando la Lógica matemática, que permanece en el campo trazado por Aristóteles, ó sea en el de las relaciones de inclusión entre los conceptos y de *implicación* entre las proposiciones) (1), una *epistemología* ó teoría del conocimiento parece considerarse preliminar indispensable de la Lógica. Así ésta se ha tornado hasta cierto punto *psicológica* (2); no es ya sólo una doctrina del *por qué*, sino además, del *cómo* del conocimiento; y aun se convierte en una Metafísica cuando se cree en el caso de formular una teoría absoluta de lo real con motivo de la investigación del criterio de verdad. El punto de vista para clasificar las teorías será, en tal sentido, el de las relaciones entre el Pensar y el Ser, planteado por las varias derivaciones del idealismo germánico del siglo XIX. Mientras la distinción entre uno y otro orden aparece más ó menos explícitamente aceptada por el realismo-idealista de Stuart Mill; por el relativismo de Hamilton y Spencer; y por el realismo de Lotze y de Wundt (que considera la Lógica como el estudio del modo según el cual *debe* ejercitarse el pensamiento para obtener conocimientos exactos; y para quien, como ocurre con Stanley Jevons, Beneke y Binet, el *proceso de sustitución* es ley fundamental del razonamiento lógico); esa misma distinción aparece negada ó suprimida por el *solipsismo* en sus varias formas, según el cual la *cosa en sí* ó es mera ilusión ó una hipótesis de utilidad muy discutible. Salvo la posición intermedia del empirio-criticismo de Avenario (para el cual Pensamiento y Realidad no son dos elementos absolutamente distintos, sino caracteres determinados, con términos de transición, de tal suerte que lo percibido es un compuesto de ambos), la impre-

(1) L. Couturat: *L'Algèbre de la logique;* Paris, Gauthier-Villars, 1905; p. 95.

(2) Comp. J. M. Baldwin: *La pensée et les choses (La connaissance et le jugement);* Paris, O. Doin, 1908; pág. 11.

sión que deja el examen de la mayor parte de las teorías lógicas contemporáneas (como el neo-kantismo de Erhardt, de Volkelt y de Windelband, el inmanentismo de Schuppe, el idealismo objetivo de Bergmann y el subjetivismo de Natorp) es la de un idealismo transcendental (1). El Ser, la Cosa en sí, es algo poco menos que olvidado; no hay Pensar y Ser como dos esferas tangentes ó separadas, sino *Pensamiento* y *Objeto* de este pensamiento; el panlogismo de Hegel ha sido sustituído por un *pannoismo*, en el cual el Objeto es deducido, y la Verdad, cuando no es un concepto colectivo, es una mera *necesidad* de seguir leyes y adoptar formas inherentes al pensamiento mismo, ó una forma de contemplación estética. Domina, en conclusión, un desorden tan peregrino, que los ataques de Sexto Empírico *(Adversus logicos)*, contra las doctrinas de la verdad y de la demostración, podrían hoy repetirse con éxito.

Y todo es consecuencia de la obra de Kant, obra negativa, como observó profundamente Schopenhauer, y, por lo tanto, muy abonada para producir crisis. La representación de la última etapa de este período es el *pragmatismo-humanista*, para el cual «la verdad de una afirmación depende de sus aplicaciones», siendo las cosas verdaderas «por la *sola* razón de que las personas han deseado ó pedido que así fuesen». Con lo cual hemos vuelto á los tiempos de Protágoras de Abdera, á quien con razón califica Schiller (2) de Protágoras *el Humanista*.

¿Cómo se resolverá el conflicto de doctrinas? ¿Volveremos al criterio aristotélico, como ha vuelto, con Bain y Binet, la Psicología? ¿Renunciaremos por completo á la Lógica, pensando, con Nietzsche, que *lo ilógico* es necesario, que de lo ilógico nace mucho bien, y que «el hombre más razonable tiene necesidad de volver á la naturaleza, es decir, *á su relación fundamental ilógica con todas las cosas?*».....

---

(1) Cons. P. Hermant et A. Van de Waele: *Les principales théories de la Logique contemporaine;* Paris, Alcan, 1909.

(2) *Studies in Humanism;* London, 1907; págs. 302 y sigs.

Heme limitado á referir, señores, una serie de contradictorios esfuerzos en torno del problema lógico, y ha sido motivo de tal exposición la tentativa audaz de un español ilustre. Permitidme ahora que os haga esta breve confesión, síntesis de las ideas que fragmentariamente he ido exponiendo:

No creo que sea función de la Lógica estudiar la naturaleza del conocimiento ni la formación de los conceptos. La Lógica toma los conceptos como *hechos* de la vida mental, cuyas causas no tiene para qué investigar. Lo único que la Lógica examina son las relaciones que entre esos hechos establece la corriente de la vida psíquica, ó sea del pensar, que es, como todo fenómeno psíquico, un fenómeno de movimiento. Esas relaciones no pueden ser sino de estas dos clases: de *semejanza* ó de *diferencia* (y he aquí lo que Fernando de Córdoba echó de ver claramente), ó, lo que es lo mismo, de *adhesión* y de *repugnancia*. Siendo aquel movímiento *necesario* (porque no discurrimos *como queremos,* sino *como podemos)*, no por eso es irracional, pues, salvo en casos patológicos, su coherencia prueba su razón suficiente. Hay en él, por tanto, un orden que determina la demostración. Esta, objeto esencial de la Lógica, no alcanza al principio (razón suficiente), *ni al concepto*, sino á la relación entre éstos, que fundamentalmente se expresa con el verbo *ser*. En tal sentido la Lógica no enseña la manera de saber, ni mediante ella aprende nadie á pensar, sino el por qué de nuestras determinaciones mentales. Examinar la génesis de los conceptos no es materia lógica, sino psicológica; estudiar su *verdad* ó su *realidad* tampoco es materia lógica, sino *metalógica* (que diría nuestro Caramuel) ó *hyperlógica* (según la locución de Baldwin). Buscar la verdad en la relación de una intuición con su objeto es absurdo, porque todo objeto es dado en la intuición, y porque el sujeto de semejante relación no existe: es la intuición misma. Pretender que puedo formar *intuiciones* relacionando *conceptos* (que no otra es la tentativa de Fernando de Cordoba), vale tanto como pensar que tendré delante un buen almuerzo relacionando mentalmente platos. Imaginar que puedo tener intuiciones *puras*, es á saber, sin relación con una X que no es *objeto* mental, pero sí *causa,* es

desconocer la universalidad del principio de razón suficiente, y pensar que han nacido en mi estómago, por generación espontánea, los alimentos que digiero. Y, sin embargo, entre estos polos giran y girarán siempre los sistemas realistas é idealistas.

*
* *

¿Qué importa, en último término, que estos esfuerzos no hayan llegado á descubrir el velo de la Isis filosófica, si de todos modos suscitaron entusiasmos, alimentaron esperanzas é hicieron surgir nuevos ideales de vida?

Un día (1), el muy ilustre Lorenzo el Magnífico pensó en que desde el tiempo de Porfirio no se había celebrado el banquete tradicional en el que se conmemoraba el natalicio de Platón. Por encargo de Lorenzo, Francesco Bandino invitó á nueve platónicos (en recuerdo de las nueve Musas) para restaurar dicha ceremonia. En la *villa* de Careggi, un 7 de Noviembre de 1477, se reunieron los invitados, entre los que se hallaban Cristóbal Landino, el poeta; Bernardo Nuti, el retórico, y Marsilio Ficino, el filósofo. Terminado el banquete, que fué tan espléndido como podía esperarse de la opulencia y exquisito gusto del Anfitrión, Bernardo Nuti tomó «el libro de Platón llamado *Symposio de Amor*» y leyó todos los coloquios que en él hay, rogando luego á los comensales que hiciese cada uno sus comentarios.

Marsilio Ficino, el gran platónico del Renacimiento, puso por escrito lo que allí se dijo. En la Dedicatoria de su *Banquete* á Bernardo del Nero y á Antonio Manetti, hay una oración donde Ficino pide al Espíritu Santo, «amor divino que nos ha sido inspirado por Diótima» (la extranjera de Mantinea), que ilumine

(1) K. Sieveking: *Geschichte der platonischen Akademie zu Florenz;* Göttinga, 1812; en 8.º—A. della Torre: *Storia dell'academia platonica di Firenze,* 1902.—A. Lebey: *Essai sur Laurent de Médicis;* Paris; 1900; págs. 126 y 127.

nuestra inteligencia, no sólo para conocer la Verdad, sino para amar la Belleza infinita.

Ningún hombre del Renacimiento pensó jamás en separar estos conceptos supremos. Creían, con razón, que el deseo de saber es natural en el sér humano; pero veían igualmente que el saber debe servir para la vida, y que toda vida fructífera es siempre una obra de amor.

APÉNDICES

I [1]

Fernandi[2] Cordvbensis. De artificio omnis et inuestigandi et inueniendi natura scibilis. Ad R.m in Xpō Prēm̄, et omnium sapientissimū atque eruditissimū[3] D. D. BESSARIONEM[4] Epūm̄ Sabinen. S. R. E. Cardinalem, et Patriarcham Constantinopolitanū, Nicenum uulgò appellatum, Prologus incipit fœliciter ∽

Quos uides inter scholasticos et praestanti ingenio viros, uel sustulisse penitus, uel in dubium reuocasse, sit ne artificium, quo omne natura scibile in singulis disciplinis et inuestigari et inueniri possit, eos constat rerum origines nescisse uideri, et eam quidem opinationem de Metaphysicae

(1) Ms. 9250 (antes Cc-78) de la Biblioteca Nacional de Madrid. Es un tomo de *Varios*, encuadernado, de 183 ff. ns. (206 × 271 mm.) y letra del siglo XVII. La obra de Fernando de Córdoba ocupa los folios 1.º á 83 inclusive.

Merced á la fineza de mi maestro y amigo el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, he podido disfrutar de la copia que él hizo en Italia de otros dos códices de la misma obra. Uno de ellos se conserva en la Biblioteca de San Marcos de Venecia, con el número 381 (luego 227) y es en 4.º (230 × 160 mm.) de 88 folios útiles (92 en total, según Valentinelli), escrito en vitela con mucho primor y exornado de capitales de colores. Este códice es el mismo que Fernando de Córdoba presentó al cardenal Bessarión, y lleva sus armas. El otro es el 1377 (3177 según Nicolás Antonio) de la Biblioteca Vaticana; y es en 4.º, escrito en papel, de letra de fines del siglo XV ó principios del siguiente, constando de 62 hojas.

Según el Sr. Menéndez y Pelayo *(Ensayos de crítica filosófica;* Madrid, 1892; ps. 94-95), el códice de la Vaticana es copia (con algunas variantes) del de la Marciana. Lo mismo opinaba Valentinelli. A mi juicio, el de la Biblioteca Nacional no es copia de ninguno de los dos anteriores, sino de otro original, que se aproximaba más al de la Marciana que al de la Vaticana. Anoto algunas variantes, guiándome por la copia del Sr. Menéndez y Pelayo y designando al códice de la Marciana con la letra M, al de la Vaticana con la V y al de la Nacional con la N.

(2) M. V.: Ferdinandi.

(3) V. *omite:* atque eruditissimum.

(4) M.: Bizarrionem.

artis ignoratione descendere. Nam cum apud eam scientiam sit perspicuum nullam uel quidditatem uel naturam pluribus conuenire posse, nisi per rationem unius cui primò conuenit, quod in Aristotele secundo *Primae Philosophiae*, et in *Parmenide* diui Platonis (1) legimus; alioquin nulla esset ratio cur multitudinem uniuscuiusque generis (2) unitatem referas, et ante omnem datam multitudinem, priorem illius generis ponas unitatem, et omne ante compositum simplum constituas, et ante omne diuersum, aliquid, quod sit non diuersum, sed ipsum idem; ex cuius regulae ignoratione perspici facile potest, nec ipsos quidem scientiarum inrimarum (3) artifices satis cognitam habere posse doctrinam, circa quam uersantur. Quo enim pacto grammaticus significationem uocabulorum internotescere (4) potest, nisi ob hanc praeceptionem ducem de primae philosophiae fonte manantem? Qua ratione distinguat significationem huius dictionis Homo a significatione huius dictionis Plato, cum constet distinctas esse dictiones, nec distingui posse nisi per significationes distinctas, cum tamen et Homo Platonem, et Plato Platonem uerè significet, et differentis dictionis idem significari uideatur?; quod uarietati dictionum non sinonimarum repugnare uidetur, quae uariae esse non possunt nisi per significata uaria: ea autem uel sola regula distinguere potest, nam cum supponat grammaticus à metaphysico demonstratum nihil posse conuenire pluribus nisi per unam ra-

(1) Aunque Fernando de Córdoba cita aquí á Platón y á Aristóteles, como si ambos conviniesen en la teoría acerca de la unidad genérica, dista mucho de ser cierta semejante identidad de pareceres. «Οὐ νομίζεις—dice Sócrates á Zenón en el *Parménides*—εἶναι αὐτὸ καθ' αὑτὸ εἶδός τι ὁμοιότητος, καὶ τῷ τοιούτῳ αὖ ἄλλο τι ἐναντίον, ὃ ἔστιν ἀνόμοιον; τούτοιν δὲ δυοῖν ὄντοιν καὶ ἐμὲ καὶ σὲ καὶ τὰ ἄλλα, ἃ δὴ πολλὰ καλοῦμεν, μεταλαμβάνειν;» (*Platonis Opera;* ed. Baiter, Orelli & Winckelmann; Turici, 1839; p. 752). La doctrina es todavía más clara en el *Sofista:* el *ser* y *lo otro* entran en todos los géneros; en cuanto *lo otro* participa del *ser*, es, no aquello de que participa, sino otra cosa, y, por tanto, siendo otra cosa que el *ser*, es un *no ser* (ἕτερον δὲ τοῦ ὄντος ὂν ἔστι σαφέστατα ἐξ ἀνάγκης εἶναι μὴ ὄν; p. 129); como á su vez el *ser* (τὸ ὄν) participa de *lo otro* (ἕτερον), es otro que los géneros, y no es cada uno de ellos, ni todos en conjunto, sino que *es en sí mismo.* Por el contrario, para Aristóteles, el universal no es una substancia, ni un sujeto, sino un atributo que se dice siempre de un sujeto (καθ' ὑποκειμένου; *Metaph. VI*, 13. ed. Didot); y no es posible que, ni por la razón, ni por el tiempo, ni por la generación, las pasiones (τὰ πάθη) sean *anteriores* á la substancia (οὐσία). En suma, para Aristóteles, ni la *unidad* ni el *ser* pueden ser substancia de las cosas, porque son comunes, y la substancia de un individuo no es la substancia de otro. La diferencia es *antes* que el género, según la doctrina peripatética (*Metaph. VI*, 15), luego la *prioridad* á que se refiere Fernando de Córdoba es más bien platónica que aristotélica.

(2) M. V.: generis ad eius generis unitatem referas.

(3) N. *dice claramente:* inrimarum. M. V.: ipsos quidem artifices scientiarum satis cognitam &ª.

(4) M. V.: internoscere posset.

tionem communem, cui primò conuenire potest, et sciat eam dictionem Homo non magis Platonem, quàm singularium hominum multitudinem significare, ex his consequenter intelligit non significari tantam hominum multitudinem unico hominis uocabulo, nisi in quantum uniuersa multitudo hominum uno primo significato participat, quod est Homo in communi, atque primum illius dictionis Homo significatum, ut Plato dictio primò Platonem significat, et nihil aliud prius; Homo autem quia non magis Platonem quàm Fernandum significat, sit consequens neque Platonem primò, neque Fernandum significet, sed primò Hominem, per quem primò significatur (1), significare secundò potest omnes homines, qui Hominis naturam participare possunt. Singulas autem scientias, atque disciplinas singulas, et proprias artes habere exploratum est; artes ergò (2) diuersae in diuersis scientiis et diuersis scibilibus esse non possunt, nisi artium multitudinem in singulo scibili in artem referas, quae omnis scibilis unica ars sit; est igitur unica et indiuisibilis ars, qua omne natura scibile et inuestigari et inueniri possit; itaque haec ars nobis subtiliter et artificiosissime inuestiganda est, et tuo iussu et mea promissione debita: nam de duabus Philosophiis, id est Platonis et Aristotelis, una alteri praestet (3) disserentem me subito et cursu suo reuocauit uoluntas tua; quippe qui iussisti intermittendum esse opus, et in artificium omnis et inuestigandi et inueniendi scibilis calamum esse referendum; nam quod ad comparationem cum Aristotele Platonis attinet ad multam partem eius operis tractationem perduxeram tanto ardentior, atque ad explendum opus promptior factus, quantò iam difficillima et amplissima me expedire (4) conspicio non secùs quàm in stadio currentes, qui licet tunc debiliores sint cùm termino propinquiores fiunt, id tamen modicum, quod superest, maiori conatu omnibusque neruis ac uiribus percurrunt. Itaque non diffido fore, ut haec intermissio operis reintegratio uirium sid ad coepti repetitionem, ut me ab eius expletione minimè retardare possit, neque diutius, quod praecipue institui animo in obsequendo iussis tuis tuam immorari spectationem.

Res est praeterea et immensi operis, quam ex me requiris, atque tractatione perdifficilis, et quae uires ingenii mei praetergressa uideatur, siuè ad materiam referas, siuè ad tuam cunctis saeculis celebrandam sapientiam et doctrinam singularem, cuius in scribendo sim iudicium subiturus, siuè ad eos excellentis quidem, et ingenii et doctrinae uiros, qui cum tradere hoc artificii genus saepè tentarent, constat tamen nunquam ad

(1) M. V.: significatum.

(2) M. V.: Artes vero.

(3) Esta obra: *De duabus Philosophiis, id est, Platonis et Aristotelis,* es citada con el título *De duabus Philosophiis, et praestantia Platonis supra Aristotelem;* fué dedicada también á Bessarión.

(4) M. V.: expedisse.

eius rei finem consumatamque doctrinam peruenire potuisse; nam quoad materiam attinet, et eam quidem in uires ingenii mei refero, si artes singulas, quibus singulae scientiae traderentur inuenisse perdifficile ab ipsis artium inuentoribus existimatum est, et eis quidem qui summo ingenio atque doctrina praestiterunt, qua ratione à me exigas extremi ingenii uiro, ut non singulam de singulis, sed unicam de omnibus scibilibus artem exponam, quo quispiam omnis rei scibilis ueritatem et inuestigare et inuenire possit? Cum praeterea animaduerto non de una arte, sed in una arte sciendi de omni arte mihi esse disserendum, maximam mihi uideor in me prouinciam suscepisse, cum accedat ad hoc ingenii mei imbecillitas, dum sciam parem ingenii magnitudinem me ad hanc rem habere non posse. An putas me ingenio praestari tuo, quo cunctos mortales antecellis, non in rebus contemplandis modò, sed gerendis; quo decus es Patriae et gloria Cardinei Senatus, tanta doctrina, tanta sapientia, tanta rerum gestarum gloria praeditus, qua apud omnes nationes, principes, tribus et linguas fama celebraris, ut nulla unquam aetas de tuis laudibus conticescat? An non ad iudicium tuum subeundum contremiscam? Nam inter reliquas diuinas virtutes tuas, cum pro tua humanitate, et clementia singulari, et dictis et gestis meis fauere soleas, illud tamen tuum diuinum ingenium, cuius mihi iudicium in scribendo subeundum est et tacitam tuam cogitationem pertimesco. Itaque cum animo respicio ad te tantae et tam accuratae sapientiae virum, apud quem nihil nisi doctum resolutum ingenio ac industria elaboratum afferri oporteret, animo ac uiribus cado, quasi nihil tanto uiro tantaque tua sapientia dignum nedum adducere, sed neque cogitare possem, praesertim cum de re tanta diuinis magis, quàm humanis uocibus deserendum esset. Quod si respondeas: à te idcircò postulaui, quia sciui esse difficile quod petebam, facile enim assecutu nemo sapientiam magnus exigit, ut est apud Aristotelem; breuiter omnis soluitur quaestio, et par pari sententia repercutitur; et ego idcircò me facere non putabo, quia rem difficillimam postulasti, atque magnalia pollicentem, et quae non tam facile expletur opere quàm dicto; certè ego cum scribere quidquam uehementi declinaui uerecundia, nam qui scribit, multos sumit iudices, alius in alterius crassatur ingenium; ille si unus sermo defuerit, quasi claudam oratiunculam disputat; alius si paululum eloquentius cothurnos extulerit, non Philosophum latrabit, sed Rhetorem; tum quòd quaeris rem magni operis, sed maioris inuidiae, ut dum ipse cupio de artificio omnium scientiarum iudicare, iudicandum me omnibus praebeam, praesertim apud Dominum, cuius sapientia atque doctrina totius orbis opinione celebratur, et in vrbe principem uniuersus admiratur orbis; dehinc cuius est praesumptionis et quam extremae temeritatis notae uetustatem omnem, atque peripateticos omnes ingenio uelle superare, et rem ab eis saepè tentatam, et nunquam in finem complementumque perductam à me exigui ingenii uiro arbitrari in consumationem perduci posse.

Nam constat Alpharabium peripateticum excellentissimae doctrinae philosophum, priorem omnium eorum, quos norim, hanc artificii rationem pertentauisse in epistola secunda, quae de petitione (1) scientiarum inscribitur, quam direxit ad Regem Albohacem de Marruecos, tantis inuolutam difficultatibus, ut ipsa ars dilucidationis scientiarum magis dilucidationis sit egens; praeterea, quantum intelligere possumus, tam falsis principiis et tam parum ad artificium, quod instruere proposuerat, accommodatis, ut magis artificium ignorandi quae sciuntur, quam sciendi quae ignorantur, ad opus iure possit inscribi; quod apertissimis rationibus demonstrauimus in opere de duabus Philosophiis, et praestantia Philosophiae Platonis supra Aristotelis, tuo nomini dedicato. Fuit et nouissimè Raymundus de Lulio catalanus orbi notissimus, quem constat suo Artificio omnia polliceri et diuina et humana sine aliquo discrimine, et earum disciplinarum, quae naturali ratione attingi possunt, et earum quae lumen naturalis rationis praetergressae sunt. Is quidem, ut nimius est in pollicendo, ità et exiguus in exequendo quae pollicetur; nam quid magis ridiculum, quod eum, qui non dico eloquio, sed nec loqui sciat, eloquentiae artem polliceri? Ad quod accedit, quod facilè perspici possit in Rhetoricis suis, quos edidit, in quibus tanta in primis barbaries est, tam inepta praecepta, ut magis ars elingues efficiendi, atque mutos, quam eloquendi iure inscribi uideatur, et quam, ò Cicero! si scisses, eius copiam magnis impensis comparasses. Quid dialecticos eius commemorem, in quibus praeter ea, quae ex Aristotelis fonte excerpsisse uisus est, et ea quidem, quae pueris per contemptum excidere solent, reliqua tam inepta sunt, et tam parum ad scientiam Dialecticae pertinentia, ut eum delirare putes, aut correptum morbo frènetico, Ippocratis uinculis alligandum: vndè et id operae praetium uidere est, quod Aristotelicis elenchis, atque fallaciis contradictionis fallaciam adiecerit; cuius se gloriatur inuentorem, tanquam aperta contradictio quemquam fallere possit, aut ubi posset, non esset potius inter fallacias secundum non causam ut causam connumeranda? Quid quod in Philosophia, ubi potentiae atque uires animae sensibilis tractarentur, insufficientiae redargutum facit Aris-

(1) M. V.: partitione.

Refiérese Fernando de Córdoba á Abunasr Mohámmed Alfarabi (m. en 950), «el mayor filósofo del islamismo» según Abenjalikan. El opúsculo *De scientiis*, de Alfarabi, figura en la edición: *Alpharabii vetustissimi Aristotelis interpretis opera omnia quae latina lingua conscripta reperiri potuerunt... studio et opera* Guilielmi Camerarii; Parisiis - 1638. En ese opúsculo se inspiró nuestro Domingo Gonzalo para escribir su libro *De divisione Philosophiae* (Cons. mi *Historia de la Filosofía española; I;* Madrid, 1908; pág. 357; y *Dominicus Gundissalinus De divisione Philosophiae. Herausgegeben und philosophiegeschichtlich untersucht, nebst einer Geschichte der philosophischen Einleitung bis zum Ende der Scholastik* von Dr. Ludwig Baur; Münster, 1903, en los *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters* de los Dres. Baeumker y von Hertling).

totelem, quod dumtaxat quinque sensus exteriores connumeret; cum ut arbitratur subtilis naturae investigator, addiciendus fuisset illi numero sensus affatus, tanquam affari sentire sit, et non potiùs ad motiuas uires animae pertineat praesupposita mentis conceptione actioneque intellectiua, quàm ipse affatus iniqua non gustare, sed exprimere solet, ut necesse sit carere sensu qui non sensum putat sensum? Dies mihi dificeret (1), si errores singulos in singulis scientiis recensere uellem de illius Artificii fonte manantes, et tamen omnes has ineptias illo suo diuino Artificio inuenisse gloriatur. Quid recenseam Geometricos, Arithmeticos, Astronomicos, Musicos, quos multos edidisse constat, in quibus nullam uel demonstrationem, uel quod ioco dignius est, neque conclusionem quidem, quam demonstrare possit, inuenias? Quid Theologiae et Medicinae ingentia volumina referam, quid denique ipsum Artificium, ex cuius fonte omnes istas disciplinas mutauit, ut intelligas alueos ridiculos non nisi ex fonte ridiculo emanare potuisse?; vndè et illud uehementer risum mouet, quod cuidam huius artis alumno, qui ob eius artis studium in primis insanus atque amens, deindè ridiculus atque facetus euasit, illud crebrò dicere atque narrare sit solitus; cum apud Cathaloniam indè originem Raymundus traxit praesertim apud insignes eius prouinciae ciuitates Valentiam et Barchinonam Hospitale dedicatum sit alendis et curandis amentibus atque furiosis, is per studium huius artis amens atque furiosus factus, inter ipsa dilucida interualla dicere consueuit, artem Raymundi in sacrificium atque holocaustum offerre solitam Hospitali innocentiam, atque insanorum duodecim Raymundistas amentes atque furiosos per annos singulos. Accedit ad facetiam generalitas illa artis ridicula, cum doceat aliter responderi ad omnem quaestionem propositam per vbi; aliter ad quaestionem per quando; aliter ad quaestionem per quod; aliter per quare, aliter per quomodo, remittens pro responsione ad quasdam commixtas atque combinatas literas alphabeti nihil ad quaestionem facientes; vndè est illud Guidonis Barbuti Praepositi Albiensis facetè dictum; qui cum uenatum cum Cardinali proficisceretur, et in leporem incidisset, quae fauces canum effugerat, sciscitatus Cardinalis ubinam lepus latitasset, et quo pacto venatorum oculos frustrari potuisset, respondit Guido Barbutus ad quaestionem per vbi formatam: «Vade ad regulam G. D. K. in arte magna designatam, et ibi leporem inuenies». Pulchra responsio et per quam facilè lepus inueniri posset! Vndè et admiror uehementer eos, qui putant hunc virum non nisi Spiritu Sancto assequi potuisse quae sciuit, et eodem Spiritu tanta atque talia dictare potuisse, nihil ponderantes quid uirium habeant ea, quae uel dictauit uel sciuerit; nam in primis eius doctrinam à Spiritu Sancto non emanasse declarat, tum eius fictio atque falsitas, tum praesumptio, cum li-

(1) M. V., deficeret.

terae sacrae loquantur apud Sapientiae libros: Spiritus Sanctus Sapientiae effugiet fictum; quod in tractatu nostro de discretione spirituum subtilius à nobis disertum est. Hunc autem virum constat omnia non modò cognitu possibilia, sed et intellectu impossibilia arbitrari sub eius Artificio comprehendi posse; vndè facile perspicere potes, si eius opera subtili ratione discutias, virum hunc laicum merè fuisse, et omnium literarum expertem, sed per humorem malenconicum eleuatum habuisse ingenium, quo ubi fundamentis careas eruditionis atque doctrinae et fantastico ingenio coniungas, nihil periculosius esse possit, ut in extremos et fidei orthodoxae aduersos labaris errores, quod et in eo viro deprehensum est. Sed de his hactenus; ut intelligas opus, quod tuo iussu contexere pergo, summae esse difficultatis; operosam quidem rem et plenam laboris, sed utilitatis non minus, ut arbitror, vbi assequere quam fuit difficultatis habituram, ut cumque sit futurum, mihi satis fuerit tuis iussis paruisse, cuius et beneficiis et auctoritati omnia debeo. Priscos philosophos tam graecos, quam latinos, si quid laude dignum eorum industria uigilando literarum monumentis quandocumque mandassent, consueuisse legimus uel amicissimis suis, uel regiis viris illud dedicasse, ut et illos laude gloriaque immortali afficerent, et libros eorum auctoritate quadam illustrarent; et ut nauis nostra deuehatur unde nostra est digressa oratio: exponam itaque hac de re quid sentiendum putem, neque quidquam eruditionis ob id arrogare mihi uideor supra (1) caeteros, qui hac de re scripserunt, si quae sensero, exponam. Liberum enim cuique est sine aliquo discrimine uel sapientiae uel insipientiae pro captu intelligentiae suae dicere quod sentiat. Rem pro meritis meis difficiliorem fortassis tu feceris cum tuo aspirato fauore atque beneficio in (2) Sedis Apostolicae subdiaconus creatus sum; cum iuxtà interpretes sacros constet satis esse difficile locum Stephani implere, uel Pauli angelico stare ministerio, et populos subiacentes cadenti desuper ueste conficere. Et ut longam orationem compendio breuiem, tua exactio mea fuit eruditio; et sic quaesisse uiam est dedisse quaesitis; nam et illud quidem iuxtà (3) sacras est literas, sapienter interroganti sapientia reputabitur. Itaque aggrediar opus magis et diuino et tuo fauore, quam meo fretus ingenio; sed si prius huius Artificii rationem partiemur in tot numero particulas, quot sunt fines atque utilitates, quas ex Artificio consequi possis.

Sunt autem huius Artificii vtilitates et particulae sex: Prima, qua ratione singulam ueritatem scibilem per naturam et inuestigare et demonstrare possis tot praecisè rationibus, quot demonstrabilis est, nec pluribus nec paucioribus. Secunda particula agit de Arte in generali, et speciali inuen-

(1) M. V.: super.
(2) M. *omite:* in.
(3) V.: intra.

tionis medii cuiuscumque demonstrationis. Tertia particula explicat artem, per quam omnes quaestiones formabiles in quacumque materia, id est, plures nec pauciores quàm formari possunt, inuenias. Quarta particula pollicetur cuiuscumque scientiae inuenire omnia considerabilia in illa scientia tàm complexa, quàm incomplexa. Quinta particula exponit in specie quo pacto omnes conclusiones scibiles et earum numerum praecisum inuestiges in quacumque scientia. Sexta particula declarat qua ratione inuenire possis in quacumque scientia tàm principia prima tàm complexa, quàm incomplexa. Septima particula adicienda fuisset quo pacto nigra in candida, et candida in nigra uertamus, id est, falsa uera, et uera falsa probemus. Quo in loco totius artis sophisticae campus perspicitur. Sed quia id quidem specialiter tractatum desiderat, ideò satis fuerit, si hoc opusculo priores sex particulas diligentius persequemur. Itaque de re dicere incipiemus.

Prima particula huius Tractatus. Qua ratione singulam ueritatem natura scibilem et inuestigare et demonstrare possis, tot praecisè rationibus, quot demonstrabilis est, ita ut nec pluribus, nec paucioribus demonstrare possis.

Quod primo loco pollicemur nos esse facturos, iam exequimur, ut intelligas cum tibi in omni scientia aliqua veritas uel inuestiganda, uel demonstranda sit, qua ratione quoue artificio id efficias, ut inuenire possis omnes demonstrationes numero praecisas, ita ut neque plures, nec pauciores esse (1) ad datam veritatem demonstrandam, id autem Artificii assequemur, si duas regulas subiecerimus, quibus omnis veritas probanda sit. Quas regulas constat esse distributas penès duas differentias propositionum, quae in omni scientia uel solae probationem desiderant; nam omnis propositio, quae probanda est, uel negatiua est uel affirmatiua. De propositione negatiua eiusmodi subiicimus regulam: Propositio negatiua tot demonstrationibus probari potest, quot differentiae inueniri possunt inter eius subiectum et praedicatum. Secunda regula affirmatiuarum est: Affirmatiua propositio tot praecisè rationibus demonstrari potest, quot conuenientiae sunt, quae inueniri possint inter eius propositionis praedicatum et subiectum, obseruata tamen illa *Posteriorum* analetica regula, ut conuenientia, quae medium argumentationis est, uel aequalis sit utrique extremitati, uel sit inferior maiore extremitate, et superior minore: alioquin altera praemissarum falsa esset, nec intentam probare conclusionem posset: has regulas quamquam constet in Dialecticis demonstratas, tamen pro huiusmodi trac-

(1) M., esse possint.

tatus angustia breuiter demonstramus per duo principia, quae apud omnes disciplinas maximè habentur. Prima est in negatiuis, ut quae eidem non sunt eadem, inter se non sint eadem; ex qua fit, ut si utraque extremitas argumentationis eadem medio non sit in praemissis, nec inter se, fit eadem in conclusione; et est consequens, ut propositio negatiua dicens unam extremitatem non esse alteram, in conclusione sit uera. Secunda regula in affirmatiuis sumpta est penès maximam oppositam, id est, quaecumque uni et eidem eadem sunt, inter se sint eadem, ut sit consequens, si ambae extremitates in praemissis sint medio eaedem, ut in conclusione extremitates sint eaedem inter se; quod nihil est aliud, quàm affirmatiuam probandam esse ueram; undè tantarum has duas maximas constat esse uirium, ut nulla sophistica forma in aliqua scientia subsistere possit, nisi innixa illis; nulla enim causa est cur rectè inferas = Omne simplex immortale est, Anima est simplex, Anima ergo immortalis est; nisi quia in praemissis huius argumentationis praesupponis has duas extremitates, scilicet immortale et animam esse idem huic medio, scilicet simplex. Quia ergo immortalitas et anima simplicitati sunt idem, est consequens, ut in conclusione inter se sint idem, id est, ut anima sit immortalis, id est, ut immortalitatem identifices animae. Et in negatiuis quid est causae ut rectè argumenteris = Nullum mortale est simplex, Omnis anima rationalis est mortalis (1); nisi quia ubi sunt non idem extremitates medio in praemissis, fiat ut nec in conclusione quidem anima sit idem mortalitati, id est, non est mortalis anima? Quanquam uerò exploratum sit has duas regulas traditas esse ab Aristotele primo *Topicorum*, quo in loco docet per differentiam argumentis abundare tanquam per unum instrumentum quatuor instrumentorum, quibus abundamus argumentis; tamen quo pacto omnes differentiae inueniri possint, quibus argumentis abundemus, constat ab eo Philosopho, quod compertum habeamus traditum non esse, neque Lulium satis rectè tradidisse nisi per quaedam loca ut absoleta male ab Aristotele excepta; sed neque uerum est, quod lusistae putant, quod Aristoteles attigerit artem omnes differentias inueniendi in eo tractatu, quem *de eodem et diuerso* agit S. Thomas. Istos enim qui ità existimant perspicuum est, non satis intelligere uel Dialecticam uel Aristotelis mentem in dialecticis, nam ipse docens artem terminandi omnem propositionem, id est, quaestionem uel problema, quod à quaestione differt, quia quaestio proponitur simpliciter affirmatiuè uel negatiuè, problema utrumque complectitur; vt si quaeras utrum mundus est aeternus, quaestio est: si uerò affirmatiuè et negatiuè proponas sic: vtrum mundus sit aeternus uel non, problema dicitur; docens, inquam, artem terminandi definitionem, docet

(1) *Pasage incomprensible. El códice V. dice bien:* omnis anima rationalis est simplex; nulla ergo anima rationalis est mortalis.

quoque artem terminandi quoddam definito annexum, quod est idem et diuersum, id est, exponit quo pacto aliqua eamdem definitionem habeant, uel diuersam: sunt autem multa eadem re, diuersam tamen definitionem habentia, uel Timotheus et musicus idem re sunt iuxtà id Aristotelis primo *Metaphysicae* secundum antiquam translationem, quanquam aliter habeat translatio Bessarionis Cardinalis: si Timotheus non fuisset, multas melodias non haberemus (1); alia tamen est Timothei ratio, atque definitio, alia musici: nec ad colligendas differentias omnes et conuenientias inter subiectum et praedicatum illa sufficit Aristotelica ars in libris *Topicorum*, qua docet non esse nisi quatuor praedicata, scilicet, genus, differentiam, proprium, accidens; et decem praedicamenta, in quibus omne dubitabile situm est, et omne scibile; nam cum quaestiones sint aequales numero his, quae uerò sciuntur, ut in principio secundi *Analethicorum posteriorum* Aristoteles demonstrat, est consequens, tot esse in omni scientia dubitabilia, quot scibilia. Sunt autem quaedam scibilia, de quibus transcendentibus omne praedicatum ab Aristotele positum, et omne praedicamentum: ergò non omne dubitabile sub quatuor praedicatis et decem praedicamentis comprehendi potest; immò multae sunt quaestiones de aliquibus ente transcendentibus, ut paulò post in Artificii tractatione edocturi sumus, non ergo per hos terminos comprehenduntur omnes uel quaestiones dubitabiles, uel conclusiones scibiles. Adhuc ut in tertia huius operis particula subtilius ostendemus, omnes conclusiones scibiles colligi non posse solum ex solis terminis simpliciter sumptis, sed ex eisdem inter se commixtis atque combinatis, quod nusquam librorum compertum est Aristotelem docuisse. Itaque cum ut regulae superiores duae pollicentur, tot praecisè demonstrationibus probari negatiua possit, quot differentiae sunt inter subiectum et praedicatum, accepta differentia pro medio; neque pluribus affirmatiua quàm quot sunt inter se subiectum et praedicatum conuenientiae, consequens est ad id docendum, ut exponamus differentias tot praecisè, quot inter quotcumque substantia, quotcumque (2) praedicata incidere possunt. Sunt autem differentiarum inter subiectum et praedicatum numero praeciso tria millia, quae postea in infinitum multiplicare posses, quae dupliciter tractandae sunt, scilicet, simpliciter et mixtim. Et quoniam qui artem demonstrandi pollicetur ipsam debet artem demonstrare, et in animo est nihil etiam in ipsa arte sine probatione dicere, iste ergò numerus diffe-

(1) Εἰ μὲν γὰρ Τιμόθεος μὴ ἐγένετο, πολλὴν ἂν μελοποιίαν οὐκ εἴχομεν (*Metaph. Ibr.* 1). Según antiguas tradiciones, este libro I [illegible] de la *Metafísica* es obra de Pasikles de Rodas, pariente de Eudemo y auditor de Aristóteles (Cf. Ueberweg-Heinze: *Grundriss der Geschichte der Philosophie;* ed. de Berlin, 1900, I, 204). Ritter (*Hist. de la Phil. ancienne;* trad. Tissot; Paris, 1836, III, 32) duda, sin embargo, de la veracidad del escoliasta Esculapio (Asklepios), que es quien transmite toda esa tradición.

(2) M. V., et quotcumque.

rentiarum à nobis non subiiciendus est modò, sed probandus, quantum tàmen sit passa huius tractatus angustia. Itaque tunc huius rationem particulae commodè exequemur, si in primis ipsos differentiarum terminos subiecerimus, deindè singulum exponemus, et in suas differentias, et modos, et gradus distinguemus, deindè exempla subiiciemus, quibus omnis ars demonstrandarum conclusionum in omni scientia facile perspici possit; terminos autem differentiarum et conuenientiarum dupliciter tractabimus, tum simpliciter, tum mixtim sumptos. Elitiamus itaque in primis ratione duce terminorum differentias, quas subiciemus. Igitur quo id quidem apertius cognitu fiant, animaduertendum est, terminos ex quibus uel differentiae uel conuenientiae sumi possunt, in duas species etiam distributos, nam aut ens transcendunt, aut non. Ista partitio est necessaria, quia per contradictoria reducta quidem ad illud principium de quolibet esse, uel non esse. Termini transcendentes ens sunt numero uiginti quinque, quos tabulatim quò dilucidius perspici possint, explicandos arbitramur. Cur autem non sint plures, uel pauciores, alterius temporis erit disserere. Termini differentiarum et conuenientiarum hii sunt simpliciter sumpti atque transcendentiores (1):

Primus Perfectio. Secundus Quantitas. Tertius Potentia. Quartus Permanentia. Quintus Quies. Sextus Vis. Septimus Inclinatio. Octauus Esse uel non esse. Nonus Instinctus. Decimus Mediatio. Undecimus Terminus. Duodecimus Principium. Decimus tertius Gradus. Decimus quartus Gradus negatio. Decimus quintus Ordo. Decimus sextus Distinguibilitas. Decimus septimus Intentio prima. Decimus octauus Intentio secunda. Decimus nonus Vnitas. Vigesimus Numerus. Vigesimus primus Positiuum. Vigesimus secundus Priuatiuum. Vigesimus tertius Habitudo. Vigesimus quartus Quaesitura. Vigesimus quintus Mensura.

Si has uiginti quinque differentias permixtim acceperis, resultabunt 625 differentiae, ut altera differentia in concreto, altera in abstracto, hoc modo: perfectio quanta, perfectio potens, perfectio permanens, perfectio quieta, perfectio uirtuosa, perfectio inclinata, et ita usque ad ultimam mixtionem, quae est perfectio mensurata. Deindè sume secundas graduum, et eodem ordine permisce cum omnibus, ut quantitas est perfecta, quantitas est quanta, quantitas est potens, et ita discurre per alias differentias; et quoniam uigesies quinquies uigesies quinquies reddunt, et reddunt 625, consequens est ut omnes differentiae mixtim sumptae sint 625, quas si iungas cum simplicibus, 25 resultant. Termini autem differentiales, qui ens non transcendunt, sunt duo in genere; nam uel aequales sunt enti, uel ente inferiores. Si aequales enti sunt, dupliciter distribuuntur, nam uel entis passiones sunt, uel entis modi, quos Auicenna in *Metaphysica* qualitates intrinsecas

(1) M. V.: atque ente transcendiores.

appellat; recentiores uerò philosophi, ut Albertus Magnus, Sanctissimus Thomas, Dominus Ioannes Scotus et reliqui modos uocant intrinsecos. Termini differentiales ente inferiores sunt duo in genere, scilicet, natura limitata, praedicamentum.

De significatione terminorum XXV, et de eorum transcendentia; ratione qua ente et nihilo communes sunt, et in primis de termino differentiali perfectio.

Cum probandas suscipimus uel negatiuas propositiones uel affirmatiuas per differentias et conuenientias inter subiectum et praedicatum demonstrandae veritatis, et id quidem in omni conclusionis genere, siuè ex terminis constituere pro nullo supponentibus, siuè pro aliquo, est consequens, ut differentias eiusdem generis sumas ità transcendentes, ut et enti et nihilo communes sint, alioquin per ipsas differre non posset praedicatum, pro nullo supponens à subiecto pro nullo, uel ab aliquo supponente. Quod si ut communiores nihilo sunt, ità enti non conuenirent, fieret ut nulla ratione eis demonstrari affirmatiuè possint. Has autem transcendentissimas et enti et nihilo communes differentias dicimus 25 superiores descriptas, siuè simplas eas, siue mixtas acceperis. Primam autem differentiam diximus esse perfectionem, quae cum in sua ratione includat id, cui nihil deest, ut est apud Aristotelem tertio et quinto *Metaphysicae*, et primo *de Coelo*, nihil autem deesse ita conueniat nihilo sicut enti; nam quemadmodum lapidi ut sit lapis nihil deest, sed omnia habet, quae ad integrandam lapidis essentiam conueniunt; ità nihilo ut sit nihil, nihil deest ad nihili rationem constituendam; et latrocinio ut sit latrocinium; et caecitati ut sit caecitas; et peccato ut sit peccatum, et ità de omnibus priuationibus et nihilitatibus; vnde homo perfectus est in esse naturae, ità perfectus latro in non esse iustitiae: est ergo perfectio ista transcendens, ut ente communior sit, et conueniat et entibus, et nihilibus, et priuationibus, et negationibus per indifferentiam; et quoniam haec ratio, quae est nihil deesse, quam et perfecti rationem diximus, duplicitur intelligi potest: uno modo ut nihil de rei uel nihili constitutiuo; secundo modo, ut nihil desit de eo, quod esset sibi melius quam eius oppositum; et consequens, ut duplex perfectio sit in genere: una, quae appellatur non absolutè et simpliciter perfectio, sed perfectio quaedam, quotiens rei uel nihil eius est perfectionis, ut sibi nihil desit ut ea res sit, uel illud nihil non sit; secunda est, quae simplicitur et absolutè perfectio dicitur, quae si lapidi non deesset, esset perfectior simpliciter; sicut si intelligere non deesset lapidi, perfectior esset lapis quàm nunc est, cum sibi deest. Vndè fit, ut lapis, licet sit perfectus lapis, non tamen sit perfectum ens simpliciter, cum lapidi desit id, quod si lapis haberet, esset melius lapidi, quàm non ipsum. Est ergò praeter perfectionem quamdam perfectio simpliciter, quae

ita ab Anselmo definita est: Perfectio simpliciter est quaecumque est melius ipsum, quàm non ipsum, id est, quodcumque sibi compossibile, sicut intellectus et voluntas sunt meliora omnibus illis, quae se non possunt compati cum eis; ex quibus facilè perspicias peripateticorum quondam errorem, eam definitionem perfectionis simpliciter per imperitiam malè imperantium, et quanquam hac de re prolixius disserimus in opere de duabus Philosophiis, et praestantia Platonis supra Aristotelem tuo nomini dedicato, tamen quia ad huius Artificii rationem pernecessaria est huius confutatio erroris, idcircò pro huius tractatuli angustia paucis absoluo. Sunt qui eam definitionem hoc pacto interpretentur, melius ipsum, quàm non ipsum, id est, quàm sua negatio. Sed falsò hi exponunt, alioquin omnis affirmatio esset perfectio simpliciter, cum sit melior sua negatione; et musca esset perfectio simpliciter, quia non musca perfectior. Alii ità exponunt, melius ipsum quàm non ipsum, id est, quàm suum priuatiuè oppositum. Sed ii quidem per errorem; alioquin positiuum omne esset simpliciter perfectio, et suum priuatiuum simpliciter imperfectio. Tertii interpretantur, ipsum quàm non ipsum, id est, quàm omne aliud ab eo. Sed nec isti rectè; nam fieret, ut non esset nisi unica perfectio absoluta et simplex, cuius contrà sentiendum paulò post docebimus. Quarti exponunt: ipsum quàm non ipsum, id est quàm omne id, quod non dicit talem perfectionem. Sed nec hi quidem subtiliter; alioquin substantia quae dicit perfectionem simpliciter esset perfectior humanitate, quae non dicit perfectionem talem. Sunt praeterea non inter peripateticos modò philosophos, sed etiam inter sacrarum literarum interpretes, qui non solum ueterem absoluti perfectionis definitionem malè interpretentur, sed nouas definitiones ineptè confingunt, nam qui ità definit: Perfectio simpliciter est, quae in sua ratione non includit imperfectionem, non uidet ex ea definitione fieri, ut musca sit perfectio simpliciter, nec musca solum, sed etiam omne positiuum; nec enim musca, nec positiuum aliquod in sua ratione includit imperfectionem, cum sit imperfectio priuatio quaedam, quae in nullo positiuo includi potest. Qui uerò ità definit: Perfectio simpliciter est, cui non repugnat infinitas, in similes incidit angustias, ut affirmare cogatur quantitatem mollis esse perfectionem simpliciter, nam cum iuxtà Aristotelem primo *de Physico Auditu,* finiti et infiniti ratio quantitati congruit, fit ut quantitati mollis repugnare minimè infinitas possit, cum iuxtà metaphysicum nulli rei repugnet sua ratio. Neque qui ità definiunt declinare inconuenientia potuerunt, cum aiunt perfectio simpliciter est, quae de se dicit perfectionem illimitatam, cum (ut inquiunt) in diuinis inueniatur: hi non minus errant, cum ens sit perfectio simpliciter, de cuius ratione absolutè sumpta, nec limitatio est, nec illimitatio. Vndè extremi inter peripateticos fuerunt, qui arbitrati sunt ueram se definitionem (1) in-

(1) M. V.: se veram diffinitionem.

genio consecutos, dum dicant: Perfectio simpliciter est, quae abstrahit à limitato et illimitato. Sed quo pacto effugient, quin diuinas relationes perfectiones absolutas dicant, quarum rationes constat abstrahere à limitato et illimitato? Ex quibus efficitur, ut perfectio simpliciter nec aliter definienda sit, quàm Anselmus definiuit, nec aliter interpretanda definitio quàm nos interpretati sumus. Sed quoniam constat huius rationi Artificii non satis esse scire quid sit simpliciter perfectio, sed necessarium quoque scire et modos, et gradus, et ordinem earum, et quo pacto accipiatur ordinatio talium perfectionum, et quae signa perfectionum simpliciter dignoscendarum; et quia diximus esse transcendentes inuestigandum subtiliter in quo transcendentiae gradu; ob quod et transcendentiae modi exponendi erunt. Sint his enim cognitis, ut proprio exequemur loco, nec inueniri demonstrationes possunt, nec scibiles colligi conclusiones, nec caetera expediri, quae huius Artificii ratio pollicetur.

De modis absolutè perfectionis.

Quoniam intellectuali substantia inueniri omnes perfectiones simpliciter possunt, consequens est, tot esse modos simpliciter perfectionum, quot sunt ea, quae in substantia aliqua intellectuali utpote creata ordine essentiali inueniri possunt. Inueniunt autem essentialiter ordinata quatuor. Primum Essentia. Secundum Potentia. Tertium Habitus. Quartum Actus. Sunt ergo quaedam perfectiones simpliciter, quae ad substantiam pertinent, ut Spiritualitas. Aliae, quae ad Potentiam, ut Intellectus et Voluntas. Aliae ad Habitum, ut Scientia et Sapientia. Aliae ad Actum, ut Intelligere et Velle. Omnes autem passiones entis reducuntur ad primum modum praeter ipsum ens, quod includitur in substantia. Infinitas autem et omnes qualitates in secundum uel in tertium modum reducuntur ad ordinem suarum rationum formalium ut infinitas intellectus ad secundum; infinitas sapientiae ad tertium; infinitas ipsius intelligentiae ad quartum.

De gradibus absolutè et simpliciter perfectionis.

Sunt autem sex gradus absolutarum et simpliciter perfectionum. Primus gradus est, qui respondet transcendenti vniuersalissimo, quod est Ens, sicut omnia quae cum ente conuertuntur. Dicuntur tales perfectiones, sicut Veritas et Bonitas. Secundus gradus est, qui respondet transcendenti subalterno, sicut Absolutum et Actus, quia illa sunt supra genus generalissimum, et sub ambitu entis, cum conueniant pluribus praedicatis et non omnibus. Tertius gradus est, qui respondet generi generalissimo, sicut substantialitas dicit perfectionem simpliciter, et per se existentiam, quia

concomitatur totum praedicamentum. Quartus gradus respondet generi subalterno, sicut Spiritualitas, quae continetur sub substantia, et sub spiritu cadunt plures species, cum tamen ipsa sit simpliciter perfectio, quia Spiritus Deus est. Quintus gradus est respondens speciei specialissimae, et non inuenitur sub substantia, nisi Deitas ipsa, quae est quaedam forma specificatiua. Vndè essentia angeli, quae est quasi perfectissima species substantiae, non dicit talem perfectionem, alioquin Deus formaliter esset angelus. Sextus gradus est respondens proprietati indiuiduali, et ista sola est diuina singularitas, quae dicit perfectionem simpliciter, cum conueniat essentiae, ut abstrahit ab omni habitudine: licet enim contra substantiam inueniatur ratio quasi specifica perfectio simpliciter, ut sapientia, nunquam ratio nisi diuina singularitas, id est, haec deitas, alioquin illa indiuiduitas et singularitas esset in Deo, et fieret hoc absurdum, ut Deus esset idem numero cum alio.

Quis est ordo absolutarum et simpliciter perfectionum ad non perfectiones secundum superius et inferius.

Est autem animaduertendum, quod quandoque in aliqua cohordinatione tàm superiora, quàm inferiora dicunt simpliciter perfectionem, sicut in diuina cohordinatione haec, deitas, spiritus, substantia, ens: in alia nec superiora, nec inferiora, sicut in cohordinatione praedicabili relationes, quia nulla habitudo dicit perfectionem simpliciter. In alia cohordinatione superiora quidem dicunt talem perfectionem, sed non inferiora, ut in cohordinatione substantiae; substantia quidem dicit talem perfectionem, sed non corpus, nec animal, nec homo. In alia coordinatione inferiora quidem dicunt perfectionem, sed non superiora, sicut scientia aut sapientia, et non habitus et qualitas, cum ista ponantur in diuinis, et non illa.

De ordine perfectionum simpliciter ad illa, quae non dicunt tales perfectiones secundum nobilius, et ignobilius.

Animaduertendum praeterea quasdam esse perfectiones simpliciter, quae sunt nobiliores omninò non perfectionibus simpliciter, sicut deitas, cum ipsa sit summa perfectio uirtualiter continens &. Secundae sunt, quae dicuntur inferiores omnibus simpliciter non perfectionibus, sicut ratio entitatis, quae cum dicat perfectionem simpliciter, saluatur integrè in omni non perfectione simpliciter; unde fit ut excedatur ab ipsa per id, quod supra ipsam addit. Tertiae sunt, quae excedunt plures, sed à paucioribus exceduntur, sicut substantia, quae cum excedat omnia praedicamenta alia

et transcendentia, non exceditur nisi à speciebus substantiae, aut differentiis. Extremae sunt, quae excedunt pauciores, sed à pluribus exceduntur, sicut absolutum, quod non excedit, nisi (1) respectus; exceditur autem ab omnibus speciebus absolutis ità dumtaxat si non tinum respectus. Sed quia perfectio simpliciter transcendens est, sunt notandae paucis transcendentium praedicationes: hae enim faciunt ad rationem huius Artificii: sunt autem octo praedicationes transcendentium.

De octo praedicationibus transcendentium.

Prima, quando transcendens praedicatur de non transcendenti, utroque existente abstracto, et tunc est fallacia, quia praedicatum est pars essentialis subiecti. Secunda, quando transcendens concretum de non transcendente, quia unum suppositum praedicatur de natura. Tertia quando eg.°, et tunc est fallacia, quia natura non dicitur de supposito. Quarta quando concretum de concreto, et tunc est uera, quia suppositum superioris dicitur de supposito inferioris. Quinta quando transcendens de transcendenti in concreto, et tunc est uera, quia supposita conuertibilia de se inuicem dicuntur. Sexta quando transcendens de transcendenti utroque abstracto, et tunc conceditur quod nata sunt esse idem per identitatem. Septima quando abstractum de concreto, et non conceditur, quia quidditas non dicitur de supposito. Octaua quando concretum de abstracto, et tunc negatur, quia nec suppositum de ipso; ideo licet charitas sit perfectio simpliciter, non tamen ens.

Quo pacto accipienda sit coordinatio perfectionum.

Coordinatio autem perfectionum simpliciter accipienda est secundum undecim diuisiones entis:

Prima Ens duplex.......	Absolutum-Respectiuum.
Secunda Ens duplex...	Substantia-Accidens.
Tertia Ens duplex.......	Reale-Rationis.
Quarta Ens duplex......	Simpliciter-Secundum quid.

(1) Este blanco, y los que siguen, constan en N. Lo curioso es que también existen en M. y en V., *en los mismos lugares.* No creo que se trate de palabras griegas; y más bien lo atribuyo á que todos los mss. conocidos proceden, directa ó indirectamente, de un borrador en que había vocablos ininteligibles que los copistas dejaron en blanco.

Quinta Ens duplex.............	Actu-Potentia.
Sexta Ens duplex........	Simplex-Compositum.
Septima Ens duplex...	Necessarium-Contingens.
Octaua Ens duplex	Infinitum. Finitum.
Nona Ens duplex	Independens. Dependens.
Decima Ens duplex	Positiuum. Negatiuum.
Vndecima Ens duplex..........	Idem. Diuersum.

Perfectiones simpliciter sunt omnes, quae in dextra cadunt sub undecim diuisionibus entis, ut:

Prima Absolutum. Secunda Substantia. Tertia Realitas. Quarta Entitas simpliciter. Quinta Actus. Sexta Simplicitas. Septima Necessitas. Octaua Infinitas. Nona Independentia. Decima Positiuum esse. Undecima Idem esse.

Sed quia hac arte nec subtiliter, nec sufficienter sumus complexi omnem perfectionem simpliciter, ideò adhibenda alia ars est, qua omnis perfectio absoluta et simpliciter inueniri possit. Sunt autem quatuor regulae, quibus inuestigari possit. Prima per uiam adaequationis enti, quia omnes passiones enti adaequatae dicunt perfectionem simpliciter. Secunda per uiam diuisionis, quia omnia, quae immediatè diuidunt ens alterum, dicit perfectionem simpliciter. Tertia per uiam causae primae, quia quidquid attribuimus ei ut abstrahit ab omni respectu, dicit perfectionem simpliciter, et ista est uia adaequata, quia quidquid non inuenitur in ipsa, simpliciter perfectionem non dicit. Quarta per uiam creaturae nobilissimae, quia propriè perfectiones creaturae nobilissimae, ut angelicae, uidentur dicere perfectionem simpliciter, ut intelligere et velle.

Omnes ergo absolutae perfectiones sunt 31 uel ad eas reducibiles.

Prima Haec Deitas. Secunda Deitas. Tertia Spiritualitas. Quarta Substantia. Quinta Intellectus. Sexta Voluntas. Septima Intelligere. Octaua Velle. Nona Sapientia. Decima Scientia. Duodecima Infinitas (1). Decima tertia Existentia. Decima quarta Aeternitas. Decima quinta Iustitia trans-

(1) Falta la undécima perfección *en los tres manuscritos*. Probablemente fué éste un *lapsus* cometido por el mismo Fernando de Córdoba en el borrador del libro, y no subsanado.

cendenter sumpta. Decima sexta Bonitas. Decima septima Quantitas transcendenter sumpta. Decima octaua Infinitas. Decima nona Entitas. Vigesima Simplicitas. Vigesima prima Actualitas. Vigesima secunda Absolutio. Vigesima tertia Realitas. Vigesima quarta Necessitas. Vigesima quinta Independentia. Vigesima sexta Positiuum esse. Vigesima septima Idem esse. Vigesima octaua Perfectio. Vigesima nona Vnitas. Trigesima Aliopriditas (1). Trigesima prima Veritas.

Quantitas praeterea aequalis est transcendentiae cum perfectione; quod id apertius cognitu fiat, animaduertendum est, omnem gradum, omnem excessum alicuius supra aliquid, uel defectum alicuius sub aliquo, omne magis, omne minus, et ut paucis omnia complectar, omnem comparationem, fundari necesse esse super aliquam quantitatem uel magnitudinem, idem omnem proportionem uel inaequalitatis uel aequalitatis. Vndè ipsa aequalitas super aliqua magnitudine uel quantitate fundatur, quae non est solum quantitas mollis, alioquin tres personae in diuinis non essent aequales; neque magis aliquid magis esse potest, nisi magnum sit; neque minus nisi paruum et tantae quantitatis; neque aequale, nisi aequae quantitatis. Et quia omne ens comparatur ad aliud, ut illi uel aequale, uel maius, uel minus, uel ut magis tale, uel minus tale, uel aequaliter tale, fit ut omne ens sit quantum. Vnde admiror uehementer quosdam alioquin subtiles doctores et quos certum est transcendentiarum et abstractionum magistros habere solitos, qui putant quantitatem communem ad quantitatem uirtutis et ad quantitatem mollis contineri sub natura et sub ente tanquam inferius sub superiori, in quem errorem incidisse constat Bonetum in *Metaphysica* et *Praedicamentis:* rectiùs autem sensisse Aristotelem, qui in quinto *Metaphysicae* quantitatem transcendentem posuit superiorem praedicamento quantitatis et cum ente conuertibilem, quem Scotus in *Quolibetis* et *Metaphysica* secutus est, et omnes peripatetici utiliter qui Aristotelis sunt interpretes; et rationem mensurae, quae uel secundum quosdam ratio quantitatis est, secundùm alios quantitatis passio, Aristoteles ponit esse in omni genere 8.° *primae Philosophiae:* quod autem circuit omne genus, supra omne genus est. Et quod non possum satis admirari et de illo viro Joanne Boneto et quibusdam aliis praestanti ingenio uiris, qui hoc loco eum tueri putant, qui cum perspicerent mensurae rationem inueniri in quolibet genere, aiunt tamen quod ratio mensurae tantùm quidditatiuè et essentialiter reperitur in praedicamento quantitatis, in aliis autem praedicamentis denominatiuè; nam nulla ratio, uel passio, ut est apud Mathematicam, denominatiuè inest, nisi ei insit id, cuius est ratio, uel passio. Quomodo enim vnitas, quae passio entis dicitur, inest albedini, nisi insit albedini entitas, cuius est ipsa vnitas passio?; et

(1) Así en los tres mss. Quizá deba leerse: *alioprioritas,* que, de todos modos, resultaría un vocablo inaguantable.

quomodo Fernando animalitas et rationalitas insunt, nisi insit ei humanitas, cuius est ratio et definitio animalitas et rationalitas? Si itaque omni praedicamento inest per denominationem ratio mensurae quae uel est passio quantitatis secundum Scotistas, uel ratio eius secundum Thomistas et alios peripateticos: omni ergo praedicamento inest quantitas, per quam ei mensura inest: omnis ergo substantia, omnis qualitas, omnis relatio, actio, passio, habitus sunt maioris contrarietatis quam singulum praedicamentum, neque denominatiua praedicatio facit adesse sub ente, alioquin nec vnitas, nec veritas, nec res, ne aliquid, nec essent adaequata enti, sed potius sub ente continerentur, cum iuxtà eos de ente denominatiuè praedicentur. Sed hic animaduertendum est misterium, quod à multis quoad sentire possumus malè intelligitur, ut probemus neque quantitatem (1), neque mensuram posse esse denominatiuè praedicatam de singulo ente, uel de ente ipso, sed esse enti et in communi et in speciali unam quantitatem ità substantialem, ut sit eius quidditas; quo in puncto constat magnum huius Artificii secretum situm esse, quod ita substantia lapidis ut septimo *primae Philosophiae* est perfectior omni accidenti lapidis perfectius esse est maius in perfectione esse; magis enim, et minus, et utiliter quicumque gradus super aliqua magnitudine fundatur eius formae in quo fit comparatio, quam magnitudinem hic quantitatem appellamus. Nam ratio mensurae est, qua quantificamus magna, quae est uel ratio, uel passio quantitas (2). Est ergò quaedam quantitas in substantia lapidis, secluso omni suo accidente, qua lapis est maior in perfectione quocumque accidente suo. Illa quantitas, qua lapis est maior omni accidente, non est accidens lapidis, alioquin lapis esset maior sua magnitudine, quod ridiculum est; nam si maior esset sua magnitudine, ergò esset alia magnitudo in lapide qua esset maior sua magnitudine, non ergò data sua magnitudo est sua magnitudo, quod est contra ipothesim. Est ergò quaedam quantitas lapidi, quae non est lapidi accidens, sed lapidis quidditas. Neque relinquitur hic locus fugae quorundam, qui Scotum secuti sunt, qui dicunt, quod tunc lapis est quantus fundamentaliter sed non formaliter; id quidem stare non potest, nam ostensum est illam fundamentalem quantitatem esse quidditatem lapidis; quidditas autem formaliter denominat illud, cuius est quidditas: vndè hic lapis est quantus ad primum modum per se reduci potest. Sed neque dicendum est quod illa quantitas sit modus intrinsecus lapidis; nam quid rei est rei, quam modus. Est ergò quaedam quantitas in lapide antè omnem modum, alioquin quidditas eius non esset magis ei intrinseca quam modus. Sed de iis subtilius in libro de duabus Philosophiis disseremus. Cum igitur quaecumque comparantur in aliquo gradu uel in

(1) M. V.: qualitatem.

(2) M. V.: quantitatis.

magis, uel in minus (1), uel aequali competit non modò omnibus entibus, sed et omnibus entium priuationibus, imò ipsis nihilibus, nam et unum ens est maius alio in perfectione, uel minus, et una priuatio maior aliqua, alioquin Deus non esset magis unum quàm quodcumque unum, nec una caecitas alteri caecitati, nec omnia nihilia essent aequalia, ut non ens, non homo, non lepus &. Est ergò quantitas ità transcendens, ut sit communis enti et non enti; quod ut subiiciam quantitatis latitudinem, permisce eam cum reliquis 25 terminis transcendentibus, ut quantitas perfectionis potentiae et ità de reliquis.

Potentiae ratio in tanta est accipienda transcendentia, ut et rei, et nihilo conuenire possit, ut applicatione intelligere possimus quandam non repugnantiam terminorum, et ut Aristoteles quinto *primae Philosophiae* loquitur: illud est possibile, quod positum non est impossibile; et tale possibile, cui nulla est impossibilitas, si in esse ponas, possibile est. Hoc autem omni enti, et omni modo entis, et omni entis differentiae, imò et omni nihilo conuenire potest; nam et chimera potest non esse, alioquin non ens non posset non esse: ergò tale posse non magis enti quam non enti conuenire potest. Est ergò talis enti et nihilo conueniens, cum uterque conuenire possit, ut probatum est. Sed animaduertendum est non satis esse ad huius Artificii rationem considerare hanc potentiam logicam; quae, ut diximus paulò antè, nihil est aliud, quàm quaedam non repugnantia terminorum; sed oportet considerare potentiam quantum ad omnes modos, siuè uniuocos, siuè aequiuocos eius, nam et similes modi uel aequiuoci, uel uniuoci possunt esse principium affirmatiuam conclusionem et negatiuam; vndè breuiter omnes modi potentiae annotandi sunt ut Artificio conclusiones scibilis, siuè affirmatiuae, siuè negatiuae aptare possimus. Est itaque sciendum, potentiam quinque modis accipi posse: nam uel logica potentia est, uel metaphysica, uel mathematica, uel physica, uel theologica, quae uulgò theologorum potentia obedientialis dicitur. Potentiam logicam diximus, quam ubi in esse ponas, nullum infertur impossibile, quam diximus nihil esse aliud quàm quandam non repugnantiam terminorum, et ex potentia ex actu infertur, undè formaliter tu es Cardinalis: ergo tu potes esse Cardinalis. Sed potentia metaphysica non solum non infertur ex actu, sed potius et repugnat actui, et contradictorium eius infertur ex actu; undè metaphysica potentia rectè argumentaris hoc pacto: tu es Cardinalis, ergò tu non potes esse Cardinalis; et uerso ordine: tu potes esse Cardinalis, ergò non es Cardinalis. Ratio harum illationum est, nam metaphysica potentia ea dicitur quae diuidit ens, cum ens diuiditur in actum et potentiam; vndè

(1) M. V., uel in minus, uel in equali *quanta* sit, comparatio autem magis uel minus uel equali competit &c.

diuidentia ens, scilicet actus et potentia, mutuò repugnant, alioquin non ex opposito diuideretur ens: poteris ergò esse Cardinalis, potentia metaphysica est non es actu Cardinalis, et actu Cardinalis, scilicet actu metaphysico est non potens esse Cardinalem. Vndè eleganter Scotus nono *Metaphysicae* definiens potentiam metaphysicam, dicit quod est quoddam non ens, cui succedit ens mutuò, ergò se contra inferunt potentia metaphysica, et actus metaphysicus, ut qui tali poesia est potens aliud sit non tale aliquid, et qui actu tali est aliud, sit non potens esse illud. Jure ergò infers in hoc genere potentiae, et actus: tu potes esse Cardinalis, ergò tu non es Cardinalis; tu es Cardinalis, est ergò impossibile te esse Cardinalem. Potentia autem mathematica est potestas quam appellat Philosophus metaphoricam, quae in nulla natura sita est, sed dumtaxat est potestas imaginaria, qua dimensio in dimensionem, uel dimensio in figuram, uel figura in figuram transmutari potest, ut cum dicimus lineam posse fieri superficiem, uel superficies potest fieri quadratum, uel quadratum potest fieri circulus; nam constat hanc potentiam, qua à linea potest fieri quadratum, non esse logicam potentiam, nam repugnat lineae esse quadratum, quod est contra rationem logicae potentiae, quae est non repugnantia terminorum; neque physica potentia esse potest, nam ea quidem sita est in aliqua forma uel materia naturali: haec autem abstrahit ab omni materia, et forma naturali potentia est, nam illa quidem actui repugnat, haec autem stat cum actu. Est ergò potentia mathematica distincta à potentia logica naturali, et metaphysica potentia autem naturalis iuxta Aristotelem 5.° et 9.° *Philosophiae,* est principium transmutandi alterum secundum quod alterum, uel transmutandi ab altero secundùm quod alterum; quam potentiam necesse est sitam esse in aliqua forma, si potentia actiua est, uel in aliqua materia, si potentia passiua est. Haec autem potentia passiua duplex est, ut paulo post subtilius disseremus, scilicet ex qua, et in qua. Potentia autem theologica siuè obedientialis respicit non naturalem inclinationem actus, sed subiectionem ad agens supernaturale excedens totam naturae latitudinem. Sed quum haec quae de potentia disseruimus, admodum quidem in superficie tractata sunt, et minus exquisitè quam huius ratio postulat Artificii, ideo est in animo ad huius materiae exquisitionem atque subtiliorem tractationem quaedam attingere difficilia: primum difficile est quo pacto percipi possit esse aliam rationem potentiae, quae est entis modus, et diuidit ens, et opponitur actui, quam diximus esse mathematicam, et aliam esse rationem potentiae, quam physicam diximus, quae est principium transmutandi alterum secundum quod alterum, uel transmutandi ab altero secundum quod alterum; est dicendum quod potentia mathematica repugnat actui, sed potentia physica stat cum actu, nam quia non minus est aliquod principium quod actu principiat, quam quod non principiat, sed potest principiare, fit ut potentiae physicae actus non repugnet; secundum

difficile est, cum potentia methaphysica ex opposito dicatur ei, cui refertur, iure ambigi potest quot modis id possit contingere: hic animaduerti subtiliter hanc potentiam alicui oppositam, tripliciter accipi posse: uno modo ut opponitur impossibili; non quidem, ut plerique per imperitiam putant, ut impossibile dicit modum compositionis, sicut impossibili logico contigit, sed potius ut dicit dispositionem alicuius incomplexi, quemadmodum est apud Aristotelem 5.° *Metaphysicae,* cap. de falso, ubi inquit: aliqua potentia uel ratio (1) dicitur in se falsa, quia contradictionem includit, et sic possibile conuertit cum toto ente; nam nihil est ens, cuius ratio contradictionem includat. Secundo modo sumitur potentia ut opponitur necessario, quomodo Auicenna loquitur de possibili primo *Metaphysicae,* cum dicit illud esse necesse, quod ex se habet entitatem indefectibilem; ens autem potentiale, quod entitatem habet defectibilem (2). Tertio in strictissima accipitur significatione purae purae mathematicae, ut non stat cum actu circa idem, et sic loquitur Aristoteles, cap. quinto, ubi notificat actum potentiae oppositum dicens: quod actus est quatenus res est, non ità sicut in potentia; et potentia est quatenus res est in ea dispositione, non sicut in actu. Tertium difficile est, quod certè non memini me legisse satis absolutum à peripateticis, quanquam id quidem enixi sunt magni et excellentis doctrinae viri: difficile hoc est potentia mathematica, quam diximus et opponi actui et habere ordinem ad actum, ambigimus iure si talis potentia habet ordinem ad actum, uel ad actum in actu habet ordinem, uel ad actum in potentia, si secundum membrum dederis, tunc euitare non poteris infinitum processum, quia tunc actus in potentia refertur uel ad actum, uel ad actum in potentia, uel ad actum in actu, et ità in infinitum. Si dederis primum, id est, quod potentia mathematica refertur (3) ad actum, tunc est necessariò consequens, ut

(1) M. V.: uel ratio differentiae.

(2) «Dicemus igitur quod necesse esse per se non habet causam, et quod possibile esse per se habet causam; et quod necesse esse per se est necesse omnibus suis modis; et quod impossibile est vt esse eius quod est necesse etiam sit coequale ad esse alterius, ita vt vnumquodque eorum sit equale alteri in necessitate essendi vel comitetur; et impossibile est etiam vt esse eius quod est necesse esse coniungatur ex multitudine. et impossibile est etiam vt in certitudine quam habet necesse est communicet ei aliquid aliud. Quod cum certificauerimus, sequetur quod necesse esse non est relatiuum, nec mutabile, nec multiplex, nec communicat ei aliquid aliud in suo esse quod est ei proprium. *Auicenne perhypatetici philosophi: ac medicorum facile primi opera in lucem redacta: ac nuper quantum ars niti potuit per canonicos emendata.* &c.ª (Venetiis, mandato ac sumptibus heredum nobilis viri / domini Octauiani Scoti ciuis ac patritii Modoetiensis ab / incarnatione verbi anno octauo, supra Millesimum quinquesque centesimum. Per Bonetum Locatellum Bergomensem presby / terum. Sextodecimo kalendas Maias.) Fol. 73 r. (*Metaph.* Tr. I, cap. 7).

(3) M. V.: Si dederis primum in quo potentia metaphysica refertur &c.ª

idem sit in potentia et in actu: non ergò potentia mathematica opponitur actui, quod est contra ipothesim. Praeterea est quartum difficile, nam si potentia dicit relationem (1), aut ergò actualem, aut potentialem; non actualem, quia terminus eius non est in actu, et relatio non est sine termino; nec potentialem, quia esset consequens ut potentia esset antè potentiam, et sic erit in infinitum. Praeterea est quintum difficile, si potentia est relatio, id est, opposita relatiuè actui, ergò fundatur in aliquo; non in materia, neque in forma, quia iam esset potentia naturalis et non mathematica (2), quod est contrà ipothesim; nec superest tibi quid des in quo fundetur; quod si illa relatio quae est potentia in non ente fundatur, est ergò non ens, relatio enim non magis ens esse potest sui fundamento (3); quo subtilius perspici possit horum trium difficilium absolutio, id est, tertii, quarti et quinti, animaduertendum est quod potentia metaphysica praecisè sumpta, scilicet ut abstrahit ab omni potentia naturali, fundatur praecisè in essentia, quae dicitur possibilis esse, et est ordo illius essentiae ad esse tanquam ad terminum, sicut anima hominis adhuc generandi prius potuit esse anima, quàm esset anima; potuit autem esse anima potentia mathematica (4) actui opposita. Quid est autem illud quod potest esse anima?; quod nondum est anima; quod est quaerere quod est fundamentum illius potentiae non esse animae, alioquin anima esset antequam esset, sed est animae essentia, in qua fundatur potentia ad esse animae. Ista autem potentia, quae est inter duo extrema, utrumque illorum potest denominare unum ut quasi subiectum aliud ut quasi terminum, quemadmodum probatur in 7.° *primae Philosophiae* et primo *de Physico auditu,* quod aliter est. Haec uera materia generatur, et aliter. Hoc compositum generatur, quia prima ut supra denominat subiectum; secunda ut uia denominat terminum: sic in proposito esse animae creandae, est possibilis esse potentia fundata in ipsa, et terminus est possibilis eadem potentia, quia eadem est ad ipsum terminum; sed completissimè et propriissimè dicitur totum, quomodo dicitur essentia animae est possibilis esse, siuè potest esse, quia tunc exprimitur ambitudo amborum: vndè haec propositio: possibile est animam esse, plùs explicat, quàm illa: haec anima est possibilis; nam prima propositio includit fundamentum et terminum; per id subtiliter absolui potest tertium difficile. Iam cum quaeris, potentia quae habet ordinem ad actum, aut habet ordinem ad actum in actu, aut ad actum in potentia, diximus utramque disiunctiuè partem esse distinguendam secundum compositionem et diuisionem, et in neutro sensu est uerum, scilicet quod potentia est ad actum in actu, quia

(1) M. V.: rationem.

(2) M. V.: et non metaphysica.

(3) M. V.: est ergò non ens, nec non magis ens esse potest in fundamento.

(4) M. V.: potentia suae metaphysica.

fieret ut idem simul esset in potentia, ut terminus potentiae, et in actu. In sensu autem compositionis falsum est, quia potentia est ad actum in potentia, ità scilicet quod terminus potentiae intelligatur hoc totum actus in potentia; nunquam enim terminus relationis est per se compositus ex termino et relatione, ut est apud Mathematicam, sicut per se terminus paternitatis non est filius patris, sed filius. In sensu autem diuisionis est uerum, quia potentia est ad actum in potentia, quia est in potentia eadem, quae est ad ipsam, non alia, sicut eadem dicitur possibilis, non alia. Quod si iterum quaeras ista potentia ad quid refertur, aut ad actum in actu, aut ad actum in potentia, dicimus quod ad eumdem istum actum, qui est in potentia; ista eadem replicata uoceterius (1), quamuis unquam est nisi una potentia, et unus actus. Ad quartum difficile dicimus, quod potentia est relatio nec potentialis nec actualis, sed talis quae est illa potentialitas; est tamen potentialis in suo termino, quae est illa potentialis formaliter, non nisi illa eadem potentialitate. Ad quintum difficile dicimus, quod potentia, qua anima creanda potest esse, fundatur in ipsa anima creanda, nec requirit subiectum actu existens, cum non sit actuale; et concedendum est quod illud quod fundatur in non existente, est non existens; nec potentia est ad aliquid existens, quia tunc esset actus, et in actu. Sed est sextum difficile, cur tale potens esse potentia mathematica, ponatur esse aliquid, cum sit non existens, nec aliqua ratio concludat entitatem aliquam conuenire non existenti; et eodem modo de fundamento eius. Anima enim illa nihil est antequam creetur; alioquin non crearetur. Pro absolutione huius difficilis non subtiliter, quod potentiae actiuae cuicumque necessario aliquod possibile esse, uel fieri, nam respectu eius, quod non est in se possibile, nulla est potentia actiua. Deus autem est creatiuus antequam creet; ergò creabile est possibile creari non tantùm potentia logica, quia illa, quantum est de se, posset esse sine actiua, ob quam causam ponitur potentia ista mathematica in essentia possibili aliqua entitas, qualis non est in chimera. Septimum difficile possibile existere qualem habet entitatem, antequam existat, ex quo non est non ens sicut chimera: haec difficultas non est huius Artificii; ideò praetermittendum est et in libro de duabus Philosophiis requirenda. Octauum difficile hic absoluendum est, nam dicimus ad quaestionem, quid est illud, quod potest creari antequam creetur; et soluimus, quod essentia rei creandae, ut anima quae potest creari, non est anima existens, alioquin existeret antequam crearetur, sed est ipsa animae essentia; uidetur hoc uel figmentum esse, uel relationem quandam rationis, dum concipis essentiam animae, quae non consistit in ordine eius ad existentiam; dicimus quod in hoc casu multi alioquin magni viri in uarios errores inciderunt, non satis exploratum habentes quid intersit inter relationem realem, et ratio-

(1) *Así en N.!*

nis; nam non omnis relatio quae est in obiecto intelligibili non habente aliquid esse existentiae nisi intelligibile, est relatio rationis, sicut nec est relatio rationis relatio finis, qui inest alicui intento, quando illud non habet aliquam existentiam extra intentionem intendentis; sed illa sola est relatio rationis, quae causatur in aliquo actu intellectus comparantis illud ad aliud, sicut est relatio uniuersalis, qua de re subtilius disseritur 5.° *Metaphysicae,* cap. 5.° de ad aliquid: potentia autem prius naturaliter inest obiecto, quàm ipsum comparetur ad esse ab intellectu; non enim ideò quia intellectus creatus animam creabilem comparat ad esse, ideò potest esse, sed quia esse potest, ideò uerus est; posset tamen superiorum philosophantium opinio saluari aliquo modo; sed de his, annuente Deo, subtilius in libro de duabus Philosophiis à nobis disertum est, cum iis quae de hac materia superesse possunt: vnde de illius poterimus fonte mutuari. De his hactenus, nam pertinent ad nonum *primae Philosophiae;* multa alia, quae de potentia praetermisimus, et parum afferunt utilitatis huic Artificio, quod instruendum suscipimus.

Permanentia, quae inter terminos differentiales quarto loco à nobis enumerata est, eius est ambitus atque transcendentiae, qua caeteri superiores; nam et enti et nihilo conuenire potest, dum nihilia in nihilitate permanent, sicut entia in entitate; et quoniam permanentia ad mensuram durationis pertinere uidetur, fit ut tot sint permanentiarum genera, quot mensurarum durationis. Sunt autem tres durationis mensurae, quae à multis peripateticis uel malè distinguitur, uel altera et potentia penitus ab eis sublata uidetur; nam ut de peripateticorum praesertim catholicorum mente docuimus in libro de duabus Philosophiis, nusquam aeternitatis ratio, ut ab aeuo et tempore distincta est, Aristoteli cognita fuit: ideò quantum attinet ad huius Artificii rationem, paucis haec differentia accipienda est. Sunt inter peripateticos, qui putent hoc interesse inter aeternitatem, aeuum et tempus, quod aeternitas caret principio et fine, aeuum habet principium, sed non finem, tempus uerò habet principium et finem; sed haec ratio differentiae, et per accidens est, et falsa; nam ubi dederis aeuiterna semper fuisse, et semper futura esse, ut complures peripatetici arbitrati sunt, uel etiam si dederis quanquam defectam esse, quod à diuina potestate fieri potest, adhuc enim distingueretur ab aeternitate et tempore. Alii uerò peripatetici, ut in duabus Philosophiis diximus, putant hac ratione illas mensuras esse distinguendas, ut dicant aeternitatem esse eam, quae non habet prius et posterius; tempus autem, quod habet prius et posterius, cum innouatione et ueteratione; sed haec quidem contradictionem per expressum implicant, quod facilè perspici potest, siue innouationem et ueterationem referas ad ipsam mensuram; nam cum prius et posterius durationis non possint simul esse, fit ut si aeuum habet prius et posterius, priori parte aeui recedente, posterior de nouo adueniat; et ità efficitur,

ut sit innouatio ipso aeuo sicut est in tempore, quod contrà tu peripateticè supposueras; quàm si hanc rationem differentiae ad mensurata referas, adhuc inconueniens magnum incidere uideris; nam ob id res temporalis inueteratur tempore, quod habet esse transmutabile, et ex transmutabilitate mensurati est prius et posterius in tempore, ut subtiliter colligitur ex quarto *de Physico Auditu;* si ergò ipsum aeuiternum non sit inueterabile, nec innouabile, hoc est quia eius esse est intransmutabile, mensura ergò eius non habebit prius et posterius, quod peripateticè negaueras. Est ergò subtilius sentiendum, quoquo animaduerte, quod cum aeternitas sit mensura esse permanentis, efficitur ut secundum quod aliquid recedit permanentia essendi; sed hoc recedat ab aeternitate. Quaedam autem sic recedunt à permanentia essendi, quod esse eorum est transmutationi subiectum, uel in transmutatione consistit, sicut motus, et etiam esse omnium corruptibilium. Quaedam uerò recedunt minus à permanentia essendi, quia eorum esse nec in transmutatione consistit, nec est transmutationi subiectum, tamen habet transmutationem adiunctam uel in actu, uel in potentia, sicut patet in corporibus coelestibus, quorum substantiale esse est transmutabile, tamen esse intransmutabile habent cum transmutabilitate secundum electionem, quantum ad naturam eorum pertinet, etiam cum transmutabilitate intelligentiarum et affectionum suo modo, et locorum suo modo, et ideò eiusmodi mensuratur aeuo, quod est medium inter aeternitatem et tempus. Esse autem, quod mensuratur aeternitate, non est mutabile, nec mutabilitati adiunctum; itaque fit ut tempus habeat prius et posterius; aeuum autem non habet in se prius et posterius, sed ei coniungi possunt; aeternitas autem nec habeat prius et posterius, nec ea quidem compati possit.

Eiusdem cum superioribus transcendentiae est quies communis quidem et nihilo et enti. Accipitur autem hìc quies ità uniuersalissimè, ut conueniat ei quod in suis terminis sistit, nec ulterius progreditur, quae si ulterius moueatur, et ita nihilo conuenit, qui ultrà terminos nihilitatis non progreditur, ità omni enti, ità omni homini assecuto ultimum finem, qui uocatur gloria uel vita aeterna, ut tot sint quietes, quot sistentiae sunt in propriis terminis per ulterioris progressus negationem; quàm mira surgunt mysteria ex consideratione huius differentialis termini in exercitatione Artificii, dilucidius perspici potest.

Par quoque transcendens vis est cum reliquis, ut non sit solùm communis omni virtuti siue morali, siue intellectuali, siue theologicae, sed omni enti et omni nihilo. Sicut enim uirtuosum habitum dicimus, quod conforme est regulae suae, quae est ratio; ita unumquodque uirtuosum est, quod conforme est suis principiis uel essendi, uel agendi, uel non essendi; uel ab quiescendi, et quoniam virtus uniuscuiusque uel entis, uel non entis sumenda est similitudinem virtutum, quae sunt habitus

animae, et magna argumentorum uis, atque animositas ex cuius modi similitudine, et ipsum uitium virtuti oppositum, quae dum virtus est transcendenter sumpta, nam si conforme esse alicui ratio est virtutis transcendenter sumptae; haec ratio conuenit vitio, sicut virtuti; nam et virtus conformis est rationi rectae, et vitium rationi obliquae; ideò paucis omnes habitus uirtuosi, omnesque uitiosi sunt cum annexis.

Duplex est virtus, scilicet diuina et humana:

Virtus diuina theologica appellatur, quae est triplex	Fides. Spes. Charitas.	
Humana est duplex........	Intellectualis. Moralis.	
Intellectualis quintuplex	Sapientia.. . Prudentia... Scientia .... Intellectus... Ars..........	Sexto *Ethicorum*.
Moralis quadruplex........	Iustitia. Prudentia. Fortitudo. Temperantia.	

Sed haec ratio virtutum intelligi dilucidius possit atque commodius aptari huic Artificio: de his septem problemata explicanda sunt.

Primum problema: propter quid humana virtus uel est intellectualis, uel moralis, ità ut non sit tertium diuisionis membrum assignandum? Dicimus quod quanquam huius problematis ratio ex Artificio colligi possit, tamen quia absolutio eius facit ad Artificium, paucis eam absoluimus. Vndè est animaduertendum, quod virtus humana est perficiens hominem ad benè operandum; principium autem humanorum actuum in homine non est nisi duplex, scilicet intellectus siuè ratio, et appetitus. Haec autem sunt duo mouentia in homine, ut probatur tertio *de Anima*. Vndè fit, ut omnis virtus humana sit perfectio alicuius istorum principiorum, quod si perfectiua sit intellectus, uel ad bonum hominis actum virtus intellectualis; si uerò perfectiua sit partis virtus moralis; undè fieri necesse est, ut omnis virtus humana uel intellectualis sit, uel moralis.

Secundum problema. Cur tamtùm sint tres virtutes intellectuales, nec plures, nec pauciores perficientes intellectum speculatiuum, scilicet sapientia, intellectus et scientia? Dicimus id esse causae, quum virtus intellectualis speculatiua est, per quam intellectus speculatiuus perficitur ad considerandum verum; hoc enim est bonum opus eius: verum autem est

dupliciter considerabile: uno modo sicut per se notum; alio modo sicut per aliud notum. Quod autem est per se notum, se habet ut principium, et perficitur ab intellectu statim, et ideò perficiens intellectum ad huius ver considerationem, uocatur intellectus, qui est habitus principiorum. Verum autem quod est per aliud notum, non statim ab intellectu percipi potest, sed per inquisitionem rationis in ratione termini; quod quidem dupliciter contingere potest: uno modo, ut sit ultimum in aliquo genere; alio modo, ut sit ultimum respectu totius cognitionis humanae. Et quia ea, quae sunt posterius nota quoad nos, sunt priora et magis nota secundùm verum, ut probatur primo *Physicorum:* ideò illud, quod est ultimum respectu totius cognitionis humanae, est id, quod est primum, et maximè cognoscibile secundum verum, et cum huiusmodi est sapientia, quae considerat altissimas causas ut probatur in principio *Metaphysicae,* undè conuenienter iudicat de omnibus, nam iudicium perfectum et haberi non potes, nisi per ad causas. Ad id uerò quod est ultimum in hoc ut in illo genere perficit intellectum; vndè fit, ut secundum diuersa genera scibilium sint diuersi habitus scientiarum, cum tamen sapientia sit una (1).

Tertium problema: cur fit, quod in intellectu practico tantùm sint duae virtutes intellectuales, scilicet ars et prudentia? Dicimus necesse esse, quod ubi reperitur diuersa ratio virtutis, ibi oporteat virtutem distingui; habet autem aliquis actus virtutis rationem ex hoc solum, quod facit facultatem boni operis, sed etiam usum. Ars autem facit facultatem boni operis, quia non respicit appetitum, tanquam praesupponens rectitudinem appetitus, cuius diuersitatis ratio est, quia ars est recta ratio factibilium 6.° *Ethicorum.* Prudentia uerò est recta ratio agibilium; differt autem facere et agere, quia ut probatur 9.° *primae Philosophiae,* factio est actus transiens in exteriorem materiam, sicut aedificare, secare et huiusmodi. Agere autem est actus permanens in ipso agente, sicut videre, velle et huiusmodi. Itaque fit, ut eo modo se habeat prudentia ad huiusmodi actus humanos, qui sunt usus potentiarum et habituum, sicut se habet ars ad exteriores factiones. Perfectio autem et rectitudo rationis dependet ex principiis ex quibus ratio sillogizat, sicut dictum est, quod scientia dependet ab intellectu, qui est habitus principiorum, et praesupponit ipsum: in humanis autem actibus se habent fines sicut principia in speculatiuis, ut dicit in 7.° *Ethicorum;* ideò ad prudentiam, quae est recta ratio agibilium, requiritur, quod homo sit bene dispositus circa fines, quod quidem est per appetitum rectum; et ideò ad prudentiam requiritur moralis virtus, per quam fit appetitus rectus: bonum autem artificialium non est bonum appetitus humani, sed bonum ipsorum artificialium; et ideò ars non praesupponit appetitum rectum;

(1) M. V.: sapientia non sit nisi vna.

indè est, quod magis laudatur artifex qui nolens peccat, quàm qui peccat uolens; magis autem contrà prudentiam est quod aliquis peccet uolens, quàm nolens, quia rectitudo voluntatis est de ratione prudentiae, non autem de ratione artis; sic ergò perspici potest ratio cur in practico intellectu sit duplex virtus intellectualis, scilicet prudentia et ars.

Quartum problema: propter quod prudentiae virtuti adiungitur Artificii practica et exercitatione ratio colligi potest.

Quintum problema: cur partes integrales prudentiae non sint nisi septem, scilicet memoria, ratio, docilitas, solertia, praeuidentia, circumspectio, cautio, mira ratione ex huius Artificii practica colligi causa potest.

Sextum problema: propter quid partes subiectiuae prudentiae non sint nisi duae; una per quam homo se regit, alia per quam et haec secunda subdiuisa est, scilicet in militarem, domesticam ex Artificio ratio colligi potest.

Septimum problema: cur quatuor cardinales, cur 13 morales, cur theologicae cur septem beatitudines; cur decem praecepta, cur septem dona Spiritus Sancti, et uniuersaliter de omni problemate et non plures subtilissimè et artificiosissimè ex hoc Artificio responde poteris, et in promptu quidem ubi Artificio adhibueris exercitationem.

De vigesimo septimo differentiali et transcendente, qui est inclinatio.

Inclinatio in ea accipitur transcendentia, ut et entibus et non entibus conueniat; nam et priuatio iuxta Aristotelem primo *de Physico Audiio* machinatur ad maleficium, quam sententiam constat esse Platonis machinari autem ad maleficium iuxta Commentatorem (1) in penultimis ommentis primi *Physicorum* est ad non esse non ens inclinatio. Res praeterea entes habent suas inclinationes: uel naturales quae sequuntur formam naturalem; uel sensitiuas per appetitum sensitiuum, quae sequuntur formam sensitiuam; uel intellectuales et uoluntarias per appetitum, qui dicitur voluntas, qui sequitur formas per intellectum apprehensas.

De octauo termino differentiali et transcendente, qui appellatur esse uel non esse.

Esse uel non esse, quem octauum terminum inter differentiales et transcendentes numeramus, conuertitur in hoc termino veritas, de qua 4.° *pri-*

(1) Averroes, ó sea Abulwalid Mohámmed ben Ahmed ben Mohámmed ben Ahmed ben Ahmed ben Roxd (1126-1198).

mae Philosophiae, cur res dicit esse quod est, uel non esse quod non est, quod etiam nihilibus conuenire potest, ueritas est: cum uerò dicit res esse quod non est, uel non esse quod est, falsitas constituitur.

De nono termino differentiali, qui est instinctus.

Instinctum accipimus hoc modo. Cum omne opus naturae sit opus intelligentiae, uidetur quaecumque res naturalis habere instinctum ad suum finem, tanquam si haberet sapientiam, nam instinctu et impressione sapientiae mouetur, vndè instinctus est ipsa sapientia; instinctus de relictis in secundis causis ex sapientiae impressione, et remanet in communi nomine, et uocatur instinctus praesertim in rebus purè naturalibus; imò et in ipsis non entibus proportionabiliter, in substantiis autem intellectualibus ipse instinctus uel sapientia earum est uel scientia, uel prudentia, uel intellectus, uel ars.

De termino decimo differentiali, qui est medium.

Medii ratio, quae ad hanc rationem Artificii pertinet, in hoc sita est, ut id sit per quod ad aliud peruenitur. Et quoniam per non esse perueniri ad esse potest, ut facilè et in creatione rerum et in generatione perspici potest, fit ut ipsum nihil et non esse sit medium; imò ratio medii tantae est transcendentiae, ut ipsum principium sit medium, nam per principium peruenitur ad medium, et per finis est medium per quod agens mouet, et mouetur materia; et unaquaeque res est medium uel coniungendi rem, uel abnegationis extremorum, uel participationis extremorum.

De vndecimo termino differentiali, qui est terminus.

Vnaquaeque res et unumquodque nihil uel terminatur et finitur suis terminis, uel alienos terminos finit; et ideò fit ut omne ens et omne nihil sit finis, et terminus, cuius aequiuoca sunt perfectiones finis sicut causa finalis sicut punctus lineae, et linea superficiei, et superficies priuationis, sicut mors est uitae terminus.

De termino duodecimo differentiali, qui est principium.

Principium hic accipitur, quod antè omnia est uel absolutè, uel in suo genere, ut omne prius est principium, et omnis causa, et non ens, cum non est ante ens.

De termino XIII differentiali, qui est gradus.

Hic appellatione gradus intelligimus id, quo aliquid ad aliud comparatur uel ut excedens, uel ut excessum; quod uel per magis, et minus, uel maius, et minus, uel quemcumque comparatiuum gradum et superlatiuum exprimere solemus. Vndè Augustinus dicit, nihil esse materiae proximum, et materiam propè nihil, et una natura est alia perfectior, et alia minus perfecta: est ergò gradus enti et nihilo communis.

De termino XIV differentiali, qui est gradus negatio.

Appellatione negationis gradus uenit aequalitas, quemadmodum appellatione gradus uenit magis et minus; et quia non modò duo entia possunt esse aequalia uel in perfectione, uel in quantitate, uel permanentia, et si de reliquis xxv. transcendentalibus, sed etiam duo nihilia in nihilitate aequalia sunt, ideò non gradus, id est, non aequalitas enti et non enti communis est.

De XV termino transcendenti, qui est ordo.

Ordo est respectu prioris et posterioris uel tempore, uèl natura, uel origine, uel duratione; conuenit autem non esse, quia esse praecedit in creatis, et esse quia est posterius non esse, quod sine ordine intelligi nequit.

De XVI termino transcendenti, qui est distinguibilitas.

Distinguibilitatem ità transcendentem hic accipimus, ut non solum conueniat differentibus, sed ètiam non eisdem: vnde quia entia differentia sunt, nihilia autem non eadem, fit ut distinguibilitas communis sit entibus èt nihilibus; et quoniam tot sunt differentia quot non eadem, genera autem differentiarum, seù distinctionum, siuè secundùm peripateticos, quos Thomistas appellant, siuè secundùm peripateticos, quos appellant Scotistas, duplex sit, scilicet differentia, siuè distinctio ex natura rei, et differentia, siuè distinctio rationis; et rursùs distinctio ex natura rei secundùm Scotistas quintuplex, scilicet formalis, realis, essentialis, se totae obiectiuae, se totae subiectiuae, fit ut totuplex sit ratio scilicet

***

rationis, et ex natura rei, et rursùs ex natura rei quintuplex, scilicet, formalis, realis, essentialis, se totae subiectiuae, se totae obiectiuae. Sunt ergò tot in genere , quot sunt in genere non eadem quae scilicet communia nihilibus et entibus sint.

De XVII termino differentiali, qui est prima intentio.

Conceptus cuiuslibet rei qui est natus fundare secundam intentionem, dicitur prima intentio. Hic autem conceptus communior est conceptui entis, cum ei conueniat et suis passionibus; sed quoniam prima intentio per secundam intentionem est, cum diximus, quod est conceptus cuiuslibet rei, qui est natus fundare secundam intentionem; ideò fit, ut ratio primae intentionis sine ratione secundae intentionis intelligi non possit; ideò sequitur de intentione secunda, quam constet ente esse communiorem.

De XVIII termino differentiali, qui est secunda intentio.

Hic quoque terminus cum differentialis sit, tunc ente communior; quod ut intelligas quibus legibus secundam intentionem à prima discernere possis, quatuor subiicio regulas, quibus id euidenter cognoscere ualeas.

Prima regula, quae à natura subalternationis sumenda est, quomodo aliquod commune et superius assignatur multis et non est eis essentiale, illud est secunda intentio, sicut genus assignatur, et dicitur de animali, et lapide, et species de homine et leone, et non essentialiter. Haec regula non habet instantiam, nisi in denominatiua praedicatione . Secunda regula accipitur ex natura praedicationis, et est ista: quidquid praedicatur de superiori et inferiori affirmatiuè, et è conuerso, quia quando alterum de altero praedicatur &, ità propositio habet instantiam in secundis intentionibus, et non alibi; quia dato quod homo sit species, et animal sit genus, non ob id homo est genus; et dato quod Sortes non sit species, homo tamen est species, undè per id secunda intentio cognoscitur, quia regula illa quomodo alterum de altero praedicatur & ubi fallit. Tertia regula accipitur ex natura definitionis, et est ista: vbicumque locus à definitione tenet, ibi accipiuntur primae intentiones, sicut: est homo, ergò animal rationale. Sed iste locus à definitione uel descriptiuè non tenet in secundis intentionibus; sicut animal rationale est definitio, ergò homo est definitio non sequitur. Quarta regula accipitur de argumentationis ratione; nam semper rectè argumentaris ab inferioribus ad superiora, praeterquam in secundis intentionibus, unde licet sequitur: homo est animal, ergò homo

est substantia, non tamen sequitur: homo est species, ergo substantia est species.

De vnitate, XIX transcendente.

Vnum esse ante ens, et ente et Plato senserit, et nos euidentissimè probamus in libro de duabus Philosophiis; et hìc unam uel breuem rationem subiicimus, nam vnitas et entitas sunt duae quidditates, omnes autem duae quidditates sunt duae unae est ergò vnitatis quidditas una non unitate consequente ens, quia per ipothesim ab illa distinguitur, ergò vnitate praecedente ens.

De numero, XX transcendente.

Numerum in tanta transcendentia hic accipimus, in quanta Plato et Pitagora accipere solitus est, ut affirmaret omnia esse numeros, usque ad animam, quem Plato arbitratus est esse numerum se ipsum mouentem, ut omnem multitudinem inuicem proportionatam numerum appellarit; et quoniam unumquodque ex suis principiis in esse constitutum est, principia autem sine numerositate atque distinctione intelligi non possunt; imò ipsum ens ex principiis constitutum numerosis, nunquam subsisteret, nisi esset à suis principiis numeratum, fit ut omne ens uel sit numerus numeratus, si ex principiis est constitutus, uel sit numerus numerans, si sit ipsum principium constituens.

De positiuo, XXI termino transcendente.

Sed et positiuum terminum constat ente communiorem, cum omni enti conueniat et entis passionibus non dicentibus negationem aut priuationem.

De priuativo, XXII termino.

Tot autem sunt priuationes, uel negationes, quot positiones sunt, uel affirmationes oppositae: vnde efficitur ut paris sit communitatis priuatio, uel negatio, quod pro eodem hic accepimus, sicut fuit opposita affirmatio.

De habitudine, XXIII termino.

Constat autem esse relationes; quae omne ens sicut distinctio respectus multoformis habitudo ad aliud; quae quodam est ipsa distinctione atque respectu.

De quaesito, XXIV termino.

Hic uigesimus quartus, quem quaesitum nominamus, eius est generis, ut ab eo pendeat penè tota huius Artificii ratio: vnde iure diligentius est, pro quo animaduertendum, quod ut *Analeticis Posterioribus* in principio secundi voluminis, quaestiones sint aequales numero iis quae uerè sciuntur, est necesse ut plura scibilia esse non possint, quàm dubitabilia, uel quaesibilia; et quoniam omne ens est intelligibile, et omne non ens, cum negationes cognoscantur per affirmationes, fit ut communius sit quaesitum ente et non ente; sed subtiliter inuestigandum est quot sunt quaesibilia in quacumque scientia scibilia. Id autem facilè assequi poterimus, si in primis probauerimus numerum quaestionum in genere. Deinde si artem applicandarum earum cuicumque exposuerimus, quomodo dilucidius primam particulam exequi possimus, ità tractandum tamen commodè arbitramur; si numero subtiliter animaduertenda subiecerimus.

Primum animaduertendum est, nihil per naturam sciri posse, nisi omne scitum atque dinumeratum quaestio praecedat; ratio huius est, nam scientia minime conqueri potest nisi per dinumerationem; dinumeratio autem haberi non potest nisi per medium, neque medium nisi per quaestionem. Praecedit ergò quaestio inuentionem medii, et ipsum medium inuentum praecedit conclusionem et scientiam; nam quemadmodum est in artificialibus, ut cognoscens finem, quaerat medium ad illum finem, et per illud medium agat finem, sicut medicus cognoscens sanitatem, quaerit medium, deinde inducit sanitatem, et sciens secare propter secare dura quaerit medium, scilicet ferrum ad illum finem, deinde facit secam ferream secantem dura; ità in speculatiuis cognoscens dinumerationem esse propter scire, quaerit medium, quo inuento facit denumerationem generantem scientiam.

Secundum animaduertendum est, ut est in *Analethicis posterioribus,* libro primo, dinumerans non interrogat, sed dialecticus, quod ità Aristoteles ipse eodem volumine interpretatur, ut intelligitur, tàm dialecticum, quàm demonstratorem interrogare, sed non eodem modo, nam dialecticus interro-

gat de utraque parte contradictionis, et habet uiam probandi quamlibet illarum; sed dinumerator sicut non dinumerat nisi unam partem contradictionis, quia ueram et necessariam, ità de illa tantùm interrogat.

Tertium animaduertendum, Aristotelem in secundo *Analethicorum posteriorum* iure distinxisse quatuor genera quaestionum respectu omnis scibilis, scilicet si est, quid est, quia est, et propter quid est. Ratio huius distinctionis est, nam omnis quaestio circa duo genera scibilium dumtaxat uersari potest, scilicet circa incomplexum et complexum: si circa incomplexum, aut de esse incomplexi quaeritur, et ità est quaestio si est; aut de quidditate eius, et ità est quaestio quid est: si circa complexum, aut ergò quaerit de inhaerentia praedicati ad subiectum absolutè, et sic est quaestio quia est, aut quaerit causam propter quam illud praedicatum inest illi subiecto, et sic est quaestio propter quid.

Quartum animaduertendum, illas superiores quatuor quaestiones habere ad se inuicem ordinem essentialem; nam quaestio propter quid est, praesupponit quaestionem propter quia est; et quaestio quia est, praesupponit quaestionem quid est; et quaestio quid est praesupponit quaestionem si est: vnde quaestio composita praesupponit simplicem; et quaestio de quidditate praesupponit quaestionem de esse; et quaestio de causa inhaerentiae praesupponit quaestionem de externa inhaerentiae.

Quintum animaduertendum, quaestiones esse in duplici differentia; nam quaedam ponunt in numerum, et quaedam non: dicitur enim quaestio de secundo adiacente non ponere in numerum; et de tertio adiacente ponere in numerum; cuius est triplex ratio. Prima nam quaestio de secundo adiacente non habet praedicatum; quaestio autem de tertio adiacente habet praedicatum. Constat autem, quod subiectum non facit numerum; subiectum autem et praedicatum benè faciunt numerum. Secunda ratio est, quia quaestio si est, nullam quaestionem praesupponit; et quaestio quid est, tantùm praesupponit quaestionem si est; ideò nulla illarum ponit in numerum; sed quaestio quia est praesupponit duas quaestiones, scilicet si est, et quid est; et quaestio propter quid praesupponit tres, uidelicet, quia est, quid est, et si est. Ideò tàm quaestio quia est, quid est, et si est; ideò tàm quaestio quia est, quàm quaestio propter quid ponit in numerum, cum duo et tria sint numeri. Tertia ratio, nam primae et secundae quaestiones quaerunt de esse essentia rei, quae idem est cum ipsa re; aliae autem quaerunt de subiecto, et propria passione, quae realiter distinguuntur: ideò primae et secundae quaestiones dicuntur non ponere in numerum, et ultimae ponunt in numerum.

Sextum singulariter animaduertendum quantum ad huius Artificii rationem pertinet, quod quaestiones quadrupliciter distingui possunt. Primo iuxta distinctionem quaestionum praedicamentorum, et ità sunt decem quaestiones, sicut decem sunt praedicamenta. Secundo iuxta distinctionem

praedicatorum quaesitorum; et ità quatuor sunt quaestiones, sicut quatuor sunt praedicata quae dicuntur de specie, scilicet genus, differentia, proprium, accidens. Tertio iuxtà distinctionem accidentium propositionis cathegoricae in communi, et sic sunt tres: quae, qualis, quanta. Quarto iuxtà distinctionem adiacentium propositionis cathegoricae, et sic sunt quatuor quaestiones, quarum duae competunt de secundo adiacente, et aliae duae correspondent propositioni de tertio adiacente.

Septimum subtiliter animaduertendum in quo puncto omnes logici posterioristae ut plurimum errant; putant ením omnes quaestiones formabiles de re in quacumque materia esse alteram illarum quatuor, scilicet, si est, quid est, quia est, et propter quid est, quod falsum est. Aiunt enim omnes quaestiones praedicamentorum reduci ad istam quaestionem quia est, ob id quod quaerunt de inhaerentia praedicati ad subiectum, cum istae propositiones sint de tertio adiacente=Sortes est qualificatus, Plato est quantus, Cicero est in loco uel tempore, circa quas uersantur illae quaestiones; sed isti quidem neque rectè, neque subtiliter sapiunt; nam non est uerum has quaestiones uersari circa has propositiones, sed praesupponere potius eas; nemo enim quaerit quantus est statura Golias gigas, I. *Regum* 17.° (1), nisi praesupponens quantum esse Goliam gigantem, alioquin de non quanto quaereret quantitatem, infrà de quaestionibus dici potest secundum alias cathegorias, scilicet qualis est ad quid refertur, ubi est, quod agit, quid patitur, quando est, quomodo est, quo pacto habiturus est, ad quam situs est, undè est.

Octauo animaduertendum Aristotelem secundo *Posteriorum* superiores quatuor quaestiones enumerantem, non fuisse locutum de omnibus quaestionibus, sed dumtaxat de iis quae terminari per scire possunt iuxtà intelligentiam eius posterioristicae conclusionis: quaestiones sunt aequales numero iis quae uerè sciuntur, tantùm autem contigit quatuor uerè sciri, tantùm ergo quatuor sunt quaestiones; minor declaratur: nam nihil uerè sciri potest nisi per definitionem uel per demonstrationem; quod si per definitionem, illi scibili respondere necesse est quaestionem quid est; si per demonstrationem, aut ergò per demonstrationem concludentem propositionem de secundo adiacente, aut concludentem propositionem de tertio adiacente: si propositionem de secundo adiacente ut quod primus motor est, quod prima causa est, et illi respondet quaestio si est: si autem demonstratio concludit propositionem de tertio adiacente, aut ergò per effectum, et sic praecedit quaestio quia est, aut per (2) et sic praecedit quaestio propter quid. Constat autem plures sciendi modos esse non posse,

(1) Et egressus est vir spurius de castris Philistinorum, nomine Goliath, de Geth, altitudinis sex cubitorum et palmi. I. *Samuel* (I. *Reg.*) 17, 4.

(2) *Así en N., M. y V., pero se nota que falta* [illegible] causam.

ergò nec plures quaerendi modos, si quaesibilia ad scibilia referas; de his enim tribus modis sciendi per demonstrationem facit Commentator mentionem secundo *Physicorum* triplicem esse demonstrationem, scilicet simplicem, quia est, et propter quid est; ubi per demonstrationem simplicem intelligit demonstrationem propositionem de secundo adiacente.

Nono animaduertendum iuxtà sententiam Philosophi 2.° *Poster.*, quod omnes quaestiones reducuntur ad duas, uidelicet ad si est, et quid est: id autem ità demonstramus ut ille subtiliter demonstrat; nam quaestio quid est et quaestio quia est reducuntur ad quaestionem si est, et quaestio quid est et quaestio propter quid reducuntur ad quaestionem quid est; nam cum quaerimus si est, aut quia est, quaerimus de medio si est; et cum quaerimus quid est, et propter quid, quaerimus quid est illud medium; ergo omnes illae quaestiones reducuntur ad si est medium, et quid est medium, uerbi causa: cum quaerimus utrum homo sit risibilis, quaerimus utrum sit medium in quo homo sit risibilis, uel causa risibilitatis, quia idem est medium et causa: si autem quaerimus quid est illud medium, quo homo est; et cum quaerimus propiùs quid homo est risibilis, quaerimus quid est illud medium quo homo est risibilis.

Decimo animaduertendum, quod quaestiones sunt quatuor et respiciunt quaestiones et causata, uidelicet si est, quid est, quia est, et propter quid est; ut autem respiciunt media, sic sunt duae, uidelicet si est, et quid est, quia nunquam quaeritur, nisi si est medium, aut quid est illud medium, ut dictum est; et ità fit, ut quaestiones reducantur in media, non tamen sunt illa media; ità illae quatuor quaestiones reducuntur ad illas duas, non tamen sunt illae duae.

Undecimo animaduertendum, quod omnes quaestiones reducuntur ad unam, scilicet ad quaestionem medii: haec conclusio est Aristotelis 2.° *Poster.* cuius ratio triplex esse potest, ut ex eius dictis colligi potest. Prima ratio est, nam omnis quaestio est quaestio causae; omnis ergò quaestio est quaestio medii, nam medium et causa hic pro eodem accipiuntur, sed ità demonstramus, nam cum quaeritur si est homo, quaeritur si est aliqua causa, qua homo est; et cum quaeritur quid est homo, quaeritur quae est ista causa, qua homo est; deinde cum quaeritur, utrum homo rideat, quaeritur utrum sit aliqua causa qua homo ridet, et cum quaeritur propter quid homo ridet. Secunda ratio sumi potest ex omnium quaestionum discursu, nam quid est et quia est sunt quaestiones medii: similiter si est et quia est sunt quaestiones medii; quid est, et propter quid est, sunt quaestiones medii; omnis ergò quaestio est quaestio medii ità probamus de illa propositione dubitabili: luna eclipsatur, primò enim quaeritur utrum luna eclipsatur, qua quaestione intelligitur utrum sit medium cognoscendi lunam eclipsari; deinde quaeritur quid est illud medium quo luna

eclipsatur; igitur &. Qui autem si est, et quid est sint quaestiones medii, siue propositio dicat esse uel non esse simpliciter, uel si dicat esse uel non esse secundum partem, et hoc per se uel per accidens, uerbi gratia: homo est dicit esse simpliciter; sed homo est risibilis dicit esse secundum partem, et hoc per se; sed animal est risibile uel homo est albus dicit esse secundum partem per accidens, et omnis quaestio circa aliquam istarum est quaestio medii: si enim quaeritur utrum homo est risibilis, uel utrum homo est albus, consequenter quaeritur utrum sit medium essendi uel cognoscendi hominem esse, aut hominem esse risibilem, aut hominem esse album: similiter de luna, terra et triangulo fit quaestio si est, dicens esse simpliciter, ut si luna est, uel si terra est, aut triangulus; fit etiam quaestio, quia dicit esse secundum partem, uidelicet utrum luna eclipsetur; et an triangulus habeat tres angulos aequales duobus rectis, et an terra sit in medio mundi, uel non, et perspicuum est, quamlibet istarum esse quaestionem medii. Prima enim quaestione quaeritur medium lunam, terram uel triangulum esse. Secunda autem quaestione quaeritur, utrum sit medium cognoscendi lunam eclipsari, aut triangulum habere angulos, aut terram esse in medio mundi; idem probari potest de quaestione quid est, et propter quid. Tertia ratio est, nam omnis quaestio quaerit id quo habito cessat quo illa, sed habito medio cessat omnis quaestio; ergo omnis quaestio est quaestio medii, quod declaratur exemplo sensibili, nam ex quo non uidimus lunam, quaerimus si est eclipsis, et quid est illa eclipsis, et utrum eclipsis sit in luna, et propter quid eclipsis sit in luna; si autem essemus supra lunam uidentes terram interponi inter solem et lunam, cessarent omnes illae quaestiones, solum habita notitia huius medii, scilicet terram poni inter solem et lunam.

Duodecimo animaduertendum, cur cum decem sint quaestiones secundum numerum praedicamentorum tantùm in agilibus ponantur septem, quae uocantur circumstantiae à Cicerone, quanquam Aristoteles 3.° *Ethicor.*, quartum adiunxerit; dicendum est quod omnes hae quaestiones circumstantes actum uel uirtuosum uel uitiosum ad superiores uel penès cathegorias decem enumeratas, uel ad illas quatuor enumeratas secundum differentias cognitionum scibilium referri possunt. Pro cuius explicatione animaduertendum est Ciceronem in *Rhetoricis* attulisse humanarum actionum has septem circumstantias, quas constat in eo uulgarissimo uersiculo contineri: quis, quid, vbi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando: nam in actibus humanis considerandum est, quis fecit, quibus auxiliis uel instrumentis fecit, quid fecerit, ubi fecerit, quomodo fecerit, et quando fecerit. Sed Aristotelem 3.° *Ethicorum* aliam constat, scilicet circa quid; quae à Cicerone sub quid comprehensa est. Ratio autem eius enumerationis est, nam circumstantia dicitur quae extra substantiam actus existens aliquo modo attingit ipsum. Id autem tripliciter contingere potest: uno modo in

quantum attingit actum; alio modo, in quantum attingit causam actus; tertio modo in quantum attingit ipsum effectum. Primum autem actum attingit uel per modum mensurae, sicut tempus et locus, uel per modum qualitatis actus, sicut modus agendi; ex parte autem effectus, ut cum considerat quid aliquis fecerit; ex parte uero causae actus quantum ad causam finalem accipitur propter quid; ex parte autem causae materialis siuè obiecti accipitur circa quid; ex parte autem causae agentis principaliter accipitur quis egerit; ex parte uerò causae agentis instrumentalis accipitur quibus auxiliis.

Decimotertio animaduertendum est Aspharabium (16) philosophum et rectè quidem distribuisse quaestiones per regulas, quem Raymundus secutus est, ut

Vnum habet tres	Possibilitatem. Affirmationem. Negationem.
Quid est	In se. In alio. Habet in se. Habet in alio.
De quo	Cuius.
Quare	Materia. Forma. Finis.
Quantum	Continuum. Discretum.
Quale	Proprium. Improprium.
Quando	Pars in parte. Pars in toto.
Vbi	Totum in toto. Totum in parte. Totum transmittit suam similitudinem in partes. Totum in toto. Totum in parte. Pars in parte. Pars in toto. Transmittit suam similitudinem in partes.

(16) *Así, por:* Alpharabium.

Quomodo..................... Vt prius.
Cum quo..................... Vt prius.

Decimo quarto animaduertendum quo pacto permiscendae sunt quaestiones, sed de his alio loco dicemus commodius.

Hic quoque terminus transcendentissimus est, nam et ipsis transcendentissimis communis, scilicet permanentiae, quae durationis mensura est, et quantitati, quae omnium mensura est.

Hunc quoniam omnes terminos ex quibus differentiae sumi possunt ad duas differentias diximus esse distributos, scilicet ad terminos transcendentes ens et non transcendentes ens, et de XXV. transcendentibus ens executi sumus quoad huius rationem Artificii necessarium arbitrati sumus: superest, ut de terminis dixerimus ens non transcendentes, quos rursus in duas partimur differentias, nam illi quidem uel aequales enti sunt, id est paris cum ente communitatis, uel inferiores ente sunt: paris cum ente communitatis duplices sunt, nam uel entis sunt passiones, uel entis modi; quos Scotistarum doctrina modos intrinsecos appellat. Entis passiones duplices sunt, nam uel simplices sunt, uel disiunctae: simplices entis passiones sunt quinque, Vnum, Verum, Bonum, Aliquid, Res. Disiunctae passiones sunt: Prima ens in anima et extra animam. Secunda ens reale et rationis, quae passio disiuncta secundum Scotistas est distincta à prima disiuncta passione, eo quod ex natura rei ens abstrahit ab ente reali et rationis. Tertia ens absolutum et respectiuum. Absolutum est duplex, scilicet absolutum quod est in se, sicut substantia; et absolutum quod est in alio, sicut qualitas. Ens respectiuum diuiditur in respectiuum intrinsecum, et id est praedicamentum relationis, et respectiuum extrinsecum, et iste aut dicit habitudinem totius ad totum, aut partis ad partem: si partis ad partem, aut est habitudo partium in toto, et sic est quantitas, aut habitudo partium in loco, et sic est situs: si est habitudo totius ad totum, aut est circa contrarietatem, aut circa adiacentiam: si primo modo, aut se tenet ex parte potentiae actiuae, et sic est actio; aut ex parte potentiae passiuae, et sic est passio; si autem circa adiacentiam, aut talis est adiacens subsistens, et sic est habitus; aut adiacens non subsistens, et sic aut ad locum, et sic est vbi, aut ad tempus, et sic est quando. Quarta passio disiuncta est substantia, vel accidens, uel ens in se, et ens in alio. Quinta passio entis disiuncta est vnum, et multa. Sexta passio disiuncta est idem . Septima passio disiuncta affirmatio, negatio. Octaua passio disiuncta est potentia et actus. Nona passio entis contingens, necessarium. Decima passio entis est quantum, et non quantum, et quantum subdiuiditur in finitum, et infinitum. Undecima passio disiuncta est vniuocum, aequiuocum. Duodecima passio disiuncta est causa, et causatum. Decimatertia passio disiuncta ens simplex, compositum. Nota tamen secundum ueram Metaphysicam, quod diui-

sio entis in absolutum et respectiuum, non est diuisio entis in passiones distinctas, sed potius in differentias quidditatiuas: aliud quod diximus aliquo modo aequale enti est eius modus, quem intrinsecum uocant Scotistae, eo quod additum rei, cuius est modus, non uariat rationem formalem, cum tamen non sit extrà rationem formalem, vndè quia de ratione formali non est, modus appellatur, quia extrà rationem formalem non est, intrinsecus dicitur. Sunt autem septem diuisiones ad modos intrinsecos pertinentes, quarum prima est entis in finitum et infinitum. Secunda est in aeternum et temporalem. Tertia entis in contingens et necessarium. Quarta entis in realem et non realem. Quinta entis in actum et potentiam. Sexta entis in existentem et non existentem. Septima entis et cuiuslibet naturae specificè in sua indiuidua quae appellatur á Scotistis Haec, et eorum rationes indiuiduales Hecceitates, Vnde colligitur sex modos intrinsecos esse in Deo. Primus est infinitas, quia sinè termino. Aeternitas, quia sinè principio. Necessitas, quia sinè obstaculo. Realitas, quia non tantum in anima. Actualitas, quia actus purus. Existentia necesse esse. Hecceitas, quia de se hic. Praeterea in creatura uidetur finitas, quia limitata. Contingentia, quia dependens. Temporalitas, quia cum principio. Realitas, quia subsistit. Actualitas, quia producta. Existentia, quia causata. Hecceitas, quia indiuiduata. Ente autem inferiora sunt sub praedicamentis contenta, quae sunt substantia, quantitas, qualitas, relatio, actio, passio, situs, quando, vbi, habitus. Sub substantia continentur corporea, incorporea. Sub incorporea angelus, anima. Sub angelo nouem ordines angelorum, scilicet Angeli, Archangeli, Cherubim, Seraphim, Principatus, Potestates, Dominationes, Throni. Sub anima triplex: sensitiua, uegetatiua, intellectiua. Sub corporea substantia duplex simplex, mixta simplex duplex, scilicet coelestis elementaris. Coelum decuplex: Empireum, Christalinum, Zodiacus, Saturni, Iouis, Martis, Solis, Veneris, Mercurii, Lunae. Elementaris quadruplex, Ignis, Aer, Aqua, Terra. Ignis per tria interstitia diuisus est: supremum, medium et infimum. Eodem modo aerem constat esse diuisum. Aqua autem diuisa est in quinque: in maria, flumina, lacus, stagna, fontes. Mare autem rursus in Oceanum et Mediterraneum subdiuisum: maria autem mediterranea in quatuor quartas habitabiles nostrae regionis distributa sunt, ut pars orientalis ab Oceano usque ad medium nostrae habitabilis habeat octo maria, id est mare Caspium, Persicum, Tyberiadis, mare Aspaltanes, mare rubrum, mare Arabicum, quod dicunt sinum Arabicum, mare Capharnaum, mare mortuum, quod est in Pentapoli regione. Secunda quarta, quae continuatur Oceano ex parte occidentali continet maria undecim, mare Tyrrenum, mare Adriaticum, mare Orcadum, mare Gaditanum, huic pertinet mare Ionium, et Egeum, mare Londates, mare Tilles, mare Tricaui, mare ad columnas Herculis, mare quod fretum dicitur. Tertia quarta scilicet septemtrionalis habet maria nouem, id

est, Irtilum, Pontum, mare Meotis, Bofforos, mare Fores, Ciromaricum, mare Thracium, mare Propontidis, Bifforon. Quarta quarta scilicet meridiana, quae tamen ad notitiam Augusti et Senatus Romani peruenire poterant, habet duo maria, mare Carphacum et mare Tyrrenum. Flumina praeterea eodem modo per quartas distributa sunt, ut prima quarta orientalis habeat flumina viginti duo, Theorides, Exos, Cigloton, Ganges, Camestis, Sigotas, Idaspes, Eufrates, Ermodius, Carmenta, Cortucis, Sura, Chisordas, Tigris, Alibetica, Aliopagite, Anxius, Pactolus, Chrisois, Eleuter, Adonis. Secunda quarta occidentalis habet flumina vndecim, scilicet Baetis, Tagus, Iberus, Arar, Rodanus, Arona, Bicornius, Danubius, Suauus, Trimon , haec autem flumina famosiora sunt. Tertia quarta septentrionalis habet flumina uiginti nouem, Tanaim, Boristenem, Meotidem, Hais, Thes Phasim, Coresten, Thipimum, Galdem, Spiramos, Parcium, Archilouum, Alphenium, Eurotas, Rudaium, Criniuam, Chenandrum, Surum, Asdrubulam, Vitinia. Quarta meridiana habet duos fluuios notos, Nilum et Bagradam. De fontium, et paludum, et stagnorum differentiis tractare in aliud opus reseruamus. Haec enim pro necessitate Artificii non tractasse exactissimè, sed primis, ut aiunt, labris degustasse satis fuerit terrae elementi partes et species per differentias situum circum scribitur, nam terrae partes trifariam diuisae sunt; quoniam aut montuosae sunt, aut planae, aut decliues. Montuosa pars diuisa est secundum quatuor quartas nostrae habitabilis. Primum quidem montes attingemus uaria per Orbem Terrarum plaga sitos. Pars orientalis quarta ab Oceano usque ad medium nostrae habitabilis habet montes septem. Primus Caucasus, Secundus Armenus, Tertius Carmestes, Quartus Sinai, Quintus mons Bodian, Sextus Libanus, qui est Pheniciae Regione, Septimus Cassius est uocatus. Secunda pars, scilicet secunda quarta est quae continuatur Oceano ex parte occidentali, quae continet montes sexdecim famosissimos. Primus Trierius, Secundus Alpes, quae sunt plurimae inter Lombardam et Teutonicam, Tertius Apenninus, Quartus Baltaris, Quintus Emimi, Sextus montes Rhodopeti, Septimus Albanus, Octauus Pirene, Nonus Marses, Decimus Taburan, Vndecimus Cimium, Duodecimus Soractes, Decimus tertius Olimpus, Decimus quartus Oceanus, Decimus quintus Tamius, Decimus sextus Fida. Alii praeter istos sunt penè innumeri, qui apud gentes illas habitantur, et nominantur propriis nominibus. Tertia quarta, quae dicitur septemptrionalis, habet famosissimos montes decem. Primus Iforeum, Secundus Rofea, Tertius Ifanim, Quartus Ifarium, Quintus Caucasus, Sextus Enium dumtaxat per quamdam partem Germaniam minorem montuosam attingens, Septimus Enodii, Octauus Ha, Nonus Cauinastes, Decimus Gratus. Vltima quarta, quae meridiana est, habet montes sex. Primus Piranides, Secundus Pironice, Tertius Paucras, Quartus Ferratus, Quintus Atlas, Sextus Cornessa. Mixtum corpus duplex est, uel in uia ulte-

riori mixtionis existens, uel iam in specie determinata mixti constitutum. Corpus autem mixtum in uia mixtionis existens habet duas differentias, uel genitum ex uapore, uel non genitum. Secundo modo duplex Galaxia et Cometa, iuxtà quorumdam scientiam. Primo habet quatuor differentias, nam uel genitum ex uapore calido et sicco; uel calido et humido; uel frigido et humido; uel frigido et sicco. Mixtum in uia mixtionis existens genitum est uapore calido et sicco, habet octo species: ignis perpendicularis, draco, uel candela extensa in latus, ignis oblongus, siuè candela extensa in longum, candela rotunda, A sub descendens, A sub ascendens; utrumque tam ascendens quam descendens habet duodecim species, corruscatio, diuisa in fulgur, et fulmen, globus, trabes, fauces, sydera uolantia, syderi draco ludens, multi dracones, draco mouens ignem, ardores scissi à casma corona. Corpus autem mixtum in uia mixtionis frigidum et humidum duplex est, uel ex multis uaporibus commixtum, ut nubes, iris, nebula, uel ex frigido et humido solum, et diuiditur in species, ros, pruina, grando, gutta, nix, pluuia, fluuius, fons, stagnum, lacus, puteus. Mixtum uerò in uia mixtionis genitum ex uapore frigido et sicco, ventus est, qui est quadruplex cardinalis, et quilibet cardinalis habet duos collaterales. Primus ventus cardinalis est subsolaris, cuius duo sunt collaterales: primus Vulturnus uersùs septemtrionem, et secundus Corus uersùs Austrum. Secundus cardinalis est Fauonius, et oritur in occidente sub paralello occidentali, cuios duo sunt collaterales, scilicet Circius uersùs septemtrionem, et Zephirus uersùs Austrum. Tertius ventus cardinalis est Auster, et oritur sub Polo Antartico, hic habet duos uentos collaterales, scilicet Notum uersùs orientem, Africum uersus Austrum. Quartus uentus cardinalis est Boreas, qui ortum habet sub Polo Arctico; hic habet duos uentos collaterales, Aquilonem uersùs occidentem, et Eurum uersùs orientem. Mixtum autem in perfecta mixtionis specie duplex est, inanimatum, animatum. Inanimatum duplex, lapis, metallus. Lapidum species duae sunt: communes siuè uulgares, et praetiosos

sunt species. Prima Achates. Secunda Alabastrus. Tertia Albestus. Quarta Allectorius. Quinta Alleuians. Sexta Ambra. Septima Amethistus. Octaua Antrax. Nona Balascius. Decima Calcedonius. Undecima Ceraumius. Duodecima Corallus. Decima tertia Chrisolidus. Decima quarta Christallum. Decima quinta Dionisius. Decima sexta Elitropius. Decima septima Ethites. Decima octaua Eufrona. Decima nona Gigates. Vigesima Gallactites. Vigesima prima Garathides. Vigesima secunda Geracides. Vigesima tertia Granata. Vigesima quarta Electrum. Vigesima quinta Hiacyntus. Vigesima sexta Iaspis. Vigesima septima Lincurius. Vigesima octaua Magnes. Vigesima nona Marcasita. Trigesima Margarita. Trigesima prima Marmor. Trigesima secunda Modan. Trigesima tertia Onyx. Trigesima quarta Paragenus. Trigesima quinta Peanitem. Trigesima sexta Perus. Trigesima septima Pirites. Trigesima octaua Piropus. Trigesima

nona Purpuritus. Quadragesima Rubinus. Quadragesima prima Sagdis lapis. Quadragesima secunda Saphyrus. Quadragesima tertia Sardonix. Quadragesima quarta Selonites. Quadragesima quinta Sarophagus. Quadragesima sexta Turquenses. Quadragesima septima Vernix. Quadragesima octaua Vitrum. Quadragesima nona Vnio. Quinquagesima Smaragdus. Hae quidem quinquaginta sunt famosiores species lapidum praetiosorum. Metallorum uerò species sunt duodecim: sulfur, argentum uiuum, argentum, aurum, auricalcum, ferrum, cuprum, es, calybs, peltrum, stannum, plumbum. Mixtum animatum duplex est, sensibile, uegetabile. Sensibile duplex, rationale ut homo, irrationale ut brutum, habet duas differentias per contradictoria descriptas, brutum aquaticum, non aquaticum; volatile, non volatile; aquaticum uel marinum, uel non marinum. Aquaticorum marinorum decem sunt genera (1). Primum Malachia. Secundum Piscis mollis testae, quod generali uocabulo Cancer dicitur. Tertium Piscis durae testae, quod generali uocabulo Ostrae conchilia dicitur. Quartum est Tricius marinus. Quintum Malach. Sextum est, quod ligneum dicitur. Septimum est, quod ventrale uocatur. Octauum autem quod serpentinum appellatur. Nonum est quod fleumaticum dicitur. Decimum est Spongia marina. Sub ligneo autem continetur animal quod uocatur Strincus. Singulum autem horum generum multas sub se continet species. Nam genus quod est carens sanguine, quoddam inuenitur cuius interiora uentris sunt mollia, sicut caro, et suum exterius est durum, testeum; et quoddam quod è conuerso est exterius molle, et interius durum testeum. Et primum quidem horum, quod est extrà durum, habet durum non curuabile, sicut Ostreum, sed conteribile. Illud autem genus carentis sanguine, quod interpretantur omnes Malach est genus animalis carens sanguine, et carneum eius molle externa, et quod est ex membris eius, durum est interius, et hoc est quod uocatur Sepia; et horum quaedam sunt quae osseum quoddam habent interius, et exterius est molle tremulum, et haec similia sunt Polipus et Calamare. Aliud autem genus est, de quo diximus quod uocatur uulgo mollis testae, et hoc genus conuenit omni generi, quod est durum extrà, et molle intrà; dummodo illud durum, quod habet extrà, non sit conteribile, sed curuabile, sicut testa Locustae maris, quae harabo graecè uocatur, et sicut testa Cancri, propter quod etiam Carabo et Cancrum de specie benè pronunciauerunt philosophi animalis quod uocatur mollis testae. Adhuc autem aliud genus sanguinem non habentis animalis est,

(1) La enumeración que aquí y en los lugares inmediatos hace Fernando de Córdoba, es deficientísima y bárbara. Ni siquiera se atiene al gran ejemplo dado por Aristóteles en la *Historia de los animales*, que Teodoro Gaza tradujo al latín (Venecia, 1476). Yo me limito á reproducir fielmente el texto de N. (con el cual concuerdan M. y V.), sin entrar en cotejos ni en depuraciones que aquí serían de escasísima utilidad.

quod uocatur uulgo habens corium testeum, durae testae, et in hoc genere continetur omnis carens sanguine, habens carnem mollem intrà, et partem duram testeam extrà, ità quod illud durum sit frangibile, sicut sunt genera Ostreorum conchilium, quae graecè uócantur et sibi similia.

Animal autem marinum mollis testae, in quo genere sunt Cancri, multas habet species, scilicet Carabo, id est Locusta maris. Secunda species est Ascacom, id est Cancer marinus sine cauda et sine pennis, et est multorum pedum rotundus. Tertia species Atorim, et sunt quidam Caneruli longi qui contrahuntur et constringuntur uersus extremum caudae. Quarta species est modus cancrorum communium. Tertius autem modus qui uocatur subdiuiditur in species. Nam prima eius species est eius quod uocatur gibbosum propter eminentiam quam habet in dorso suo. Secunda species est eius quod uocatur longissimum propter corporis sui longitudinem; et tertius modus est inter utrumque, et est mediae et mensuratae longitudinis.

Animal marinum durae testae, cum habeat multas species circumscriptas tamen propriis passionibus atque accidentibus, et quia ut et in dialecticis probatum est, circumscriptae species per circumscriptas differentias constituuntur, ideo quatuor sunt species animalis marini durae testae, sicut quatuor sunt differentiae constituentes, quae ex quatuor praecipuè attenditur: Primo modo in substantia animalis. Secundo modo in modo conchae, in qua est. Tertio modo in modo motus. Quarto modo in modo clausurae et apertionis. In substantia quidem ipsius animalis, quando aliquod est molle, et aliquod est durum, et aliquod album, et aliquod nigrum, et aliquod rubeum, et aliquod longum, et aliquod breue, et aliquod paruum, et aliquod magnum, et aliquod habens in se margaritam, et aliquod non habens in se eam, licet conchae omnes aliquid habeant de ratione margaritae.

In conchis uerò, quia concharum aliqua est unica, et aliae sunt duae unius et eiusdem animalis, sed ultrà duas nullum omnino animal habere inuenitur; et iterum alia est rotunda sicut codear et alia est oblonga, quadam spissa compressa, et protracta et attenuata in circuitu, et alia est columnalis sicut in Ostrea, quae inuenitur in mari Italiae, propter quod uocatur canna, propter similitudinem sui ad cannam. Adhuc autem quaedam concharum est spissa, quaedam tenuis, et quaedam in medio, ubi est ostreum, est spissa, et in finibus ubi clauditur, est tenuis sicut Ostreae conchae, quae in pluribus iuxtà lacus et flumina inueniuntur: adhuc autem quaedam est plana, quaedam est aspera, quaedam lineata asperis radiis, de uno centro, ubi Ostreum iacet exeuntibus, et iterum quaedam est alba, quaedam rubea, quaedam nigra, et quaedam habet splendorem margaritae et intus et extrà. Amplius autem quaedam Ostrea egrediuntur de suis conchis, et quaedam manent in eis; et manentium quaedam manent im-

mobiles adhaerentia lapidibus in quibus nascuntur, et quaedam extendunt membra, et quaedam ex concha licet non ex toto egrediuntur. Similiter autem quaedam nunquam aperiunt, quaedam claudunt et aperiunt in una parte tantùm, quaedam in utraque. Horum generum species et aliorum cum proprietatibus distinctis animalium disseremus minutim species singulas partiemur, et superiorem quoque ad ampliorem doctrinam partitionem repetemus; nunc autem ne singulorum generum animalium species specialissimas nobis cognitas praeterire uideamur, alia nobis ratio erit partiendi. Est autem una differentia animalium sumpta quidem et circumscripta penès motum processiuum, et motuum organa, ut dixerimus, duplex esse genus animalis, non uolatile, volatile; non uolatile duplex, gressibile, reptile; gressibile duplex, bipes, ut homo, quadrupes; quadrupes habet centum sex species nobis notas. Primum Alches. 2.m Alphech. 3.m Aloi. 4.m Ana. 5.m Anabula. 6.m Analopos. 7.m Asinus, et diuiditur in domesticum et syluestrem, id est Onagrum. 8.m Aper. 9.m Akabo. 10.m Ahane. 11.m Bonachus. 12.m Bubalus. 13.m Bos. 14.m Camelus. 15.m Canis. 16.m Achama, siuè Rufinus. 17.m Calopus. 18.m Camelopardulus. 19.m Caper. 20.m Capriolus. 21.m Castor. 22.m Catus. 23.m Catthus. 24.m Ceruus. 25.m Chimera. 26.m Cirogrilus. 27.m Cuniculus. 28.m Cricetus. 29.m Cirocrothes. 30.m Cachapleba. 31.m Clamna. 32.m Dammina. 33.m Daxus. 34.m Durau. 35.m Elephas. 36.m Equus. 37.m Equiceruus. 38.m Eale. 39.m Enchiros. 40.m Emptra. 41.m Ericius. 42.m Falena. 43.m Furon uel Furculus. 44.m Furion. 45.m Fela. 46.m Fitiges. 47.m Glis. 48.m Gari. 49.m Genocha. 50.m Guesseles. 51.m Ibex. 52.m Ibulda. 53.m Istrix. 54.m Iona. 55.m Leo, cuius sunt tria genera, ut in proprietatibus dicemus. 56.m Lepus. 57.m Lentococanis. 58.m Leoncophona. 59.m Lacta. 60.m Lana. 61.m Langani. 62.m Linx. 63.m Linthisius. 64.m Lupus. 65.m Luter. 66.m Mulus. 67.m Monocordis. 68.m Molossus. 69.m Marintomorio. 70.m Manticora. 71.m Mus quaelibet. 72.m Mamonethus. 73.m Migale. 74.m Murilegus. 75.m Mustella. 76.m Mus. 77.m Suile, et graecè Neomon. 78.m Onager. 79.m Onager Indicus. 80.m Onocentaurus. 81.m Orix. 82.m Oraflus. 83.m Ouis. 84.m Pardus. 85.m Panthera. 86.m Pirades. 87.m Pegasus. 88.m Papio. 89.m Pachio. 90.m Punctorius. 91.m Pirolus. 92.m Rangifer. 93.m Simia. 94.m Tigris. 95.m 96.m Tranen. 97.m Tragolasus. 98.m Tragodice. 99.m Talpa. 100.m Vnicornis. 101.m Vrsus. 102.m Vesontes. 103.m Vrnus. 104.m Varius. 105.m Zubrones. 106.m Zilio. Reptilium Animalium

sunt species secundum numerum serpentum, et dico de reptili non natatili, quemadmodum sunt serpentes. Prima species est Aspis. 2.a Amphysilea. 3.a Armena. 4.a Asilus. 5.a Andrius. 6.a Afordius. 7.a Altinampti. 8.a Arundutio. 9.a Caucanis. 10. Aradis. 11. Adisimon. 12. Alartraf. 13. Haren. 14. Basiliscus. 15. Boa. 16. Cornuta aspis. 17. Cerastes. 18. Caphezacus. 19. Cerula. 20. Cristalis. 21. Celidrus. 22. Ceritrus. 23. Cahuhaurus. 24. Caruen. 25. Centupeda. 26. Dipsas. 27. Draco. 28. Draco marinus.

29. Draco popodeus. 30. Emorroys. 31. Falliuisus. 32. Iaculum. 33. Ipucipis. 34. Idra, uel Idrus. 35. Irundo. 36. Illicinus. 37. Lacerta. 38. Miliares. 39. Maris serpens. 40. Nitrix. 41. Naderos. 42. Obtrialius. 43. Prester. 44. Phareas. 45. Rimatrix. 46. Salamandra. 47. Salpiga. 48. Stelio. 49. Staura. 50. Situla. 51. Sirenes. 52. Serps. 53. Specificus. 54. Stupefaciens aspis. 55. Sabrin. 56. Siteculus. 57. Selphir. 58. Tortuca. 59. Tirus, partium Hierosolymitanarum. 60. Tirus partium nostrarum. 61. Tirus Indiae. 62. Tiliacus. 63. Vipera. Natatilia autem animalia sunt in specierum numero

Prima species Alech. 2.ª Allech. 3.ª Anguilla. 4.ª Alforas. 5.ª Ascoron. 6.ª Albiron. 7.ª Aries marinus. 8.ª Aureum vellus. 9.ª Abormon. 10. Accipender. 11. Armis piscis. 12. Anger. 13. Afforus. 14. Austratus. 15. Aranea. 16. Abides. 17. Bahanc marinus. 18. Beluae. 19. Barthora. 20. Bocte. 21. Borboche. 22. Babilonici pisces. 23. Cete, cuius faemina Balena. 24. Claucius, qui et Glauis [nominatur]. 25. Congrui, qui etiam Anguillae marinae. 26. Caperen. 27. Capitatus piscis. 28. Coruus piscis. 29. Cocleae. 30. Concha. 31. Cancri. 32. Cocodrillus. 33. Cahabichricos. 34. Celeti. 35. Chilon. 36. Caeruleus 37. Draco maris. 38. Delphinus. 39. Dentrix. 40. Equus marinus. 41. Equus Nili. 42. Equus fluminis. 43. Exposita. 44. Elcus. 45. Echinus. 46. Esoy. 47. Euso. 48. Ericius, piscis maris. 49. Ezochinus. 50. Eracloides. 51. Foca. 52. Fastaleo. 53. Gonger. 54. Gobio. 55. Gramon. 56. Galalcha. 57. Garcanen. 58. Gladius. 59. Ipodromius. 60. Irundo maris. 61. Kalaon. 62. Kilon. 63. Koki, id est uitulus marinus. 64. Kilion. 65. Harabo. 66. Luligo. 67. Locusta maris. 68. Lepus marinus. 69. Lucius. 70. Murenae. 71. Murilegus. 72. Margaritae, quae sunt de genere Ostreorum. 73. Megarus. 74. Miulus. 75. Multipes. 76. Murices. 77. Mus marinus. 78. Mulus piscis. 79. Milago. 80. Monottis. 81. Monachus maris. 82. Nereides. 83. Naucilius. 84. Nasus piscis Danubii. 85. Orcha. 86. Ostreae. 87. Purpurae. 88. Pina. 89. Pina, aliud genus. 90. Pungio. 91. Petten. 92. Porcus marinus. 93. Pauo marinus. 94. Perna. 95. Pistris. 96. Platanistae. 97. Polipus. 98. Rana marina. 99. Rumbus. 100. Raice, quae uulgò Hispanorum Raya uocatur. 101. Salmo. 102. Sturio. 103. Spongia. 104. Scolopendra. 105. Stella. 106. Simius. 107. Solaris. 108. Scuatina. 109. Salpa. 110. Sepia. 111. Sparus. 112. Scorpio. 113. Scaurus. 114. Serra. 115. Serta. 116. Sirene. 117. Scilla. 118. Scinti. 119. Scurico. 120. Testudo. 121. Tigrius. 122. Testeus. 123. Tortuca. 124. Torpedo. 125. Trebius. 126. Truta. 127. Tunallus. 128. Vulpes marinus. 129. Viperae marinae. 130. Verich. 131. Vergiliades. 132. Vacca marina. 133. Zedrosus. 134. Zideath. 135. Zitiron. 136. Xisius. Volatile duplex, uel inter maiora corpore animalia, uel inter minutissima, in minutissimis autem ect.s Dicemus de terrestribus, sicut de volatilibus. Igitur volatilium sunt species. Prima Aquila. 2. Accipiter. 3. Arpia. 4. Agotilem. 5. Ardea. 6. Anser uel Anca. 7. Anas. 8. Achantis. 9. Assalon. 10. Alauda. 11. Alciones. 12. Aerisilon. 13. Aues Paradisi. 14. Bubo. 15.

Buteus. 16. Butorius. 17. Biscarda. 18. Barbates. 19. Caladrius. 20. Cinamulgos. 21. Cignus. 22. Capriscae. 23. Ciconia. 24. Corethes. 25. Calandrius. 26. Coruus. 27. Cornix. 28. Cornica. 29. Cugulus. 30. Coredulus. 31. Columba. 32. Carchaces. 33. Coturnix. 34. Carduelus. 35. Crochiles. 36. Diomeditae. 37. Driatha. 38. Egiptus. 39. Falco, cuius 17 sunt genera, primum Sacrum, quod Simachus uocat Britannicum; 2.m genus Girofalco, et haec sunt duo genera nobilissima falconum, de quibus in locis suis, id est, cum de proprietatibus tractaturi sumus disseremus. 3.m genus Montanarium. 4.m genus falconum peregrinum uocatur. 5.m genus falconum uocatur gibbosum. 6.m Falconiger dicitur. 7.m genus dicunt falconem album, qui uenit à septentrione et mari Oceano à regionibus Noruegiae et Sueciae, et Stonia, et finitimis syluis et montibus. 8.m genus rubeus falco à veteribus appellatur. 9.m quod est Hiacintini pedis, uel azurrini. 10.m genus falconum Mirle uocatur. 11.m Bucherium. 12.m in hoc genere album. 13.m Rubeum. 14.m quod genus permixtorum falconum uocant, quod habet quatuor genera secundum quatuor falconum diuersorum generum permixtiones. 40. Species volatilium Facator. 41. Fenix. 42. Ficedula. 43. Fulica. 44. Frigi. 45. Gracocenderon. 46. Gusturdi. 47. Grus. 48. Gutis. 49. Gallus. 50. Gallina. 51. Gallus Gallinaceus. 52. Gallus siluestris. 53. Garrulus. 54. Graculus. 55. Ibis. 56. Ibor. 57 Incendula. 58. Irundo. 59. Ipsida. 60. Kini. 61. Karkholix. 62. Homor. 63. Kites. 64. Laurus. 65. Lucidiae aues. 66. Lucinia. 67. Linathos. 68. Ligepus. 69. Milus. 70. Magnales. 71. Melantorisus. 72. Morfex. 73. Menonides. 74. Monitae. 75. Meristiones aues. 76. Multicape. 77. Merox. 78. Merula. 79. Monedula. 80. Mergus. 81. Nisus. 82. Noctua. 83. Nicticorax. 84. Nepa. 85. Onacraculo. 86. Othus. 87. Osma. 88. Oriolis. 89. Pelicanus. 90. Porfirion. 91. Perdix. 92. Platea. 93. Pluuiales. 94. Pica. 95. Picus. 96. Passer. 97. Passer solitarius. 98. Philomena. 99. Psittacus. 100. Strutio. 101. Strix. 102. Sturnus. 103. Turtur. 104. Trogopales. 105. Turdus. 106. Turdela. 107. Vespertilio. 108. Vaneli aues. 109. Vllula. 110. Vpupa. 111. Vultur. 112. Zelencides.

Deinde quia animalia quaedam sunt sanguinem habentia, quaedam exanguia, inter quae sunt quae dicuntur minutissima animalia; ideò genera minutissimorum animalium exequemur, quae sunt 44. Primum Apes. 2.m Aranea, cuius multa sunt genera secundum proprietates disiunctas, de quibus in proprietatibus dicemus. 3.m Adlacta. 4.m Bufo. 5.m Borax. 6.m Blactae. 7.m Bombix. 8.m Brutus. 9.m Cicendula. 10.m Ciconia. 11.m Cinifes. 12.m Culex. 13. Cantarides. 14.m Crabones. 15. Cimex. 16. Cicada. 17. Eruca. 18. Erigula. 19. Formica. 20. Limax. 21. Locusta. 22. Lanificus. 23. Multipes. 24. Musca. 25. Opimarum. 26. Papiliones uermes. 27. Phalange. 28. Pediculus. 29. Rana. 30. Stellae figura. 31. Spoliator Colubri. 32. Seta. 33. Stupestris. 34. Sanguisuga. 35. Scorpio. 36. Thamur. 37. Tapula. 38. Testudo. 39. Tinea. 40. Teredo. 41. Tatimus. 42. Tarnio. 43. Vermis Celido-

niae. 44. Vespae. Corporis uegetatiui tantùm duplex est species, Arbor, Herba; arboris duplex species: Arbor, Arbustum. Arboris centum sunt species. Prima Alies. 2. Achantus. 3. Agnus castus. 4. Vlmus. 5. Aloe. 6. Armonium. 7. Arbutus. 8. Arundo. 9. Auellanus. 10. Balsamum. 11. Berme. 12. Buxus. 13. Calamus aromaticus. 14. Calami lignum. 15. Canna. 16. Caparus. 17. Cassia. 18. Casia. 19. Cassia lignea. 20. Castanea. 21. Cedrus. 22. Cerasus. 23. Cetrus. 24. Cinnamomum. 25. Ciparittus. 26. Citri. 27. Coloquintida. 28. Coruus. 29. Costus. 30. Cupressus. 31. Damascena. 32. Diadragantum. 33. Ebenus. 34. Fagus. 35. Ficus. 36. Fraxinus. 37. Galanga. 38. Gario filorum. 39. Gingiberum. 40. Giziba. 41. Ebenus. 42 Hedera. 43. Hex. 44. Iuniperus. 45. Labrusta. 46. Lathon. 47. Laurus. 48. Lentiscus. 49. Lothos. 50. Macis. 51. Macir. 52. Malum. 53. Malus punica. 54. Malus cotonea. 55. Malus arancia. 56. Mastix. 57. Inespillus. 58. Mirabolan. 59. Mirica. 60. Mirtus. 61. Morus. 62. Muriacus. 63. Muscata. 64. Nus muscata. 65. Nux indica. 66. Ochi. 67. Oliua. 68. Oleaster. 69. Palma. 70. Picea. 71. Pinus. 72. Piper. 73. Pirus. 74. Platanus. 75. Populus. 76. Prunus. 77. Quercus. 78. Ramnis. 79. Reubarbarum. 80. Rosarium. 81. Rubus. 82. Sabucus. 83. Salix. 84. Sandalus. 85. Scamonea. 86. Sethim. 87. Sorbus. 88. Spargus. 89. Suberies. 90. Saccarum. 91. Succitius. 92. Sucinus. 93. Tamariscus. 94. Taxus. 95. Terebinthus. 96. Thus. 97. Tilia. 98. Vimen. 99. Vitis. 100. Xrifium. Arbustorum genera in proprietatibus tractabuntur. Herbarum genera sunt centum sexaginta nouem. Primum Abrotanus. 2. Acetosa. 3. Achantus. 4. Aconicum. 5. Acidula. 6. Adis. 7. Agaricum. 8. Alga. 9. Aloe 10. Altea. 11. Anaragnus. 12 Ambrosia. 13. Amonium. 14. Anapelus. 15. Anisum. 16. Apium. 17. Arnaglosa. 18. Asidios. 19. Asplenem. 20. Atriplex. 21. Auena. 22. Barba Iouis. 23. Barocha. 24. Banchia. 25. Bugolosa. 26. Borrago. 27. Calamentum. 28. Caltatrepa. 29. Camedrea. 30. Camomilla. 31. Canus. 32. Capillus Veneris. 33. Caparris. 34. Cariu. 35. Cassia. 36. Catapucia. 37. Cepaemalum. 38. Cepaemuris. 39. Cicirculae. 40. Cicuta. 41. Cidroneli. 42. Cithisus. 43. Consolida. 44. Corregiola. 45. Costus. 46. Creciones. 47. Cucumeres. 48. Cucumer agrestis. 49. Cuminum. 50. Diagenega. 51. Diacontia. 52. Edera. 53. Elitropia. 54. Elebrum. 55. Elleborum. 56. Elua. 57. Emula. 58. Eruca. 59. Eupatorium. 60. Eue. agio. 61. Faba. 62. Faba 63. Far. 64. Faseolus. 65. Feltauri. 66. Fenugraecum. 67. Fenula. 68. Filex. 69. Folium. 70. Frasenela. 71. Fucus. 72. Fumus terrae. 73. Furfur grani. 74. Galbanium. 75. Galanga. 76. Genciana. 77. Gladiolus. 78. Gramen. 79. Ge 80. Hedera. 81. Herba Sancti Ioannis. 82. Iacinthus. 83. Illirica. 84. Inuia. 85. Iuncus. 86. Iusquiamus. 87. Lactuca. 88. Lactucella. 89. Lentiscus. 90. Leptafibus. 91. Leusoricon. 92. Ligustica. 93. Linum. 94. Lisifagus. 95. Liquiricia. 96. Lolium. 97. Maiorana. 98. Malua. 99. Maluauiscus. 100. Matricale. 101. Melampolium. 102. Melones. 103. Mille folia. 104. Morelae. 105. Napus.

106. Napellus. 107. Narcissus. 108. Nepita. 109. Olus. 110. Opira. 111. Orobum. 112. Panicum. 113. Pepones. 114. Perforata. 115. Piper. 116. Piretrum. 117. Pisa. 118. Plantago. 119. Platanus. 120. Portulace. 121. Psilium. 122. Pulegium. 123. Pulicana. 124. Quinque folium. 125. Radix. 126. Rapa. 127. Reuponticum. 128. Risi. 129. Robilium. 130. Rosa. 131. Rubra. 132. Sagnia. 133. Salunica. 134. Saluia. 135. Sardona. 136. Sagisfragia. 137. Scabiosa. 138. Scalama. 139. Scariola. 140. Scolopendria. 141. Semperuiua. 142. Senae. 143. Senecutum. 144. Siler. 145. Sinapis. 146. Sistro. 147. Sparsus. 148. Spelta. 14'. Spica nardi. 150. Spica Indica. 151. Sticados. 152. Strignium. 153. Tartuf. 154. Terahit. 155. Tumbra. 156. Titimalus. 157. Trifolium. 158. Tubera. 159. Turbis. 160. Vertonica. 161. Verbena. 162. Veretrum. 163 Vitriola. 164. Vitica. 165. Xedoaria. 166 Xiduarium. 167. Xinziber. 168. Xizania. 169. Virga Pastoris.

Illud tamen animaduerte, quod philosophi complures non animaduerterunt; nam affirmamus omnia haec animantia siuè uegetabilia, siuè bruta, siuè rationalia uiuere et animas eorum uiuere. Jure itaque quaeritur quid differt uiuere et uita animalis à uita et uiuere eius. Quod ut dilucidius intelligere differentiam possis, animaduerte quod aliquid dicitur uiuens tripliciter: Vno modo denominatiuè, sicut corpus dicitur esse uiuum ab ipsa anima informante. Secundo modo aliquod uiuum dicitur inclusiuè, quia includit uitam tanquam partem sui, scilicet animam. Tertio modo dicitur aliquid esse uiuum essentiale et quidditatiuè, sicut ipsa anima dicitur uiuere, et quaedam uita, non quia includit uitam tanquam sui, sed quia ipsa anima est ipsamet uita per essentiam. Sed de iis hactenus, nam quoad hoc Artificium attinet, attingenda haec sunt primis labris, non subtilius discutienda.

Sunt autem singuli praedicamenti et passiones adaequatae, et differentiae et genera sub alterna species.

Passiones substantiae sunt prima substantia est prior accidente, triplici scilicet origine, natura, et perfectione. Secunda substantia habet differentiam constitutiuam, quae perfectior est quacumque differentia constitutiua antecedentis. Tertia proprietas constitutum ex differentia contrahente substantiam et diuidente ipsam, et ex quidditate substantiae est perfectius, nobilius quàm constitutum ex quidditate et differentia contrahente accidens. Quarta proprietas, substantia est ens in se, et non in alio. Quinta proprietas, est vnitas. Sexta est contrahibilitas. Septima communicabilitas. Octaua est mensura. Nona substantia, et quod quid est, non est demonstrabilis de eo cuius est primo nec cuius est secundo. Decima susceptibilis secundum sui . Vndecima suscipiens magis et minus. Duodecima non habere contrarium.

Quantitas duplex est, mollis, et virtutis, et utraque duplex, continua sci-

licet et discreta. Proprietas continui mollis est triplex. Prima diuisibilitas in infinitum. Secunda est compositio ex partibus infiniti. Tertia est peripateticorum, quod continuum est compositum ex diuisibilibus, platonicorum autem, quod ex indiuisibilibus. De discretae quantitatis proprietatibus est tota Arismetica.

Differentiae qualitatis sunt duae, scilicet spiritualis et corporalis, de quibus alibi subtilius disertum est.

Relatio est ens dependentia duplici dependens, id est ad terminum et fundamentum.

Differentiae essentiales relationis iuxtà quosdam peripateticos sunt duae, scilicet realis et rationis. Relatio realis est duplex, scilicet formalis et fundamentalis, quam aptitudinalem appellant. Quaelibet autem istarum habet tres modos distinctos. Primus modus est unius et numeri. Secundus modus actiui et passiui. Tertius modus mensurabilis et mensurae.

Actio est ens, quo producens producit formaliter aliud in esse. Differentiae essentiales actionis sunt duae; nam alia est immanens, alia transiens. Scotistae tamen quidam putant subtilius, quod actio immanens et transiens sunt duo genera subalterna contenta sub actione, et per se includentia actionem. Actio autem transiens et realis est quintuplex; nam alia est productiua termini, alia diuisiua, alia conseruatiua, alia translatiua. Actio productiua termini est: Prima, Generatio. Secunda, Alteratio. Tertia, Argumentatio. Quarta, intentio. Quinta, de nihilo productio, quae uulgò theologorum, et philosophorum appellatur creatio, et quia agens non inuenit negationes, ideò corruptio non est connumeranda inter actiones productiuas termini.

Actio unitiua est illa per quam partes aliquae per actionem agentis ad inuicem uniuntur. Et ista actio praesupponit primam, quia vnio prima praesupponit extrema in esse.

Actio diuisiua est illa per quam partes continui per actionem diuisiuam diuiduntur.

Actio conseruatiua est illa qua terminus iam productus per actionis influxum in agentis conseruatur, et ab agente infertur in esse post esse, ità quod si terminus non haberet esse, nihilominus inferret illum in esse, etsi non inferret illum in esse post esse, statim terminus haberet non esse post esse et amitteret suum esse.

Actio translatiua est illa qua mobile transfertur de uno vbi ad aliud vbi: potest etiam esse actio translatiua absque acquisitione alicuius nouae realitatis.

Actio creatiua est illa qua terminus quantum ad omne positiuum, quod est in eo, ponitur in esse, et ex hoc dicitur productio de nihilo, ut ly nihil opponitur actuali existentiae.

Actio autem immanens est illa, quae de se non est illa qua alicuius termini, nisi tantùm passionis.

Passio est ens secundo illatum ab agente; nam illud quod primò infertur ab agente, est ipsa actio; et secundo infertur ipsa passio. Producens enim infert tria, uel ad minus unum, et id quidem ordine essentiali, nam ab agente immediatè egreditur actio, deinde passio, et tertio loco ipse terminus, sicut ab igne egreditur calefacere, calefieri, calor; sed hoc ordine essentiali: ut primum calefacere, secundo calefieri, tertio calor.

Passio duo habet genera subalterna, nam alia est illata ab actione reali et transeunte; alia est illata ab intentionali et immanente. Transeuntium passionum, id est illatarum à transeuntibus actionibus, quamquam sunt species proportionatae speciebus actionum, scilicet productiuae, vnitiuae, diuisiuae, conseruatiuae, translatiuae. Passio illata ab immanente habet has species, scilicet dici, cognosci, cognitum esse, uisum esse, auditum esse, gustatum esse, tactatum esse, alfatum esse, imaginatum esse, extimatum esse, speratum esse, creditum esse, uolitum esse, amatum esse, et ità de similibus.

Situs est ens limitatum, quo formaliter aliquid se habet in loco aliter, et aliter scilicet modo speciali, ut iacendo, sedendo, stando; superius, inferius, antè, et retrò, sursum et deorsum. Vnde consequens est, quod situs non est vbi formaliter, quoniam vbi est praesentia in loco formaliter, non determinando modum se habendi, sed simpliciter et absolutè dicit praesentiam passiuam essendi in loco, sed situs in speciali specificat modum sic uel sic.

Quando est ens limitatum, quo aliquid formaliter dicitur esse, uel fuisse, uel fore in tempore uel aeuo. Haec breuiter attigisse satis fuerit pro huius Artificii necessitate, nam ea quidem subtilius in Metaphysica tractata sunt.

Vbi est ens limitatum quo locatum formaliter est in loco indistans, seù praesens, ut locus sit realitas sibi opposita relatiue.

Habitus est ens limitatum, quo formaliter aliud dicitur habere aliud uel haberi ab alio; nam habere et haberi sunt habitudines mutuae, et licet sint plures et oppositae relatiuè, non tamen constituunt diuersa praedicamenta, sed unum, quia ut concepta nominaliter sic sunt una habitudo, quae habitus dicitur, uel habitudo. Iure autem in definitione adiunximus, quo aliud formaliter dicitur habere aliud, uel haberi ab alio; non autem, iuxtà Aristotelem, quo corpus, uel quae circa corpus sunt adiacentia. Ratio autem huius descriptionis est ista, quoniam descriptio habitus, quam ponit Aristoteles et auctor *sex principiorum* (1), licet sit uera, non tamen uniuersalis

(1) Alusión al *Liber sex principiorum* de Gilberto de la Porrée (1070-1154) obispo de Poitiers. En esa obra estudia las *formas adiacentes* ó seis últimas categorías pitagórico-

et generalis; nam subiectum huius, quod est habere, uel haberi, uel habitus, non est corpus tantùm, sed potius totus ambitus entis limitati et arctati, hoc solo praedicamento habitus excepto; quoniam non est aliquod ens limitatum, quin in se recipere possit formaliter aliquam absolutam perfectionem uel respectiuam, uel recipi in alio, uel haberi ab alio, et sic habere perfectionem; et connexio istorum extremorum, quo formaliter ista extrema dicuntur unum habere aliud, et aliud haberi ab alio, habitus est. Habitus autem est contrahibilis et diuisibilis sicut aliae quidditates praedicamentales; nam in primis habitus alia est connexio extremorum actu distinctorum, et separatorum, et in actu existentium: alia est connexio extremorum non actu diuisorum, nec separatorum, sed existentium unum in actu siuè per se, siuè per accidens, diuisibilium tamen in potentia. De primis exemplum adhibuit Aristoteles, sicut inest armatum esse, calceatum esse, uestitum esse: arma enim et homo sunt actu distincta, neque unum informat aliud; sed ut arma applicantur corpori, et calceamenta pedi, consurgit et oritur quidam respectus istorum ad inuicem extremorum, in quo formaliter hoc dicitur armatum, uel habere arma, uel arma haberi; et quo formaliter homo dicitur calceatus, uel habere calceamenta, et calceamenta haberi, et sic de caeteris. Perspicuum est, quod armatum esse non est aliud, quàm ille respectus, qui dicitur armatio, et calceatum esse, calceatio; non armatio actio, sed armatio unio, et connexio armati et armorum, et similiter calceatio, quae est connexio pedum et calceamentorum. De isto genere habitus, qui est connexio extremorum actu diuersorum tantùm philosophi ueteres locuti sunt, usque adeò apud vetustatem praedicamentalis ratio indigesta erat. Adiiciamus itaque nos habitum, qui sit unio et connexio extremorum non actu diuisorum, sed potentia tantùm. Perspicuum autem est, talem habitum nihil aliud esse, quàm vnionem, uel indiuisionem, uel inhaerentiam extremorum ad inuicem, siuè forma uniatur materiae, siuè accidens subiecto, uel partes continui toti uniantur semper mediante realitate de genere habitus uniuntur; quoniam non est aliud genus, nec praedicamentum, sub quo ità propriè contineatur, sicut sub prae-

aristotélicas. El *Liber sex principiorum* fué comentado por Alberto Magno, y muy estudiado por los escolásticos medievales. Consta en el tomo CLXXXIV de la *Patrologia latina* de Migne.

Aun cuando Prantl *(Geschichte d. Logik*, II, 221) le llama «realista ontologista» y Wulf *(Hist. de la philosophie médiévale*; 2.me éd.; Louvain-Paris, 1905; p. 206) dice de él que *seguramente* no defiende el nominalismo ni el conceptualismo, bien podemos calificar á Gilberto de la Porrée de conceptualista. La doctrina expuesta en los comentarios á Boecio *(De Trinitate)* es decididamente contraria al realismo. La οὐσία, para Gilberto, es el individuo; lo universal es recogido *(collectus)* por el entendimiento *(intellectus)* en vista de las semejanzas que observa en lo particular *(similitudine... ex particularibus).* Luego lo universal es un *concepto*.

dicamento habitus; nam non sub praedicamento actionis, nec passionis, quoniam habere non est agere, nec haberi est pati, et per consequens nec habitus est actio, nec haberi est passio; tum etiam quia vnio est actio, qua agens unit materiam et formam est actus cum potentia, et unum extremum cum alio, est alia ab vnione formali, quia unum extremum est alteri coniunctum, et cum habeat terminos alios, quoniam extrema et termini unionis formalis materiae et formae sunt ipsamet materia et forma; sed extrema unionis, quae sunt ipsum agens et passum. Praeterea nec istae vniones uel inhaerentiae, quae habitus dicuntur, possunt contineri sub praedicamento relationis, cum ipse habitus non oriatur ex ipsis terminis positis, sed nec continetur sub praedicamento situs, quoniam situs est respectus, qui tantum habet pro fundamento et termino corpus et corpus. De vbi autem et quando patet manifestè, quia habitus et inhaerentia non continentur sub illis. Ex quo colligitur illud terminans quem quid est, quotiens dicitur, ut quid in se sit, quid in se habeat, quid in alio sit, quid in alio habeat, ut postea dicemus, de quo magnum est huius Artificii mysterium.

Ex his perspici multa possunt. Primum est quod secundo modo habitum accipias, id contingere potest iuxtà differentias, quot sunt differentiae, quibus unum alteri uniri potest; nam uel forma unitur materiae, et è conuerso; et ita habetur forma à materia, et materia habet formam, et habetur à forma, uel unitur accidens subiecto, et uerso ordine, et ut habeatur accidens à subiecto, et habeat subiectum, uel unitur relatio fundamento, et conuerso ordine, ut relatio habeatur à fundamento, et habeat fundamentum: vel partes continui uniuntur toti, et è conuerso, ut partes continui habeantur à continuo toto, et habeant continuum: vel partes eterogeneae integrantes uniuntur toti, et è conuerso, ut partes eterogeneae integrantes totum habeantur à toto, et habeant totum: vel partes essentiales uniuntur toti, et è conuerso, ut habeantur partes essentiales à toto essentiali, et habeant totum essentiale: vel partes subiectiuae uniuntur toti uniuersali, et è conuerso ut partes subiectiuae habeantur à toto, et habeant totum: vel partes potentiales uniuntur toti potentiali, et è conuerso, ut partes potentiales habeantur à toto potentiali, et habeant totum potentiale: vel relatio habet terminum, et habetur à termino, et è conuerso: vel relatio habet subiectum, et habetur ab eo, et è conuerso.

Secundum perspectum est, quod si discurres per omnia habita et habentia superiora, inuenies inter quodcumque subiectum et praedicatum omnes conuenientias et differentias tàm in formis quàm in materiis; tàm in partibus, quàm in totis; tàm in accidentibus, quàm in materiis subiectis; tàm in relationibus, quàm in fundamentis; tàm in relationibus, quàm in terminis; tàm in relationibus, quàm in subiectis.

Sed de his in alia huius Artificii particula (annuente Deo) subtilius disse-

remus. Vt iam istam primam Artificii particulam concludamus, qua pollicemur omnes probationes quotquot esse possunt, inuenire cuiuscumque uerae cognitionis, siue illa affirmatiua sit, siuè negatiuam, vt negatiuam probemus tot argumentorum quot differentiae esse possunt inter subiectum et praedicatum eius; et affirmatiuam tot, quot sunt conuenientiae inter subiectum et praedicatum, seruatis conditionibus à principio huius particulae notatis, inueniuntur autem differentiae item et conuenientiae dupliciter. Primo si in simplum accipias singulos transcendentes terminos aequos enti, singulos terminos inferiores enti, cum suis passionibus, et partibus integrantibus, potentialibus, subiectiuis, essentialibus; singulas quaestiones, singulas regulas quaestionum: deinde si miscueris unum transcendens cum alio, unum transcendens cum terminis aequis enti; unum aequum enti cum alio aequo, unum aequum enti cum suo inferiori, unum inferius cum alio; unam quaestionem cum alia; unum transcendens cum quaestione; unum praedicatum cum quaestione; unum transcendens cum omnibus, et singulis regulis quaestionis; regulam quaestionis cum regula quaestionis; regulam singulam cum omnibus transcendentibus, cum ente et passionibus siuè simplicibus, siuè disiunctis; idem singulum cum singulo: quo artificio non modò tria millia argumentorum reperies ad singulam quaestionem et ueritatem probandam; sed ultra sexaginta millia, quod etiam in practica exponemus; et in aliis particulis dilucidius tractare instituimus; vndè tanta tibi superet ueritatum scibilium inuestigandarum copia, ut diuinum quoddam, et supra fidem tibi esse uideatur.

[Particula II.]

Secundo loco pollicemur artificiosissimè docere quo pacto argumentationis cuiuscumque inuenire in promptu medium possimus. Id autem facilè assequemur, si in primis artem adhibuerimus in genere id efficiendi. Secundo loco si id ipsum Artificium particularius atque distinctius exponemus, quo assequemur, ut non modò medium inuenire possimus, sed et in promptu omnia media, per quae argumentationem formare ualeamus, ut nec plura esse nec pauciora possint. Subiiciemus itaque regulas uarias quidem pro differentiis propositionum, quare inuenire medium statuimus. Sit itaque prima regula vniuersalium affirmatiuarum, quod ad eam probandam tale inueniendum est medium, quod antecedat praedicatum, et est in minus, et esequitur subiectum, et est in plus; quo ut regula apertior cognitu fiat, tale subiicimus exemplum. Si huius propositionis: omnis homo est substantia, cupis inuenire medium quo probetur, aptissimum medium est animal, quod antecedit substantiam, et sequitur hominem, ut infrà argu-

menteris: omne animal est substantia; omnis homo est animal, ergò omnis homo est substantia. Vniuersalium autem negatiuarum siuè quae probetur in prima, siuè in secunda figura, secundum regulam subiicimus. Si argumentari cupis vniuersalem negatiuam in prima et secunda figura sumendum est medium, quod repugnat praedicato, et sequitur subiectum, et est in plus, exempli causa si probare cupis hanc: nullus lapis est homo, conueniens medium erit inanimatum, quod repugnat homini et sequitur lapidem, ut si infra argumenteris: nullum animatum est homo, omnis lapis est inanimatus, ergò nullus lapis est homo: in prima figura; in secunda figura hoc pacto: nullus homo est inanimatus, omnis lapis est inanimatus, ergò nullus lapis est homo. Tertia regula est etiam ipsius vniuersalis negatiuae; ad probandam vniuersalem negatiuam per secundam figuram tantùm, uel per primam indirectè, sumendum est medium, quod sequitur praedicatum et repugnat subiecto: verbi gratia si uis probare per secundam figuram quod nulla albedo est animal, conueniens medium erit substantia, quia repugnat albedini et sequitur animal; et idem medium erit conueniens ad probandum eandem propositionem per primam figuram indirectè; sed de propositionibus particularibus sic intelligendum est, quod siuè sit affirmatiua, siuè negatiua, per idem medium probari potest, per quod sua vniuersalis; sed quoniam quaedam media conuenientia sunt ad probandum particulares, quae ad probandum vniuersales de talibus mediis non conuenirent, ideò de particularibus subiicimus particulares regulas. Prima est, quod ad probandum particularem affirmatiuam indirectè per primam figuram, sumendum est medium, quod est consequens praedicatum et antecedens subiectum, uerbi causa uis probare, quod quoddam bonum iustitia, in prima figura indirectè conueniens medium est virtus, quae sequitur iustitiam, et antecedit bonum. Secunda regula est, quod ad probandum particularem affirmatiuam in tertia figura, sumendum est medium quod antecedit praedicatum et subiectum, verbi gratia si oportet sillogizare, quod quidem habitus est bonus per tertiam figuram, conueniens medium erit virtus, quae antecedit habitum et bonum. Tertia regula est ad probandam particularem negatiuam per tertiam figuram, sumendum est medium, quod repugnat praedicato, et antecedit subiectum, verbi gratia, si oportet probare quomodo quoddam animal non est lapis, conueniens medium in tertia figura erit homo, quod repugnat lapidi et antecedit animal.

Ex hoc artificio generali inueniendi medium in omni argumentationis genere, quae in omni scientia uersari possit, facilè colligi potest artificium speciale, quo in omni scientia non modò inueniendi medium assequere facultatem, sed quo in eadem conclusione scibili, et singula ad singulas scientias pertinere, inuenire possis omnia media, ut neque plura, neque pauciora esse possint ad eam ipsam quam statueris animo conclusionem probandam; nam cum artificium generale inueniendi singulum scibile me-

dium colligatur ex consequentibus et repugnantibus siuè terminis, siuè propositionibus, ut perspici ex regulis superioribus facilè potest, quas in medii inuentionem adhibuimus, fit ut ubi in omni materia inuenire possis artificio aliquo omnia repugnantia, et omnia consequentia siuè in terminis, siuè in propositionibus inuenire quoque possit ad omnem conclusionem scibilem omnia media, quibus probari possit. Pro quo artificio subtilissimè explicando animaduertendum est, tot esse numero repugnantia, quot sunt consequentia et quot sunt antecedentia, ex quibus consequens infers, ut si moueri consequatur currere, qr (1) sequitur ex currere, nam rectè infers: curris, ergò moueris; et currere antecedat ipsum moueri, quia ex ipso infers moueri, fieri necesse est, ut quidquid repugnet ipsi moueri, repugnet quoque ipsi currere, ut sicut incomparabile et repugnans est ipsum non moueri, uel quiescere cum ipso moueri, ità quoque non moueri et quiescere est incomparabile et repugnans ipsi cursui; sed quia instituimus non oratorem more ab exemplo huius praecepta Artificii manifestare, sed probare scientifico more potissimùm demonstrationibus, praesertim aduersùs eos qui uel omnes inueniendi scibilis negant artificium, uel ipsum ineptè et sine fundamento tradunt: ideò in primis potissimè demonstramus fieri non posse ut aliquid repugnet consequenti, quod ex aliquo antecedente infers, quin et ipsum idem antecedenti repugnet; ut tot sint in mundo repugnantia, quot et consequentia et antecedentia, quam regulam ubi quispiam negauerit, ui demonstrationis in tanta arctabitur angustia, ut quidquid concesserit, negare cogatur, quod ità demonstramus; nam sit A. antecedens, et B. consequens ex A. et C. repugnans B.; dico quod necesse est, ut C. quod repugnat B. consequenti, etiam repugnet A. antecedenti. Quod si quispiam aduersarius contrà sentiat, dabit ergò quod C. repugnet ipsi B., et tamen non repugnet ipsi A.; sic ergo C. non repugnat A., ergò potest esse C. simul in ueritate cum A. per definitionem non repugnantium; nam illa non repugnare dicuntur, quae simul uera esse possunt; illa possibilitas argumenti gratia ponatur in esse, nam ut est demonstratum in *Analeticis prioribus*, possibili posito in esse, nullum sequitur impossibile: habeo ergò quod C. et A. sunt uera, sed per ipothesim C. repugnat B., ergò B. est falsum; repugnantia enim simul uera esse non possunt, nam id ipsum est esse repugnantia, B. ergò est falsum, et A. est uerum, ergò B. non est consequens ad A.. nam falsum non consequitur uerum, ut est demonstratum in *prioribus*. In has ergò aduersarius incidit angustias, ut cogatur dicere B. non esse consequens ad A., quod tamen dederat esse consequens; sed neque in hanc solam cogetur, sed in negationem cuiuscumque à se consequens concessi; nam si A. est uerum, ergò B. est uerum; nunquam enim uerum est antecedens nisi ad uerum; B. ergò est uerum, quod

(1) *Asi en N. Quizá:* consequenter.

infers ex A. uero; tunc si B. est uerum, et C. est uerum per ipothesim, ergò C. non repugnat B., cuius contrarium aduersarius dederat; fieri enim non potest ut verum repugnet vero, quod ut demonstratio propter minus exercitatos dilucidiùs perspici possit, eam iterum in terminis notis repetimus; sit istius consequentis: anima est immortalis, antecedens probans haec propositio: anima est forma simplex per se subsistens, et sit haec tertia propositio: anima est mortalis, quae repugnet huic consequenti: anima est immortalis, et tamen per aduersarium non repugnet antecedenti, scilicet: anima est forma simplex per se subsistens; tunc ità argumentamur: anima est mortalis repugnat huic consequenti anima est immortalis, et tamen non repugnat per se huic antecedenti: anima est forma simplex per se subsistens, ergò per legem non repugnantium propositionum ista simul esse uera possunt: anima est forma simplex per se subsistens, et anima est mortalis; ponatur ergò hoc possibile in esse, et habebo quod anima est mortalis, et anima est forma simplex per se subsistens, sunt simul uera; quod si uerum est quod anima est mortalis, ergò falsum est hoc consequens: anima est immortalis, et uerum est quod anima est forma simplex per se subsistens; ergò anima est immortalis non est consequens ad hoc antecedens anima est forma simplex per se subsistens, cuius contrarium aduersarius dederat. Rursùs si anima est forma simplex per se subsistens, est uera, per aduersarium antecedens ad hanc: anima est immortalis, ergò haec est vera, anima est immortalis: antecedens enim uerum semper infert consequens uerum; haec est uera: anima est immortalis, et haec est uera: anima est mortalis, ergò duo contradictoria uera; imò ergò duo contradictoria non sunt duo contradictoria, non sunt contradictoria quae tamen contradictoria esse dederat aduersarius. Eodem genere demonstrandi probatur quodcumque repugnans esse consequens alicuius consequentiae, et esse antecedens alicuius consequentiae; nam si recta consequentia A. infert B., ut A. antecedat, et B. consequitur, necesse est, ut eadem consequentia contradictorium repugnans ipsi B. inferat contradictorium repugnans ipsi A., ut si rectè infers: est homo, ergò animal; rectè quoque inferas: non est animal, ergò non est homo; quod ità potissimè demonstramus, nam si id inferendi genus neget quispiam aduersarius, ità quod affirmet A. inferre B., et tamen C. repugnans ipsi B. non inferre D. repugnans ipsi A.; nam si C. non infert D., ergo potest esse uerum C. sine D. Et pone in esse, et dabis, quod C. est uerum et D. falsum; C. est uerum, ergo B. est falsum, quia repugnans C. uero per ipothesim; D. est falsum, ergò per eandem repugnantiae legem A. est verum; A. est uerum, et B. est falsum, ergò A. non infert B., cuius contrarium aduersarius affirmauit. Quia ergò omne repugnans est consequens, et est antecedens; et omne consequens et antecedens est repugnans, patet quod circulariter omnia consequentia possis ex antecedentibus colligere, et omnia antecedentia ex con-

sequentibus, et omnia repugnantia ex consequentibus et antecedentibus, et conuerso ordine. Et quia nulla scientia siuè speculatiua, siuè practica, inueniri possunt nisi ista tria genera scibilium, scilicet antecedens, consequens, repugnans, patet hoc Artificio non modò posse inueniri medium omnis scientiae, sed et omne scibile in omni scientia; sed id quidem distinctius exequi uolumus; nam cum ex consequentibus, et antecedentibus, et repugnantibus colligitur omnis ratio inueniendi medii, est consequens, ut iure omnium inueniendorum consequentium, omnium antecedentium, omnium repugnantium artem tradiderimus; id autem dupliciter assequemur. Vno modo si eorum inueniendorum regulas, et eas quidem minimè fallere potentes tradiderimus. Secundo loco si terminis omnibus in primis huius Artificii particula expressis aptauerimus tàm transcendentibus ens, quàm cum ente conuertibilibus, quàm ente inferioribus.

Scire autem quid quod sequatur, quid cui antecedat, quid repugnet, dialecticae professionis est; sed quoniam in nostris dialecticis exposuimus hunc Dialecticae locum minus artificiosè quosdam logicae exactissimè diligentiae tractatores fuisse consecutos, id quidem pro huius tractatus angustia paucis exequemur, ad prolixiorem autem tractationem remittendos ad nostros dialecticos existimaui commodius, ut quod huic loco defuimus, de illius possint fonte mutuari. Est itaque animaduertendum, antecedentia, undè specificare argumentorum rationes sumuntur, dupliciter uariari possunt. Vno modo specificè secundum specialem rationem antecedentis, secundum quam consequens refertur ad ipsum. Secundo modo generaliter secundum communem rationem antecedentis. Prima ratio octo modis contingere potest. Primus secundum argumenti sedem, qui locus argumenti dicitur. Secundus secundum rationem medii uariati penès intrinsecum et extrinsecum. Tertius secundum rationes inferentis intentiones primas de primis, uel intentiones secundas de primis. Quartus secundum quidditatem inferentis si cathegoricum sit, uel ipotheticum. Quintus secundum inferentis qualitatem sumptam quidem penès utilitatem, particularitatem, indefinitatem, singularitatem. Sextus secundum inferentis qualitatem sumptam penès affirmationem et negationem. Septimus secundum terminorum propositionis inferentis habitudinem ad terminos propositionis, quae infertur; et id quidem dupliciter contingere potest: Vno modo secundum habitudinem termini eius, quae infertur propositionis, ad terminos propositionis quae infert. Secundo modo secundum habitudinem primi termini eius, quae inferenda est propositionis ad inferentes ratione illius primi termini. Octauus secundum habitudinem praeconcessi et obligati antecedentis in quantum praeconcessum et obligatum est, ad id quod ex praeconcesso et obligato inferri potest; et quanquam quae secundum quoslibet et singulos horum modos coincidere uideantur, tamen diuersa ratione atque respectu speciem illationis constituunt, ut in dialecticis dilucidius ostendimus.

Ducuntur itaque primo modo argumenta à sedibus ipsis et locis argumentorum. Haec argumenta ex sedibus suis ducta uel omni scientiae atque arti accomodari possunt, uel maximè oratori possunt conuenire; argumenta autem à locis sumpta, quae propria oratoris uidentur, et quae maximè ei conuenire possunt, sunt in specie decem. Dico autem de sumptis ex locis secundariis maximarum, haec autem sunt complexio, enumeratio, simplex conclusio, expeditio, subiectio, oppositio, violatio, inductio, collectio, ratiocinatio; quae autem omni scientiae accommodantur, ex loco communi sumuntur, qui duplex est, scilicet locus maximae, et locus differentiae maximae. Locus differentiae maximae est triplex: intrinsecus, extrinsecus, et medius. Locus intrinsecus est duplex, alius à substantia, alius à concomitantibus substantiam. Locus à substantia est sextuplex. Primus à definitione ad definitum. Secundus à definito ad definitionem. Tertius à descriptione ad descriptum. Quartus à descripto ad descriptionem. Quintus ab interpretatione conuertibili cum interpretato. Sextus ab interpretato conuertibili cum interpretatione. Ità enim mutuò se inferunt, siuè affirmatiuè inferas, siuè negatiuè, ut maxima affirmatiua concludentis sit ea de quocumque praedicatur definitio et definitum; negatiuae concludentis maxima à quocumque negatur definitio et definitum; idem secundum eandem formulam maximas de reliquis locis conficere potes. Ad locum à definitione ad definitum reduci possunt quatuor genera consequentiarum. Prima à sinonimo ad sinonimum. Secunda à differentia essentiali ad suam speciem in me.tam, uel è conuerso. Tertia à propria passione ad suum subiectum, uel è conuerso. Quarta ab exposito ad omnes, uel alteram suorum exponentium. Praedicata, respectu quorum tenent argumenta ab exposito ad singulam exponentium, sunt sex: verum, falsum, possibile, impossibile, necessarium, contingens. Cuius loci maxima est duplex. Prima: si exponentes sunt uerae, expositum est uerum, et è conuerso. Secunda: si exponentium aliqua est falsa, totum expositum est falsum. Locus à concomitantibus substantiam est octuplex: à toto, à parte, à causa, ab effectu, à generatione, à corruptione, ab usibus, à communiter antecedentibus. Locus à toto est sextuplex: à toto uniuersali, à toto integrali, à toto in quantitate, à toto in modo, à toto in loco, à toto in tempore. Locus à parte est sextuplex: à parte totius uniuersalis, à parte totius integralis, à parte totius in quantitate, à parte totius in modo, à parte totius in loco, à parte totius in tempore. A parte totius uniuersalis ad partem subiectiuam arguere est à superiori ad inferius destructiuè, id est distributo superiori et inferiori; et è conuerso ab inferiore ad superius sine negatione uel distributione inferioris et superioris consequentia infertur. Locus à causa est quadruplex: à causa efficiente, à causa materiali, à causa formali, à causa finali. Loci autem, qui à toto ad partem reduci possunt, sunt septem. Primus à copulatiua ad alteram eius partem. Secundus à parte

disiunctiua ad totum. Tertius à toto materiali ad partem. Quartus à toto collectiuo ad partem. Quintus à plurali ad singularem. Sextus ab antecedentibus cum his adiunctis, uerum, falsum, possibile, impossibile, necessarium, contingens. Septimus à consequentibus. Locus extrinsecus est septuplex: à minori, à maiori, à simili, à proportione, à transumptione, ab auctoritate, ab oppositis. Locus ab oppositis est quadruplex: à contrariis, à contradictoriis, à priuatiuo oppositis, à relatiuis, maxima si oppositum de opposito, et propositum de proposito. Locus medius est triplex: à causalibus, à coniugatis, à diuisione. Diuisionum duplex est species, aut per negationem, aut non per negationem, et haec in sex species distributa est, quarum tres per se sunt, tres per accidens. Per se diuisio generis in species. Secunda totius integralis in suas partes. Tertia uocum significationes. Per accidens rursum triplex. Prima subiecti in . Secunda accidentis in subiectum. Tertia accidentis in .

Secundo modo sortiri speciem argumenta possunt ex ratione medii per intrinsecum et extrinsecum uariati. Consequentia atque argumentum per medium intrinsecum tenens duplex est, materialis et formalis. Materialis triplex, uel ubi antecedens impossibile est et consequens non est de eius intellectu formali; uel ubi consequens est necessarium, nec formaliter est de antecedentis intellectu; uel ubi data est contra formam alicuius generalis regulae; undè consequens est, quod consequentia terminis ipsis praesunt consequentiae, et argumentationis materia imitatur magis, quàm terminorum habitudini. Argumentatio atque consequentia formalis intrinseco medio innixa, duplex est, uel in qua termini praecisè significatiuè supponunt, uel ubi materialiter, uel simpliciter. Prima dupliciter uariari potest, uel infertur uniuersalis affirmatiua respectu cuiuscumque praedicati, uel respectu determinati praedicati. De prima subiicimus consequentias, quae regulae appellari solitae sunt. Prima: superius distributum infert inferius distributum. Secunda: definitio distributa infert definitum distributum, et è contra. Tertia: descriptio distributa infert descriptum distributum, et contra. Quarta: nominis interpretatio distributa infert interpretatum distributum, et è conuerso. Quinta: vnum conuertibilium distributum infert reliquum distributum, et è contra. Et quanquam haec regula inter speciales annumerari possit, tamen generalitatem quamdam ex materia ad quam extenditur potest sortiri, nam propter materiam circa quam uersata est, duodecim regulas est complexa iuxta ms. conuertibilium; nam conuertibilia sunt duodecim: Nomina sinonima, vnde fit ut unum sinonimum inferat alterum, et contrà. Secundum, subiectum et propria passio, unde fit ut subiectum inferat propriam passionem, et è contra. Tertium, definitio et suum definitum, undè efficitur, quemadmodum diximus, ut definitio inferat suum definitum, et è contra. Quartum, descriptio et suum descriptum; undè resultat ut descriptum inferatur à descriptione, et è contra. Quintum,

interpretatio et interpretatum, undè consequens est ut mutuò se inferant. Sextum, aequipollentia ad inuicem, undè est necesse ut se consequatur aequipollentia consequentia formali. Septimum, conuertens et conuersa; undè fit ut à conuertente ad conuersam consequentia rectè fiat. Octauum, positio resolubilis et omnes eius resoluentes, id est, copulatiua ex omnibus pro eius resoluentibus constituta, et è conuerso. Nonum, exponibilis, et co facta ex omnibus exponentibus, et è contrario, ut mutuò se inferant. Decimum, officialis, et propositio resultans ex omnibus officialibus, ut mutuò se inferant. Undecimum, descriptibilis, et co facta ex omnibus describentibus, et è conuerso. Duodecimum, consequentia ab antecedente ad consequens, ad contradictorium consequentis ad contradictorium antecedentis. Sexta regula: principalis differentiae superioris distributa inferius distributum infert. Septima: conuertibile cum superiori distributo inferius distributum infert. Octaua, definitio, uel descriptio, uel nominis interpretatio distributa infert inferius distributum. Nona, quando contingit inferre definitum descriptum, uel interpretatum, et nominis interpretatiuè cum descriptione est bona consequentia. Secundo modo inferri potest vniuersalis affirmatiua non respectu omnium praedicatorum, sed quorumdam, cuius membri partitionem per tres regulas pro nunc complecti possum. Prima, vnum relatiuum, quae sunt simul non distributum, reliquum distributum infert cum hoc uerbo est. Secunda, totum integrale distributum infert partem distributam cum uerbo secundi adiacentis. Tertia, si concretum affirmes de concreto distributo et abstractum de abstracto distributo, te affirmare necesse est ubi concreta et abstracta ordinantur secundum superius et inferius. Alias regulas ex paulo post dicendis colligere potes. Si uerò vniuersalis affirmatiua inferenda non sit ex affirmatiua vniuersali, id contingere potest, uel quia vniuersalis negatiua infertur ex negatiua, uel quia vniuersalis affirmatiua infertur ex vniuersali negatiua, et è conuerso; uel quia particularis affirmatiua ex affirmatiua; uel quia particularis negatiua ex negatiua. Si inferenda sit vniuersalis negatiua ex negatiua, id multis consequentiarum formulis accidere potest, quas ad numerum binarium colligere possumus, nam id quidem uel respectu quorumcumque praedicatorum continget, uel respectu quorumdam dumtaxat; qui si primò, subiicio regulas. Prima, superius distributum infert negatiuè inferius distributum. Secunda, definitio distributa, et è contra. Tertia, descriptio distributa, et è contra. Quarta, interpretatio distributa, et è contra. Quinta, conuertibile distributum, et è contra. Sexta, definitio superioris negatiua infert inferius distributum. Qui si negatiua uniuersalis inferenda sit ex negatiua non respectu cuiuscumque praedicati, subiicio sexdecim regulas. Prima, vnum relatiuorum, quae sunt simul, non infert reliquum distributiuè negatiuè respectu secundi adiacentis. Secunda, nomen partis distributae negatiuè, infert nomen totius distributi negatiuè, quae intelligenda est de parte, sine

qua totum esse non potest. Tertia, ubi concretum negatur uniuersaliter à concreto, et abstractum ab abstracto, quae intelligenda est sine limitatione quomodocumque se concreta habeant. Quarta, negatio prioris distributi infert posterius distributum. Quinta, negatio subiecti infert negationem denominati. Qui si uniuersalis affirmatiua ex negatiua inferenda sit, et è conuerso, per se colligere ex superioribus regulas potes. Ad particulares iam uenimus, siuè indefinitas, quae quantum ad inferendi rationem nihil differunt, istae quidem in inferendo differunt, et quantum ad extrinsecum modum et intrinsecum, prius de primo agendum, de quibus sunt sexdecim regulae. Prima, definitio infert definitum tàm ex subiecti parte, quàm praedicati, et è contra. Secunda, descriptio infert descriptum. Tertia, interpretatio interpretatum. Quarta, inferius non distributum superius non distributum, id est, postposita negatione superiori et inferiori. Quinta, vnum conuertibile reliquum. Sexta, aliquod cum determinatione sumptum infert ipsum sine determinatione sumptum. Septima, propositio sumpta cum determinatione aduerbiali infert ipsam sumptam sine determinatione. Octaua, a propositione ad suum causale, uel alia determinatione aequiualenti aduerbio, uel et suo causali ad propriam sine tali addito infertur consequentia. Nona, vniuersalis affirmatiua infert indefinitam, uel singularem affirmatiuam, de cuius subiecto uere praedicatur subiectum respectu eiusdem praedicati in ista uariatione existente respectu dictionum. Decima, nomen numerale respectu partis infert nomen partis. Undecima, nomen collectiuum infert nomen partis. Duodecima, quando sunt duae contrarietates, si unum extremum unius contrarietatis praedicatur de uno extremo, et reliquum extremum praedicatur de reliquo extremo. Decima tertia, si generatio est bona, ipsum est bonum. Decima quarta, si generatio alicuius est mala, ipsum est malum. Decima quinta, si corruptio alicuius rei est bona, ipsum est malum. Decima sexta: si corruptio alicuius rei est mala, ipsum est bonum. Per medium extrinsecum consequentiae uariari per sex regulas possunt. Prima, si principale de principali, et sumptum de sumpto, et casus de casu, et è contrario. Secunda regula, ubi consequentia est bona, quocumque addito, utrobique sequitur. Tertia, experto in scientia adhibenda fides est. Quarta, si simpliciter ad simpliciter, et magis ad magis, et maximum ad maximum. Quinta, si singulare de singulari, et plurale de plurali. Sexta, si pluralis de plurali, et singularis de singulari. Negatiua autem ex negatiua infertur secundum regularum rationem. Prima regula multas complexa, definitio definitum, descriptio descriptum, nominis interpretatio interpretatum, unum conuertibile reliquum negatiuè infert, siuè proponatur, siuè postponatur negatio. Secunda, ab inferiori ad superius, negatione postposita inferiori et superiori. Tertia, superius negatum atque distributum infert inferius. Quarta, negatio inferioris infert superioris negationem. Sumpti cum signo universali affir-

*****

matiuo immobiliter supponente. Quinta, alietas superioris infert alietatem inferioris. Ad hanc regulam reducitur haec, quae sit sexta: quidquid mobilitat mobilitatem, immobilitat immobilitatem. Septima, negatio alicuius infert negationem eiusdem cum determinatione sumptum. Negatiua autem infertur ex affirmatiua, et è contrario, iuxta rationem decem regularum. Prima, affirmatio contrarii infert contrarii negationem. Secunda, ubi constiterit negatiuum, negatio contrarii alterius infert contrarii . Tertia a habitus consequens est negatio priuationis, et contrà. Quarta, affirmatiua de praedicato infinito infert negatiuam de praedicato finito. Quinta, affirmatiua de praedicato finito negatiuam de praedicato infinito infert. Sexta, vbi medium constiterit, negatiua de praedicato finito, negatiuam infert de praedicato infinito. Septima, vbi medium constiterit, negatiua de praedicato infinito infert affirmatiuam de praedicato finito. Octaua, eadem propositio infert seipsam, siuè affirmatiua sit, siue negatiua. Nona, affirmatiua de una specie specialissima infert negatiuam de alia specie specialissima. Decima, affirmatiua de uno genere infert negatiuam de alio genere.

Argumentationis praeterea ratio uariari potest non modò penès quale, et quantum propositionis, sed penès quid eius, ut si sit de in esse, uel modalis, id autem trifariam uariari contingit: Vno modo, cum inferens et illatum de eodem sunt modo. Secundo, cum altera propositionum est de modo, altera de in esse. Tertio, cum una propositionum est de uno modo, altera de alio. Primum quidem complectitur regulas. Prima, inferius cum modo necessitatis infert superius cum eodem modo, et id quidem in sensu diuiso. Secunda, illa de in sensu composito, uel ei aequiualente infert illam de sensu diuiso, uel ei aequiualente, et è contra; ubi tàm antecedens, quàm consequens sint singulariter de subiecto, quod sit sibi proprium, uel sit de subiecto, quod non sit sibi proprium, uel sit de subiecto, quod sit praecisè pronum demonstratiuum. Tertia regula, ad illam pertinens de possibili singularis de subiecto sumpta in sensu diuiso infert illam de possibili sumptam in sensu composito, et è conuerso. Quarta regula, ad illam pertinens de contingenti singularis de contingenti in sensu composito sumpta, et eadem in sensu diuiso sumpta conuertuntur. Quinta regula, est quomodo subiectum est pronomen demonstratiuum uel nomen proprium, sensus compositus est aequipol. sensui diuiso; quod si terminus communis est uel termino communi aequiualens, non aequipollent. Sexta, cum accipis aliquam de impossibili, in qua negatur modus positus, si sumas in diuiso sensu ubi subiectum non sit indiuiduum quantum ad inferendi uim, illa propositio distinguenda est; nam subiectum supponere potest pro eo, quod est, uel pro eo, quod esse potest. Primo modo nec vniversalis universalem infert, nec particularis particularem, nec singularis singularem; quod si secundò sic quidem nec particularis

infert particularem, sed universalis universalem. Septima regula, quae circa reliquas modales uersari potest, cum subiectum singulare est in sensu diuiso, propositio aequipollet illi de sensu composito, quod si una de in esse sit, et alia de modo, sunt animaduertendae regulae. Prima, quantum ad illam de possibili, quae siuè composita, siuè diuisa sit, nunquam de in esse inferre potest. Tertia regula, de illa de siuè diuisa sit, siue composita, nunquam illam de in esse inferre potest, nec è conuerso. Quarta regula: illa de in esse semper infert illam de possibili. Quinta regula, circa illam de impossibili, quae non modò non infert illam de in esse, sed semper illius infert contradictoriam. Sexta regula: illa de in esse non infert illam de impossibili. Septima regula: illa de impossibili si sumantur diuisa, et modus positus sit negatus, infert suam de in esse, et non contrà. Octaua regula, circa modum per se, quod de in esse nunquam infert perseitatem. Nona regula, quae sit contra. Decima regula, circa modum scire et cognoscere, quae de in esse nunquam infert modalem. Undecima regula, quae sic contrà. Duodecima regula, de modo, qui est credere, quae infert suam de in esse. Decimatertia, non contra. Decimaquarta, de modis qui sunt opinari, suspicari, imaginari, extimare, somniare, qui non inferunt suas de in esse, nec contra. Idem intellige de istis modis negatum, concessum, dubitatum &. Decimaquinta regula, qua cognoscere possis quando tales modales inferunt suas de in esse, et quando non. Si sit talis modus, qui non possit conuenire nisi uerae propositioni, semper modalis infert suam de in esse, quod si eius sit generis, ut etiam falsae propositioni aptari possit, de in esse non infertur à de modo. Quod si modalis unius speciei ab alterius specie inferenda sit regulas annotabis. Primam necessaria, id est de necessario, siuè composita siuè diuisa, illam de possibili infert siuè compositam siue diuisam. Secundam contra nullam subsistit illatio. Tertiam de necessario contradictoriam infert illi de contingenti, et non ipsam de contingenti. Quartam illa de necessario infert contradictoriam illius de possibili. Quintam illa de demonstratione illam infert de necessario. Sextam non contra. Septimam aliquae modales, ut illa de scitum esse et similia, inferuntur ex illa de necessario, et non è contrario. Octauam illa de contingenti infert illam de possibili, non contra. Nonam illa de contingenti infert duas de possibili, unam affirmatiuam, aliam negatiuam, non è conuerso. Decimam illa de possibili infert oppositum illius de impossibili. Undecimam regulam quae multas complecti potest, omnis propositio, id est qua ponitur aliquis modus, qui non potest conuenire nisi proponi uerae, infert illam de possibili, quod si falsè conuenire possit, illam de possibili non infert. Duodecimam regulam possibile infert opinabile, contrà autem minimè. Decimam tertiam regulam generalem multas complectentem,si unus modus praedicetur de altero, unum alterum infert, si non, unum infert oppositum alterius. Tertio modo argumentationis

ratio uariari potest secundum rationem inferentis intentiones primas de primis. Primum membrum supra satis sumus executi. Secundum sumus inpñarum (1) aggressuri, sed si prius notauerimus dupliciter hoc argumentandi genus uariari posse: uno modo secundùm principales secundas intentiones uel imponens: secundo modo secundùm quaedam annexa secundis intentionibus, uel impositionibus. Primum est id, quo terminamus problema alicuius praedicati secundae intentionis, uel impositionis, quemadmodum sunt consequentiae inferentes eiusmodi propositiones: homo est species, animal est genus risibile est proprium, substantia animata sensibilis est definitio animalis, canis est aequiuocum; nam de reliquis predicatis secundae intentionis uel impositionis satis probari potest de suis subiectis per definitum quid nominis, uel rei eorum, ut quod ly omnis est ly Deus est sit propositio, ly Deus est ipse est immortalis, ippothetica propositio, quod autem specialem facit difficultatem praedicatum secundae intentionis, uel impositionis est species, genus, proprium, definitio, aequiuocum, et similia. Primum itaque agendum est quo pacto problema de genere terminari possit, deinde de aliis secundae intentionis uel impositionis praedicatis; itaque primò dicamus regulas, quibus constituitur uel distribuitur problema de genere; haec autem sunt numero sexaginta et octo. (Vide sexto *Topicorum.)* Agendum iam nobis de argumentorum rationibus, quibus aliquid esse alteri proprium inferre possimus, et primum quidem de eo proprio, quod soli et omni semper conuenit disserendum; deinde de eo proprio, quod est ex genere et differentia constitutum. Primi generis proprii bipartita est consideratio; nam primum quid non est proprium alterius qua ratione probari possit regulis exponemus. Secundo loco exequemur quo pacto inferre possis aliquid esse alteri proprium; quid autem proprium non sit ex bina regula colligi potest inde in *topicis*. Ad cognitionem uerò eius partis, an aliquid sit proprium, unica regula possum complecti, ubicumque propositio, in qua proprium praedicatur de subiecto, est necessaria, et non in primo modo, sed in secundo modo per se, et conuertibilis est cum subiecto, et praedicatum importat plura quàm subiectum dem illius est proprium. De proprio autem composito ex genere et differentiis accidentalibus quo pacto interimi possit, quindecim sunt regulae, uide in 4.° *Topicorum*, postquam fauente Agno Coelesti, quo pacto problema generis terminari potest, exposuimus: agimus iam quomodo terminatur per argumentationem definitio de quocumque dato definito. Est autem duplex definitio, ut in locis suis exponemus: quid rei, et quid nominis. Quid rei duplex: quidditatiua et per additamenta: quibus autem inferri possit uel per affirmationem, uel per negationem. Quidditatiua definitio de aliquo sunt decem numero regulae, de quibus 5. *Thopicorum*. Species autem alicuius

1 [illegible]

de aliquo duabus regulis inferri potest, uide 5.° *Thopicorum*. Superest ut regulas, quibus aequiuocum est aliquid alicui prosequamur, quod ut distinctè assequi possimus, id negotii sexdecim regulis complectemur, quas uide in *Thopicis*. Nunc post tractatas regulas inferentes secundas intentiones, aut impositiones de primis, agendum est de duobus annexis quibusdam secundis intentionibus, aut impositionibus tractatis. Haec autem quantum ad praesentem considerationem spectat, sunt duo, primum idem et diuersum, quod definitioni annectitur; secundum, comparatio, quae annexa est accidenti. Eiusdem autem et diuersi sunt quindecim regulae, de quibus in *Thopicis*. Annexum secundum accidenti est comparatio, de qua quantum huic loco satis esse arbitramur, paucis absoluimus. Prima regula: bonum diuturnius est magis eligendum, quam minus tale. Secunda regula: bonum certius est magis eligendum. Tertia regula: vbi prudens eligit, magis est eligendum, quam non. Quarta regula: quod studiosi circa singula. Quinta regula: quod plures scientes. Sexta regula, quod omnes scientes. Septima, quod omnia appetunt. Octaua, id est magis eligendum, quod est secundum meliorem disciplinam. Nona, simpliciter, alicui magis est eligendum, quod est secundum disciplinam propriam. Decima, quod est in genere, est magis eligendum quàm quod non. Undecima regula: quod est propter se, est magis eligendum, quàm quod propter aliud. Duodecima, quod est per se, est magis eligendum, quàm quod per accidens. Decima tertia regula: quod est causa boni per se est magis eligendum quàm quod est causa boni per accidens. Decima quarta regula, bonum simpliciter est magis eligendum, quam bonum alicui. Decima quinta regula: bonum secundùm suam naturam est magis eligendum, quàm quod non est bonum secundum suam naturam. Decima sexta regula: quod inest meliori, et honorabiliori, est magis eligendum, quàm quod non sic inest. Decima septima regula: proprium melioris est magis eligendum, quàm peioris. Decima octaua, quod inest melioribus, et prioribus, et honorabilioribus, est magis eligendum, quàm quod non ita inest. Decima nona regula: finis magis est eligendus, quàm quae sunt ad finem. Vigesima regula: de numero duorum ordinatorum ad finem, id quod est fini propinquius, est magis eligendum. Vigesima prima regula: id quod est expedibilius ad finem vitae, scilicet ad beatitudinem, est magis eligendum. Vigesima secunda, cuius effectus finis est melior, ipse est melior. Vigesima tertia regula: si duo sunt effectiua, et duo fines, et unus finis superat plus alterum, quàm finis superatus proprium effectum, tunc effectui finis superantis est melius fine superato. Vigesima quarta regula: efficiens melius est quod producit meliorem effectum. Vigesima quinta: effectus melior, qui producitur à nobiliori causa. Vigesima sexta: quod est per se melius, laudabilius, et honorabilius, magis est eligendum. Vigesima septima: duobus existentibus similibus, in quibus non patet praeeminentia, cuius consequens est melius, uel minus malum, id est

magis eligendum. Vigesima octaua regula: plura bona sunt magis eligenda paucioribus. Vigesima nona: nihil prohibet aliqua non bona esse magis eligenda aliquibus non bonis. Trigesima regula: quo habito, non indigemus alio, id est magis eligendum. Trigesima prima regula: quorum corruptiones sunt magis fugiendae, ipsa sunt magis eligenda. Trigesima secunda regula: quorum abiectiones sunt magis fugiendae, ipsa magis eligenda. Trigesima tertia regula: quorum contraria magis fugienda, illa maximè eligenda. Trigesima quarta regula: quorum generationes sunt magis eligendae, illa magis eligenda. Trigesima quinta regula: quorum sumptiones magis eligendae, illa magis eligenda. Trigesima sexta regula: quod est propinquius bono essentialiter, et non secundùm situm tantùm, est magis eligendum. Trigesima septima regula: quod est similius bono, est magis eligendum. Trigesima octaua regula: quod est similius meliori, est magis eligendum. Trigesima nona regula: si hoc sit similius meliori, et aliud peiori, magis est eligendum quod est similius meliori. Quadragesima regula: nobilius est magis eligendum. Quadragesima prima regula: quod difficilius acquiritur, propter sui excellentiam est magis eligendum, quàm quod est propter sui utilitatem et facilitatem. Quadragesima secunda regula: bonum possessum, quod minus mala communicat, magis est eligendum. Quadragesima tertia regula: si hoc est

est melius optimo et illo, et è conuerso. Quadragesima quarta regula: quae uolumus amicis participare, magis sunt eligenda, quàm quae non. Quadragesima quinta regula: quae uolumus agere apud amicum, quàm apud quemlibet. Quadragesima sexta regula: bona, quae sunt ex circumstantia, sunt meliora necessariis, id est, bonis non circumstantibus, licet aliter, sunt magis eligenda. Quadragesima septima regula: penè magis est eligendum bonum non circumstatum, quam circumstatum. Quadragesima octaua: posse quod non est ab alio, est magis eligendum, quàm quod est ab alio. Quadragesima nona regula: si A. sine B. eligendum est, et non è contrario; ergò A. magis eligendum, quàm B. Quinquagesima regula: quando negamus nobis unum in esse, ut alterum uideatur nobis in esse, id est magis eligendum, quod uolumus nobis uideri magis in esse. Quinquagesima prima regula: pro cuius absentia dolentes minus increpandi sunt, id non magis eligendum. Quinquagesima secunda regula: secundum quod ad alicuius absentiam sequitur, laus in alio accipitur, id est secundum quod ad idem sequitur uituperium in alio. Quinquagesima tertia regula: eorum quae sunt sub eadem specie, quod habet propriam uirtutem, magis est eligendum, quàm quod non habet. Quinquagesima quarta regula: vtroque habente propriam uirtutem, quod magis est, magis est eligendum. Quinquagesima quinta: si unum facit bonum, cui adest, et reliquum non, primum magis est eligendum. Quinquagesima sexta regula: si utrumque bonum facit id, cui adest, id quod magis

facit, est magis eligendum. Quinquagesima septima regula: quod bonum facit melius subiectum et principalius, id est magis eligendum. Quinquagesima octaua regula: quorum casus, et usus magis, eligenda illa quoque magis. Quinquagesima nona regula: si A. sit maius bonum aliquo, et B. minus: A. est magis eligendum, quàm B. Sexagesima regula: si A. est minus bonum aliquo maiori·bono, et B. non, A. est magis eligendum, quàm B. Sexagesima prima regula: si duo sunt magis eligenda aliquo tertio, quod est magis eligendum, est magis eligendum, quàm quod est minus eligendum. Sexagesima secunda regula: quod superabundat, est magis eligendum, id est magis eligendum. Sexagesima tertia regula: cuius aliquis magis eligit se esse causam, quàm àlterum, id est magis eligendum. Sexagesima quarta regula: id est eligendum magis quod alteri oppositum facit magis eligendum, quàm quod non facit. Sexagesima quinta regula: quod appositum facit totum, id magis eligendum, quàm quod non. Sexagesima sexta regula: quo ablato, residuum est minus eligendum, id magis est eligendum. Sexagesima septima regula; si A. est eligendum propter se, et B. propter gloriam, et B. propter alterum tantum, A. minus eligendum. Sexagesima octaua regula: si A. et B. sint propter se honoranda, quod illorum est magis honorandum, id est melius, et magis eligendum. Sexagesima nona regula: videndum est eligendum in quot modis eligendum est, et quorum genera; quod est utile ad omnia uel plura, hoc est magis eligendum, quàm quod non. Septuagesima regula: si utrumque electorum ualet ad omnia, uel plura, uel expeditius, et melius ualet ad ea, id est magis eligendum. Septuagesima prima regula: quod propter melius est magis eligendum. Septuagesima secunda regula: id quod quispiam eligit magis est, magis est eligendum, quam id, quod aequaliter eligit, et fugit. Septuagesima tertia regula: ad terminum antecedens contractum et non comparatum, utendum est eisdem locis qui superiores tantum ablata praeeminentia secundum comparationem. Septuagesima quarta regula: natura tale est magis, tale quid secundum accidens. Septuagesima quinta regula: si id facit tale id qui inest reliquum aut non tunc est magis tale. Septuagesima sexta regula: si utrique facit tale cui inest, quod magis facit, est magis tale. Septuagesima septima regula: si aliquo eodem unum est magis tale, reliquum autem non magis, primum autem est magis tale, quàm secundum. Septuagesima octaua regula: quod additum alicui facit totum tale, id est magis tale, quàm quod non Septuagesima nona regula: si aliquid additum ei, quod minus est, facit ipsum esse tale, id est magis tale, quàm quod non. Octogesima regula: quo ablato residuum est minus tale, id est magis tale. Octogesima prima regula: id est magis tale, quod est suo contrario impermixtius. Octogesima secunda regula: id quod magis suscipit rationem propositi, est magis tale. Octogesima tertia: omnes loci proprii, et communes constructiui et distinctiui

ad determinandum problema vniuersale accidentis, sunt utiles ad determinandum accidens particulare. Octogesima quarta regula: maximè competentes de locis ad determinandum problema particulare, sunt loci ab oppositis casibus, et coniugatis. Octogesima quinta regula: adiunguntur iis loci agnitionibus et corruptionibus, generatiuis et corruptiuis.

Quarto modo entimematicae illationes uariari possunt secundum quid propositionis distinctae quidem per cathegoricum et hipotheticum, quia ergò propositio duplex est, cathegorica, hipothetica; cathegorica duplex: de in esse, et modalis, utraque quatrupliciter quantum ad rationem suae substantiae et inferendae consequentiae uariari possunt: uno modo secundùm quod ex finitis terminis atque infinitis constitutae sunt, quae uariant speciem cathegoricae, eo quod talis materia requirit determinatam formam, à qua species desumitur. Secundo modo cathegorica uariari potest secundum eius expositionem, quae totam cathegoricae speciem explicat. Tertio modo cathegorica uariari potest per nullius et alicuius quantitatem: ista enim accidentia speciem distinctam sortiuntur, ut exclusiua, exceptiua, reduplicatiua, à simplici cathegorica alicuius quantitatis differre uidetur. Quarto modo cathegorica uariari specie potest secundum sensum eius. Hic duplex est, compositus et diuisus, quod si primo modo cathegoricè uarietur inferendae consequentiae. Quadruplex est uulgata regula. Prima regula: affirmatiua de infinito praedicato infert negatiuam de finito illius eorundem subiectorum rectorumque casuum cum praesenti uerbo et sine uero terminis diuinis. Secunda regula: negatiua de praedicato finito infert affirmatiuam de infinito praedicato subiectorum eorundem, rectorumque casuum. Tertia regula: affirmatiua priuati praedicati eorumdem subiectorum, casuumque rectorum et uerbi praesentis substantiui. Quarta regula: affirmatiua priuati praedicati infert negatiuam finiti, siuè positiui praedicati eorumdem subiectorum, rectorumque casuum, et substantiui praesentis uerbi. Secundo modo uariari cathegorica potest penès eius expositionem, undè sex ex tali consideratione regulae subinferri possunt. Prima regula: ex possibile infert omnes eius exponentes simul sumptas. Secunda regula: ex possibile disiunctiuè, siuè duplici modo exponendi disiunctiuè ex possibili, infert utrumque modum exponendi cum disiunctione, sicut incipit et desinit perspicere possumus. Tertia regula: resolubile non infert resoluentes omnes, nec alteram illarum. Quarta regula: resoluentes simul sumptae resolubile inferunt. Quinta regula: descriptibile sumptum descriptibiliter infert describentem. Sexta regula: propositio habens plures causas ueritatis, omnes causas simul sumptas cum disiunctione infert, et è contra. Tertio modo uariari potest illatio cathegoricae penès non quantas propositiones, uel quantas de quantis iam diximus, et paulò post distinctius dicturi sumus non quantarum. Prima est species exclusiua, exceptiua, reduplicatiua, de quibus inferendae consequentiae quatuor regulas subiicimus. Prima: ex-

clusiua affirmatiua infert suam conuersam uniuersalem transpositis terminis in rectis simplicibus cum uerbo substantiuo de praesenti non ampliatiuo, et è contra. Secunda regula: exceptiua negatiua infert exclusiuam affirmatiuam sibi respondentem, cuius subiectum pars extra capta est, praedicatum aggregatum ex termino distributo cum residuo eiusdem exceptiuae propositionis. Tertia regula: exceptiua affirmatiua infert exclusiuam affirmatiuam sibi respondentem, cuius subiectum pars extra captam est et praedicatum aggregatum ex termino distributo cum residuo eiusdem propositionis exceptiuae, sed proposita negatione ultimo termino, et è contrario. Quarta regula: reduplicatiua infert suam praeiacentem, et non è contrario; idem est de exclusitiua; sed exceptiua non infert praeiacentem. Quarto modo uariari potest illatio cathegoricae penès sensum eius, quam duplicem diximus. Hic locus dupliciter tractandus est: Primo per generalem regulam. Secundo per speciales. Regula generalis est, sensus compositus formaliter non infert sensum diuisum, quod ut regula generalis apertiùs intelligi possit, exponendum est per sex regulas speciales, quae distinguant inter propositiones compositas, uel diuisas. Prima regula: modus uel à principio, uel ad finem positus enunciationis reddit eam compositam, quod si mediet, reddit diuisam. Secunda regula: terminus communis ubi determinatè supponat, reddit compositum sensum, quod si confusè tantum supponat, diuisum facit. Tertia regula: ly (1) infinitum, uel ly totus, si primus sit in propositione terminus sincathegorema est sensum diuisum reddens; quod si ad praedicatum situm sit, compositum facit, ex quo intelliges ab uno ad alterum consequentiam non inferri; idem sequentibus regulis intelligas. Quarta regula, ubi relatiuum, quod immediatè post antecedens situm est, et uerbum praecedat sui antecedentis, sensum compositum facit, quod si sequitur, diuisum reddit. Quinta regula: coniunctio copulatiua ubi terminos coniungat, reddit compositum, ubi propositionis reddit diuisum sensum; undè fit ut propositio de extremo copulato nunquam per formam copulatiuam inferre possit nec alteram eius partem. Sexta regula: disiunctiua coniunctio terminos coniungens, compositam propositionem coniungens, diuisam facit, ex qua infer nunquam de disiuncto inferre disiunctiuam nec alteram eius partem. Quod si hipothetica sit, octaua illatio uariatur uel per copulatiuam, uel disiunctiuam, uel conditionalem, uel casualem, uel expletiuam, uel per similitudinariam propositionem, uel localem, uel temporalem. Copulatiua tres regulas complexa

(1) Fórmula empleada por los lógicos del siglo XV y principios del XVI para indicar alguno de los elementos de un *término* dialéctico, y á veces el término mismo. Así, dice Juan de Celaya en sus *Dialectice Introductiones* (sin l. ni a.: *in domo Hedmundi le feure in vico diui Jacobi* &.ª; gót.; fol. 1 v.): «omne illud quod precedit ly *ergo* est antecedens, reliquum vero consequens, vt *ibi sol lucet*, *ergo dies est;* ly *sol lucet* est antecedens, et ly *dies* est consequens.»

est. Prima: copulatiua infert alteram eius partem principalem. Secunda regula: pars principalis copulatiuae totam non infert. Tertia regula: copulatiuae infert disiunctiuam, non è contra. Disiunctiua tres continet regulas. Prima regula: pars disiunctiuae infert totam. Secunda regula: formaliter non contrà accidit. Tertia regula: disiunctiua et contradictorium alterius partis inferunt alteram. Conditionalis habet tres regulas. Prima: conditionalis cum aduersatiuo antecedente infert consequens. Secunda regula: conditionalis cum contradictorio consequentis infert contradictorium antecedentis. Tertia regula: conditionalis infert conditionalem. Equaliter casualis tres habet. Prima regula: casualis infert alteram partem principalem. Secunda: casualis infert conditionalem, non contrà. Tertia regula: casualis infert copulatiuam. Expletiua habet duas. Prima: expletiua composita ex indicatiuis infert quamlibet partem. Secunda regula: expletiua infert copulatiuam. Tertia: expletiua infert contradictorium conditionalis, et è conuerso.

Similitudinaria habet duas regulas. Prima: similitudinaria infert alteram eius partem. Secunda regula: similitudinaria infert copulatiuam. Localis complectitur duas. Prima: localis infert alteram partem. Secunda regula: localis infert copulatiuam. Temporalium quoque subiiciendae sunt duae. Prima regula: temporalis infert alteram partem. Secunda: temporalis infert copulatiuam. De modali tot formari illationes possunt, quot superiori loco expressimus. Quintum, sextum, septimum, et octauum modos consequentiae uariandae praetermittimus, tùm quia ex eis quidem latissimus patet campus sophisticae artis, quo nigra in candida uestimus, et id quidem speciali tractatui reseruamus; et ut subtilius exponendo hoc Artificium exponemus, ex eo ipso colligi potest. Item etiam modos quatuor uariandae consequentiae, quos constat tractatos ab Aristotele in *prioribus*, et ab Astrade sophista (1) repetitos. Ex nunc ergò reliquas huius Artificii partes exponemus.

[Particula III.]

Post tractatas duas priores particulas: alteram, qua facultatem omnium formandorum argumentorum in quacumque ueritate natura scibili consequi possis; secundam, qua et inuenire medium possis argumentandi, et tot media, quot esse possunt in omni scibile materia; tertio loco, quod

(1) Así en los manuscritos, pero no hallo noticias acerca de semejante *sofista*. Ignoro si se referirá Fernando de Córdoba á Teofrasto ó á Eudemo, mas ninguno de ellos fue sofista, y ambos diferían de Aristóteles en cuanto á la teoria sobre las conclusiones de los silogismos modales.

huius est negocium particulae Artificium exequemur, quo omnis quaestio, quae per argumentationem terminanda est, in omni materia siuè speculatiua, siuè practica inuenire possis, ut alterum quidem ex altero pendeat; nam cum tot sunt quaestiones numero, quot ea sunt quae uerè sciuntur, ut omnia uerè scita arte cognoscere possis, necesse est, ut et arte cognoscas omnia uerè quaesita; id autem una dumtaxat regula assequere, quae est, ut discurras tùm primò per omnes decem quaestiones in prima huius Artificii particula notatas. Secundo loco per omnes regulas quaestionum. Tertio per singulas quaestiones permixtas transcendentissimis terminis absolutè sumptis. Quarto loco per singulas regulas quaestionum permixtas transcendentissimis terminis immixtis. Quinto loco per singulas quaestionum permixtas terminis aequè cum ente communibus. Sexto loco per singulas regulas quaestionum permixtas cum omnibus terminis ente inferioribus. Septimo loco si singulas regulas quaestionum permisceas cum duobus principiis transcendentibus commixtis, et recto ordine, et è conuerso. Octauo loco si permisceas cum duobus terminis aequè enti communibus omnes et singulas regulas. Nono loco si permisceas cum inferioribus duobus ente regulas singulas. Decimo loco si cum reliquis transcendens ens cum aequè conueniente. Undecimo loco si cum reliquis permisceas transcendens cum inferiori ente. Duodecimo loco si permisceas tria principia, scilicet transcendentia ens, aequalia enti, inferiora ente. Vbi autem duodecim hos feceris discursus, nihil quaestionis in aliqua scientia, nihil casuum in aliquo iure siuè diuino, siuè humano, pontificio, uel ciuili praetermitti potest, quin duce ipso discursu artificioso inueniri possit. Exemplum huius Artificii explicabimus cum legendo nam et facilius percipi potest, et infinitam penè prolixitatem deuitabimus.

[Particula IV.]

Cum superiori particula omnium inueniendarum quaestionum in singulo scibili artificium executi sumus, consequens est, ut artificium demus, quo omnia considerabilia in aliqua scientia, siuè complexa sint, siuè incomplexa inuenire possimus. Id autem uel unica regula assequemur, quam constat de *Analeticorum Posteriorum* fonte manare, ubi percipitur tot esse in unaquaque scientia considerabilia, quot sunt ea, quae ad subiectum scientiae primum et adaequatum referri possunt. Et quoniam ad subiectum adaequatum scientiae referri aliqua non possunt nisi sex modis, nam ad subiectum adaequatum scientiae refertur aliquid: Primo modo, ut pars subiectiua illius subiecti. Secundo modo, ut pars integralis illius subiecti. Tertio, ut propria passio illius subiecti. Quarto, ut acci-

dens commune illius subiecti. Quinto, ut causa illius subiecti, et, sexto loco, ut priuatio illius subiecti. Deindè de singulis sex ità sex consideranda sunt usque ad indiuisibile in illo genere; vt de parte subiectiua est consideranda pars subiectiua usque ad indiuisibiles subiectiuas. Pars integralis usque ad indiuisibiles integrales. Passio usque ad indiuisibiles passiones. Accidens commune usque ad indiuisibile accidens. Causa usque ad indiuisibilem causam. Priuatio usque ad indiuisibilem [priuationem]. Ità de partibus integralibus illa sex consideranda sunt, ità de passionibus, ità de accidentibus, ità de priuationibus. Quo pacto inueniantur cuiuscumque subiecti partes subiectiuae, integrales, causae, accidentia, propria, communia et priuationes, cum in libris *thopicorum* artificium traditum sit in terminatione problematum, tùm colligi potest subtiliter in iis, quae à nobis notata sunt in prima et secunda huius Artificii particula, et apertius, annuente Deo, à nobis exponenda sunt, cum uiua uoce interpretemur Artificium.

[Particula V.]

Quotiens ad datum antecedens consequens inferas, et quot numero consequentia ex artificio inuentionis medii tàm in generali, quàm in speciali diligenter executi sumus. Et quoniam non sunt plures conclusiones scibiles uel pauciores, quàm quot sunt quae datum antecedens uel data antecedentia consequuntur, fit ut hoc Artificio in promptu omnes conclusiones scibiles in quacumque scientia inueniri possunt.

[Particula VI.]

Omne autem antecedens demonstrans aliquam consequentem conclusionem, uel immediatum est, uel mediatum, quod si immediatum est, ità est antecedens quod non consequens, nisi eius ipsius; et tunc est primum principium in illa scientia. Si mediatum, tunc per artem inuentionis medii coniunge medium cum extremis, et tunc uel reddet proprium immediatum uel mediatum: quod si mediatum, effice quod prius et tandem deuenies ad proprium immediatum, quae est primum illius scibilis principium. Haec quamquam in promptu esse uideatur, tamen in fine huius operis illud ciceronianum commodè aptari potest, quod in *Rhetoricum* principio loquitur, hanc scilicet disserendi rationem sine exercitatione non multum iuuare, ut intelligas hanc rationem perceptionis (1) ad exercitationem accommodari oportere.

S.

(1) [illegible] praeceptionis.

II[1]

[FERNANDI CORDUBENSIS IN *DE ANIMALIBUS* ALBERTI LIBRO PRAEFATIO]

Fernandi Cordubensis, beatissimi domini nostri Sixti quarti sancteque sedis apostolice subdiaconi, artium liberalium et sacre theologie in orbe famosissimi magistri, in de animalibus alberti libro prefacio incipit foeliciter.

Albertum, ob nominis celebritatem et gloriam doctrine singularis cognomento magnum, ita aristotelice philosophie non defensorem modo, sed et usque ad minutissima uerba acutissimasque sententias emulatorem fuisse constat, ut cuius phylosophiam sectaretur, dicendi quoque exprimeret caracterem. facileque discernere nescias, interpres ne sit aristotelis, an ipse sit aristoteles quem interpretetur; et quod de phylone, viro eruditissimo, crebro apud grecos usurpatum est, dum inquiunt: aut plato phylonem sequitur, aut platonem phylo, et illud vulgatum: quis enim plato qua in moyses attice loquens, alberto nostro ad comparationem aristotelis perypathetice discipline principis iure possit aptari. Certe eo ingenio sua etate illum fuisse creditum est, quo uel aristoteli preceptori suo comparandus, uel omnino anteferendus putaretur; accedit et illud huic pene diuino viro quod tanta sententiarum grauitate miro acumini coniuncta, tanta eloquentia, licet quidam leuisculi homines contra putent, ac omnium optimarum artium disciplinis ornatus fuerit, ut quod theofrasto contigit, ut eo nomine quo quidam phylosophorum princeps aristoteles demonstrauit, dignus appellari putaretur: tritanio illi nomen erat, ob diuinam autem ingenii facundiam

(1) Bibliothèque Nationale de Paris. Imp. Réserve, 92.

Doy aquí las gracias más expresivas á mis buenos amigos los Sres. D. R. Foulché-Delbosc y D. L. Barrau-Dihigo, á quienes debo importantes datos que he aprovechado en el presente estudio.

theofrasti nomen imposuit, ita de alberti laudibus non est habenda mih apud agrestes oratio, et eos qui, cum sint omnium barbarissimi, huic tam eloquentissimo viro barbariem objiciant; sed tales viros quales profecto non solum magna laude, sed ingenti quidem admiratione dignos existimem, quales fuisse constat eos, qui nostro alberto iure magni dedere nomen, quos qui de doctrine eius magnitudine disseruerunt, si inspexeris multos demosthenes (1), multos antonios, cicerones multos aut crassos plures, etiam platones, crisipos, pictagoras intueri uideris de alberti laude disserentes, qui et bene dicere consueuerunt et eruditissimas aures suas elegantissimis orationibus assuetas accepimus, quos singulos nominatim recensere huius prefaciuncule angustia non relinquit locum, ut non satis admirari possim temerarios quosdam homines, et quos nunquam manus ferule subduxisse constat, nulliusque precii uiros, qui tamen et gramatice et oratorie artis precepta profitentur, et magno opere sibi rationem dicendi usurpant, cur non potius ad exemplum tantorum quos recensuimus uirorum alberti nostri et sapientiam et eloquentiam admirentur: sed potius de hiis que non intelligunt tanti viri censores fiant, et barbari homines et nullius rationis dicendi periti uiro eloquentissimo eo eloquentie genere que philosophum deceat barbariem objiciant uel improprietatem uerborum carpentes, uel ipsi detrahentes contextui orationis quam nulla ratione intelligunt, cum in ipso redargutionis genere ipsa precepta oratoria, que maxime profitentur, uideantur pretergressi, nullum facientes discrimen inter perypathetice et stoyce discipline orationem que eius propria est et orationem que illi forensi generi dicendi conueniat; nec scisse uidentur quid cicero precipit, romane eloquentie decus, cum in oratoriis institutionibus, tum inter phylosophie tractationes, quem maxime in eo uolumine qui de finibus bonorum inscribitur, ita locutum accepimus: stoycorum, inquit, atque perypatheticorum non ignoras quam sit subtile uel spinosum potius disserendi genus, idque cum grecis uel tam magis nobis quibus etiam uerba parienda sunt imponendaque noua nomina rebus nouis, quod quidem nemo mediocriter doctus mirabitur cogitans in omni arte cuius usus vulgaris communisque non sit multam nouitatem nominum esse, cum constituantur earum rerum uocabula que in quaque arte uersentur, itaque et dyaletici et phisici uerbis utuntur hiis que ipsi grecie nota non sunt, geometre uero et musici, gramatici etiam more quodam loquuntur suo: item rethorum artes, que sunt tote forenses atque populares, uerbis tum in dicendo quasi priuatis utuntur ut suis; quod si ciceronis sententiam nemo in philosopho sumo uel nouitatem uel improprietatem nominum miratur, est consequens ut qui mirantur citra mediocriter doctos habendi sint omnino quam literarum expertes, quales eos perspicere licet qui et veteres illos priscos et hos recentiores calumnientur, uel phisi-

(1) El texto *dem[illegible]nes*.

cos uel metaphisicos, qui in suis tractationibus quidditatis, essentie, subsistentie, esseitatis, indiuiduationis, perseitatis, inherentie et similium nominibus utantur, quos apud ciceronem in hoc forensi dicendi genere non inueniant, certe hec gloria huius viri propria est, ut quemadmodum naturis rerum subtiliter peruestigandis immediatissimas atque propriissimas aptauit causas, ita et rebus ipsis || aptissima dederit uocabula, cum tamen, ut quintilianus noster loquitur, de maximis rebus disserenti minima hec cure non fuere, que oratores exquirere diligentissime solent, si que uerba sint alia aliis, aut magis propria aut magis ornata, aut plus efficientia, aut melius sonantia, et ignaros eius generis viros qui tanto uiro detrahere ausint nescisse constat illud ciceronianum: omnia uerba sunt alicubi optima, et humilibus interim et vulgaribus opus, et que occultiora in parte uidentur sordida, ubi res poscit propria dicuntur, ridiculi preterea qui ad tuendum uerborum proprietatem eloquentissimis semper nituntur auctoribus, nam ut ille eloquitur sepe numero romane eloquentie decus, istam eloquentiam, etiam si sint eloquentissimi sepe philosophy nauseant, vnde fit ut nec id statim legenti persuasum sit, omnia que omnes auctores dixerint utique esse perfecta, nam et labuntur aliquando, et oneri cedunt, et indulgent ingeniorum suorum uoluptati; nec semper intendunt animum, nonnunquam fatigantur, cum et ipsis grecis et latinis celeberrimis auctoribus dormitare interim demostenis oratio, verum etiam homerus ipse uideatur, summi enim sunt homines; tamen certe quod ad summi phylosophi laudem attinet hic noster albertus, tam minutim, tam acute omnia percurrit nature misteria, et ea quidem ex immediatissimis causis peruestigata, ut quod laudi inter oratores demosteni quod lex orandi fuerit, ita et uiro huic quod phylosophandi lex fuerit iure tribui possit, tum inter philosophandum, acute sententie sua sponte fluunt que per rara uirtus philosophanti est, tam mira breuitas, tam nihil ociosum, is dicendi modus, ut nec quid desit in eo, nec quid redundet inuenias; et quod de pericle ueteris comedie testimonium est, in hunc transferri iustissime possit: si christiano homini de aristotelis uocabulis uti liceret, si in labris eius sedisse uelut quandam phylosophandi deam, ut facile diiudicare nescias, an alberto magis glorie accesserit quod a sacratissimo ordine predicatorum in tantas effusus est, an ordini ipsi quod tantum virum habere meruerit, nec dubitamus maximos phylosophos cum phylosophandi scientia, dicendi facultatem consecutos, sic aristotelem, quem cum multis dubito, scientia rerum, an scriptorum copia, an eloquendi suauitate, an inuentionum acumine, an uarietate operum clariorem putem, nam in theofrasto quod quintilianus noster loquitur, tam est loquendi nitor ille diuinus, ut ex eo nomine quoque traxisse dicatur; semper tamen perypathetici cum stoycis vni huic rei studuisse constat, ut minus indulsere eloquentie; sed cum de magnis speculabilium theoriis disseruerunt, tum in colligendo probandoque quod instituerant plurimum ualuerunt, rebus tamen

acuti magis qua in id quod sane non affectauerunt oratione magnifici; huic preterea viro in interpretando aristotele tanta non modo scientia, sed fides fuit, ut etiam ipsam corruptissimam translationem de animalibus aristotelis comentatus non mutauerit, et incorruptissime ipsam corruptionem seruauerit, quo fit ut interpres aristotelis in hoc libro subobscurior uideatur, relinquens ad literam ipsa animalium uocabula grece et arabice corrupta, sine aliqua interpretatione latina, ut nostri fuerit hic propositi quod tam insigne opus apertius et dilucidius cognitu fiat, breui tabella, omnia animalium nomina uel arabica uel greca, uel emendare corrupta, uel reddere latina que per immensum opus disseminata uidentur, id autem facile assequemur si id operis ad particulas tris distribuerimus: in primis nominibus arabicis atque grecis sine corruptione pronuntiatis latina reddemus; deinde loca per totum albertum de animantibus annotabimus, in quibus greca uel arabica uocabula sine interpretatione latina posita sunt, latinaque faciemus; tercio loco vniuersa genera, siue piscium, que centum et septuaginta numero sunt, omnia auium, serpentum, quadrupedum, minutorum animantium exponemus quo pacto latine significentur; primam huius diuisionis particulam tam facile assequemur, si in ea ipsa tractatione ipsam paulo ante expressam animalium partitionem sequemur, ut a piscium generibus primo loco positis nostra incipiat oratio.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Señores:

El discurso que acabáis de oir, rico de erudición peregrina y de alta y severa crítica filosófica, bastaría por sí solo para justificar la elección del nuevo académico, D. Adolfo Bonilla, si no la abonasen tantas obras de las más diversas materias, pero relacionadas todas más ó menos con los estudios que nuestra Corporación cultiva. Los que con punible ligereza suelen hablar en mengua y desprestigio de nuestro profesorado universitario, mucho tendrían que aprender en el ejemplo de catedráticos como éste, formados sin salir de España, discípulos primero y maestros luego de una cultura que aspira á conservar el sello indígena, al mismo tiempo que abre generosamente el espíritu á todo progreso científico, á toda comunicación espiritual con Europa y con el mundo.

Joven es, por dicha suya, el Sr. Bonilla, y por dicha también de la ciencia patria, que puede esperar de él largos días de hercúlea labor que igualen ó superen á los portentos de su mocedad. Y si la Providencia dilata cuanto deseamos los términos de su vida, él está llamado á educar en el método severo de la indagación histórica á una falange de trabajadores que aplique valientemente el hombro á la grande obra de la reconstrucción de nuestro pasado intelectual. El hombre en quien se cifran tan grandes esperanzas, que empiezan á ser hermosas realidades, es de los que manifiestan el sello de su vocación desde sus primeros pasos en la vida. Con asombro reconocimos en él, cuan-

do apenas acababa de salir de las aulas, una ardiente é insaciable curiosidad de ciencia, un buen sentido, firme y constante, que le preserva de la pasión y del fanatismo, un entendimiento sobremanera ágil y vigoroso que pasa sin esfuerzo alguno de las más altas especulaciones filosóficas á los casos más concretos del Derecho, ó á los rincones menos explorados de la erudición bibliográfica, sin que el peso de su saber ponga alas de plomo á su risueña y juvenil fantasía, abierta á todas las impresiones del arte, ávida de sentirlo y comprenderlo todo, y de vivir con vida íntegramente humana, como vivieron aquellos grandes hombres del Renacimiento, á quienes por tal excelencia llamamos humanistas.

Porque el Sr. Bonilla es un humanista, no un *intelectual* de los que hoy se estilan. El puro intelectualismo suele llevar consigo cierta aridez de la mente y del corazón, cierta soberbia hosca y ceñuda, tan desapacible para el trato de gentes como contraria al ideal de una vida armónica y serena en que tengan su legítima parte todas las formas de la actividad humana. Si este ideal es en los tiempos modernos mucho menos asequible que en los antiguos por la complejidad cada día creciente del saber y el carácter específico que asumen sus aplicaciones, nunca faltarán espíritus de poderosa constitución sintética á quienes se ofrezca el mundo en visión total y no fragmentaria, y á quienes nada de lo que es humano deje indiferentes. Y esto no sólo por el camino de la ciencia sino por la divina intuición del arte, sin la cual no es enteramente comprensible cosa alguna.

A esta clase de espíritus pertenece el Sr. Bonilla, y de aquí su fecundidad pasmosa, que no es vano derroche de energía, ni alarde de superficial *dilettantismo,* sino expansión natural y constante de un temperamento bien equilibrado, que se complace por igual en las ideas y en las formas. Aun tratando de las cosas más abstrusas é inamenas, su prosa diáfana y elegante, formada en la mejor escuela, y tanto más eficaz cuanto más sencilla parece, ahuyenta las sombras del tedio, y proyecta un rayo luminoso sobre el duro bloque de la escolástica antigua ó moderna, medioeval ó germánica. Las altas cualidades de expositor que en la cátedra le acompañan, son las mismas que

en sus libros científicos campean. Una noble y serena tolerancia domina en su obra, y le impide deformar el pensamiento ajeno, al revés de tantos pretensos historiadores de la Filosofía, incapaces de entrar, ni siquiera como huéspedes de un día, en el edificio de un sistema que no sea el suyo. Para comprender el alma de un pensador es necesario pensar con él, reconstruir idealmente el proceso dialéctico que él siguió, someterse á su especial tecnicismo, y no traducirle bárbara é infielmente en una lengua filosófica que no es la que él empleó. Y se necesita, además, colocarle en su propio medio, en su ambiente histórico, porque la especulación racional no debe aislarse de los demás modos de la vida del espíritu, sino que con todos ellos se enlaza mediante una complicada red de sutiles relaciones que al análisis crítico toca discernir. De donde se infiere que el genio filosófico de un pueblo ó de una raza no ha de buscarse sólo en sus filósofos de profesión, sino en el sentido de su arte, en la dirección de su historia, en los símbolos y fórmulas jurídicas, en la sabiduría tradicional de sus proverbios, en el concepto de la vida que se desprende de las espontáneas manifestaciones del alma popular.

Entendida de tan amplia manera la historia de las ideas, en que el Sr. Bonilla principalmente se ejercita, resulta patente la unidad de su obra, y justificadas de todo punto sus frecuentes incursiones en la Historia del Derecho y en la Historia de la Literatura, que cultiva además como verdadero especialista, en obras de propia y personal investigación, publicando textos inéditos, haciendo ediciones críticas y comentarios filológicos, y estimulando con su ejemplo y dirección el celo de sus alumnos, que en la Universidad de Valencia llegaron á constituir un pequeño laboratorio jurídico, y en la de Madrid comienzan á ofrecer sazonadas primicias de sus estudios en el *Archivo de Historia de la Filosofía*, tentativa pedagógica que apenas tiene precedentes en nuestra enseñanza oficial, y que convierte al estudiante en colaborador asiduo de la obra científica del maestro.

No cabe en los límites, necesariamente cortos, de este discurso, una enumeración completa, ni siquiera una clasificación mi-

nuciosa y sistemática de los escritos del Sr. Bonilla, ni nos reconocemos competentes para juzgarlos todos. Apuntaremos sólo los principales, mostrando en todos ellos la presencia del elemento histórico, que es el que aquí principalmente nos interesa.

La ciencia jurídica, tan dignamente representada en nuestra Corporación por los Sres. Hinojosa, Azcárate, Oliver y Ureña, ve reforzado hoy este grupo de investigadores por el concurso del Sr. Bonilla, que sin el empirismo de la antigua escuela histórica y reconociendo el valor sustantivo y el fundamento metafísico de la Ley, como lo prueba su ensayo sobre el *Concepto y teoría del Derecho* (1897), se ha ejercitado principalmente en el estudio positivo de las instituciones legales, sobre todo de las de jurisprudencia mercantil, primera cátedra que obtuvo en públicas oposiciones. A este género pertenecen su monografía *Sobre los efectos de la voluntad unilateral (propia ó ajena) en materia de obligaciones comerciales* (1901); su *Plan de Derecho Mercantil de España y de las principales naciones de Europa y América* (1903), y su colaboración en la obra más vasta y fundamental de este género que hasta ahora se ha publicado en España: los *Códigos de Comercio españoles y extranjeros, comentados, concordados y anotados*, de la cual son coautores el benemérito profesor de la Universidad Central, D. Faustino Alvarez del Manzano y el erudito letrado D. Emilio Miñana y Villagrasa. Tres volúmenes van publicados de este gran repertorio, que es al mismo tiempo una obra doctrinal y exegética, una verdadera filosofía del Derecho Mercantil y una historia ricamente documentada de sus diversas manifestaciones.

Tocan más directamente todavía al objeto habitual de nuestras tareas los opúsculos titulados *Gérmenes del feudalismo en España*, *De la naturaleza y significación de los Concilios toledanos* (1898) y la *Biblioteca jurídica española anterior al siglo XIX*, que publica el Sr. Bonilla en colaboración con nuestro docto compañero D. Rafael de Ureña. Esta notabilísima publicación, que viene á reanudar trabajos casi interrumpidos desde la fecha ya tan remota en que D. Tomás Muñoz y

Romero empezó á coleccionar los primitivos documentos de nuestra legislación municipal, ofrece en el primer tomo (1907) un texto de los más importantes del siglo XIII, el Fuero de Usagre, anotado con todas las variantes del de Cáceres, que es también fuero de pastores, é ilustrado con un copioso glosario.

En un ameno é interesante volumen ha reunido el Sr. Bonilla otros *Estudios de historia y filosofía jurídicas* (1909), algunos de los cuales penetran en la región sombría y misteriosa en que las fórmulas del Derecho se enlazan con los símbolos religiosos y aun con los ritos de la teurgia. La exposición del Código babilonio de Hammurabí, preciosa conquista de la erudición de nuestros días, representada por el insigne dominico P. V. Scheill; y el ensayo sobre el antiguo procedimiento *per lancem liciumque* (por el plato y el mandil), en el cual ve el Sr. Bonilla una aplicación de cierto rito mágico y adivinatorio de los Arios para encontrar un objeto perdido, demuestran no sólo conocimientos peregrinos de cosas nada divulgadas en España, sino mucha agudeza mental y una intuición profunda de lo que pudiéramos llamar el elemento poético del Derecho, que Jacobo Grimm formuló con rasgos indelebles.

Pero la comunidad de orígenes de la poesía y del derecho, no impide que ambos *carmina* presenten hoy tan pocos puntos de analogía, y muy rara vez tengan los mismos cultivadores. Una de las excepciones notables es el Sr. Bonilla, que siendo tan competente en la historia jurídica, todavía lo es más, á mi parecer, en la historia literaria, que cultiva desde muy mozo, y para la cual ha reservado todos los descansos de su ardua labor de filósofo y de jurisconsulto.

Aunque la Literatura, considerada desde el punto de vista filológico y estético, caiga bajo la jurisdicción de una Academia distinta de la nuestra, su historia nos pertenece como la de cualquier otro ramo de la actividad humana, la cual no se manifiesta solamente en la esfera política y militar en que solían encerrarse los antiguos historiadores, sino en el campo vastísimo de las ideas y de las formas artísticas, que son el más noble patrimonio de un pueblo, el producto más exquisito de su psicología, el grande archivo de sus costumbres y el signo que me-

jor revela su educación progresiva y su grandeza ó decadencia moral.

Prescindiendo de otras artes, que es imposible separar de la Arqueología, ciencia histórica por excelencia, basta, en lo tocante á la Literatura, para demostrar que este concepto estaba hondamente arraigado en el ánimo de nuestros predecesores del siglo XVIII, pasar la vista por los catálogos de nuestra Academia, donde, por méritos exclusivamente de Historia Literaria, figura el primer editor de los poetas castellanos anteriores al siglo XV, ú hojear los tomos de *Memorias*, donde las sesudas y castizas plumas de D. Juan Bautista Muñoz y de D. Tomás González Carvajal trazaron las imperecederas semblanzas de dos grandes hombres del Renacimiento español, Antonio de Nebrija, fundador de nuestra filología clásica y de la disciplina gramatical de la lengua patria, y Benito de Arias Montano, el más célebre de nuestros hebraizantes y escriturarios de la centuria décimasexta. Todavía en 1830, cuando el Rey Fernando VII determinó erigir digno monumento á la memoria del terenciano poeta, restaurador de la comedia española á fines del siglo XVIII, no á otra Academia que la nuestra confió el encargo de realizarlo, y ella fué la que dirigió la espléndida edición de las obras dramáticas y líricas de D. Leandro Moratín, en que aparecieron por primera vez sus *Orígenes del Teatro*.

Tráense aquí estos precedentes, no porque para vuestra ilustración sean necesarios, sino porque tiene entre el vulgo más valedores de lo que parece la antigua concepción de la Historia, que la reduce á un tejido de batallas, negociaciones diplomáticas y árboles genealógicos. No es ese género de historia el que cultiva el Sr. Bonilla, lo cual no quiere decir que no sean dignos de aplauso y estímulo sus cultivadores; que no estaría bien ningún exclusivismo en quien profesa la más absoluta tolerancia científica.

Requiere la Historia Literaria, además de las condiciones propias de toda historia, otras derivadas de su peculiar contenido. No basta con inventariar los hechos y someterlos á la más minuciosa crítica externa, ni con estudiar sus causas y efectos sociales; porque la obra de arte, antes que colectiva, es individual

y tiene sus raíces en la psicología estética, de la cual debe participar el crítico, no sólo como conocedor, sino en cierto grado como artista. Y el Sr. Bonilla ha dado pruebas de serlo, no sólo en felices ensayos líricos, dramáticos y novelescos y en aventajadas traducciones de clásicos de otras literaturas, sino en el sentido personal y vivo de la belleza, que le acompaña hasta en sus lucubraciones filosóficas, por ejemplo, en su libro tan original y profundo sobre *el Mito de Psiquis*. Nuestro compañero no es de los que con vaguedades doctrinales y con el pedantesco aparato de clasificaciones y subdivisiones, pretenden disimular lo que de intuición estética les falta. Muy versado en la teoría de las formas artísticas, como lo acredita su ingenioso opúsculo sobre *el Arte Simbólico* (1902), no hace de ella intempestivo y pueril alarde en su crítica, prefiriendo mostrarse hombre de buen gusto, educado en los modelos de la antigüedad greco-romana y en los cánones, quizá no escritos todavía, de aquella estética perenne y casi infalible, que en todos tiempos sabe distinguir lo bueno de lo malo, pero que sólo en espíritus muy cultos y selectos puede albergarse.

En sus ediciones y comentarios de libros antiguos sigue el Sr. Bonilla, no la rutina perezosa de otros editores nuestros, sino los sabios procedimientos del método histórico comparativo, rastreando con toda diligencia las fuentes, procurando la mayor fidelidad en la reproducción y exornando el texto con todas las notas necesarias para su cabal inteligencia. Su obra principal en este género es la edición crítica de *El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara (1902), reproducida en 1910 con aumentos y correcciones. Aquella interesante ficción satírica, en que todavía más que el tema novelesco vale la originalidad picante del estilo, ofrece en su afluencia verbal, en sus raros modismos y recónditas alusiones, en el artificio sutil y algo enmarañado de su prosa, dificultades no menores que las que detienen al lector más experto en muchos pasajes de Quevedo y de Gracián. El Sr. Bonilla ha hecho fácil y amena la lectura de los vuelos y andanzas de D. Cleofás y su diabólico compañero, restituyendo el texto de la edición príncipe de 1641, muy estragado por todos los que le reimprimieron, y escribiendo un sabroso comentario,

en que luce su fino conocimiento de la lengua castellana y de las costumbres españolas del siglo XVII. Las polémicas eruditas y corteses á que dió motivo la primera aparición de este comentario, han servido á su autor para ampliar algunos puntos y rectificar otros. La crítica española y extranjera ha sido unánime en apreciar el mérito de esta labor, y bien puede decirse que fuera de dos novelas de Cervantes, maravillosamente ilustradas por D. Francisco Rodríguez Marín, ninguno de nuestros antiguos libros de pasatiempo ha logrado hasta ahora una edición ni un comentario que puedan parangonarse con éste.

Otro género novelístico, bien diverso de aquel á que pertenece *El Diablo Cojuelo*, ha empeñado la erudita curiosidad del señor Bonilla en estos últimos años. Él ha reanudado el estudio de los libros de caballerías, casi abandonado en España después del ensayo, para su tiempo memorable, de D. Pascual de Gayangos (1857). Encargado de preparar para la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* un suplemento á la colección formada por aquel grande erudito, pensó, con buen acuerdo, el Sr. Bonilla que, no sólo debía incluir en ella libros originalmente castellanos, sino también todos aquellos que en una literatura tan exótica para nosotros como lo fué la caballeresca, pueden estimarse como obras fundamentales y típicas de los ciclos bretón y carolingio, sin desdeñar las primitivas ediciones de los libros de cordel, que son también, en su mayor parte, de procedencia forastera. De este modo, no sólo se salvan de posible destrucción libros rarísimos, que han tomado carta de naturaleza en nuestra lengua y en la imaginación de nuestro vulgo desde remotos tiempos, sino que aparecen reunidos los documentos capitales para resolver las cuestiones de orígenes, entronques y genealogías caballerescas, que dificultan el acceso de esta producción múltiple y confusa. El Sr. Bonilla escribirá su historia en un volumen especial. Entre tanto ha exhumado novelas tan peregrinas como *El Baladro del sabio Merlín*, *La Demanda del Santo Grial*, *Don Tristán de Leonís*, la *Historia del rey Canamor y del infante Turián*, y la versión castellana del *Palmerín de Inglaterra*, de la cual sólo se conocen dos ejemplares en el mundo. Todavía es mayor servicio, aunque parezca más

modesto, el haber reproducido las ediciones góticas que nos dan el más genuino texto de los libros populares, llamados vulgarmente de cordel, tan sabrosos en la fresca é ingenua lengua de las postrimerías del siglo XV, como desapacibles, toscos y pedestres en los ruines ejemplares que hoy se expenden. No pertenecen en rigor á la novelística española, pero sí á la literatura comparada y á la novelística universal. Tales son el *Tablante de Ricamonte* y el *Carlos Maynes*, la *Destrucción de Jerusalem, Roberto el Diablo, Clamádes y Clarmonda, Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe* y el *Conde Partinuplés.* Todos ellos están reimpresos con estricta sujeción á la ortografía antigua y acompañados de un glosario.

A edades más lejanas todavía nos transporta una obra memorable en los anales de la ficción oriental, y que se comunicó á España por distinto camino que á los demás pueblos europeos. Tal fué el libro indio de *Sendebar* ó *Sindibad*, trasladado de arábigo en castellano por orden del infante D. Fadrique, hermano de D. Alfonso el Sabio, en el año 1291 de la era española, 1253 de la era vulgar, con el título de *Libro de los engannos et los asayamientos de las mugeres.* Esta traducción, cuya existencia reveló por primera vez Amador de los Ríos, ha sido admirablemente estudiada por el profesor italiano Domenico Comparetti, haciendo resaltar toda la importancia que tiene en los orígenes de esta famosa colección de cuentos, puesto que sustituye no sólo al original sanscrito perdido, sino al persa que por racional conjetura hemos de suponer intermediario, y al árabe que ya en el siglo x está citado por Almasudi. Queda, pues, el texto castellano como único representante de la forma más pura y genuina de tan célebre novela, mucho más próximo á su fuente que el *Syntipas* griego de Miguel Andreopulos, traducido del siriaco, las *Parábolas* hebreas de *Sandabar*, y el *Dolopathos* ó *Historia septem sapientum* de Juan Alta Selva, para no hablar de otras refundiciones posteriores. Como la copia enviada á Comparetti distaba mucho de ser enteramente correcta, su edición exigía ser revisada con presencia del único códice, que perteneció en otros tiempos á la librería de los Condes de Puñonrostro, y hoy á la Real Academia Española. Esta es la

tarea que con toda escrupulosidad ha realizado el Sr. Bonilla, dándonos á leer de nuevo tan precioso texto en la elegante *Bibliotheca Hispanica*, que con gran provecho de nuestras letras dirije el Sr. Foulché-Delbosc.

Á la historia del teatro ha contribuído el Sr. Bonilla, publicando por primera vez en su forma original la *Comedia Tibalda* del comendador Peralvárez de Ayllón, acabada por Luis Hurtado de Toledo; á la historia de la lírica dando á conocer poesías inéditas de Luis Vélez de Guevara, Vicente Espinel y otros ingenios del siglo de oro, y describiendo y extractando, en colaboración con el docto napolitano Eugenio Mele, tres antiguos cancioneros, uno de ellos el de Matías Duque de Estrada, muy importante para el estudio de los poetas españoles que versificaron en Italia. Prescidiendo de otras ediciones, muy curiosas todas, y de las notas que añadió á su traducción del Manual inglés de Fitzmaurice-Kelly, bastarían los *Anales de la literatura española*, comenzados en 1904, y desgraciadamente interrumpidos después, para comprender lo que vale el Sr. Bonilla no sólo como investigador, sinó como crítico de cosas antiguas y modernas. Allí figura un estudio de los más penetrantes y sólidos que conocemos sobre la composición de la tragicomedia de Calixto y Melibea, que por varios conceptos debe nueva luz al Sr. Bonilla, investigador de los antecedentes del tipo celestinesco en la literatura latina (1906).

Con ser tanto lo que nuestro compañero ha ahondado en el campo fertilísimo de la literatura castellana, todavía son de más importancia sus exploraciones y descubrimientos en el mundo, mucho menos conocido, de los humanistas españoles del Renacimiento. Todos, aun los más grandes, han tenido hasta ahora insuficientes biógrafos, no en verdad por falta de competencia, sino por brevedad excesiva y por habérseles ocultado muy esenciales documentos. Pero siempre serán sólida base de esta parte de nuestra historia intelectual, las oraciones apologéticas de Lucio Marineo Sículo y de Alfonso García Matamoros; la clásica historia latina de Cisneros en que el toledano Alvar Gómez de Castro narró la que podemos llamar época triunfante del humanismo complutense; la *Hispaniae Bibliotheca* del flamenco

Andrés Scoto, á quien debieron las Memorias de nuestros profesores del siglo XVI mayor celo y diligencia que á los mismos naturales, el gran monumento bibliográfico de Nicolás Antonio, y sobre todo las investigaciones de D. Gregorio Mayans, de D. Francisco Cerdá, de D. Ignacio de Asso y algún otro erudito del siglo XVIII. Gracias á ellos revivieron en espléndidas ediciones Luis Vives, el representante más completo de la filosofía crítica del Renacimiento en cualquier país de Europa; Juan Ginés de Sepúlveda, tan elegante prosista ciceroniano como acérrimo peripatético aun en lo que Aristóteles tiene de más incompatible con el sentimiento cristiano; Antonio Agustín, versado por igual en todos los ramos de la arqueología y de la filología clásicas, cuyos métodos aplicó á la depuración de las fuentes de la jurisprudencia civil y canónica; Francisco Sánchez de las Brozas, gramático original y agudo, uno de los padres de la filosofía del lenguaje. Fueron coleccionadas las oraciones de los Padres españoles en Trento, y las obras de algunos excelentes poetas como el burgalés Fernán Ruiz de Villegas y los aragoneses Sobrarias, Verzosa y Serón. Cerdá y Rico salvó preciosos tratados de Juan de Vergara, Luisa Sigea, Gaspar Cardillo, Pedro de Valencia y otros, en sus *Clarorum Hispanorum opuscula selecta et rariora*, inestimable miscelánea que, desgraciadamente, no pasó del primer tomo. Los portugueses colaboraban á la obra común, con buenas ediciones de sus grandes latinistas del siglo XVI, Damián de Goes, Andrés Resende, Diego de Teive, Jerónimo Osorio. El gusto de la época alentaba todavía este género de publicaciones; á fines del siglo XVIII, las lenguas clásicas se cultivaban con provecho dentro y fuera de los estudios públicos; la afición á las humanidades era signo de alta cultura; parecía haberse reanudado la tradición del saber de nuestros mayores, y la centuria que empezó con la exquisita prosa latina del Deán Martí y del trinitario Miñana, terminaba dignamente con los versos de Sánchez Barbero.

Bastó con medio siglo de discordia y de tribulaciones para que tanto en éste como en otros ramos del saber, pereciese la semilla tan generosamente confiada al surco en días de sabia

y estudiosa calma en que nadie hablaba de *europeizarse*, porque nos reconocíamos parte integrante de Europa y vivíamos en comunicación con ella mediante la lengua universal de los sabios, que tan gallardamente manejaban, no sólo los eruditos de profesión como Mayans, Finéstres, Pérez Bayer y muchos de los jesuítas españoles y americanos desterrados á Italia, sino los naturalistas, y especialmente los botánicos. Perdido este elemento insustituíble, la ruina de los estudios clásicos fué acelerándose hasta el último grado de postración, de que hoy muy lentamente comienzan á levantarse, si bien con más fruto respecto del griego que del latín, contra lo que pudiera creerse. Quizá España tiene hoy más helenistas que latinistas, aun siendo tan reducido el número de unos y otros. Por buen síntoma debe estimarse esta mayor aproximación á la forma más pura del genio antiguo, pero no por eso hemos de descuidar aquella tradición más inmediata á nosotros, que en la disciplina religiosa, en la ciencia del Derecho y en la cultura literaria fué la primera educadora de los pueblos modernos, especialmente de los que podemos reclamar el privilegio de ciudadanía romana. Sólo será perfecto humanista quien abarque las dos antigüedades, condición que rara vez falta en los grandes maestros del siglo XVI, Erasmo, Vives, Budeo, Antonio Agustín, José Scalígero, Casaubon.

A la restauración de los estudios clásicos en España contribuye el Sr. Bonilla no sólo con su esfuerzo propio, sino renovando las memorias de los egregios humanistas españoles de otras edades. Muestra patente es de ello la colección de cartas latinas publicada en 1901 con el título de *Clarorum Hispaniensium Epistolae ineditae ad humaniorum litterarum historiam pertinentes*, libro que por su título y contenido recuerda análogas publicaciones de Asso y Cerdá y Rico. Son las correspondencias de los eruditos del siglo XVI un tesoro de recónditas noticias, una crónica pintoresca y animada de la vida intelectual de su tiempo, un archivo de erudición filológica no agotado todavía. No hay libro alguno que dé tan exacta idea de las luchas religiosas y literarias del Renacimiento y de la Reforma, como la serie vastísima de las cartas de Erasmo, donde ocupan tanto

lugar sus corresponsales españoles. Eran entonces las cartas, lo que han venido á ser los periódicos: un medio de conservar y transmitir las impresiones del momento. ¿Qué es, sino un inmenso periódico, el *Opus Epistolarum,* de Pedro Mártir de Anglería, por quien nos son tan presentes y familiares la Corte de los Reyes Católicos y la de los primeros años de Carlos V? ¿Y en dónde podríamos encontrar el caudal de noticias literarias que sobre la misma época contienen las rarísimas epístolas de Lucio Marineo y de sus discípulos?

Coleccionadas están las cartas de Luis Vives, de Sepúlveda, de Antonio Agustín, de Juan Gelida, del P. Perpiñá, del Deán Martí y de algún otro. Algunas biografías, como la de Zurita, hecha por Dormer en los *Progresos de la Historia de Aragón,* encierran también curiosos epistolarios, en que figuran los nombres de Páez de Castro, de Pedro Juan Núñez, de D. Diego de Mendoza y otros claros varones. Pero es mucho más lo que permanece inédito, bastando recordar los tomos de misceláneas ó *Adversaria* de Alvar Gómez de Castro, en nuestra Biblioteca Nacional; el códice precioso de las Epístolas de Juan Maldonado, en la de Santa Cruz, de Valladolid; y la colección del canónigo Besora (hoy en la Biblioteca provincial de Barcelona), de la cual sólo algunas cartas dió á conocer D. Ignacio de Asso, encubierto con el seudónimo de D. Melchor de Azagra.

La utilidad de este género de publicaciones, cuando se hacen con el esmero y conciencia debidas, bien se muestra en la primera tentativa del Sr. Bonilla, á la cual deseamos pronta y feliz continuación. Casi todas las epístolas recogidas por él pertenecen al grupo erasmista, el más numeroso é influyente en España durante el siglo XVI. Centro principal de este humanismo, más alemán que italiano, fué la naciente Universidad de Alcalá, abierta á la invasión del Renacimiento con más franqueza que la de Salamanca. En el Estudio Complutense encontró Erasmo sus principales contradictores, Diego de Stúñiga y Sancho Carranza; pero allí precisamente se formó el núcleo erasmiano; de allí salieron la mayor parte de los adeptos del humanista de Rotterdam: unos que lo eran juntamente de su

doctrina y de su estilo; otros que en su manera de escribir se inclinaban con preferencia al gusto de Italia. Tales fueron los dos hermanos Vergaras; tal fué el cancelario Luis de la Cadena, á quien vivo celebró Matamoros con los más estupendos elogios que á un orador y á un filósofo pueden tributarse, y á quien consagró Arias Montano un verdadero himno fúnebre en el tercer libro de su poema sobre la Retórica. Tanto de estos insignes varones, como de su digno panegirista Alvar Gómez de Castro; del secretario helenista Diego Gracián, traductor de tantos autores clásicos; de la sabia toledana Luisa Sigea; del excelente prosista filosófico Alejo Venegas; del comendador Hernán Núñez, llamado por excelencia *el Griego,* hay en este florilegio epistolar rasgos y anécdotas que los retratan al vivo, que nos revelan particularidades de su carácter, que nos hacen entrar en la intimidad de sus estudios. Son como pláticas familiares de varones doctos, susurradas á veces con cierto misterio.

Pero el Sr. Bonilla no se ha limitado á imprimir estas cartas é ilustrarlas hábilmente. En su admirable monografía *Erasmo en España* (1907) ha acometido empresa de mayor empeño, narrando un episodio, acaso el más interesante, de la historia del Renacimiento español, puesto que equivale entre nosotros á lo que fué en Alemania la cuestión de las *Epistolae obscurorum virorum.* Esta gran contienda erásmica que rápidamente esbozé en mis *Heterodoxos españoles* (1880) con los documentos que entonces se conocían, á los cuales tuve la suerte de añadir algunos, atañe á la historia religiosa lo mismo que á la literaria y científica, y en ella intervinieron los más preclaros varones de la España de Carlos V. Y aunque el Sr. Bonilla reserve para otro libro las noticias que de la vida y escritos de muchos de ellos posee, y se limite á tratar en el presente de la influencia directa de Erasmo manifestada por las traducciones y ediciones, casi todas rarísimas, que aquí se hicieron de sus escritos, no se reduce á apurar con pasmosa pericia bibliográfica el contenido de estos ejemplares, describiéndolos en sus menudos ápices y extractando de ellos los pasajes más característicos, sino que rehace, con datos enteramente nuevos, las biografías de los traductores y editores, que fueron, entre

otros, el arcediano de Sevilla Diego López de Cortegana; el arcediano de Alcor Alfonso Fernández de Madrid; el benedictino Fr. Alonso de Virués, y el famoso secretario de cartas latinas del Emperador. Alfonso de Valdés: personajes todos de capital importancia en la historia del erasmismo.

Esta denominación algo vaga y elástica, no excluye variedad de tendencias, y en esto precisamente consiste la pujanza fecunda y original de aquel movimiento, que transformó el pensar español en todos los órdenes. No fué mera lucha del Renacimiento contra la Escolástica bárbara y degenerada, puesto que grandes escolásticos como Sancho Carranza, se convirtieron de adversarios de Erasmo en fervientes admiradores suyos; y no fueron ajenos á su dirección crítica, aunque no en todo concordasen con él, los reformadores de nuestros estudios teológicos, sin excluir al incomparable Francisco de Vitoria. No fué tampoco el erasmismo un movimiento puramente teológico, puesto que trascendió á todos los ramos de las letras humanas y juntó en amable consorcio la erudición con el espíritu filosófico. No fué, como el humanismo italiano, una tentativa de resurrección del mundo clásico, con riesgo de caer en un paganismo retórico y estéril, sino una escuela de las dos antigüedades, en que el helenismo servía como de tránsito al cristianismo, y las lecciones de los filósofos y moralistas profanos encontraban su perfección y complemento en las Sagradas Escrituras y en las obras de los Padres griegos y latinos, que Erasmo comenzó á depurar de los estragos del tiempo y de las copias bárbaras é infieles. No fué una escuela de libre pensamiento en la acepción vulgar de la palabra, puesto que el alma de Erasmo era sinceramente cristiana, y si en algo pudo errar por intemperancia de expresión, por celo amargo ó por falta de sobriedad y precisión en el lenguaje teológico, vivió y murió dentro de la comunión de la Iglesia, que después de su muerte expurgó en grande escala sus obras, pero nunca las condenó totalmente. No fué una secta fanática y estrecha sino un despertar de la conciencia religiosa, harto aletargada en la espantosa corrupción del siglo XV. La *filantropía cristiana* de Erasmo y de Luis Vives era lo más contrario que haber podía

al espíritu cerrado é intransigente de los luteranos, aunque en la confusión de los primeros momentos de la lucha fuesen tenidos por sospechosos de complicidad con ellos los que con audacia, á veces excesiva, y con mordaz desenfado denunciaban abusos, prevaricaciones y corruptelas de la Curia ó del monacato, que acerbamente deploraron los más graves y severos varones de aquella era. Pero la sátira es una arma que no es fácil manejar sin peligro, aun por escritores tan urbanos y festivos como Erasmo, y cuando se leen ciertos pasajes de los *Coloquios*, del *Elogio de la locura,* y hasta de los *Adagios,* no nos admiramos de las tempestades que levantaron, y de que fuese considerado quien tales cosas escribió como precursor y aun como aliado de Lutero, que pronto se encargó de desmentir tal filiación, colmando de injurias al venerable patriarca del humanismo septentrional. Tuvo el erasmismo puntos de contacto, aparente á lo menos, con la Reforma, y no puede negarse que influyó como elemento moderador en Melancthon y en Joaquín Camerario, pero ninguno de los grandes erasmistas llegó á ser protestante, con excepción acaso de Juan de Valdés, que guarda un silencio muy significativo sobre casi todos los puntos de controversia, y es más bien un místico ó un pietista, un director de almas, que un dogmatizador ó jefe de secta. Pero en general, el pensamiento religioso de aquel grupo fué el que selló con su sangre el heroico mártir de Cristo, Tomás Moro, y el que resplandece en los áureos libros *De veritate fidei christianae* de nuestro gran filósofo de Valencia.

Si en la esfera de las ideas religiosas y políticas fué tanto el influjo del erasmismo, no abrió surco menos hondo en las letras, así latinas como vulgares. La literatura polémica del Renacimiento tuvo por instrumento principal el diálogo satírico á la manera de Luciano, que espléndidamente renovó Erasmo en sus *Colloquia,* y que aclimatado entre nosotros por los dos hermanos Valdeses y por Cristóbal de Villalón, logró su punto de perfección clásica en la serena y desengañada sabiduría del *Coloquio de los perros*, y en la portentosa visión humorística de los *Sueños* de Quevedo. Hasta la misma novela picaresca, género tan indígena y propio nuestro, fué penetrada de eras-

mismo, á lo menos en el *Lazarillo de Tormes,* cuyo autor, hasta ahora incógnito, muestra el mismo humor satírico y la misma tendencia en sus burlas que los adeptos del humanista de Rotterdam. Otro tanto puede decirse de Gil Vicente y Torres Naharro en el teatro, de Cristóbal de Castillejo en la sátira poética.

Fué fortuna para nuestra literatura del Renacimiento que la universal lección de los escritos de Erasmo, que llegaron á penetrar hasta en los conventos de monjas, contrastase al predominio de la secta ciceroniana importada de Italia. Por su ática urbanidad, por la mezcla feliz de burlas y veras, por su elevado sentido de humanismo cristiano (cualesquiera que fuesen sus yerros y temeridades teológicas de que no nos incumbe tratar aquí), el maestro holandés era guía menos peligroso que los secuaces del insepulto paganismo romano, aun en cuestión de estilo. Erasmo que había olvidado hasta el uso de la lengua vulgar, escribía en latín como por derecho propio, atendiendo más á las cosas que á las palabras, y dejando correr libremente el raudal de su riquísima vena. Y como á diferencia de los ciceronianos, estaba lleno de ideas propias y personales, y vivía de toda la vida de su tiempo, tiene su estilo una virtud propia y eficaz que contrasta con el raquítico artificio de las falsas oraciones y de las epístolas fingidas, que eran cebo insulso de los pedantes de entonces. No eran sólo causas y razones literarias las que le movían en su campaña anticiceroniana. Era la generosa ambición que él, hombre del Norte, representante del humanista germánico, más batallador y menos artístico que el de Italia, sentía de superar á los italianos en aquello mismo en que no toleraban competidores, y arrebatarles la palma de la elocuencia, poniendo en frente de su forma de estilo ingeniosamente pueril y caduca, como todos los productos de imitación, una nueva manera de latinidad desenvuelta y briosa, capaz de decirlo todo y apta para las necesidades de los tiempos nuevos.

Por fácil transición, pasamos de los estudios del Sr. Bonilla sobre los erasmistas al libro capital y magnífico que ha dedicado á *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento* (1903). Esta obra, premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políti-

cas, es no sólo la más extensa, sólida y erudita de su autor, sino la mejor monografía que tengamos hasta ahora sobre ningún filósofo español. Ojalá estos certámenes continúen hasta que todas las grandes figuras de nuestra tradición científica hayan recibido el mejor obsequio que puede tributárseles, el de una exposición imparcial y serena de su vida, de sus doctrinas y de su enseñanza.

Aunque escrita para un concurso filosófico, la Memoria del Sr. Bonilla, que llena un volumen de 800 páginas en cuarto, no es sólo el estudio de una doctrina metafísica, sino de la labor entera de un polígrafo, cuyos conatos de reforma se extendieron á todas las disciplinas conocidas en su tiempo, y cuya actividad pedagógica, aplicada al hombre y á la sociedad, adivinó, columbró ó presintió, en forma á veces muy precisa, casi todos los rumbos del pensamiento moderno. Y abarca además la vida del filósofo, obscura y modesta en sí, demasiado corta, por desgracia, pero no tanto que le impidiese poner la última piedra en el templo sencillo y severo que erigió á la razón humana; vida amargada por las torturas de la enfermedad, por lo precario de la fortuna, por las estrecheces domésticas, por el abandono de los protectores estultos, por la contradicción y las malas artes de los envidiosos, por la frialdad de los allegados y compañeros de letras que acaso no le entendieron del todo, sin excluir al propio Erasmo: vida de ardiente labor y de cosmopolitismo intelectual, rasgo común de los eruditos de entonces, que los hacía ciudadanos de una ideal república de las letras difundida por toda Europa. Así le vieron las escuelas de París lanzar su arrogante reto contra la barbarie de los seudo-dialécticos: así admiraron sus lecciones Lovaina y Oxford: así probó en Inglaterra lo dulce y lo amargo del favor regio: así en la opulenta Brujas, centro de una colonia de mercaderes españoles, encontró su dulce y melancólico genio ambiente más adecuado que el del tumulto cortesano para las graves y piadosas lucubraciones de sus últimos días.

Entre Erasmo y Luis Vives son evidentes las semejanzas, pero son todavía más evidentes las diferencias. Tuvo razón Lange para suponer que entre los dos amigos (que ya no esta-

ban en relación de maestro y discípulo) no hubo completo acuerdo de pareceres en los años posteriores á 1526. Vives había emancipado su propio pensamiento filosófico y caminaba por arduos senderos; que á Erasmo, mezcla de teólogo y humanista, pensador muy agudo, pero no propiamente filósofo, si para serlo se requieren método y disciplina, le eran poco menos que indiferentes. Vives y Erasmo coincidían en la parte que podemos llamar crítica de los métodos de enseñanza, y combatían á un enemigo común; pero aun aquí puede notarse divergencia en los procedimientos. Lo que el humanista holandés quería curar con el cauterio de la sátira y con el frecuente recurso á la piedad cristiana mejor ó peor entendida, lo impugnaba nuestro valenciano con las armas del razonamiento filosófico, aspirando á una nueva síntesis científica, á una total organización y construcción de las ciencias especulativas y de sus aplicaciones ético-políticas. Era Vives moralista más austero y rígido que Erasmo: era también un espíritu más piadoso y más atento á la contemplación de las cosas divinas. Erasmo vivió siempre en una atmósfera agitada y tempestuosa: sus polémicas son casi tantas como sus libros. Vives era de índole modesta, ó por decir mejor, humilde; se complacía en la meditación silenciosa *(tacita cognitio)*; aplicaba con calma los procedimientos de observación y análisis; cultivaba el dificilísimo *ars nesciendi*, que es por sí solo un programa científico. Pasados los hervores de su juventud, la edad que podemos llamar de la irrupción y del asalto, no perdía el tiempo en disputar con sus contradictores, y aguardaba sereno, aunque fuese para muy lejano porvenir, el triunfo de la razón y de la justicia. Porque además de filósofo, era un gran filántropo cristiano, que se pasaba la vida clamando paz y concordia, cuando todo el mundo ardía en guerras y sediciones.

Este hombre, benemérito de la universal cultura, en cuya mente encontró asilo la antigüedad entera para salir de allí con duplicados bríos, dió á su construcción filosófica un carácter de universalidad y transcendencia que no alcanza ninguna de las tentativas del Renacimiento: ni la de Pomponazzi concentrada en un solo problema, ni la de Pedro Ramus, que es una mera

innovación dialéctica, ni el incoherente panteísmo de Miguel Servet mezclado con sus extrañas doctrinas cristológicas, ni el esceptismo ó agnosticismo de Francisco Sánchez, ni las vivas y geniales intuiciones de Filosofía de la Naturaleza, que en la turbia corriente de los escritos de Giordano Bruno alternan con ensueños pitagóricos, cabalísticos y lulianos. Faltó á la mayor parte de los pensadores de aquella era dramática y turbulenta, moderación y equilibrio que son precisamente las cualidades características de Luis Vives.

El sentido común en su más noble acepción, la filosofía modesta y sólida que ha hecho la gloria de Inglaterra y de Escocia, dictó por primera vez sus cánones en la ardiente y nerviosa latinidad de Vives, antes de dictarlos en el pomposo estilo de Bacon ó en la lengua analítica y precisa de Reid y Hamilton. En las materias pedagógicas y en las de filosofía pura, que son la cima de su obra y abarcan un plan entero de restauración científica, son admirables el nervio, la energía y la grandilocuencia de Vives, cuando impugna sistemas erróneos ó denuncia vicios de educación y extravíos de pensamiento. Y no lo es menos la serenidad y lucidez con que formula las verdaderas bases del método científico, y escribe en su inmortal tratado *De Anima et Vita* el primer manual psicológico de los tiempos modernos. Predecesor de Bacon, de Descartes, de la escuela escocesa, lo es también de Kant en la posición del problema crítico y en el postulado ético-teológico de la razón práctica.

Y no fué menor su influencia en la parte que podemos decir *popular* de sus escritos, en las obras de moral práctica y de economía social, en que discurre sobre la educación de la mujer, sobre los deberes del marido, sobre el alivio y socorro de los pobres, sobre la paz y la guerra, y en su elocuente invectiva contra el comunismo de los anabaptistas *(De communione rerum)*. Su acción, no por latente menos positiva, alcanza por un lado á la pedagogía de los jesuítas, y por otro á la de Comenio, Neander, Sturm, casi todos los educadores que precedieron á Locke y Rousseau.

No han sido en corto número los biógrafos de tan extraordinario varón, ni los que han procurado ilustrar puntos particula-

res de su doctrina. Entre estos estudios merece alta prez la copiosa y puntual Vida latina de nuestro filósofo, que con mano no entorpecida por el hielo de los años trazó D. Gregorio Mayans, coronando con este monumento una vida entera de loables esfuerzos por la restauración de la cultura patria. Pero ni este trabajo que continúa siendo de primer orden, ni la elegante *Vindicación* de D. Ricardo González Múzquiz (1839), ni las eruditas Memorias de los belgas Namèche y Vanden-Bussche, ni el importantísimo artículo de Lange en la Enciclopedia pedagógica de Schmid, ni la tesis de G. Hoppe sobre la psicología de Vives, ni otras que pudieran citarse, son más que antecedentes de la obra magna del Dr. Bonilla, en que todos los datos aparecen recopilados, todas las opiniones discutidas, expuesta y sistematizada la doctrina del gran polígrafo, sin prevención adversa ni favorable, y aun con cierta nota severa en ocasiones; y puesta en relación con la historia general de la Filosofía, y, especialmente, con las opiniones análogas ó contrarias de otros pensadores españoles. Y para que nada falte á la excelencia de tan hermoso libro, que no está aderezado sólo para el paladar de los eruditos y de los filósofos, también convida á todo lector amante de la historia y del arte con el cuadro magnífico de los esplendores del Renacimiento. Con razón pudo decir su autor que al terminarlo, le pareció «salir como de un sueño, durante el cual había departido amistosamente con las inmortales figuras literarias y artísticas que vivieron en los gloriosos días de León X, de Francisco I y de Carlos V».

Con Luis Vives había penetrado el Sr. Bonilla en las entrañas de nuestra Filosofía durante el período en que mostró mayor pujanza, y en que su voz fué más oída en el mundo. La enciclopedia *vivista* le había llevado al examen de muchas otras manifestaciones de nuestra antigua ciencia. Natural era que surgiese en su ánimo la idea de escribir por completo la *Historia de la Filosofía Española,* empresa que consideraban inasequible muchos, y para la cual sólo existían breves ensayos é indicaciones. No le arredraron los obstáculos de la rareza de los libros, y de la variedad de lenguas que necesita dominar el que quiere conocer nuestro tesoro filosófico. Internóse con

valor por el áspero sendero de mil lecturas diversas é intrincadas, y fruto de ello es el primer volumen publicado en 1908, que comprende desde los tiempos primitivos hasta el siglo XII, pero sin abarcar aún todas las manifestaciones de este largo período, puesto que la hebrea y la arábiga darán materia para dos tomos sucesivos, uno de los cuales está ya en prensa. Son, pues, materia del primero, además de lo que puede saberse ó conjeturarse de las doctrinas metafísico-religiosas de los más antiguos pobladores históricos de la Península ibérica, la filosofía de la época romana, y la de los primeros siglos cristianos, continuada en el reino visigótico y en las escuelas de los mozárabes; y, finalmente, aquel asombroso despertar del pensamiento occidental aleccionado por el Oriente, en el colegio de traductores de Toledo; y bajo los auspicios del arzobispo D. Raimundo. Acaso hubiera convenido, para mayor claridad de la exposición y aun por ley de orden interno, que la historia de los orígenes de esta filosofía toledana, que es nuestra particular contribución á la Escolástica, precediese á la exposición de su desarrollo, puesto que la metafísica de Domingo Gundisalvo, principal representante de esta escuela, no se comprende sin la de Avempace y Aben Gabirol, en quien principalmente estriban las doctrinas del *Liber de unitate* y del *De processione Mundi*. Pero esta leve infracción de método es fácil de subsanar en ediciones posteriores, y nada perjudica á las excelentes páginas en que el Sr. Bonilla resume con la mayor brillantez y acrecienta con el fruto de su erudición propia los resultados obtenidos, no sólo en las obras ya antiguas de A. Jourdain, Wüstenfeld y el doctor Leclerc, sino en el libro capital de Steinschneider sobre las traducciones hebreas de la Edad Media y sobre los judíos considerados como intérpretes (1898), en el de Guttmann sobre la Escolástica del siglo XIII en sus relaciones con la literatura judía (1902), y en las numerosas monografías que sobre los escritos filosóficos del arcediano Gundisalvo ó Gundisalino han compuesto Hauréau (1879), Alberto Loewenthal (1890), J. A. Endres (1890), Pablo Correns (1891), Jorge Bulow (1897), C. Baeumker (1898), Luis Baur (1903) y otros colaboradores

de la sabia publicación que aparece en Münster con el título de *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, á la cual debemos, entre otros grandes servicios, el texto íntegro del *Fons Vitae* de Avicebrón. Cuando en 1880 publiqué el *Liber de processione*, apenas sonaba en la historia de la Filosofía el nombre de Gandisalvo, que hoy resulta autor del famoso *Liber de unitate*, uno de los que más influyeron en la gran crisis escolástica del siglo XIII.

Menos interés de novedad podían ofrecer los capítulos dedicados á la Filosofía hispano-romana y á la de los Padres de nuestra Iglesia. Pero aun en este campo tan trillado, acierta el Sr. Bonilla á tratar de Séneca con criterio español, mostrando en la cadena de nuestros moralistas, en el sentido ético de nuestro pueblo, en las más valientes manifestaciones de nuestra poesía didáctica y sentenciosa, el reflejo de la trágica y fiera doctrina estoica tal como la formuló el filósofo cordobés, su arrogante afirmación de la voluntad, indómita de todo yugo, y cierto varonil y austero pesimismo que apenas se disimula bajo la resignación cristiana de sus intérpretes, ó se combina hábilmente con ella.

Si en Séneca importa mucho más el moralista que el metafísico, no sucede lo mismo con otro filósofo español del primer siglo de nuestra era, el pitagórico Moderato de Cádiz, cuyos fragmentos tan importantes en la evolución neoplatónica de Alejandría, nos han conservado, si bien en escaso número, Stobeo y Simplicio. La traducción y el comentario muy sagaz y perspicuo de estas obscuras reliquias de un idealista armónico, cuyos conceptos reaparecen más de una vez y con extrañas notas de semejanza en la corriente del pensar ibérico, es uno de los más loables servicios que debe nuestra erudición filosófica al compañero que hoy penetra en esta casa con un título de los más dignos de envidia y que nadie puede disputarle: el de primer historiador de la Filosofía nacional.

A ese lauro aspiré en mi juventud, alentado por el sabio y benévolo consejo de un varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y de patriotismo, purificada en el yun-

que del dolor hasta llegar á la perfección ascética. Llamábase este profesor D. Gumersindo Laverde, escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido á todos los conatos de historia de la ciencia española, y muy especialmente á los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado. Recordar hoy su nombre es un deber de justicia. ¡Con qué júbilo hubiera visto penetrar triunfante, en este clarísimo senado de la historia patria, la enseña que él tremoló el primero y que de sus manos recibieron las mías para transmitírsela á discípulos mejores que yo, y cuya obra está destinada á sustituir á la mía por ley indeclinable del progreso científico! ¡Y con qué efusión he de saludarla, yo que en los libros del Dr. Bonilla veo prolongarse algo de mi ser espiritual, así como en los de otro eminente alumno mío contemplo el admirable desarrollo de las ideas sobre la Edad Media y la epopeya castellana, que recogí de los labios del venerable y austero Milá y Fontanals! Perdonadme si algo hay de inmodestia en la afirmación de este parentesco que á todos nos liga en nuestra función universitaria, pero cuando recuerdo que por mi cátedra han pasado D. Ramón Menéndez Pidal y D. Adolfo Bonilla, empiezo á creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo, y me atrevo á decir, como el Bermudo del romance, que «si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera».


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 28 12 03 015 7